

EL IMPERIALISMO Y LA REVOLUCIÓN

Enver Hoxa

PRESENTACIÓN

El imperialismo y la revolución
Emver Hoxa
 (1978)

Ediciones de la revolución ecuatoriana
 Colección
40 Aniversario del
Partido Comunista Marxista
Leninista del Ecuador

Publicación a cargo del
COMITÉ PROVINCIAL
DE PASTAZA
del PCMLE

Edición: 1.000 ejemplares

1ro. de Agosto de 2004
 Puyo – Ecuador

La clase obrera tiene y asume la responsabilidad histórica de colocarse a la cabeza de las demás clases trabajadoras, para oponerse y combatir al capitalismo y al imperialismo, para derrocarlos e implantar el poder popular, la dictadura del proletariado y construir el socialismo.

Esa tarea es una hazaña gigantesca que incorpora como protagonistas a millones de seres, a las masas trabajadoras, a los pueblos y a la juventud.

Esa gran proeza es la revolución social del proletariado, significa el derrumbamiento del viejo mundo de la propiedad privada, los privilegios y la explotación, y su sustitución por el mundo de la igualdad social, por la sociedad de los trabajadores.

Se trata de la primera revolución hecha por las mayorías en beneficio de ellas mismas.

El cumplimiento de ese compromiso por parte de la clase obrera requiere la guía de la teoría revolucionaria, de la doctrina del proletariado, del marxismo leninismo.

El marxismo leninismo es la teoría revolucionaria más avanzada que ha sido elaborada por la humanidad a lo largo de su milenario devenir. Es un sistema filosófico, la concepción del mundo de la clase obrera. A través del marxismo leninismo los proletarios explican el mundo, pero, fundamentalmente, con

su guía, con sus principios son capaces de transformar el mundo, de organizar y hacer la revolución.

El marxismo leninismo se encarna, se convierte en fuerza material, en la existencia y la lucha del partido comunista, en los combates de los trabajadores y los pueblos.

“El marxismo leninismo no es un dogma, es una guía para la acción”. Esta es una afirmación expresa de los Clásicos, es una verdad corroborada por la práctica social de millones de trabajadores, por varias revoluciones victoriosas.

Plenamente convencido de esta realidad, el PCMLE, al cumplir 40 años de lucha por la revolución, renueva su disposición y decisión de continuar el combate por la el socialismo; dispone sus fuerzas para enfrentar nuevas batallas, para crecer y fortalecerse, para la forja de un poderoso movimiento revolucionario de las masas trabajadoras, para hacer uso legítimo de la violencia revolucionaria.

Una de las maneras como los marxista leninistas del Ecuador perseveramos en nuestro cometido revolucionario es la publicación de la **COLECCIÓN CUARENTA ANIVERSARIO**.

Se trata de la publicación de una serie de materiales teóricos, de la autoría de **Marx, Engels, Lenin, Stalin, Enver Hoxha y otros revolucionarios destacados**.

Son títulos cuya edición es responsabilidad de los Comités Provinciales, de las Comisiones adjuntas al Comité Central que se involucran en este esfuerzo.

Están dirigidos a los militantes del PCMLE, a nuestros compañeros y amigos, a los hombres y mujeres de la clase obrera y los pueblos del Ecuador. Pretenden constituirse en una nueva herramienta para adelantar la lucha revolucionaria, para acercar el día de la victoria.

**Comisión de Educación Política del
Comité Central del PCMLE**

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION*

Desde que apareció el «Manifiesto del Partido Comunista» de Marx y Engels en 1848 hasta nuestros días, la lucha entre el marxismo revolucionario y el oportunismo, tanto en el campo político como en el ideológico, se ha centrado alrededor de un problema: ¿Es o no necesaria la revolución para transformar la sociedad sobre bases socialistas? ¿Existen o no las condiciones para llevar a cabo la revolución? ¿Es posible hacerla mediante el camino pacífico, o es imprescindible la violencia revolucionaria?

La burguesía y los oportunistas, con todas sus teorías, que se cuentan por decenas por no decir centenares, se han esforzado y se esfuerzan por negar la verdad incuestionable de que la contradicción fundamental de la sociedad capitalista es la contradicción entre los explotadores y los explotados, por negar el lugar y el papel histórico de la clase obrera, por negar la misma lucha de clases como factor determinante del desarrollo y del progreso de la sociedad humana. Su objetivo ha sido y es el de desorientar ideológicamente al proletariado, obstaculizar la revolución, perpetuar la explotación capitalista y destruir el marxismo-leninismo, la ciencia triunfante de la revolución y de la edificación del socialismo.

Todos estos adversarios y enemigos del proletariado y de la revolución han intentado hacer creer que el marxismo-leninismo es anticuado e hilvanar diversas «teorías», supuestamente

* En albanés

en consonancia con las nuevas condiciones históricas, con los cambios que ha sufrido el capitalismo, el imperialismo, y con la evolución general de la sociedad humana.

Así Bernstein declaró que Marx estaba caduco, y Kautsky, especulando con la transición del capitalismo al imperialismo, negó la revolución. Su ejemplo y sus métodos han sido seguidos por todos los revisionistas modernos, desde Browder y Tito, Jruschov y los «eurocomunistas», hasta los «teóricos» chinos de los «tres mundos».

Bajo el falso pretexto de aplicar y desarrollar el marxismo-leninismo «de manera creadora», adaptándolo a las nuevas condiciones que se han creado hoy en el mundo, todos estos antimarxistas tratan de negar la ideología científica de la clase obrera y reemplazarla con el oportunismo burgués. El proletariado, los revolucionarios y sus verdaderos partidos marxista-leninistas han desarrollado y desarrollan una encarnizada lucha, que no ha cesado ni cesará jamás, contra el revisionismo moderno y sus diversas corrientes.

Los revisionistas, la burguesía reaccionaria y sus partidos intentan calificar nuestra teoría, el marxismo-leninismo, de dogma, de algo fijo, rígido, que supuestamente no se adapta a los tiempos actuales, llenos de dinamismo y vitalidad. Pero, si se habla de dinamismo y vitalidad, esto solo lo tiene el marxismo-leninismo, ya que es la teoría de la clase obrera, la clase más avanzada de la sociedad, la clase más activa y más revolucionaria, la que piensa de manera justa, la que produce los bienes materiales y está en constante actividad.

Los esfuerzos de la burguesía y sus ideólogos, los cuales intentan convencer a la gente de que el marxismo-leninismo supuestamente ha envejecido y no corresponde a los «tiempos modernos», tienen como finalidad combatir la ideología científica del proletariado y reemplazarla con varias teorías que preconizan una vida adulterada, una vida propia del lumpen, una sociedad de desenfrenada degeneración, una sociedad denominada de consumo. Las teorizaciones que pretenden que ahora se

han encontrado las formas de una nueva sociedad en permanente movimiento y progreso, tienden igualmente a golpear el pensamiento progresista revolucionario del proletariado, su ideología dirigente, perpetuar la opresión y la explotación capitalistas.

Nuestra teoría, como nos enseña Lenin, juzga y define correctamente las formas y los métodos de la lucha de clases. Está estrechamente ligada a los problemas prácticos que plantea la vida, que plantea la época. Esta arma nos ayuda a analizar y comprender de forma justa, en cada momento, el curso del desarrollo humano, a analizar y comprender correctamente cada viraje histórico de la sociedad, a transformarla de manera revolucionaria.

Nuestro Partido desenmascaró en su VII Congreso las distintas corrientes revisionistas, entre ellas la teoría china de los «tres mundos». Al subrayar la vital importancia que tiene el marxismo-leninismo para el triunfo de la revolución, del socialismo y de la liberación de los pueblos, rechazó firmemente las tesis y los puntos de vista burgués-oportunistas sobre la presente etapa del proceso histórico mundial, que niegan la revolución y defienden la explotación capitalista, y recalcó enérgicamente que ningún cambio en el desarrollo del capitalismo y del imperialismo justifica las «invenciones» y las mistificaciones revisionistas. La crítica de principios y el incesante desenmascaramiento de las teorías antirrevolucionarias y anticomunistas son imprescindibles si se quiere defender el marxismo-leninismo, si se quiere hacer avanzar la causa de la revolución y de los pueblos, si se quiere demostrar que la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin se mantiene siempre joven, como la brújula segura que indica el camino hacia futuras victorias.

Abril, 1978

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta obra ha sido publicada por primera vez [en albanés] en abril de 1978 y distribuida en el seno del Partido.

Para satisfacer los deseos de los comunistas, después de que conocieron su contenido, esta obra es reeditada para el público.

La presente edición evoca algún acontecimiento que se ha producido desde que apareció la primera.

PRIMERA PARTE

I

LA ESTRATEGIA DEL IMPERIALISMO Y DEL REVISIONISMO MODERNO

El VII Congreso del Partido del Trabajo de Albania, al analizar la actual situación internacional y la existente en el movimiento revolucionario mundial, puso de manifiesto los peligros que representan el imperialismo y el revisionismo moderno para la revolución y la liberación de los pueblos, acentuó la necesidad de librar una lucha implacable contra ellos y de apoyar activamente al movimiento marxista-leninista en el mundo.

Estos problemas adquieren una gran importancia debido a que la construcción del socialismo, la lucha por reforzar la dictadura del proletariado y la defensa de la Patria son inseparables de la situación internacional y del proceso general de la evolución mundial.

Actualmente, grandes fuerzas representantes del oscurantismo, de la esclavitud, de la explotación del proletariado y de los pueblos —el imperialismo norteamericano y sus agentes, el socialimperialismo soviético, el socialimperialismo chino, la gran burguesía y la reacción—, se han puesto en pie y luchan contra el marxismo-leninismo. También corrientes ideológicas contrarrevolucionarias, como la socialdemocracia, el revisionismo moderno y muchas otras, se han levantado en contra de nuestra

ideología revolucionaria.

En nuestro combate contra todos estos enemigos debemos apoyarnos firmemente en la teoría marxista-leninista y en el proletariado mundial. Nuestra lucha en el aspecto teórico será llevada a cabo con éxito cuando hagamos un análisis dialéctico correcto de la situación internacional, de los acontecimientos que tienen lugar, de los objetivos y los propósitos de todas las fuerzas sociales en movimiento, que están en contradicción y en lucha entre sí. El análisis científico de la situación internacional y la visión clara de la estrategia, ayudan a definir justas tácticas de lucha revolucionaria en las diversas circunstancias, para ganar batalla tras batalla. Nuestro Partido siempre ha actuado así.

El socialismo está en lucha con el capitalismo, el proletariado mundial está en inexorable y continua lucha con la burguesía capitalista, los pueblos del mundo están en lucha con sus opresores externos e internos. En su lucha, el proletariado mundial se guía por su propia ideología marxista-leninista, que explica la necesidad indispensable de esta lucha y moviliza las fuerzas para la batalla. Por este motivo el capitalismo y el imperialismo siempre han organizado una encarnizada lucha contra la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin.

Carlos Marx descubrió las leyes del desarrollo social, de las transformaciones revolucionarias y de la transición de la sociedad de un orden social inferior a otro superior, analizó sobre bases científicas la propiedad privada de los medios de producción, el modo capitalista de distribución, la plusvalía que arranca el capitalista. Formuló la teoría científica sobre las clases y la lucha de clases, y determinó los rumbos de la lucha del proletariado para derrocar a la burguesía, destruir el sistema capitalista, implantar la dictadura del proletariado y edificar la sociedad socialista.

En todos los países del mundo diversos teóricos reaccionarios han intentado por todos los medios denigrar la teoría de Marx, echar barro sobre ella, tergiversarla, combatirla. Pero esta teoría, que es una auténtica ciencia, ha logrado dominar el

pensamiento humano progresista y hacerse un arma poderosa del proletariado y de los pueblos en la lucha contra sus enemigos.

Aplicando la teoría marxista y desarrollándola aún más, Lenin proporcionó al proletariado y a su vanguardia, el partido marxista-leninista, una teoría científica para las condiciones del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Lenin desarrolló el marxismo no sólo en la teoría, sino también en la práctica. Aplicando la doctrina de Carlos Marx, dirigió la revolución bolchevique y la condujo a la victoria. La obra de Lenin fue desarrollada aún más por Stalin.

El triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre asió el primer golpe demoledor al imperialismo, a todo el sistema capitalista mundial. Marcó el comienzo de la crisis general del capitalismo, que se profundizó constantemente.

Con la creación y la consolidación del estado soviético, se alcanzó una victoria colosal que enseñó al proletariado y a los pueblos que era posible derrotar, aniquilar al enemigo que tenían en frente, el capitalismo, el imperialismo. Un testimonio vivo de ello era la Unión Soviética.

La coalición imperialista y capitalista mundial, enfurecida por la derrota que le infligió la Revolución de Octubre en Rusia, reforzó los medios de lucha política, económica y militar contra el nuevo estado de los proletarios y contra la propagación de la ideología marxista-leninista en el mundo. Los imperialistas, la burguesía reaccionaria, la socialdemocracia europea y mundial, junto con los demás partidos del capital, prepararon la intervención contra la Unión Soviética. Ellos, junto con los hitlerianos, con los fascistas italianos y japoneses, prepararon también la Segunda Guerra Mundial.

Pero en esta guerra se confirmó aún mejor la vitalidad del socialismo y del marxismo-leninismo, que salieron victoriosos.

Después de la victoria sobre el fascismo, el mundo sufrió grandes cambios en beneficio del socialismo. En Europa y Asia surgieron nuevos estados socialistas. Fue creado el campo so-

cialista con la Unión Soviética a la cabeza. Esto venía a constituir otra gran victoria del socialismo, del marxismo-leninismo, y otra gran derrota del capitalismo, del imperialismo.

El sistema capitalista fue profundamente estremecido por la Segunda Guerra Mundial, que rompió por completo su equilibrio. Alemania, Japón e Italia, como potencias vencidas, salieron de la guerra con una economía arruinada. Perdieron las posiciones políticas y militares que antes ocupaban. Otros estados imperialistas, como Gran Bretaña y Francia, no obstante salir victoriosos de la guerra, se habían debilitado hasta tal punto, económica y militarmente, que su papel de gran potencia estaba por los suelos.

Con el desmoronamiento del sistema colonial se profundizó aún más la crisis general del capitalismo. Debido a este desmoronamiento surgieron una serie de nuevos estados nacionales, mientras que en los países que permanecieron en su situación de colonias o semicolonias, creció el movimiento libertador contra el yugo imperialista.

Estos cambios crearon condiciones aún más propicias para el triunfo del socialismo a nivel mundial. Bastantes estados capitalistas se encontraban, a causa de la profunda crisis económica y política y del creciente descontento de las masas, en vísperas de estallidos revolucionarios. En tales situaciones sumamente graves y críticas, acudió en su ayuda el imperialismo norteamericano.

A diferencia de las demás potencias imperialistas, los Estados Unidos de América salieron de la guerra más fuertes. No sólo no sufrieron daños, sino que acumularon riquezas colosales y aumentaron desmesuradamente su potencial económico y militar, su base técnica-científica. Este imperialismo, cebado con la sangre derramada por los pueblos, se convirtió en el único *leadership* de todo el mundo capitalista.

El imperialismo norteamericano movilizó a todas las fuerzas reaccionarias del mundo capitalista con el fin de salvar al viejo régimen capitalista y aplastar todo movimiento revolucionario y

de liberación nacional que lo amenazara, destruir el campo socialista y restaurar el capitalismo en la Unión Soviética y en los países de democracia popular, establecer su hegemonía en todos los lugares del mundo.

Para alcanzar sus objetivos, el imperialismo norteamericano junto con el capital mundial pusieron en marcha su gigantesca maquina burocrático-militar estatal, su gran potencial económico, técnico y financiero, todas sus fuerzas humanas. Aquel ayudó al capitalismo europeo y japonés, que estaban agotados, a reponerse política, económica y militarmente, y en lugar del sistema colonial derrumbado, levantó un nuevo sistema de explotación y expoliación, el neocolonialismo.

El imperialismo norteamericano movilizó ingentes medios de propaganda, filósofos, economistas, sociólogos, escritores, etc., en la furibunda campaña que desató contra el marxismo-leninismo, contra el comunismo, contra la Unión Soviética y contra los demás países socialistas de Europa y Asia.

Simultáneamente, puso en práctica una política agresiva declarada. La fiebre de la guerra, de la militarización y del anticomunismo invadió todos los terrenos de la vida, la economía, la política, la ideología, el ejército, la ciencia, en los Estados Unidos de América.

Para derrocar el socialismo, para aplastar los movimientos revolucionarios de liberación, para combatir la gran influencia de la teoría marxista-leninista y para implantar su hegemonía en el mundo, el imperialismo norteamericano recurrió a dos caminos.

El primer camino fue la agresión y la intervención armada. Los imperialistas norteamericanos crearon bloques militares agresivos como la OTAN, la SEATO, etc., acantonaron un gran número de tropas en los territorios de muchos otros países, instalaron bases militares en todos los continentes, construyeron poderosas flotas de guerra que diseminaron por mares y océanos. Para aplastar y sofocar la revolución intervinieron militarmente en Grecia, Corea, Vietnam y otros lugares.

El otro camino fue el de la agresión ideológica y la subversión en contra de los estados socialistas y los partidos comunistas y obreros, el de los esfuerzos encaminados a conseguir la degeneración burguesa de estos estados y de estos partidos. En este sentido el imperialismo norteamericano y todo el capital mundial utilizaron poderosos medios de propaganda y diversión ideológica.

Pero el imperialismo norteamericano con el capitalismo mundial, que se recobraba después de la guerra, tenían en frente un poderoso adversario, el campo socialista con la Unión Soviética a la cabeza, el proletariado mundial, los pueblos amantes de la libertad. Por eso debían hacer bien sus cálculos ante esta gigantesca fuerza, que se guiaba por una política correcta y clara, por una ideología triunfante que había conquistado y continuaba conquistando cada vez más el corazón y la mente de los obreros, de los revolucionarios, de los elementos progresistas.

El movimiento revolucionario del proletariado y la lucha de liberación de los pueblos crecían y se reforzaban, a pesar de los esfuerzos que hacían el imperialismo norteamericano y la reacción mundial para aplastarlos y destruirlos. La Unión Soviética, bajo la dirección de Stalin, restañó muy rápidamente las heridas de la guerra y avanzaba a altos ritmos en todos los terrenos, en la economía, la ciencia, la técnica, etc. En los países de democracia popular se consolidaban las posiciones del socialismo. Los partidos comunistas y el movimiento democrático antiimperialista extendían su influencia entre las masas.

En tales condiciones, el imperialismo y el capitalismo mundial explotaron a los revisionistas modernos, y en primer lugar a los revisionistas yugoslavos, en la lucha contra el socialismo y los movimientos de liberación de los pueblos.

Fue una suerte para el capitalismo mundial que un país supuestamente de democracia popular, Yugoslavia, se opusiera a la Unión Soviética y entrara en abierto conflicto ideológico y político con ella, porque en el seno del campo del socialismo uno de sus miembros se rebelaba. El capitalismo mundial armó

una gran bulla en torno a este acontecimiento, que le sirvió en su lucha en contra del socialismo y la revolución.

La traición titista, a pesar de los grandes perjuicios que ocasionó a la causa de la revolución y del socialismo, no logró escindir el campo socialista y el movimiento comunista, como esperaban la burguesía y la reacción. Los comunistas y los revolucionarios en todo el mundo condenaron enérgicamente esta traición y pusieron en evidencia el peligro que significaba el titismo, como agencia del imperialismo contra el comunismo.

Los que prestaron el mayor servicio al capitalismo mundial en la lucha contra el socialismo, la revolución y el marxismo-leninismo, fueron los revisionistas jruschovistas que, después de la muerte de Stalin, tomaron el poder en la Unión Soviética. La aparición del grupo revisionista de Jruschov constituyó la mayor victoria política e ideológica de la estrategia del imperialismo después de la Segunda Guerra Mundial.

El derrocamiento contrarrevolucionario que se produjo en la Unión Soviética alegró enormemente a los imperialistas norteamericanos y a las demás potencias capitalistas, porque el país socialista más poderoso, el soporte de la revolución y la liberación de los pueblos estaba abandonando el camino del socialismo y del marxismo-leninismo y se transformaría en un apoyo, en la teoría y en la práctica de la contrarrevolución, del capitalismo.

El viraje que se operó en la Unión Soviética, provocó la escisión del campo socialista y del movimiento comunista internacional. Fue uno de los principales factores que influyeron y crearon condiciones favorables para que el revisionismo moderno se difundiera en el seno de muchos partidos comunistas. La corriente revisionista jruschovista dañó gravemente la causa de la revolución y del socialismo en todo el mundo.

Entre las auténticas fuerzas marxista-leninistas y revolucionarias, por un lado, y el revisionismo jruschovista, por otro, empezó una lucha encarnizada. El Partido del Trabajo de Albania, del mismo modo que había luchado y luchaba resueltamente

contra el revisionismo yugoslavo, enarboló desde los primeros momentos la bandera de la lucha intransigente y de principios contra el revisionismo soviético y sus seguidores; defendió con valentía el marxismo-leninismo, la causa del socialismo y de la liberación de los pueblos. Contra la traición jruschovista se levantaron también los verdaderos marxista-leninistas y revolucionarios en todo el mundo. Del seno del proletariado revolucionario de los diversos países surgieron los nuevos partidos marxista-leninistas, que asumieron la difícil tarea de dirigir la lucha de la clase obrera y de los pueblos contra la burguesía, el imperialismo y el revisionismo moderno.

Las esperanzas del imperialismo y del revisionismo de ver destruido definitivamente el socialismo, sofocado el verdadero movimiento comunista internacional y aplastada la lucha de los pueblos, no se realizaron. Los revisionistas jruschovistas pronto pusieron al descubierto su catadura antimarxista y contrarrevolucionaria. Los pueblos vieron que la Unión Soviética se había convertido en una superpotencia imperialista, que rivalizaba con los Estados Unidos de América por la dominación del mundo; vieron que se había transformado, junto con el imperialismo norteamericano, en otro gran enemigo de la revolución, del socialismo y de los pueblos del mundo.

Por otro lado, la grave crisis económica, financiera, ideológica y política que abarcó todo el mundo capitalista y revisionista, mostraba claramente no solo la mayor descomposición del sistema capitalista, su invariable naturaleza opresora y explotadora, sino que ponía de manifiesto también la demagogia y la hipocresía de todos los revisionistas modernos, que embellecían el sistema capitalista.

Pero cuando el movimiento revolucionario crecía y se consolidaba en todo el mundo, cuando el capitalismo estaba cada vez más atenazado por la crisis, y cuando el revisionismo jruschovista y otras corrientes del revisionismo moderno eran desmascarados ante los ojos del proletariado y de los pueblos, en la escena mundial apareció abiertamente el revisionismo chino.

Este se convirtió en íntimo aliado del imperialismo norteamericano y de la gran burguesía internacional para sofocar y sabotear las luchas revolucionarias del proletariado y de los pueblos.

Actualmente en el mundo se ha creado una situación muy compleja. Hoy en la arena internacional actúan diversas fuerzas imperialistas y socialimperialistas que, por un lado, luchan juntas contra la revolución y la libertad de los pueblos, y, por otro, chocan y se enfrentan por conseguir mercados, zonas de influencia, hegemonía. A la rivalidad soviético-norteamericana por dominar el mundo, ahora se le han sumado las pretensiones expansionistas del socialimperialismo chino, las miras rapaces del militarismo japonés, los esfuerzos del imperialismo germanooccidental por conquistar nuevos espacios, la feroz competencia del Mercado Común Europeo, que ha puesto sus ojos en las antiguas colonias.

Todo esto ha agudizado aún más las numerosas contradicciones del mundo capitalista y revisionista. Al mismo tiempo, la perspectiva de la revolución y de la liberación de los pueblos no sólo no ha desaparecido como consecuencia de la traición de los revisionistas titistas, soviéticos, chinos, etc., sino que tras un retroceso momentáneo, la revolución se encuentra ahora en el umbral de un nuevo auge, y con toda seguridad avanzará por el camino que le ha asignado la historia y triunfará a escala mundial.

Nada puede liberar al imperialismo, al capitalismo y al revisionismo de la implacable venganza del proletariado y de los pueblos, nada puede salvarles de las profundas contradicciones antagónicas y de las continuas crisis, de las revoluciones, de la muerte inevitable.

Es precisamente esta situación la que hace que el imperialismo busque nuevos caminos y senderos, elabore nuevas estrategias y tácticas a fin de escapar a la catástrofe que le espera.

La estrategia del imperialismo mundial

El imperialismo norteamericano y los otros estados capitalistas han luchado y luchan por conservar su hegemonía en el mundo, por defender el sistema capitalista y neocolonialista, por salir lo menos dañados posible de la profunda crisis que los atenaza. Han hecho y hacen esfuerzos por impedir que los pueblos y el proletariado hagan realidad sus aspiraciones revolucionarias, liberadoras. El imperialismo norteamericano, que domina política, económica y militarmente a sus socios, es quien desempeña el papel principal en la lucha por alcanzar estos objetivos.

Los enemigos de la revolución y de los pueblos pretenden hacer creer que los cambios operados en el mundo y las pérdidas sufridas por el socialismo, han dado lugar a unas condiciones enteramente diferentes de las anteriores. Por eso, el imperialismo norteamericano y la burguesía capitalista mundial, el socialimperialismo soviético y el socialimperialismo chino, el revisionismo moderno y la socialdemocracia, a pesar de tener agudas contradicciones entre sí, han iniciado la búsqueda de un *modus vivendi*, una «sociedad nueva», híbrida, para apuntalar el sistema burgués–capitalista, evitar las revoluciones y continuar oprimiendo y explotando a los pueblos, con nuevas formas y métodos.

El imperialismo y el capitalismo llegaron a comprender que ya no podían continuar explotando a los pueblos del mundo con los métodos anteriores, por eso, siempre y cuando su sistema no se vea amenazado, se ven en la obligación de hacer algunas concesiones que no les perjudiquen, a fin de mantener subyugadas a las masas. Esto pretenden lograrlo mediante las inversiones y los créditos que distribuyen entre los estados y las camarillas que han asegurado su influencia, o a través de las armas, es decir, por medio de guerras parciales, ya sea participando directamente en ellas o instigando a un estado contra otro. Las guerras

locales sirven para someter mejor a la hegemonía del capital mundial a los países que caen en sus trampas.

Todos los «teóricos» al servicio del capital mundial, en el Oeste y en el Este, se esfuerzan por formular esta «sociedad nueva». Esta forma «nueva» la tienen en la sociedad capitalista–revisionista de la Unión Soviética, la cual no es más que una sociedad degenerada; la han encontrado en el sistema capitalista de la «autogestión» yugoslava y en algunos regímenes llamados de orientación socialista del «tercer mundo». Tratan de encontrar una «nueva sociedad» capitalista de este tipo también en la variante china, que ahora está cristalizando.

En la declaración programática que el presidente Carter hizo el 22 de mayo de 1977, en la que expuso la línea de una política supuestamente nueva de los Estados Unidos de América, aparece claramente que la característica general y fundamental de esta «política nueva», en las condiciones actuales, es la lucha de esta superpotencia para hacer frente a la revolución proletaria y a las luchas de liberación nacional de los pueblos que aspiran a sacudirse el yugo del gran capital mundial, particularmente del imperialismo norteamericano y del socialimperialismo soviético.

El mundo capitalista, como pusimos de relieve anteriormente, intenta encontrar, aunque sea provisionalmente, una salida a su situación catastrófica. Naturalmente, el imperialismo norteamericano pretende encontrarla y coordinarla en lo posible con el socialimperialismo soviético, con sus aliados de la OTAN, con China y también con los otros países capitalistas industrializados. Carter hizo un llamamiento a los países del Este, del Oeste y a los países miembros de la OPEP, y les exigió que uniesen sus esfuerzos y «ayudasen efectivamente a los países más pobres». El imperialismo norteamericano considera esta colaboración como la única alternativa y como el único camino para prevenir las guerras.

El presidente norteamericano dijo en su discurso que hoy «nos hemos liberado del miedo permanente al comunismo, mie-

do que en el pasado nos llevaba a abrazarnos con cualquier dictador que sintiese lo mismo».

Como es natural Carter, que es el fiel representante del imperialismo más sanguinario de nuestros tiempos, cuando habla de «la liberación del miedo al comunismo», piensa en el comunismo a lo yugoslavo, a lo jruschovista, a lo chino, que de comunistas solo tienen las máscaras; pero la burguesía capitalista no se ha liberado ni jamás se liberará de su miedo al comunismo verdadero. Por el contrario, el comunismo verdadero ha aterrorizado, y aterrorizará todavía más, al imperialismo y al socialimperialismo. A causa de este miedo y este terror los imperialistas y los revisionistas se ven obligados a unirse, a coordinar sus planes y encontrar las formas más adecuadas para prolongar los días de su dominación opresora y explotadora.

En estos momentos de profunda crisis económica, política y militar, los imperialistas de los Estados Unidos de América pretenden consolidar las victorias alcanzadas por el imperialismo, con la traición del revisionismo moderno, en la Unión Soviética, en los antiguos países de democracia popular y en China, y aprovecharlas como una barrera para contener la revolución y la lucha revolucionaria de liberación del proletariado y de los pueblos.

El presidente norteamericano reconoce, asimismo, que, debido al miedo al comunismo, los capitalistas y los imperialistas han abrazado y sostenido en el pasado a los dictadores fascistas, como Mussolini, Hitler, Hirohito, Franco, etc. Las dictaduras fascistas en los respectivos países han sido la última arma a la que han recurrido la burguesía capitalista y el imperialismo mundial contra la Unión Soviética de los tiempos de Lenin y Stalin y contra la revolución proletaria mundial.

Con una cierta seguridad, el presidente norteamericano declara que los estados comunistas (léase revisionistas) han cambiado de fisonomía, y en esto no se equivoca. Dice que «este sistema no podía permanecer inmutable toda la vida». Naturalmente, confunde la traición revisionista con el verdadero siste-

ma socialista, con el comunismo. El imperialismo norteamericano considera el sistema soviético jruschovista como una victoria del capitalismo mundial y de ahí deduce que el peligro de un conflicto con la Unión Soviética se ha vuelto menos intenso, a pesar de que no niega las contradicciones con ella ni la rivalidad por la hegemonía.

Según Carter, el gobierno norteamericano hará todo lo que esté a su alcance por mantener el statu quo. En otras palabras, esto significa que, tanto el imperialismo norteamericano como los otros estados imperialistas, harán esfuerzos por conservar y reforzar sus posiciones en el mundo, mientras que los desacuerdos que puedan existir, y que de hecho existen, con los países amigos y con sus aliados, esperan solucionarlos conjuntamente en el marco de este statu quo.

Como conclusión, dice Carter, «la política norteamericana debe basarse en un nuevo y más vasto mosaico de intereses globales, regionales y bilaterales». Después de haber desmenuzado este nuevo y más vasto «mosaico» de intereses globales, regionales y bilaterales, reafirma que «todos los compromisos que los Estados Unidos de América han asumido respecto a la OTAN, la cual debe ser una organización fuerte, serán cumplidos», que «la alianza de los Estados Unidos de América con las grandes democracias industrializadas es indispensable, porque protege los mismos valores, y por esto el deber de todos nosotros es luchar por una vida mejor».

Como se ve, también los Estados Unidos de América se unen a los esfuerzos de los revisionistas modernos soviéticos, chinos y a los esfuerzos de las «grandes democracias industrializadas» por crear una «realidad nueva», un «mundo nuevo». En otras palabras, haciendo demagogia, la política de los Estados Unidos de América pretende adaptarse a las situaciones creadas. Para mantener el statu quo, para contener el ímpetu del hegemonismo soviético, para debilitar al socialimperialismo soviético y arrastrar a China, de modo que ésta se integre cada vez más profundamente en el campo imperialista, para sofocar las luchas re-

volucionarias del proletariado y de los pueblos, los Estados Unidos de América deben hacer algunas concesiones políticas fraudulentas. Pero no hacen ninguna concesión militar, ninguna concesión en la política de mantener subyugados y bajo control a los estados y a los pueblos, en la política de explotar las riquezas nacionales de otros países en beneficio propio y de los países industrializados.

Esta es la «política nueva» de los Estados Unidos de América. Para nosotros está claro que no es en absoluto una política nueva, sino una vieja política imperialista expoliadora, neocolonialista, avasalladora y de feroz explotación de los pueblos y de sus riquezas, una política encaminada a sofocar las revoluciones y las luchas de liberación nacional. Ahora el imperialismo norteamericano quiere dar a esta política vieja y permanente un tinte supuestamente nuevo, fresco, y suministrar armas a los elementos contrarrevolucionarios que están o no en el poder, para combatir al comunismo, el cual lanza a los pueblos y al proletariado a las luchas de liberación y a la revolución.

Contrariamente a lo que se afirma en la teoría china de los «tres mundos», que es una teoría falsa capitalista y revisionista, el imperialismo norteamericano continúa estando a la ofensiva. Trata de conservar las viejas alianzas y crear otras nuevas en beneficio propio y en perjuicio del socialimperialismo soviético o de quienquiera que pueda amenazar el potencial imperialista norteamericano. Sobre todo se esfuerza por reforzar la OTAN, que ha sido y sigue siendo una organización política y militar agresiva.

En todo su juego estratégico, los Estados Unidos de América no agravan excesivamente sus relaciones con la Unión Soviética, continúan con ella las conversaciones SALT, independientemente de que Carter declarase que producirá las bombas de neutrones. Sin embargo, aparece una tendencia a mantener el statu quo entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética.

Naturalmente, los Estados Unidos de América y la OTAN quieren mantener este statu quo con la Unión Soviética, tenien-

do, al mismo tiempo, contradicciones con ésta, pero estas contradicciones aún no han llegado a un grado tal que justifique las prédicas chinas de que la guerra en Europa es inminente.

En la actualidad, el imperialismo norteamericano apoya a China para reforzarla en los terrenos militar y económico. Los capitales norteamericanos afluyen hacia China, donde se hacen importantes inversiones con los créditos procedentes de los principales bancos estadounidenses, pero también del estado norteamericano.

Los Estados Unidos de América están jugando fuertemente la carta de China, pero con cuidado. Al mismo tiempo continúan jugando la carta del Japón. Los Estados Unidos de América quieren mantener las aguas tranquilas con el Japón, que la ayuda entre ellos sea recíproca, para que el Japón, según los objetivos norteamericanos, se fortalezca y se convierta en un Israel en el Extremo Oriente, en el Pacífico, en el Sudeste Asiático y, por que no, cuando sea necesario y llegue el momento, para poder utilizarlo también contra China.

En esta situación China firmó el tratado de amistad y de colaboración con el Japón. Este tratado ha empezado a adquirir, y en el futuro lo hará todavía más, grandes proporciones, multilaterales, peligrosas y monstruosas para los destinos del mundo, dado que entre el Japón y China se establecerá una estrecha colaboración económica y militar cuyo objetivo será la creación de esferas de influencia, particulares y comunes, sobre todo en Asia, en Australia y en toda la cuenca del Pacífico. Naturalmente, esta colaboración empezará a edificarse a la sombra de la alianza con los Estados Unidos de América y al son de la propaganda de guerra contra el socialimperialismo soviético. El principal objetivo de esta alianza chino-japonesa es frenar y debilitar a la Unión Soviética, desplazarla de Siberia, Mongolia y otras zonas y poner fin a su influencia en toda Asia y Oceanía, en todos los países miembros de la ASEAN.

Esta es la estrategia del imperialismo norteamericano, pero también lo es del imperialismo chino y del militarismo japonés.

Los Estados Unidos de América procurarán ayudar a China y al Japón, y mantenerlos bajo su dirección, procurarán reforzar la alianza con ellos y lanzarlos contra la Unión Soviética. Pero a la vez existe la posibilidad de que un día la política diabólica, hipócrita, imperial, carente de principios y con un espíritu imperialista–militarista de China y el Japón, se oponga a la superpotencia que les ayudó a levantarse, como hizo Alemania en la época de Hitler, que se convirtió en una terrible potencia fascista, atacó a los aliados de los Estados Unidos de América y entró en guerra con ellos.

Los Estados Unidos de América se esforzaron por mantener el equilibrio entre el potencial chino y el japonés, el cual va en aumento. Pero, un buen día no estarán en condiciones de hacerlo y la alianza imperialista militarista chino–japonesa constituirá simultáneamente un peligro no sólo para la Unión Soviética, sino también para los propios Estados Unidos de América, debido a que los intereses de estos dos grandes países asiáticos imperialistas, China y el Japón, coinciden en sus designios de dominar Asia y otras zonas, y de debilitar al imperialismo norteamericano y al socialimperialismo soviético.

En la OTAN, los Estados Unidos de América tienen una posición dominante y una gran influencia militar, política y económica. No obstante esto, y a pesar de su unidad interna, la OTAN ha comenzado a diferenciarse desde el punto de vista de la influencia que ejercen cada uno de sus miembros y por la imposición de un estado sobre los otros.

En esta organización la República Federal de Alemania se fortalece de año en año. Su potencial económico y político, y su comercio de armas rebasan las fronteras del Mercado Común Europeo. Ahora podemos decir que la política de Alemania Occidental está tomando los rasgos de un revanchismo fascista totalitario que pretende crear sus propias zonas de influencia. Esto, naturalmente, no es del agrado de Inglaterra y Francia, que son los otros dos socios principales de los Estados Unidos de América en la OTAN.

Alemania Occidental reclama la unificación de los dos estados alemanes que daría lugar a un estado poderoso con un gran potencial militar, el cual constituiría una amenaza para el socialimperialismo soviético y, en caso de una conflagración general, en alianza con el Japón y China, podría llegar a ser un peligro para todo el mundo. Desarrolla relaciones muy estrechas especialmente con China. Se encuentra a la cabeza de los estados europeos en los intercambios comerciales con China. Al mismo tiempo Alemania Occidental es el mayor y más poderoso abastecedor europeo de China con créditos, tecnología y armas modernas.

Inglaterra y Francia tienen, del mismo modo, grandes intereses en China, por eso desarrollan sus relaciones con ella. Ahora bien, los intereses de China con Bonn son mayores. Esto preocupa a Inglaterra y Francia porque, de fortalecerse todavía más, la República Federal de Alemania puede llegar a tener un mayor dominio sobre sus socios de la OTAN y del Mercado Común Europeo. Por eso, constatamos que tanto el gobierno inglés como el francés, cuando hablan de amistad y de relaciones con China, no olvidan señalar que desean desarrollar aún más las relaciones económicas y amistosas con la Unión Soviética. Lo mismo dice Bonn, y sin embargo desarrolla rápidamente sus relaciones con China, que se presenta como el principal enemigo de la Unión Soviética. Los poderosos revanchistas de Bonn, se proclaman abiertamente como los más próximos aliados de China. Por eso China no mira a la Alemania Federal de la misma manera que a Francia e Inglaterra.

La estrategia del socialimperialismo soviético

Una vez que los jruschovistas se hicieron con el poder en la Unión Soviética, se plantearon como principal objetivo la destrucción de la dictadura del proletariado, la restauración del capitalismo y la transformación de la Unión Soviética en una su-

perpotencia imperialista.*

En primer lugar, Jruschov y su grupo, tras consolidar sus posiciones después de la muerte de Stalin, desencadenaron su ofensiva contra la ideología marxista-leninista y la lucha para repudiar el leninismo, atacando a Stalin y haciendo recaer sobre él todas las calumnias que había fabricado desde hacia tiempo la inmunda propaganda de la burguesía capitalista mundial. Los jruschovistas asumieron así el papel de portavoces y ejecutores de los deseos del capital contra la ideología marxista-leninista y la revolución en la Unión Soviética. De manera sistemática liquidaron toda la estructura socialista de la Unión Soviética, se empeñaron en liberalizar el sistema soviético, en transformar el estado de dictadura del proletariado en un estado burgués, y la economía y la cultura socialistas en capitalistas.

La Unión Soviética, que se convirtió en un país revisionista, en un estado socialimperialista, trazó una estrategia y una táctica propias. Los jruschovistas estructuraron una política que les permitiera encubrir toda su actividad con una fraseología leninista. Elaboraron su ideología revisionista de tal manera que les permitiera hacerla pasar a los ojos del proletariado y de los pueblos como un «marxismo-leninismo de un nuevo período», y decir a los comunistas, del interior y el exterior del país, que «en la Unión Soviética prosigue la revolución en las nuevas condiciones políticas, ideológicas y económicas de la evolución mundial» y que ésta revolución no sólo continuaba, sino que supuestamente este país estaba pasando a la fase de la construcción de una sociedad comunista sin clases, en la que el partido y el estado se extinguían.

El partido fue despojado de sus atributos de vanguardia de la clase obrera, de única fuerza política dirigente del estado y de la sociedad, y se transformó en un partido dominado por los *aparatchiks* y los agentes del KGB. Los revisionistas soviéticos ca-

* Véase: **Enver Hoxha. Los Jruschovistas** (Memorias), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1984, segunda edición en español.

lificaron su partido de «partido de todo el pueblo» y lo redujeron a tal estado que ya no puede ser el partido de la clase obrera, sino de la nueva burguesía soviética.

Por otra parte, los revisionistas soviéticos predicaron la coexistencia pacífica jruschovista como línea general del movimiento comunista internacional y proclamaron la «competencia pacífica con el imperialismo norteamericano» como el camino para el triunfo del socialismo en la Unión Soviética y en los otros países. Declararon, asimismo, que, supuestamente, la revolución proletaria había entrado en una nueva fase, que podía triunfar también por otras vías, diferentes de la toma violenta del poder por parte del proletariado. Según ellos, el poder podía ser tomado por medio del camino pacífico, parlamentario y democrático, por medio de las reformas.

Especulando con el nombre de Lenin y del partido bolchevique, los revisionistas jruschovistas hicieron todo tipo de esfuerzos para imponer su línea antimarxista, esta revisión de la teoría marxista-leninista en todos los terrenos, a todos los partidos comunistas del mundo. Querían que los partidos comunistas y obreros del mundo se encuadraran en esta línea revisionista y se transformaran en partidos contrarrevolucionarios, en ciegos instrumentos de la dictadura burguesa, para servir al capitalismo.

Pero estos deseos no se vieron completamente realizados, porque, en primer lugar, el Partido del Trabajo de Albania se mantuvo inmovible en la aplicación consecuente del marxismo-leninismo y en la defensa de su pureza. En aquellos momentos hubo también otros partidos que, sin tener razones marxista-leninistas puras, vacilaron, no aceptaron enteramente las orientaciones jruschovistas, otros las admitieron a medias, pero posteriormente acabaron por someterse. En aquellos momentos también el Partido Comunista de China se opuso a los jruschovistas, pero, como demuestran los hechos, se guiaba por fines y objetivos totalmente opuestos a los que llevaron al Partido del Trabajo de Albania a lanzarse al combate contra el revisionismo jruschovista.

Con su acceso al poder, los jruschovistas prepararon a la vez la plataforma de su política exterior. Al igual que el imperialismo norteamericano, el socialimperialismo soviético basó su política exterior en la expansión y el hegemonismo, a través de la carrera armamentista, las presiones y el chantaje, la agresión militar, económica e ideológica. El objetivo de esta política era el establecimiento de la dominación socialimperialista en todo el mundo.

La Unión Soviética aplica una política típicamente neocolonialista en los países del COMECON. Las economías de estos países se han convertido en apéndices de la economía soviética. Para tenerlos subyugados, la Unión Soviética se vale del Tratado de Varsovia, que le permite mantener acantonados en estos países importantes contingentes militares, que en nada difieren de los ejércitos ocupantes. El Tratado de Varsovia es un pacto militar agresivo que está al servicio de la política de las presiones, los chantajes y las intervenciones armadas del socialimperialismo soviético. También las «teorías» revisionista-imperialistas de la «comunidad socialista», la «división socialista del trabajo», la «soberanía limitada», la «integración económica socialista», etc., están al servicio de esta política neocolonialista.

Pero el socialimperialismo soviético no se siente satisfecho con la dominación que ejerce sobre sus estados satélites. Del mismo modo que los demás estados imperialistas, la Unión Soviética pugna ahora por conseguir nuevos mercados y esferas de influencia, por invertir sus capitales en diversos países, por acaparar fuentes de materias primas, por extender su neocolonialismo a África, Asia, América Latina y otras partes.

Para ensanchar su expansión y su hegemonismo, el socialimperialismo soviético ha elaborado todo un plan estratégico, que comprende una serie de actividades económicas, políticas, ideológicas y militares.

Al mismo tiempo los revisionistas soviéticos se dedican a minar las revoluciones y las luchas de liberación de los pueblos recurriendo a los mismos medios y métodos que utilizan los im-

perialistas norteamericanos. Normalmente los socialimperialistas actúan por medio de los partidos revisionistas, que son instrumentos suyos, sin embargo, según el caso y las circunstancias, también intentan corromper y sobornar a camarillas que dominan en los países no desarrollados, ofrecen «ayudas» económicas avasalladoras para después penetrar en estos países, instigan conflictos armados entre las distintas camarillas, apoyando a una u otra, traman complots y putschs para colocar en el poder regímenes pro soviéticos, recurren a la intervención militar directa, como hicieron junto con los cubanos en Angola, Etiopía y otros lugares.

Los socialimperialistas soviéticos llevan a cabo su intervención y sus actos hegemónicos y neocolonialistas bajo la máscara de la ayuda y el respaldo a las fuerzas revolucionarias, a la revolución, a la construcción socialista. En verdad lo que hacen es ayudar a la contrarrevolución.

La Unión Soviética intenta abrirse paso para realizar sus planes expansionistas neocolonialistas, presentándose como un país que sigue una política leninista e internacionalista, como aliado, amigo y defensor de los nuevos estados nacionales, de los países poco desarrollados, etc. Los revisionistas soviéticos preconizan que estos países, al ligarse a la Unión Soviética y a la llamada «comunidad socialista», que es proclamada como la «principal fuerza motriz de la actual evolución mundial», pueden avanzar con éxito por el camino de la libertad y la independencia, e incluso del socialismo. A tal efecto han inventado asimismo las teorías del «camino no capitalista de desarrollo», de la «orientación socialista», etc.

La estrategia de los socialimperialistas soviéticos no tiene nada en común con el socialismo y el leninismo, contrariamente a lo que ellos pretenden. Es la estrategia de un estado imperialista rapaz que busca extender su hegemonía y su dominación a todos los continentes y a todos los países.

Esta política hegemónica y neocolonialista que sigue la Unión Soviética revisionista choca, y no puede ser de otra ma-

nera, con la política que siguen los Estados Unidos de América y la que ha comenzado a practicar China. Se trata de un enfrentamiento de intereses de los imperialistas en su lucha por repararse el mundo. Son precisamente estos intereses y esta lucha los que contraponen a las superpotencias entre sí, los que incitan a cada una de ellas a utilizar todas sus fuerzas y medios para debilitar a su rival o rivales, mientras que los choques no lleguen a tal punto de exacerbación que los lance a enfrentamientos armados.

La estrategia del socialimperialismo chino

Los acontecimientos y los hechos demuestran cada vez mejor que China se hunde más y más en el revisionismo, en el capitalismo y en el imperialismo. En este sentido trabaja para realizar una serie de tareas estratégicas, a escala nacional e internacional.

A escala nacional, el socialimperialismo chino se ha planteado la tarea de suprimir cualquier medida de carácter socialista que se hubiera adoptado después de la liberación, y crear un sistema capitalista en la base y la superestructura a fin de hacer que China sea a finales del presente siglo una gran potencia capitalista, gracias a la aplicación de las llamadas «cuatro modernizaciones», de la industria, la agricultura, el ejército y la ciencia.

Lucha por crear en el interior del país una organización que asegure la dominación de la vieja y la nueva burguesía capitalista china sobre el pueblo chino. El revisionismo chino intenta implantar esta organización y dominación adoptando el camino fascista, con el látigo, con la represión. Trabaja para crear una unidad entre el ejército y las retaguardias, de tal manera que éstas sirvan a este ejército represivo.

Las formas y los métodos que más han llamado la atención de la dirección china, y que pueden ser aplicados en China, son los titistas, particularmente el sistema yugoslavo de «autoges-

tión». Numerosas comisiones y delegaciones chinas, de todos los sectores y especialidades, han sido encargadas de estudiar sobre el terreno este sistema y en general la experiencia del «socialismo» capitalista yugoslavo.

Este sistema y esta experiencia ya están siendo aplicados en China. Sin embargo, por otro lado, los dirigentes revisionistas de China no pueden hacer caso omiso de los fracasos de la «autogestión» titista, no pueden dejar de tener presente que las condiciones de su país son totalmente diferentes de las de Yugoslavia. Además, consideran indispensable tomar de prestado muchas cosas de las formas y los métodos capitalistas, los cuales, según ellos, han mostrado su «eficacia» en los Estados Unidos de América, en Alemania Occidental, en el Japón y en otros países burgueses. Al parecer, el sistema capitalista que se está construyendo y desarrollando en China, será un sistema injertado con diferentes formas y métodos revisionista-capitalistas y tradicionales chinos.

Para transformarse en una gran potencia capitalista, el revisionismo chino necesita un período de paz. Con esta necesidad está ligada la consigna del «gran orden» lanzada por el XI Congreso del partido chino¹. Para asegurar un «orden» de este tipo, se requiere, por un lado, un régimen capitalista de tipo dictatorial fascista y, por otro, conservar a toda costa la paz y el compromiso entre los grupos rivales, que han existido y siguen existiendo en el partido y el estado chino. El tiempo dirá en qué medida podrán asegurarse este orden y esta paz.

La política de los dirigentes chinos para hacer de China una superpotencia, trata de conseguir que ésta se beneficie económica y militarmente del imperialismo norteamericano, así como de los países capitalistas desarrollados, aliados de los Estados Unidos de América.

Esta política de China ha suscitado un gran interés en el mundo capitalista, sobre todo el interés del imperialismo norteamer-

¹ Celebrado en agosto de 1977.

ricano, quien ve en esta política de China un gran apoyo a su propia estrategia, que tiende a mantener en pie el capitalismo y el imperialismo, consolidar el neocolonialismo, extinguir las revoluciones y estrangular el socialismo, así como a debilitar a su rival, la Unión Soviética.

Como ha declarado Carter, el imperialismo norteamericano desea «colaborar estrechamente con los chinos». Carter ha subrayado: «nosotros consideramos las relaciones norteamericano-chinas como un elemento central de nuestra política global y consideramos a China como una fuerza clave para la paz». China está por una coexistencia pacífica que la aproxime lo más posible a los Estados Unidos de América.

Debido a estos puntos de vista y posturas, China se alinea con los estados burgués-capitalistas que fundan su existencia, en tanto que estados, en el imperialismo norteamericano. Este viraje de China hacia el imperialismo, al igual que el que dieran antes la Unión Soviética y otros, es cada día más real. Esto es observado por los mismos imperialistas, que, alegres ante esta «nueva realidad», declaran que «los conflictos ideológicos que separaron a los Estados Unidos de América, la Unión Soviética y China en los años 50, hoy son menos visibles y existe una creciente necesidad de colaboración entre las superpotencias...».

Los imperialistas norteamericanos y su presidente Carter se muestran dispuestos a ayudar a China para que consolide su economía y refuerce su ejército, siempre, claro está, en la medida en que les interese. Palmotean las espaldas de los dirigentes revisionistas chinos, porque la estrategia de China constituye una importante ayuda para los objetivos hegemónicos del imperialismo norteamericano.

China aplaude los puntos de vista y los actos norteamericanos contra la Unión Soviética revisionista, porque quiere demostrar que supuestamente sirven a la revolución, sirven al debilitamiento de la gran potencia más peligrosa del mundo, el socialimperialismo soviético. A su vez, el imperialismo norteamericano aplaude los puntos de vista y los actos de China contra la

Unión Soviética revisionista, porque, como ha declarado uno de los más íntimos colaboradores de Carter, «el conflicto chino-soviético crea una especie de estructura global más pluralista», por la cual se pronuncia el imperialismo norteamericano y la considera compatible con su noción de «cómo debe ser organizado el mundo», es decir, de cómo azuzar a los demás a destrozarse mutuamente y después los Estados Unidos de América asentar con más facilidad su dominación en todos lados.

La política pragmática y aberrante de China la ha empujado a convertirse en aliada del imperialismo norteamericano y a proclamar al socialimperialismo soviético como el enemigo y peligro principal. Mañana, cuando China vea que ha logrado su objetivo de debilitar al socialimperialismo soviético, cuando vea, según su lógica, que el imperialismo norteamericano está fortaleciéndose, entonces, dado que se apoya en un imperialismo para combatir a otro imperialismo, podrá continuar su lucha en el otro flanco. En este caso el imperialismo norteamericano podrá convertirse en el más peligroso y entonces China, automáticamente, podrá adoptar una posición contraria a la precedente.

Esta es una posibilidad real. En su VIII Congreso celebrado en 1956 los revisionistas chinos consideraron al imperialismo norteamericano como el peligro principal. Posteriormente, en el IX Congreso, en abril de 1969, declararon que el peligro principal lo constituían las dos superpotencias, el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético. Más tarde, después del X Congreso, que se efectuó en agosto de 1973, y en el XI Congreso, proclamaron como enemigo principal únicamente al socialimperialismo soviético. Con tales bandazos, con tal política pragmática, no está descartado que el XII o el XIII Congreso apoye al socialimperialismo soviético y declare que el enemigo principal es el imperialismo norteamericano, y así hasta que China alcance su objetivo de transformarse en una gran potencia capitalista mundial. En este caso, ¿qué papel desempeñará China en la arena internacional? Su papel nunca será revolucionario, sino regresivo, contrarrevolucionario.

Un importante aspecto de la política exterior china es la alianza con el Japón. Esta alianza racista de estos dos estados, por así decirlo, amarillos, sellada recientemente con el tratado chino-japonés, tiende, como subrayamos más arriba, a realizar los planes estratégicos de China y Japón para dominar conjuntamente Asia, los países de la ASEAN y Oceanía. Los revisionistas chinos necesitan este tratado y la amistad con el Japón para amenazar, en colusión con los militaristas japoneses, al socialimperialismo soviético y, si fuera posible, liquidarlo y acabar con su influencia en Asia.

Pero, además, China trata de aprovechar sus lazos con el Japón para obtener créditos de él, importar técnica, tecnología y armamento con miras a realizar sus propias ambiciones de gran potencia. Tanta importancia atribuye China a la colaboración económica multilateral con el Japón, que más de la mitad de su comercio exterior se desarrolla con este país.

A la hora de realizar su política expansionista, la China socialimperialista trabaja por extender lo más posible su influencia en Asia. Actualmente no tiene ninguna influencia en la India, donde tanto los Estados Unidos de América como la Unión Soviética, tienen intereses particulares y comunes en el marco de los cambios y las alianzas que puedan tener lugar en el futuro. China desea mejorar de una u otra manera sus relaciones diplomáticas con la India. Pero las pretensiones de la India hacia el Tibet son grandes. La India combatirá por liquidar la escasa influencia que pueda tener China en Pakistán, puesto que éste es un país estratégico en el flanco de Irán y Afganistán. Aquí comienzan las rivalidades por la gran cuenca petrolífera del Oriente Medio, que está dominada por el imperialismo norteamericano. A China le es muy difícil penetrar en ella. Hará una política contraria a los intereses de los pueblos árabes y en pro de los intereses norteamericanos, hasta que llegue el momento de potenciarse ella misma. A la vez China ayudará a los Estados Unidos de América para que, junto con países como Irán, Arabia Saudita y otros, se conviertan en una poderosa barrera contra la pene-

tración política, económica y militar soviética en esta zona vital para el imperialismo norteamericano y el imperialismo europeo.

Para alcanzar sus fines, los socialimperialistas chinos dedican una atención particular a Europa Occidental. Su objetivo es contraponerla al socialimperialismo soviético. Por eso apoyan, utilizando todas las formas, a la OTAN y la alianza de los países europeos con los Estados Unidos de América, al Mercado Común Europeo y la «Europa Unida».

En su plan estratégico, la China socialimperialista se propone extender a los países del «tercer mundo», como ella los llama, su influencia y su hegemonía. La teoría del «tercer mundo» tiene gran importancia para China. Mao Tse-tung no proclamó esta «teoría» porque fuese un soñador, sino con objetivos hegemónicos bien determinados, para que China domine el mundo. Los sucesores de Mao Tse-tung y Chou En-lai siguen la misma estrategia.

Los designios estratégicos chinos se extienden también al llamado «mundo no alineado», que es preconizado por el titismo. Entre estos «mundos» no existe ninguna diferencia, se interfieren mutuamente. Es difícil discernir qué estados son del «tercer mundo» y qué los distingue de los «países no alineados», qué estados forman parte de los «no alineados» y qué los distingue de los del «tercer mundo». Así pues, cualquiera que sea el nombre que se les dé, se trata de los mismos estados.

Esta es otra de las razones por las que la dirección china atribuye una importancia tan grande a las muy amistosas relaciones estatales y de partido con Tito y Yugoslavia en todos los terrenos: ideológico, político, económico y militar.

La comunidad de concepciones entre los revisionistas chinos y los revisionistas yugoslavos no les impide explotar la cordial amistad que existe entre ellos en función de los fines particulares de cada uno.

Tito trata de aprovechar las declaraciones de Jua Kuo-feng sobre su fidelidad y la del partido yugoslavo al marxismo-leninismo, sobre el carácter socialista de la «autogestión», sobre la

política interior y exterior «marxista-leninista» que siguen los titistas, para demostrar que el desenmascaramiento de que ha sido objeto por sus desviaciones antimarxistas, por su política chovinista, reaccionaria y pro imperialista, por su revisionismo, no pasa de ser una calumnia de los stalinistas y, sobre esta base, trata de mejorar su reputación a escala internacional.

Por su parte, Jua Kuo-feng aprovecha las relaciones con Yugoslavia para la llamada apertura de China hacia Europa. Los revisionistas chinos se esfuerzan también por utilizar la amistad con los titistas, que se las dan de campeones del «no-alineamiento», como un importante canal para poder introducirse en los países «no alineados» e imponerles su dominación. No fue por azar que Jua Kuo-feng, en el curso de su visita a Yugoslavia², pusiese por las nubes el movimiento de los «no alineados», calificándolo de «fuerza importantísima en la lucha de los pueblos del mundo contra el imperialismo, el colonialismo y el hegemonismo». Si cubrió de elogios a este movimiento y a Tito, es porque sueña con apoderarse de dicho movimiento y hacer que Pekín se convierta en su centro.

En todos sus aspectos, la política del socialimperialismo chino es la política de una gran potencia imperialista, es una política contrarrevolucionaria y belicista, y por eso será execrada, contestada y combatida cada vez más por los pueblos.

*
* *

Las superpotencias imperialistas, de las cuales hemos hablado más arriba, seguirán siendo imperialistas y belicistas, y, si no es hoy, será mañana cuando arrojaran el mundo a una gran guerra atómica.

El imperialismo norteamericano trata de hundir cada vez más

² Agosto de 1978.

sus colmillos en la economía de los otros pueblos, mientras que el socialimperialismo soviético, que apenas ha mostrado sus garras, intenta clavarlas en diversos países del mundo para crearse, a su vez, posiciones neocolonialistas e imperialistas y reforzarlas. Pero existe también la «Europa Unida», ligada por medio de la OTAN a los Estados Unidos de América, que tiene tendencias imperialistas no globales, sino particulares. Por otra parte, China, que busca convertirse en superpotencia, también ha entrado en la danza, así como el militarismo japonés que se ha levantado. Estos dos imperialismos se alían para formar una potencia imperialista que se oponga a las demás. En tales condiciones aumenta el gran peligro de una guerra mundial. Las alianzas actuales son un hecho, pero irán dislocándose, en el sentido de modificar sus rumbos, no así su contenido.

Los bellos discursos sobre el desarme que se pronuncian en la ONU y en las distintas conferencias internacionales organizadas por los imperialistas, son demagogia. Los imperialistas han creado y protegen el monopolio de las armas estratégicas y desarrollan un enorme tráfico de armas, no para garantizar la paz y la seguridad de las naciones, sino para obtener superganancias y aplastar la revolución y los pueblos, para desencadenar guerras de agresión. Stalin ha dicho:

*«Los estados burgueses se arman y se rearman furiosamente. ¿Por qué? Naturalmente, no para pasar el tiempo, sino para la guerra. Y los imperialistas necesitan la guerra, porque es el único medio para repartirse el mundo, para repartirse los mercados, las fuentes de materias primas y las esferas de utilización del capital.»**

En su rivalidad, que las conduce a la guerra, las superpotencias, con seguridad, provocarán y fomentarán muchas guerras

* J. V. Stalin. *Obras*, t. XII, págs. 242–243, ed. en albanés.

parciales entre diversos estados del «tercer mundo», de los «países no alineados» o de los «países en vías de desarrollo».

El presidente Carter ha expresado la opinión de que la guerra puede estallar sólo en dos puntos del globo, en Oriente Medio y en África. Y se comprende por qué, porque precisamente en estas dos regiones del mundo los Estados Unidos de América tienen hoy mayores intereses. En el Oriente Medio se encuentra el petróleo y en la rica África chocan los grandes intereses económicos y estratégicos neocolonialistas por el reparto de los mercados y las zonas de influencia entre las superpotencias, que buscan conservar y reforzar sus posiciones y conquistar otras.

Pero, aparte del Oriente Medio y África, hay otras zonas donde chocan los intereses de las superpotencias, como por ejemplo el Sudeste Asiático. Los Estados Unidos de América, la Unión Soviética y, además, China, tratan, de establecer sus zonas de influencia y repartirse los mercados. Esto incluso engendra conflictos que de vez en cuando se convierten en guerras locales, cuyo objetivo no es en absoluto liberar a los pueblos, sino implantar o suplantarse las camarillas dominantes del capital aborígen, que unas veces están con una superpotencia y otras veces con otra. El socialimperialismo soviético y el imperialismo norteamericano son dos hidras de las cuales los pueblos no se fían. Del mismo modo, los pueblos tampoco se fían de China.

Cuando las superpotencias no consigan realizar sus intereses expoliadores a través de los medios económicos, ideológicos y diplomáticos, cuando las contradicciones se hayan agravado al extremo, cuando las transacciones y las «reformas» resulten ineficaces para resolver estas contradicciones, entonces estallará la guerra entre ellas. Por lo tanto los pueblos, que serán los que derramarán su sangre en esta guerra, deben intentar con todas sus fuerzas no dejarse coger desprevenidos, deben sabotear la guerra interimperialista de rapiña, para evitar que tome las proporciones de una conflagración mundial y, si esto no pueden lograrlo, convertirla en guerra de liberación y triunfar.

El papel del titismo y de las otras corrientes revisionistas en la estrategia global del imperialismo y del socialimperialismo

El imperialismo, el socialimperialismo, el capitalismo mundial y la reacción en la lucha feroz que llevan a cabo contra la revolución, el socialismo y los pueblos, tienen el respaldo de los revisionistas modernos de todas las corrientes. Estos renegados y traidores contribuyen a que el imperialismo aplique su estrategia global, minando desde el interior, escindiendo y sabotando los esfuerzos del proletariado y la lucha de los pueblos por sacudirse del yugo social y nacional. Los revisionistas modernos han asumido la misión de denigrar y deformar el marxismo-leninismo, de desorientar a la gente y apartarla de la lucha revolucionaria, de ayudar a que el capital preserve y perpetúe su sistema de opresión y explotación.

A la par de los revisionistas soviéticos y chinos, sobre los cuales ya hemos hablado, **también los revisionistas titistas yugoslavos desempeñan un papel de primer orden en el grande y peligroso juego contrarrevolucionario.**

El titismo es una vieja agencia del capital, una de las armas preferidas de la burguesía imperialista en su lucha contra el socialismo y los movimientos de liberación.

Los pueblos de Yugoslavia lucharon con abnegación contra los ocupantes nazi fascistas por la libertad, la democracia y el socialismo. Lograron liberar el país, pero no les dejaron llevar adelante la revolución en el camino del socialismo. La dirección revisionista yugoslava con Tito a la cabeza, trabajada hace tiempo en secreto por el Intelligence Service, aunque durante el periodo de la guerra pretendía hacer creer que conservaba los rasgos de un partido de la III Internacional, en realidad perseguía otros objetivos, en oposición al marxismo-leninismo y a las aspiraciones de los pueblos de Yugoslavia de construir una socie-

dad verdaderamente socialista en este país.

El Partido Comunista de Yugoslavia que llegó al poder, había heredado considerables errores de carácter desviacionista. Después de la Segunda Guerra Mundial manifestó acentuados rasgos nacional-chovinistas, que ya habían aflorado en los tiempos de la guerra. Estos rasgos aparecieron en su renuncia a la ideología marxista-leninista, en sus posturas respecto a la Unión Soviética y Stalin, en sus actitudes y actos chovinistas hacia Albania, etc.

El sistema de democracia popular que se instauró en Yugoslavia, era provisional, no se ajustaba a los deseos de la camarilla en el poder, a pesar de que esta camarilla no dejaba de auto-denominarse «marxista». Los titistas no estaban por la construcción del socialismo, no estaban por que el Partido Comunista de Yugoslavia se guiara por la teoría marxista-leninista y no aceptaban la dictadura del proletariado. En esto tuvo su origen el conflicto que estalló entre la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros y el Partido Comunista de Yugoslavia. Se trataba de un conflicto ideológico entre el marxismo-leninismo y el revisionismo, y no de un conflicto entre personas por razones de «predominio», como quieren presentarlo los revisionistas. Stalin defendía la pureza de la teoría marxista-leninista, Tito defendía la corriente desviacionista, revisionista, antimarxista del revisionismo moderno, siguiendo las huellas de Browder y de los otros oportunistas, que aparecieron en vísperas y en el curso de la Segunda Guerra Mundial.

En los primeros años de la liberación, la dirección yugoslava simulaba tomar como ejemplo la construcción del socialismo en la Unión Soviética y proclamó que estaba construyendo el socialismo en Yugoslavia. Esto se hacía para embaucar a los pueblos de Yugoslavia que habían derramado la sangre y aspiraban al socialismo auténtico.

De hecho, los titistas no estaban ni podían estar por el régimen social socialista ni por la forma de organización del estado soviético, porque Tito abogaba por el sistema capitalista y por

un estado esencialmente democrático-burgués, donde su camarilla tuviera el poder. Este estado serviría para crear la idea de que en Yugoslavia se construía el socialismo, pero un socialismo «específico» de un «tipo más humano», precisamente esa especie de «socialismo» que serviría de quinta columna en el seno de los países socialistas. Todo había sido bien calculado y coordinado por los imperialistas anglo-norteamericanos y el grupo titista. Así los revisionistas yugoslavos, haciendo el juego al imperialismo y al capitalismo mundial, y en colusión con ellos, se pusieron en contra de la Unión Soviética.

El imperialismo inglés, y posteriormente el norteamericano, continuando sus viejos planes, ya en los tiempos de la lucha antifascista de liberación nacional, ayudaron a Tito no sólo a separarse de la Unión Soviética, sino también a emprender actos de sabotaje contra ella y, sobre todo a trabajar para separar del campo socialista otros países de democracia popular, a fin de aislar a la Unión Soviética de todos estos países y unirlos con Occidente. Esta era la política del capitalismo mundial y de su agente el titismo.

Churchill, este anticomunista rabioso, se interesó directa y personalmente por poner a Tito y su grupo al servicio del capitalismo. Durante la guerra, envió junto al estado mayor de Tito, como dice el propio líder británico, a sus «amigos de mayor confianza» y después a su hijo. Por último, él mismo se entrevistó con Tito en Nápoles, en agosto de 1944, para asegurarse plenamente de que no le andaba con subterfugios. En sus memorias Churchill escribe que, en sus conversaciones con Tito, éste se mostró dispuesto a hacer más tarde una declaración abierta diciendo que «el comunismo no será instaurado en Yugoslavia después de la guerra».

Tito puso tanta energía en servir a sus amos, que Churchill apreciando sus grandes servicios, le declaró: «Ahora comprendo que usted tenía razón, por eso estoy con usted, le quiero mucho, incluso mucho más que antes». No se podría imaginar una declaración de amor más ardiente.

Sin haberse separado por completo de la Unión Soviética y de los países de democracia popular, Yugoslavia recibió considerables ayudas económicas, políticas, ideológicas y militares de los imperialistas, en particular del imperialismo norteamericano, ayudas que con el correr del tiempo fueron más frecuentes y continuas.

Estas ayudas fueron concedidas sólo a condición de que el país se desarrollase en la vía capitalista. La burguesía imperialista no se oponía a que Yugoslavia conservara exteriormente formas socialistas, al contrario, le interesaba mucho que se presentara con un barniz socialista porque así serviría como un arma más eficaz en la lucha contra el socialismo y los movimientos de liberación. Este tipo de «socialismo» no sólo se diferenciaría por completo; sino que además sería contrario al socialismo previsto y realizado por Lenin y Stalin.

En un periodo relativamente breve, Yugoslavia se convirtió en el portavoz «socialista» del imperialismo norteamericano, en agencia diversionista destinada a ayudar al capital mundial. Desde 1948 hasta hoy día, el titismo se ha caracterizado por una febril actividad contra el marxismo-leninismo, para organizar en todo el mundo una campaña propagandística que presente el sistema yugoslavo bajo la forma de un régimen «socialista auténtico», como una «sociedad nueva», como un «socialismo no alineado», que no es como el que Lenin y Stalin habían construido en la Unión Soviética, sino un régimen socialista «con rostro humano», que se experimenta por primera vez en el mundo y que da «brillante resultado». Esta propaganda se ha propuesto y se propone meter en un callejón sin salida a los pueblos y a las fuerzas progresistas, que luchan por la libertad y la independencia en los cuatro puntos cardinales del globo.

Los revisionistas yugoslavos adoptaron en su país las formas de gobierno que en los tiempos de Lenin pretendieron utilizar en la Unión Soviética los trotskistas y otros elementos anarquistas incitados por la burguesía capitalista para sabotear la construcción del socialismo. Adoptando estas formas, Tito, mientras de-

cía que estaba construyendo el socialismo, deformó por completo los principios marxista-leninistas de la edificación de la industria, la agricultura, etc.

En el plano de la administración y la dirección organizativo-política, las Repúblicas de Yugoslavia adquirieron una fisonomía tal que el centralismo democrático fue liquidado, el papel del Partido Comunista de Yugoslavia se desvaneció. El Partido Comunista de Yugoslavia cambió de nombre, transformándose en «Liga de los Comunistas de Yugoslavia», denominación en apariencia marxista, pero antimarxista en su contenido, en sus normas, en sus atribuciones y en sus fines. La Liga se convirtió en un frente sin columna vertebral, se despojó de los rasgos distintivos de un partido marxista-leninista, conservó la vieja forma, pero ya no desempeñaba el papel de vanguardia de la clase obrera, ya no era la fuerza política que dirigía la República Federativa de Yugoslavia, sino que, según decían los revisionistas, sólo cumplía funciones «educativas» generales.

La dirección titista puso el partido bajo la dependencia y el control de la UDB, lo transformó en una organización fascista, y el estado en una dictadura fascista. Nosotros conocemos de sobra el carácter extremadamente peligroso de estos actos, porque lo mismo pretendió hacer en Albania el agente de los titistas Koci Xoxe.

Tito, Rankovic y su red de agentes liquidaron por entero todo lo que podía tener el verdadero color del socialismo. El titismo combatió encarnizadamente a los elementos del interior que buscaban hacer saltar por los aires esta red de agentes y esta organización capitalista-revisionista, así como a la propaganda marxista-leninista que se desarrollaba en el exterior y desmascaraba ese sistema que se hacía pasar por socialista.

La dirección titista abandonó muy pronto la colectivización de la agricultura que había empezado en los primeros años, creó las granjas estatales capitalistas, estimuló el desarrollo de la propiedad privada en el campo, permitió la compraventa de la tierra, rehabilitó a los kulaks, dejó el camino libre al floreci-

miento del mercado privado en la ciudad y en el campo, emprendió las primeras reformas que reforzaban la orientación capitalista de la economía.

Entretanto, la burguesía titista estaba en busca de una forma «nueva» para disfrazar el sistema capitalista yugoslavo, y la encontró. Le dieron el nombre de «autogestión» yugoslava. La vistieron con un ropaje «marxista-leninista», pretendiendo que este sistema era el socialismo más auténtico.

Inicialmente, la «autogestión» nació como un sistema económico, luego se extendió al dominio de la organización estatal y a todos los demás terrenos de la vida del país.

La teoría y la práctica de la «autogestión» yugoslava son una negación abierta de las enseñanzas del marxismo-leninismo y de las leyes generales de la construcción del socialismo. El sistema económico y político de «autogestión», es una forma anarcosindicalista de la dictadura burguesa que domina en la Yugoslavia dependiente del capital internacional.

El sistema de «autogestión» con todos sus rasgos distintivos, como la eliminación del centralismo democrático, del papel de la dirección única del estado, el federalismo anarquista, la ideología antiestado en general, ha provocado en Yugoslavia un desorden y una confusión económica, política e ideológica permanentes, un desarrollo débil y desigual entre sus repúblicas y regiones, grandes diferenciaciones sociales y de clase, discordia y opresión nacional y degeneración de la vida espiritual. Ha causado un marcado fraccionamiento de la clase obrera, suscitando rivalidades entre sus diversos destacamentos y alimentando el espíritu burgués sectorial, localista e individualista. En Yugoslavia, la clase obrera no sólo no desempeña el papel hegemónico en el estado y la sociedad, sino que el sistema de «autogestión» la pone en condiciones de incapacidad para defender sus propios intereses generales y actuar unida y compacta.

El mundo capitalista, sobre todo el imperialismo norteamericano, ha vertido en Yugoslavia ingentes capitales en forma de inversiones, créditos y empréstitos. Son estos capitales los que

constituyen la base material del desarrollo del «socialismo de autogestión» capitalista yugoslava. Sólo la deuda exterior asciende a más de 11.000 millones de dólares. Yugoslavia ha recibido de los Estados Unidos de América más de 7.000 millones de dólares en forma de créditos.

A pesar de los numerosos créditos que la dirección titista recibe del exterior, los pueblos de Yugoslavia no han probado ni prueban los «brillantes resultados» del «socialismo» específico. Por el contrario, en Yugoslavia existe un caos político e ideológico, reina un sistema que engendra un enorme paro forzoso en el interior y una fuerte emigración de mano de obra hacia el exterior, lo que hace de Yugoslavia un país totalmente dependiente de las potencias imperialistas. Los pueblos yugoslavos son explotados hasta la médula para satisfacer los intereses de la clase en el poder y los de todas las potencias imperialistas que han hecho inversiones en este país.

Al estado yugoslavo no le importa que los precios aumenten a diario, que la miseria de las masas trabajadoras aumente sin cesar, y que el país se haya hundido en deudas, además de verse profundamente sumido en la grave crisis del mundo capitalista. La independencia y la soberanía de Yugoslavia están truncadas porque, entre otras cosas, el país no cuenta con un potencial económico enteramente propio. La parte principal de este potencial es común a firmas extranjeras y a diversos estados capitalistas, y por ello sólo puede sentir sobre sus espaldas los efectos desastrosos de la crisis y de la explotación extranjera.

No es por casualidad que el capitalismo mundial apoye tanto, política y financieramente, a la «autogestión» yugoslava y haga coro a la propaganda titista para vender este sistema como una «forma nueva y experimentada de la construcción del socialismo» válida para todos los países.

Lo hace porque la forma de la «autogestión» yugoslava es una vía de subversión y diversión ideológica y política contra los movimientos revolucionarios y de liberación del proletariado y de los pueblos, es una manera de abrir paso a la penetra-

ción política y económica del imperialismo en diversos países del mundo. El imperialismo y la burguesía quieren mantener la «autogestión», para ciertas circunstancias y países, como un sistema de reserva para prolongar los días del capitalismo, que no expira fácilmente, sino que hace esfuerzos por encontrar diversas formas de gobernar a expensas de los pueblos.

Un gran servicio prestan a los diversos imperialistas las teorías y prácticas yugoslavas del «no–alineamiento», ya que les ayudan a engañar a los pueblos. Esto les interesa tanto a los imperialistas como a los socialimpertalistas, porque les ayuda a establecer y reforzar su influencia en los «países no alineados», apartar a los pueblos amantes de la libertad del camino de la liberación nacional y la revolución proletaria. Por ello, Carter, Brezhnev y también Jua Kuo–feng, elogian la política titista de los «no alineados» y tratan de aprovecharla para sus propios designios.

El titismo ha sido y sigue siendo un arma de la burguesía imperialista, un bombero de la revolución. Se mantiene en la misma fila, tiene los mismos objetivos y está en unidad ideológica con el revisionismo moderno en general y con sus diversas variantes. Las vías, las formas, las tácticas a las que recurren en la lucha contra el marxismo–leninismo, contra la revolución y el socialismo pueden ser diferentes, pero los objetivos contrarrevolucionarios son los mismos.

En los esfuerzos que hacen la burguesía y la reacción para aplastar la lucha revolucionaria del proletariado y de los pueblos, **les prestan un gran servicio los partidos revisionistas de Europa, en primer término, así como los de los demás países en todos los continentes.**

Los partidos revisionistas de los países de Europa Occidental despliegan esfuerzos para levantar una teoría sobre una «sociedad nueva» llamada socialista,* a la que esperan llegar con

* Ver: Enver Hoxa, *Eurocomunismo es anticomunismo*.

«reformas estructurales» y en estrecha coalición con los partidos socialdemócratas, e incluso con los partidos de derecha. Esta sociedad, según ellos, se edificará sobre nuevos fundamentos con «reformas sociales», en «paz social»; por «vía parlamentaria», a través del «compromiso histórico» con los partidos burgueses.

Los partidos revisionistas de Europa, como los de Italia, Francia y España, y tras ellos todos los demás partidos revisionistas de Occidente, niegan el leninismo, la lucha de clases, la revolución y la dictadura del proletariado. Todos se han metido en el camino del compromiso con la burguesía capitalista. Han bautizado esta línea antimarxista con el nombre de «eurocomunismo». El «eurocomunismo» es una nueva corriente pseudo comunista que está y no está en oposición al bloque revisionista soviético. Esta actitud vacilante se explica con su propósito de tener una coexistencia de ideas con la socialdemocracia europea, con toda la diversidad de concepciones que se cuecen en la caldera de Europa. Los «eurocomunistas» pueden unirse a quienquiera que sea, a excepción de aquellos que luchan por el triunfo de la revolución y por la pureza de la ideología marxista–leninista.

Todas las corrientes revisionistas, oportunistas y socialdemócratas hacen todo lo que está a su alcance por favorecer los diabólicos actos de las superpotencias que tienen como fin aplastar la revolución y los pueblos. El que estas corrientes apoyen los organismos supuestamente nuevos de la burguesía, tiene como único objetivo estrangular la revolución, poniéndole mil y un obstáculos materiales, políticos e ideológicos. Ellas se afanan por desorientar y dividir al proletariado y sus aliados, porque saben que divididos y escindidos en luchas fraccionalistas, no podrán lograr ni en el interior de un país ni en la plataforma internacional la unidad ideológica, política y de combate que es requisito indispensable para enfrentar los ataques del capitalismo mundial en descomposición.

La coalición del revisionismo moderno con la socialdemo-

cracia tiene miedo al advenimiento del fascismo, sobre todo en algunos países que están amenazados por la extrema derecha. Para evitar la dictadura fascista, los revisionistas y los socialdemócratas intentan «atenuar» las contradicciones y la lucha de clases entre las masas del pueblo y el proletariado, de una parte, y la burguesía capitalista, de otra. Así pues, para poder asegurar una «paz social», estos sujetos de la coalición deben hacerse concesiones mutuas, concertar compromisos con la burguesía capitalista, entenderse con ella sobre una especie de régimen adecuado para ambas partes. Así, mientras la burguesía capitalista y sus partidos continúan abiertamente su lucha contra el comunismo, los partidos revisionistas intentan tergiversar el marxismo-leninismo, la ideología rectora de la revolución.

Los sindicatos reformistas, educados y entrenados especialmente en compromisos con la patronal y únicamente para reclamar limosnas económicas, y no para declarar huelgas por reivindicaciones políticas y lograr el objetivo del proletariado de tomar el poder, se han convertido en sostén de los partidos revisionistas de Europa. Como es natural, los tejemanajes están encaminados a equilibrar la oferta y la demanda, una parte reclama limosnas y la otra determina la cuantía de estas limosnas. Ambas partes, tanto los sindicatos reformistas y los partidos revisionistas, como la patronal con sus partidos, su poder y sus sindicatos, están amenazadas por la revolución, por el proletariado, por sus partidos verdaderamente marxista-leninistas. Por eso, están en busca de un compromiso reaccionario, solución que no puede ser idéntica en todos los países capitalistas, a causa de las diferencias en cuanto a la fuerza del capital, a las proporciones de la crisis y a la amplitud de las contradicciones internas que los corroen.

La revolución, única arma para destruir la estrategia de los enemigos del proletariado y de los pueblos

Todos los enemigos, los imperialistas, los socialimperialistas y los revisionistas, juntos o por separado, luchan por embaucar a la humanidad progresista, por desacreditar el marxismo-leninismo y particularmente por tergiversar la teoría leninista de la revolución, por aplastar la revolución, cualquier resistencia popular y lucha de liberación nacional.

El arsenal de los enemigos del marxismo-leninismo es grande, pero también las fuerzas de la revolución son colosales. Son precisamente estas fuerzas que están en ebullición, las que se enfrentan a los enemigos de la revolución y los combaten, las que han turbado el sueño del mundo capitalista y de la reacción mundial y les han hecho la vida imposible.

*«Un fantasma recorre Europa: et fantasma del comunismo. Todas Las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma».**

Esta constatación de Marx y Engels sigue siendo actual en nuestros días. El imperialismo, el socialimperialismo y el revisionismo moderno se imaginan que el peligro del comunismo ha sido eliminado, porque, al creer que el duro golpe que ha sufrido la revolución debido a la traición revisionista es irreparable, menosprecian la fuerza del marxismo-leninismo, sobreestiman las fuerzas materiales, militares, represivas y económicas de que disponen. Por su parte, esto no es más que una ilusión.

El proletariado mundial recobra sus fuerzas. El y los pueblos amantes de la libertad de día en día se dan cuenta por su propia

* C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*, pág. 13, Tirana, 1974, ed. en albanés.

experiencia de la traición de los revisionistas titistas, jruschovistas, chinos, «eurocomunistas», etc. El tiempo trabaja para la revolución, para el socialismo y no para la burguesía y el imperialismo, ni para el revisionismo moderno y la reacción mundial. El fuego de la revolución arde por doquier en los corazones de los pueblos oprimidos que anhelan conquistar la libertad, la democracia, la verdadera soberanía, tomar el poder en sus manos y seguir el camino del socialismo, destruyendo al imperialismo y a sus lacayos.

Actualmente ocurre el mismo fenómeno que en la época de Lenin, cuando la ruptura con la II Internacional dio lugar a la creación de nuevos partidos marxista-leninistas. La traición revisionista ha llevado y lleva aparejada necesariamente la creación y el fortalecimiento, en todas partes, de los verdaderos partidos comunistas, que han recogido y enarbolado la bandera del marxismo-leninismo y de la revolución, desechada y pisoteada por los revisionistas. Estos partidos deben contraponer a la estrategia global del imperialismo mundial y del revisionismo, la gloriosa estrategia leninista de la revolución, la gran teoría del marxismo-leninismo. Les incumbe hacer a las masas plenamente conscientes de los objetivos y de la justeza de su lucha, de los sacrificios que se precisan; les incumbe agruparlas, organizarlas, dirigir las y conducir las a la victoria.

Los marxista-leninistas, que estamos al frente de la titánica lucha que se desarrolla en la actualidad entre el proletariado y los pueblos oprimidos que aspiran a la libertad, por un lado, y los feroces y voraces imperialistas, por otro lado, debemos darnos cuenta cabalmente de los objetivos, las tácticas, los métodos y las formas de lucha de los enemigos comunes y de los enemigos específicos de cada país. No podemos considerar esto en su justo valor, si no nos apoyamos firmemente en la teoría marxista-leninista de la revolución, si no vemos que en las situaciones actuales existe y seguirá existiendo en el futuro una serie de eslabones débiles en la cadena del capitalismo mundial, en los cuales los revolucionarios y los pueblos deben desarrollar una

actividad ininterrumpida, una lucha organizada, inflexible y valerosa a fin de que estos eslabones vayan desgajándose de manera sucesiva. Esto, naturalmente, exige esfuerzos, lucha, sacrificios y espíritu de abnegación. Los pueblos y los hombres valerosos, guiándose por los intereses de la revolución, pueden hacer y harán frente a las grandes fuerzas del imperialismo, del socialimperialismo y de la reacción, que se unen entre sí, que conciertan nuevas alianzas y buscan una salida a las situaciones difíciles en las que se encuentran. Los revolucionarios, los marxista-leninistas, la lucha de los pueblos en todos los continentes, en todos los países, son los que crean estas situaciones difíciles a esas fuerzas regresivas.

Los comunistas, en todas partes del mundo, no tienen por que temer los falsos mitos que han predominado por cierto tiempo en el pensamiento revolucionario. Los comunistas deben esforzarse por ganarse a los que se equivocan, con el fin de corregirlos, haciendo todas las tentativas posibles en este sentido, naturalmente, sin caer ellos mismos en el oportunismo. En el proceso de la lucha de principios, trascenderán, en un comienzo, algunas vacilaciones, pero las vacilaciones se manifestarán en los vacilantes, mientras que en los que están resueltos y aplican acertadamente la teoría marxista-leninista, en los que consideran de manera correcta los intereses del proletariado de sus países, del proletariado mundial y de la revolución, no habrá vacilaciones, bien al contrario, cuando los vacilantes vean que sus camaradas se mantienen firmes en sus concepciones revolucionarias marxista-leninistas, se harán más fuertes en su lucha.

Si los marxista-leninistas aplican de manera justa y decidida la teoría marxista-leninista, sobre la base de las actuales condiciones internacionales y nacionales, si consolidan sin cesar la unidad internacionalista proletaria, en implacable lucha contra el imperialismo y cada corriente del revisionismo moderno, con seguridad vencerán todas las dificultades que encontrarán en su camino, aunque sean muy grandes. El marxismo-leninismo y sus principios inmortales, correctamente aplicados, conducirán

de manera inevitable a la destrucción del capitalismo mundial y al triunfo de la dictadura del proletariado, mediante la cual la clase obrera construirá el socialismo y se encaminará al comunismo.

II

LA TEORÍA LENINISTA SOBRE EL IMPERIALISMO MANTIENE TODA SU ACTUALIDAD

En las condiciones presentes, cuando, so pretexto de que las situaciones han cambiado, la causa de la revolución y la liberación de los pueblos es blanco de los ataques de los revisionistas jruschovistas, titistas, «eurocomunistas», chinos y las demás corrientes antimarxistas, adquiere una importancia de primer orden el profundizar en el estudio de las obras de Lenin sobre el imperialismo.

Debemos volver de nuevo a estas obras, y estudiar profundamente y con suma meticulosidad en particular la genial obra de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Al estudiar con atención esta obra, veremos asimismo cómo los revisionistas, y entre estos también los dirigentes chinos, desnaturalizan el pensamiento leninista sobre el imperialismo, cómo entienden los objetivos, la estrategia y las tácticas de éste. Sus escritos, declaraciones, posiciones y actos demuestran que consideran de forma muy errónea la naturaleza del imperialismo, la ven desde posiciones contrarrevolucionarias y antimarxistas, tal como hacían todos los partidos de la II Internacional y sus ideólogos, Kautsky y compañía, que han sido desenmascarados sin compasión por Lenin.

Si estudiamos atentamente esta obra de Lenin y nos atenemos con fidelidad a su análisis y conclusiones geniales, veremos que el imperialismo en nuestros días conserva en su totalidad los mismos rasgos característicos definidos por Lenin, veremos que la definición leninista de nuestra época, como la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, permanece inmutable, veremos que el triunfo de la revolución es inevitable.

Como es sabido, Lenin comienza su análisis del imperialismo con **la concentración de la producción, del capital y con los monopolios**. Los fenómenos de la concentración y centralización de la producción y del capital también hoy en día solo pueden ser analizados correcta y científicamente basándose en el análisis leninista del imperialismo.

Un rasgo característico del capitalismo actual es la concentración cada vez mayor de la producción y del capital, que ha llevado a la unión de las pequeñas empresas con las empresas poderosas, o a la absorción de aquellas por estas. Asimismo esto ha traído como consecuencia el agrupamiento masivo de la fuerza de trabajo en grandes trusts y consorcios. Además estas empresas han concentrado en sus manos enormes capacidades productivas, fuentes energéticas y de materias primas en proporciones incalculables. En la actualidad, en las grandes empresas capitalistas se explota también la energía nuclear y la tecnología más reciente, que pertenecen exclusivamente a dichas empresas.

Estos gigantescos organismos tienen un carácter nacional e internacional. En el interior del país han destruido la mayoría de los pequeños patronos e industriales, mientras que en el plano internacional se han erigido en consorcios colosales, que abarcan ramas enteras de la industria, la agricultura, la construcción, el transporte, etc., de muchos países. Dondequiera que los consorcios hayan clavado sus garras y que un puñado de capitalistas multimillonarios haya realizado la concentración de la pro-

ducción, se amplía y profundiza la tendencia a eliminar a los pequeños patronos e industriales. Este camino ha conducido al ulterior fortalecimiento de los monopolios.

*«Esta transformación de la competencia en monopolio –ha dicho Lenin– constituye uno de los fenómenos más importantes –por no decir el más importante– de la economía del capitalismo contemporáneo... »**

Al hablar sobre este rasgo del imperialismo, añadía que

*«...la aparición del monopolio, al concentrarse la producción, es en general una ley universal y fundamental de la presente fase del desarrollo del capitalismo».***

El desarrollo del capitalismo en las condiciones actuales confirma enteramente la conclusión de Lenin arriba mencionada. En nuestros días los monopolios son el fenómeno más típico y más corriente, que determina la fisonomía del imperialismo, su esencia económica. En los países imperialistas, como los Estados Unidos de América, la República Federal de Alemania, Inglaterra, Japón, Francia, etc., la concentración de la producción ha adquirido proporciones inusitadas.

Así, por ejemplo, en 1976, en las 500 corporaciones norteamericanas más grandes, trabajaban casi 17 millones de personas, que representaban más del 20 por ciento de la mano de obra ocupada. A ellas correspondía el 66 por ciento de las mercancías vendidas. En la época en la que Lenin escribió su obra: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en el mundo capitalista sólo existían una gran compañía norteamericana, la «Uni-

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXII, pág. 237, ed. en albanés.

** *Ibidem*, pág. 241.

ted States Steel Corporation», cuyo capital activo ascendía a más de mil millones de dólares, mientras que en 1976 el número de sociedades multimillonarias era alrededor de 350. El trust automovilístico «General Motors Corporation», este súper monopolio, en 1975 disponía de un capital global superior a los 22.000 millones de dólares y explotaba a un ejército de 800.000 obreros. A éste le sigue el monopolio «Standard Oil of New Jersey», que domina la industria petrolera de los Estados Unidos de América y de los demás países y explota a más de 700.000 obreros. En la industria automovilística existen tres grandes monopolios que venden más del 90 por ciento de la producción de dicha rama; en las industrias aeronáutica y siderúrgica cuatro compañías gigantescas dan, respectivamente, el 65 y el 47 por ciento de la producción.

Un proceso similar ha tenido y tiene lugar también en los otros países imperialistas. En la República Federal de Alemania, el 13 por ciento del total de las empresas han concentrado en sus manos alrededor del 50 por ciento de la producción y el 40 por ciento de la fuerza laboral del país. En Inglaterra dominan 50 grandes monopolios. La corporación británica del acero proporciona más del 90 por ciento de la producción del país. En Francia las tres cuartas partes de esta producción están concentradas en las manos de dos sociedades; cuatro monopolios poseen toda la producción de automóviles y otros cuatro toda la producción de los derivados del petróleo. En el Japón, diez grandes campañas siderúrgicas producen todo el hierro colado y más de las tres cuartas partes del acero, mientras que en la metalurgia no ferrosa actúan ocho compañías. Y lo mismo sucede en las demás ramas y sectores.*

Las pequeñas y medianas empresas, que subsisten en estos países; dependen directamente de los monopolios. Reciben en-

* Los datos han sido extraídos de *Monthly Bulletin of Statistics*, United Nations, 1977; del *Statistical Yearbook*, 1976; de la revista norteamericana *Fortune*, 1976, etc.

cargos de estos monopolios y trabajan para ellos, reciben créditos y materias primas, tecnología; etc. Prácticamente se han convertido en sus apéndices.

Hoy la concentración y la centralización de la producción y del capital, creando monopolios gigantescos que no cuentan con una unidad tecnológica, están muy propagadas. En el interior de estos gigantescos monopolios «conglomerados», actúan empresas y ramas enteras dedicadas a la producción industrial, la construcción, el transporte, el comercio, los servicios, la infraestructura, etc., que producen desde juguetes para niños hasta misiles intercontinentales.

La potencia económica de los monopolios y la creciente concentración del capital, hacen que las «pequeñas criaturas», es decir, las empresas no monopolizadas, típicas del pasado, no sean las únicas víctimas de la lucha competitiva, sino también las grandes empresas y grupos financieros. Debido a la desenfrenada sed de los monopolios de obtener elevados beneficios y a la exacerbación al máximo de la competencia, este proceso, a lo largo de los últimos dos decenios, ha adquirido proporciones colosales. Actualmente las fusiones y las absorciones en el mundo capitalista son de 7 a 10 veces mayores que en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

La fusión y la unión de las empresas industriales, comerciales, agrícolas y bancarias, han llevado a crear las nuevas formas de los monopolios, los grandes complejos industrial-comerciales, o industrial-agrarios, formas que son aplicadas ampliamente no sólo en los países capitalistas de Occidente, sino también en la Unión Soviética, Checoslovaquia, Yugoslavia y otros países revisionistas. En el pasado las uniones monopolistas realizaban el transporte y la venta de mercancías con la ayuda de otras firmas independientes; hoy los monopolios tienen en su poder tanto la producción, como el transporte y el mercado.

Los monopolios no sólo intentan evitar la competencia entre las empresas que engloban, sino que además han echado la zarpa con el propósito de monopolizar todas las fuentes de mate-

rias primas, todas las zonas ricas en minerales esenciales, como hierro, hulla, cobre, uranio, etc. Este proceso se desarrolla en el plano nacional e internacional.

La concentración de la producción y del capital adquirió enormes proporciones, en particular después de la Segunda Guerra Mundial, con la ampliación y el desarrollo del sector del capitalismo monopolista de estado.

El capitalismo monopolista de estado representa la subordinación del aparato estatal con respecto a los monopolios, la implantación de la dominación total de éstos en la vida económica, política y social del país. De este modo el estado interviene directamente en la economía en interés de la oligarquía financiera, para asegurar el máximo beneficio a la clase que detenta el poder a través de la explotación de todos los trabajadores y para estrangular la revolución y las luchas de liberación de los pueblos.

La propiedad monopolista estatal, como uno de los elementos básicos más característicos del capitalismo monopolista de estado, no representa la propiedad de un solo capitalista o de un grupo de capitalistas particulares, sino la propiedad del estado capitalista, la propiedad de la clase burguesa que está en el poder. En diversos países imperialistas el sector capitalista monopolista de estado ocupa del 20 al 30 por ciento en la producción global.

El capitalismo monopolista de estado, que representa el nivel más alto de la concentración de la producción y del capital, es la principal forma de propiedad actualmente dominante en la Unión Soviética y en los demás países revisionistas. Este capitalismo monopolista de estado está al servicio de la nueva clase burguesa en el poder.

También en China, por medio de una serie de reformas, como la institución de la ganancia en tanto que objetivo principal de la actividad de las empresas, la aplicación de las prácticas capitalistas de organización, dirección y remuneración, la creación de regiones económicas, trusts y combinados muy semejantes a

los existentes en la Unión Soviética, Yugoslavia y Japón, la apertura de las puertas al capital extranjero, los vínculos directos de las empresas de este país con los monopolios extranjeros, etc., la economía está adquiriendo formas típicas del capitalismo monopolista de estado.

Actualmente en el mundo capitalista y revisionista la concentración y la centralización de la producción y del capital han llegado a un nivel interestatal. Esta tendencia es estimulada y realizada en la práctica también por el Mercado Común Europeo, el COMECON, etc., que representan la unión de los monopolios de las diversas potencias imperialistas.

En su época, Lenin, al analizar las formas de los monopolios internacionales, se refería a los cárteles y sindicatos. En las condiciones actuales, cuando la concentración de la producción y del capital ha adquirido enormes proporciones, la burguesía monopolista ha hallado nuevas formas de explotación de los trabajadores. Se trata de las sociedades multinacionales.

En apariencia estas sociedades se presentan como propiedad común de los capitalistas de muchos países. En realidad, las multinacionales, en lo referente al capital y al control, pertenecen fundamentalmente a un solo país, mientras su actividad se lleva a cabo en muchos. Ellas se amplían cada vez más mediante la absorción de pequeñas y grandes sociedades y firmas locales que están en la imposibilidad de hacer frente a la feroz competencia.

Las multinacionales abren filiales y extienden sus empresas a los países donde está más garantizada la perspectiva de obtener el máximo beneficio. La multinacional norteamericana «Ford», por ejemplo, ha instalado en otros países 20 grandes plantas industriales, en las que trabajan 100.000 obreros de distintas nacionalidades.

Entre las sociedades multinacionales y el estado burgués existen estrechos lazos y una dependencia mutua, que están basados en su carácter de clase y explotador. El estado capitalista es empleado como un instrumento al servicio de sus fines de do-

minación y expansión, tanto en el plano nacional como en el internacional.

Por su gran papel económico y el importante peso que tienen en toda la vida del país, algunas multinacionales, tomadas por separado, constituyen una gran fuerza económica que alcanza, o supera en muchos casos, el presupuesto o la producción de varios países capitalistas desarrollados tomados en conjunto. Una poderosa multinacional de los Estados Unidos de América, la «General Motors Corporation», tiene una producción industrial superior a la de Holanda, Bélgica y Suiza juntas. Estas sociedades intervienen para asegurarse favores y privilegios especiales en los países donde actúan. A título de ejemplo, en 1975, los propietarios de la industria electrónica de los Estados Unidos de América exigieron al gobierno mexicano modificar el Código Laboral que establecía algunas medidas de protección, pues de lo contrario transferirían su industria a Costa Rica, y, para presionar, cerraron muchas fábricas en las que trabajaban unos 12.000 obreros mexicanos.

Las multinacionales son palancas del imperialismo y una de sus principales formas de expansión. Son pilares del neocolonialismo y vulneran la soberanía nacional y la independencia de los países en que actúan. Dichas sociedades, para abrir paso a su dominación, no se detienen ante ningún crimen, desde la organización de complotos y el trastorno de la economía, hasta el soborno puro y simple de altos funcionarios, de dirigentes políticos y sindicales, etc. El escándalo de la Lockheed fue la mejor confirmación de esto.

Un considerable número de multinacionales han sido instaladas y desarrollan su actividad también en los países revisionistas.³ También han empezado a introducirse en China.

³ En la Unión Soviética se han instalado o cuentan con oficinas 17 multinacionales norteamericanas, 18 japonesas, 13 germanooccidentales, 20 francesas, 7 italianas, etc. En Polonia se han establecido más de 30 multinacionales, de ellas: 10 son norteamericanas, 6 germanooccidentales, 6 inglesas, 3 japonesas, etc. En Rumania 32, en Hungría 31, en Checoslovaquia 30, y así

La concentración y la centralización de la producción y del capital, que hoy caracterizan al mundo capitalista y que han conducido a una gran socialización de la producción, no han modificado en absoluto la esencia explotadora del imperialismo. Por el contrario, han intensificado la opresión y provocado una pauperización creciente de los trabajadores. Estos fenómenos confirman por completo la tesis de Lenin de que en las condiciones de la concentración de la producción y del capital, en el imperialismo

*«tiene lugar un gigantesco progreso de la socialización de la producción», pero sin embargo «...la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de la producción siguen siendo propiedad privada de un reducido número de individuos.»**

Los monopolios y las multinacionales siguen siendo grandes enemigos del proletariado y de los pueblos.

La intensificación del proceso de concentración de la producción y del capital que se desarrolla en nuestros días, ha re-crudecido aún más la contradicción fundamental del capitalismo, la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación, así como todas las demás contradicciones. Al igual que en el pasado, también hoy en día, los enormes ingresos y superganancias que se obtienen de la cruel explotación de los obreros, son apropiados por un puñado de magnates capitalistas. Los medios de producción, con que han sido equipadas las ramas unificadas de la industria, son, igualmente, propiedad privada de los capitalistas, mientras la clase obrera sigue siendo esclava de los poseedores de los medios de producción y la fuerza de sus brazos continúa siendo

sucesivamente en otros países revisionistas. (Los datos son suministrados por el libro *Vodka-Kola* de Carlos Levinson, 1977, págs. 79-82).

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXII, pág. 247, ed. en albanés.

una mercancía. Ahora las grandes empresas capitalistas no explotan a decenas o centenares de obreros, sino a cientos de miles. Se calcula que sólo en 1976 la plusvalía creada por la feroz explotación capitalista de este enorme ejército de obreros y arrebatada por las corporaciones norteamericanas, fue superior a los 100.000 millones de dólares, frente a 44.000 millones en 1960.

Lenin desenmascaró a los oportunistas de la II Internacional, que predicaban la posibilidad de que se liquidasen las contradicciones antagónicas del capitalismo como resultado de la aparición y del desarrollo de los monopolios. Argumentó científicamente que los monopolios, como vehículos de opresión, explotación y apropiación privada de los resultados del trabajo, agudizan aún más las contradicciones del capitalismo. Sobre la base del dominio de los monopolios, se erige la superestructura del sistema capitalista. Dicha superestructura defiende y representa, tanto en el plano nacional como en el internacional, los intereses expoliadores de los monopolios. Son los monopolios los que dictan la política interior y exterior, la política económica, social, militar, etc.

También la realidad actual de la concentración de la producción y del capital desenmascara las prédicas de los reaccionarios cabecillas de la socialdemocracia, de los revisionistas modernos y de los oportunistas de toda laya, según los cuales los trusts, la propiedad del capitalismo monopolista de estado, etc., pueden «transformarse», de manera pacífica, en economía socialista y que el capitalismo monopolista actual «se integrara» paulatinamente en el socialismo.

La concentración de la producción y del capital, nos enseña Lenin, sirve de fundamento también para aumentar la concentración del capital monetario, para concentrarlo en manos de los grandes bancos, para que aparezca y se desarrolle el capital financiero. En el curso del desarrollo del capitalismo, junto con los monopolios, los bancos adquieren un gran desarrollo; estos absorben el capital monetario de los monop-

lios y los consorcios, el de los pequeños productores y los ahorros personales. Así los bancos, que están en manos de los capitalistas y les sirven a éstos, se convierten en poseedores de los principales medios financieros.

El mismo proceso que se operó para la eliminación de las pequeñas empresas por las grandes, por los cártels y los monopolios, también se produjo en la liquidación progresiva de los pequeños bancos. De esta forma, a semejanza de las grandes empresas que crearon los monopolios, los grandes bancos fundaron sus consorcios bancarios. En estos dos últimos decenios este fenómeno ha cobrado enormes proporciones y hoy prosigue a ritmos muy altos. Un rasgo sobresaliente de las fusiones y absorciones actuales es que han afectado no sólo a los pequeños bancos, sino también a los medianos o relativamente grandes. Este fenómeno se explica por la agravación de las contradicciones de la reproducción capitalista, por la ampliación de la lucha competitiva y por la grave crisis en la que se encuentra el sistema financiero y monetario del mundo capitalista.

En los Estados Unidos de América reinan 26 grandes grupos financieros. El mayor, el grupo Morgan, cuenta con 20 grandes bancos, compañías de seguros, etc., con activos que ascienden a 90.000 millones de dólares.

El grado de concentración y centralización del capital bancario también es muy elevado en el resto de los principales países capitalistas. En Alemania Occidental, de los 70 grandes bancos existentes, tres poseen más del 58 por ciento de todos los activos bancarios. En Inglaterra toda la actividad bancaria es controlada por 4 bancos conocidos con el nombre «Big Four». También en el Japón y Francia el grado de concentración del capital bancario es elevado.

Lenin ha argumentado que el capital bancario se entrelaza con el capital industrial. Al comienzo los bancos se interesan por la suerte de los créditos que prestan a los industriales. Sirven de mediadores para que los industriales, que reciben estos créditos, se entiendan entre sí y no desarrollen la competencia,

porque ésta perjudicaría a los propios bancos. Este es el primer paso de los bancos en su ligazón con el capital industrial. Con el desarrollo de la concentración de la producción y del capital monetario, los bancos se convierten en inversionistas directos en las empresas de producción, organizando sociedades anónimas conjuntas. De este modo, el capital bancario penetra en la industria, en la construcción, en la agricultura, en los transportes, en la esfera de la circulación y en todo lo demás. Por su parte, las empresas compran gran cantidad de acciones bancarias, convirtiéndose en copartícipes. Actualmente los dirigentes de los bancos y de las empresas monopolistas forman parte de los consejos de administración de ambos, creando así lo que Lenin calificaba de «Unión personal». El capital financiero que surge de este proceso lleva en sí mismo todas las formas del capital: capital industrial, capital monetario y capital mercantil. Al caracterizar este proceso, Lenin ha dicho:

*«Concentración de la producción; monopolios que se derivan de la misma; fusión o entrelazamiento de los bancos con la industria – tal es la historia de la aparición del capital financiero y lo que dicho concepto encierra.»**

Aunque después de la Segunda Guerra Mundial el capital financiero ha crecido y ha sufrido cambios estructurales, persigue los mismos fines de siempre: asegurar el máximo beneficio por medio de la explotación de las amplias masas trabajadoras, dentro y fuera del país. Este mismo papel juegan las compañías de seguros que se han extendido mucho en estos últimos años en los principales países capitalistas, convirtiéndose en competidoras de los bancos. En los Estados Unidos de América, por ejemplo, en 1970 los activos de los bancos aumentaron 3,5 veces en comparación con el nivel de 1950, mientras que los activos de

* V. I. Lenin, *Obras*, t. XXII, pág. 273, ed. en albanés.

las compañías de seguros durante ese mismo período crecieron 6,5 veces.

Estas compañías, con los capitales que acumulan, producto del saqueo del pueblo, han llegado a conceder a los monopolios créditos que ascienden a cientos de millones de dólares. De este modo, las compañías de seguros se fusionan y se entrelazan con los monopolios industriales y bancarios, transformándose en parte orgánica del capital financiero.

La burguesía monopolista, incitada por su insaciable sed de ganancias, convierte en capital toda fuente de medios monetarios provisionalmente libres, como son las cuotas depositadas por los trabajadores para las pensiones de jubilación, los ahorros de la población, etc.

El capital financiero concentrado obtiene ingresos extraordinariamente elevados, no sólo de las ganancias que se derivan de la absorción del dinero de los consorcios, de los pequeños industriales, etc., etc., sino también emitiendo valores y practicando empréstitos. Al igual que ocurre con los depósitos de los ahorros, también en estos casos se fija una pequeña tasa de interés a favor del prestamista, pero con estas actividades el banco obtiene ganancias colosales, con las cuales aumenta su capital, aumenta las inversiones que, naturalmente, aportan al capital financiero continuos beneficios. El capital financiero invierte más en la industria, pero ha extendido su red especuladora a otras riquezas, como la tierra, los ferrocarriles y otras ramas y sectores.

Los bancos tienen posibilidades reales para conceder las considerables sumas de créditos, que requiere el alto nivel de la concentración de la producción y la dominación de los monopolios. De este modo, a las grandes uniones monopolistas se les crean condiciones favorables para explotar más ferozmente a las masas trabajadoras dentro y fuera del país, a fin de asegurar el máximo beneficio.

Con la restauración del capitalismo en la Unión Soviética y en los demás países revisionistas, los bancos adquirieron todos los rasgos característicos de los monopolios. En ellos, al igual

que en todos los demás países capitalistas, los bancos sirven para explotar a las amplias masas trabajadoras, tanto dentro como fuera del país.

Durante los últimos años, en los países capitalistas y revisionistas ha crecido rápidamente el comercio con el crédito que se abre a los clientes para que adquieran artículos de consumo y especialmente mercancías duraderas. Con la concesión de este tipo de crédito, la burguesía se asegura mercados para la venta de sus mercancías, los capitalistas se embolsan inmensas ganancias gracias a las altas tasas de interés, los deudores se atan de pies a cabeza a los acreedores y las firmas capitalistas.

En la actualidad, las deudas y otras formas de obligaciones de los trabajadores con los bancos y las instituciones crediticias han aumentado considerablemente. Sólo en los Estados Unidos de América, en 1976, el endeudamiento de la población debido a este tipo de créditos ascendía a 167.000 millones de dólares frente a 6.000 millones en 1945; mientras que en la República Federal de Alemania el endeudamiento de la población era superior a los 46.000 millones de marcos.

El aumento de la concentración y la centralización del capital bancario ha conducido a una mayor dominación económica y política por parte de la oligarquía financiera y a la utilización de una serie de formas y métodos a fin de aumentar el yugo económico, la pobreza y la miseria de las amplias masas trabajadoras.

El desarrollo del capital financiero ha hecho posible que se concentrara en manos de un puñado de poderosos capitalistas industriales y banqueros no sólo una gran riqueza, sino también un verdadero poderío económico y político que actúa sobre toda la vida del país. Estos hombres todopoderosos son los que están a la cabeza de los monopolios y los bancos, y constituyen lo que se denomina oligarquía financiera. Los apologistas del capitalismo, partiendo del hecho de que actualmente las grandes sociedades se han transformado en sociedades de accionistas, donde también algún obrero puede disponer de unas cuantas ac-

ciones simbólicas, intentan demostrar que ahora el capital habría perdido el carácter privado que tenía cuando Marx escribió *El Capital* o cuando Lenin analizó el imperialismo; que el capital se habría vuelto popular. Se trata de una patraña. Al igual que antes, hoy los países imperialistas están dominados por los poderosos grupos industrial-financieros privados: los Rockefeller, Morgan, Dupont, Mellon, Ford, los grupos de Chicago, Texas, California, etc., en los Estados Unidos de América; los grupos financieros de Rothschild, Behring, Samuel, etc., en Inglaterra; de Krupp, Siemens, Mannesmann, Thyssen, Gerling, etc., en Alemania Occidental; de Fiat, Alfa-Romeo, Montedison, Olivetti, etc., en Italia; las doscientas familias en Francia y así sucesivamente.

La oligarquía financiera, como poseedora del capital industrial y financiero, ha asegurado su dominio económico y político en toda la vida del país. Ha subordinado a sus intereses también el aparato estatal, el cual se ha transformado en un instrumento en manos de la plutocracia financiera. La oligarquía financiera quita y pone gobiernos, dicta la política interior y exterior. Mientras en la vida interna está ligada a las fuerzas reaccionarias, a todas las instituciones políticas, ideológicas, docentes y culturales que defienden su poder político y económico, en la política exterior defiende y apoya a todas las fuerzas conservadoras y reaccionarias que sostienen y abren paso a la expansión monopolista, que luchan por conservar y consolidar el capitalismo.

Para asegurar su dominación, la oligarquía financiera no repara en los medios que utiliza, implantando la reacción política en todos los terrenos.

«... *el capital financiero*, decía Lenin, *tiende a la dominación y no a la libertad*».*

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXIII, pág. 124, ed. en albanés.

La situación actual demuestra que la burguesía monopolista ha intensificado la opresión en todas partes. Sobre esta base se profundiza la contradicción entre el proletariado y la burguesía. Al mismo tiempo, la expansión económica y financiera, acompañada de la expansión política y militar, ha agudizado más las contradicciones entre los pueblos y el imperialismo, así como las contradicciones entre las mismas potencias imperialistas. Esta incontestable realidad objetiva es ignorada por la actual propaganda revisionista china.

Ahora la concentración y la centralización de los capitales bancarios se realizan no sólo en el marco de un país, sino también en el de varios países capitalistas, o de capitalistas y revisionistas. Este es el carácter de los bancos del Mercado Común Europeo, o del «Banco Internacional para la Cooperación Económica», así como del «Banco de Inversiones» del COMECON. Asimismo los bancos germanooccidentales–polacos, los anglo–rumanos, franco–rumanos y anglo–húngaros, o las corporaciones bancarias norteamericano–yugoslavas, anglo–yugoslavas, etc.; son uniones bancarias de tipo capitalista. La Unión Soviética ha abierto numerosos bancos en diversos países capitalistas, que se han convertido en competidores y en socios de los bancos capitalistas dondequiera que se han establecido, en Zurich, Londres, París, África, América Latina y otras partes.

También China se ve envuelta cada vez más en la vorágine de este proceso de la integración capitalista de los bancos. Además de los bancos que tiene en Hong–Kong, Macao y Singapur, mañana China también los creará en el Japón, en América, etc. Al mismo tiempo autoriza la penetración de los bancos de las potencias imperialistas en el propio país.⁴

Lenin recalca que el capitalismo de hoy se caracteriza por

⁴ Según la prensa china, el Banco Mundial prestará a China la suma de 2.400 millones de dólares USA para el período financiero 1984–1985. (Véase: *Beijing Review*, N° 24, 13 de junio de 1983, pág. 15).

la exportación de capitales. Este rasgo económico del imperialismo se ha desarrollado y reforzado más en nuestros días. Actualmente, los Estados Unidos de América, el Japón, la Unión Soviética, la República Federal Alemana, Inglaterra y Francia, son los mayores exportadores de capitales en el mundo.

En un cierto periodo, eran los Estados Unidos de América, Inglaterra, Francia y Alemania, países en que se había desarrollado la industria, que absorbía las riquezas del suelo y del subsuelo de las colonias, los que exportaban capitales. Posteriormente, la guerra, las crisis, trajeron como consecuencia que unas potencias imperialistas, como Inglaterra, Francia y Alemania, se debilitaran económicamente y se enriqueciera el imperialismo norteamericano, que se transformó en superpotencia. En la situación creada tras la Segunda Guerra Mundial, la exportación de capitales norteamericanos aumenta en detrimento de las otras potencias capitalistas.

Hoy, el capital norteamericano se exporta a todos los países, incluso a los industrializados, en forma de inversiones, créditos, empréstitos, en forma de participación en sociedades mixtas o a través de la creación de grandes compañías industriales. El imperialismo norteamericano, el capital monopolista, invierte en los países poco desarrollados y pobres, puesto que en estos los costos de la producción son bajos, mientras el grado de explotación de los trabajadores es alto. Invierte para asegurarse materias primas, acaparar mercados y vender los productos industrializados.

Es sabido que los países capitalistas se desarrollan de manera desigual, por eso los grandes monopolios y sociedades de los Estados Unidos de América y de otros países exportan capitales precisamente a los países donde el desarrollo económico requiere inversiones y tecnología.

Los capitales invertidos aportan fabulosas ganancias a los consorcios y monopolios financieros, puesto que en los países pobres, poco desarrollados, la tierra es muy barata y con poco dinero puede ser adquirida en grandes cantidades, y la tierra va

acompañada de las riquezas que contiene. La mano de obra asimismo es barata, puesto que los hombres que sufren hambre, se ven obligados a trabajar con salarios muy reducidos. Se ha calculado que por cada dólar invertido en estos países, las potencias imperialistas sacan un beneficio de 5 dólares.

Según los datos oficiales norteamericanos, sólo durante el período 1971–1975, el total de las inversiones directas de los Estados Unidos de América en los nuevos estados fue de 6.500 millones de dólares, mientras las ganancias que sacaron de estos países, en este mismo período, alcanzaron el importe de casi 30.000 millones de dólares.*

Las potencias imperialistas, a fin de disfrazar la exportación de capitales, practican también la concesión de créditos. Mediante estos llamados créditos o ayudas, los grandes consorcios capitalistas y los estados a que pertenecen, presionan fuertemente a los países y pueblos que los aceptan y los mantienen bajo su férula. Las ayudas o los créditos a los países poco desarrollados provienen del saqueo de sus riquezas y de la explotación de las masas trabajadoras de los países desarrollados, y son concedidos a los ricos de aquellos países. En otras palabras, esto significa que los grandes monopolios norteamericanos por ejemplo, explotan el sudor del pueblo norteamericano y de los otros pueblos y, cuando exportan sus capitales y conceden créditos, estos representan precisamente el sudor y la sangre de esos pueblos. Por otro lado, estos créditos que los grandes monopolios otorgan a los países del llamado tercer mundo, de hecho, sirven a las clases feudal–burguesas que dominan en ellos.

Los créditos que reciben los estados recién creados sirven como eslabones de la cadena imperialista en el cuello de sus pueblos. Según indican las estadísticas, las deudas de estos países se duplican cada quinquenio. Si en 1955 las deudas de los países poco desarrollados con las potencias imperialistas fueron de 8.500 millones de dólares, en 1977 ascendieron a más de

* Revista norteamericana *Survey of Business*, pág. 44, agosto, 1976.

150.000 millones de dólares.

El capitalismo mundial ha desarrollado en su propio interés la técnica y la tecnología, para multiplicar sus ganancias, por medio del descubrimiento de las riquezas del subsuelo, de la creación de una agricultura intensiva, etc. Toda esta tecnología, la propia revolución técnico–científica y los nuevos métodos de explotación económica, benefician al imperialismo, a los monopolios capitalistas y no a los pueblos. El capitalismo nunca puede invertir en otros países, conceder prestamos y exportar capitales, sin calcular de antemano los beneficios que se embolsará.

Si a los grandes monopolios y bancos, que se han extendido como una telaraña por el mundo capitalista y revisionista, no se les presentan datos concretos sobre los posibles ingresos a obtener de la explotación de una mina, de las tierras, de la extracción del petróleo o del agua en un desierto, no dan créditos.

También hay otras formas de conceder créditos, que se practican de cara a los estados pseudo socialistas que buscan camuflar el camino capitalista que siguen. Estos créditos, que alcanzan grandes sumas, se conceden en forma de créditos comerciales y se liquidan, naturalmente, a corto plazo. Tales créditos son dados conjuntamente por muchos países capitalistas, los cuales han calculado de antemano los beneficios económicos, y también los políticos, que van a sacar del estado que los recibe, teniendo en cuenta tanto el potencial económico, como la solvencia de los mismos. Los capitalistas en ningún caso dan créditos para construir el socialismo, sino para destruirlo. Por consiguiente, un verdadero país socialista nunca acepta créditos, cualquiera que sea su forma, de un país capitalista, burgués o revisionista.

Al igual que los revisionistas jruschovistas soviéticos, los revisionistas chinos emplean muchos slogans, numerosas citas, construyen un sinfín de frases que suenan a «leninistas», a «revolucionarias», pero su verdadera actividad es reaccionaria, contrarrevolucionaria. Los dirigentes chinos se esfuerzan por presentar también sus actitudes oportunistas y las relaciones que

mantienen con los países imperialistas como si fueran en interés del socialismo. Estos revisionistas disfrazan así las cosas intencionalmente, a fin de mantener a oscuras a las masas del proletariado y del pueblo, de manera que éstas no puedan transformar su descontento en un recurso de fuerza para llevar a cabo la revolución.

Consideremos, por ejemplo, la cuestión de la edificación económica del país, del desarrollo de la economía socialista con las propias fuerzas. Se trata de un principio correcto. Cada estado independiente, soberano, socialista, debe movilizar a todo el pueblo y definir correctamente la política económica, debe tomar todas las medidas para explotar de forma adecuada y lo más racional posible todas las riquezas del país, administrarlas con economía y aumentarlas en interés de su propio pueblo, y no permitir que sean arrebatadas por otros. Esta es una orientación principal básica para cualquier país socialista, en tanto que la ayuda exterior, la ayuda que conceden los otros países socialistas, es suplementaria.

Los créditos que un país socialista da a otro país socialista tienen un carácter totalmente diferente. Estos créditos constituyen una ayuda internacionalista, desinteresada. La ayuda internacionalista nunca engendra capitalismo, no empobrece a las masas populares, al contrario, contribuye a desarrollar la industria y la agricultura, sirve a su armonización, conduce al mejoramiento del bienestar de las masas trabajadoras, al fortalecimiento del socialismo.

En primer lugar, los estados socialistas económicamente desarrollados deben ayudar a los demás países socialistas. Esto no quiere decir que un país socialista no tenga que desarrollar relaciones con otros países no socialistas. Pero deben ser relaciones económicas sobre la base del interés mutuo y de ninguna manera deben poner la economía de un país socialista o de uno no socialista, bajo la dependencia de los países más poderosos. Si estas relaciones entre estados están basadas en la explotación de los países pequeños y económicamente débiles por parte de los

estados grandes y poderosos, entonces esa «ayuda» debe ser rechazada, porque es esclavizadora.

Lenin dice que el capital financiero ha echado sus redes, en el sentido real de la palabra, en todos los países del mundo. Los monopolios, los cártels y los sindicatos de los capitalistas, trabajan de forma sistemática. Primero se apoderan del mercado interno, se apoderan de la industria, la agricultura, subyugan a la clase obrera y los demás trabajadores, sacan superganancias y posteriormente crean grandes posibilidades para acaparar también mercados en todo el mundo. En esta cuestión el capital financiero juega un papel directo.

También actualmente observamos, en completa concordancia con las enseñanzas de Lenin sobre el imperialismo, como última fase del capitalismo, que las dos superpotencias, el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético, pugnan por repartirse el mundo, por apoderarse de los mercados. El petróleo por ejemplo, una cuestión que se ha agudizado en todo el mundo, está en primer lugar bajo el dominio de las grandes sociedades monopolistas norteamericanas, pero en ellas participan también compañías petroleras de Inglaterra, Holanda, etc. Los norteamericanos maniobran en la cuestión del petróleo, para que éste siga siendo monopolio suyo. Han invertido capitales e instalado una gran técnica en los países productores, como Arabia Saudita, Irán, etc., han tendido sus tentáculos sobre las camarillas dominantes de estos países, comprometiendo con grandes sumas de dólares a los reyes, jeques e imanes. Los cacicillos dominantes de los países productores de petróleo tienen la autorización de la plutocracia financiera de estos países para invertir en los Estados Unidos de América, en Inglaterra y otras partes, comprando incluso acciones de diversas compañías monopolistas, así como hoteles de lujo, fábricas, etc.

Arabia Saudita, por ejemplo, es un país semifeudal, donde reina la pobreza y el oscurantismo, aunque de ella se extraen anualmente 420 millones de toneladas de petróleo. Mientras las masas trabajadoras viven en la pobreza, el rey y la clase de los

grandes terratenientes han depositado en los bancos de Wall Street más de 40.000 millones de dólares. La misma situación existe en Kuwait, en los Emiratos Árabes Unidos, etc. Estas camarillas hacen toda clase de concesiones a las potencias imperialistas para que saqueen las riquezas de los pueblos de los países que dominan, a fin de apropiarse de una parte de las ganancias.

Las inversiones que hacen los países productores de petróleo y que son propiedad de las camarillas dominantes, representan una unión, naturalmente a una escala muy insignificante, del capital de estas camarillas con el capital norteamericano o inglés. A primera vista parece que las camarillas dominantes de los países de donde sale el petróleo son, en cierta medida, socios inversionistas del imperialismo norteamericano, inglés o francés e influyen en su economía. En realidad ocurre todo lo contrario. Las ganancias de los imperialistas norteamericanos y de los demás imperialistas son extraordinariamente grandes en comparación con las ganancias que dejan a estas camarillas. Esta es una característica del neocolonialismo actual, el cual, para poder explotar al máximo las riquezas de algunos países, hace ciertas concesiones mesuradas en favor de los grupos dominantes burgueses—capitalistas, feudales, pero, ciertamente, no en detrimento suyo. Este ejemplo confirma la justeza de la tesis de Lenin, de que es muy fácil que los intereses de la burguesía de distintos países, así como los intereses de los monopolios privados, se entrelacen con los intereses de los monopolios estatales. Los grandes monopolios pueden entrelazarse también con monopolios menos poderosos, pero que tengan en su posesión grandes riquezas, sobre todo del subsuelo, como minas de hierro, cromo, cobre, uranio, etc.

Hoy día, los empréstitos, los créditos y las ayudas gubernamentales constituyen una de las formas más difundidas de exportar capitales. Este tipo de exportación lo practican especialmente la Unión Soviética y los demás países revisionistas.

Además de asegurar beneficios capitalistas, estos créditos,

«ayudas» y empréstitos tienen también fines políticos. Los estados que dan los créditos tienden a apuntalar y a consolidar el poder político y económico de determinadas camarillas, que defienden los intereses económicos, políticos y militares del país acreedor. Puesto que los acuerdos sobre este tipo de créditos son ultimados entre gobiernos, refuerzan aún más la dependencia económica y política del prestatario con respecto al prestamista. Un ejemplo clásico en lo que se refiere a esta forma de exportación de capitales lo constituye el «Plan Marshall», que después de la Segunda Guerra Mundial pasó a ser la base económica de la expansión política y militar de los Estados Unidos de América en los países de Europa Occidental. Similares son las llamadas ayudas que los revisionistas soviéticos dan a países como la India, Irak, etc., supuestamente para desarrollar la economía y crear el sector estatal de la industria.

Actualmente el imperialismo norteamericano, el socialimperialismo soviético y el capitalismo de los países industrializados han alcanzado tal nivel de desarrollo que las ganancias que obtienen acumulando capitales, son extraordinariamente grandes. La acumulación de capitales crea enormes beneficios que van a parar a los bolsillos de los monopolistas, de la oligarquía financiera, quienes no ponen estas utilidades al servicio del pueblo trabajador, pobre e indigente, sino que las exportan a los países de donde esperan obtener beneficios aún más grandes. Estos son los países que China llama «tercer mundo». Pero también hacen inversiones de este tipo en los países capitalistas desarrollados.

Se han escrito numerosos libros sobre el proceso de la penetración de los capitales norteamericanos en Europa y sus objetivos políticos y económicos. En un libro suyo, el autor norteamericano Geoffrey Owen nos ofrece un claro panorama. Al empezar el capítulo «Sociedades internacionales», dice que el aumento de las inversiones norteamericanas en el exterior se ha realizado según la concepción de que los norteamericanos no representan una sociedad con intereses en ultramar, sino una sociedad internacional. El cuartel general de esta sociedad se en-

cuentra en los Estados Unidos de América. Esto significa que las grandes firmas norteamericanas no piensan únicamente en cubrir las necesidades de su propio país, las de la industria y de sus clientes en los Estados Unidos de América, sino también en extender sus redes a otros países. Estas sociedades invierten sus «excedentes de capitales» en otros países para obtener mayores beneficios. Corporaciones gigantes tales como la «Socony Mobile», la «Standard Oil of New Jersey» y otras, consiguen casi la mitad de sus ganancias saqueando y explotando a los otros países. Alrededor de 500 compañías aseguran cada año aproximadamente 10.000 millones de dólares de beneficios en el exterior. Son más de 3.000 las empresas de este género que han invertido en el extranjero. Por lo tanto, las fórmulas y los términos, «sociedades multinacionales» o «capitalismo internacional», están en boga, son utilizados en el lenguaje periodístico y en las operaciones bancarias.

Geoffrey Owen señala que, en 1929, más de 1.300 sociedades europeas eran propiedad de firmas norteamericanas o estaban bajo su control. Esta era la primera fase de la ofensiva norteamericana en dirección a la industria europea. La presión de la Segunda Guerra Mundial que se preparaba, contuvo momentáneamente la invasión de capitales norteamericanos. De 1929 a 1946, el valor de las inversiones directas, realizadas por las sociedades norteamericanas en otros países del mundo, descendió de 7.500 a 7.200 millones de dólares. Pero, después de la Segunda Guerra Mundial, en 1950, la cantidad de inversiones norteamericanas en el exterior ascendió a 11.200 millones, cuya mitad estaba concentrada en los países de América Latina y Canadá. En América Latina se hicieron inversiones para explotar las materias primas: petróleo, cobre, mineral de hierro, bauxita, así como bananas y otros productos agrícolas. En Canadá estas inversiones se hicieron en mayor medida en las minas y el petróleo, y se desarrollaban en amplia escala debido a la proximidad de estos países y a otras condiciones que facilitaban la penetración.

Europa, del mismo modo, se convirtió en los años 50 en un importante terreno para las inversiones norteamericanas. Las inversiones en este continente se extendieron rápidamente al sector de las comunicaciones, a la gran producción en serie, a la fabricación de equipos complejos. Junto con ellas afluyeron también las mercancías y los productos norteamericanos.

El mencionado autor indica que la situación creada en el mercado capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, dio un mayor impulso a las inversiones norteamericanas. Veamos los siguientes datos sobre el aumento de estas inversiones en el exterior; en 1946 totalizaban 7.200 millones, y luego comienzan a aumentar, en 1950 llegan a 11.200 millones, en 1964 alcanzan el importe de 44.300 millones y en 1977 superan los 60.000 millones de dólares.

Las sociedades norteamericanas, ampliando continuamente sus operaciones a escala mundial, han exacerbado la competencia con las firmas de cada país y se ha acrecentado el temor de éstas a verse dominadas por las gigantes norteamericanas. Este problema es aún más agudo en los países poco desarrollados donde las firmas norteamericanas dominan las ramas clave de la industria y tienen una influencia preponderante sobre las economías nacionales. En otras palabras, estas gigantescas sociedades norteamericanas tienen en sus manos, y de hecho dirigen, las economías y los gobiernos locales.

Es conocida la prolongada lucha desarrollada entre las sociedades norteamericanas del petróleo y el gobierno mexicano, que concluyó, en 1938, con el fracaso de la política de oposición del gobierno de México. La misma suerte corrió la disputa entre el monopolio británico del petróleo y el gobierno iraní, que terminó con la destitución de Mosadegh. Estas contiendas son continuas y demolidoras y acaban siendo ganadas por los grandes trusts norteamericanos.

Las grandes compañías petroleras actúan a escala mundial. Para ellas es normal y necesario controlar de forma absoluta todos los capitales y la producción de esta rama en los países don-

de han invertido, controlar a los gobiernos, etc., porque de no tener estas posibilidades, se ven dificultadas para la coordinación a escala mundial de sus actividades. Por eso las grandes compañías extranjeras se oponen a los esfuerzos de los capitalistas locales por obtener mayores beneficios de los que reciben de los inversionistas norteamericanos o de los inversionistas de otros países imperialistas.

Las sociedades norteamericanas en Europa, en Canadá, en Asia, en África, etc., han creado una situación tal que prácticamente controlan la economía de muchos países. Sus gobiernos tienen un miedo cerval a los Estados Unidos de América, que se han transformado en *leadership* de la economía europea, de la misma forma que lo son de las cuestiones militares. Por eso los países capitalistas europeos industrializados intentan contener la invasión de capitales norteamericanos que afluyen cada vez más hacia ellos.

La dirección china pretende que los estados de Europa, industrializados ya desde el siglo XIX, están haciendo mayores inversiones en los Estados Unidos de América. Pero es sabido que, mientras las inversiones de capitales europeos en los Estados Unidos de América son principalmente en forma de valores, acciones, obligaciones, depósitos, etc., las inversiones norteamericanas en Europa ocupan posiciones dominantes en las más importantes ramas de la economía europea.

Geoffrey Owen, intentando justificar el aumento de las inversiones norteamericanas, pretende que los países europeos desean desarrollar su industria sobre bases científicas y hacen esfuerzos en este sentido, por ejemplo, en la industria electrónica y de ordenadores. Estas industrias, en cierta medida, contribuyen al progreso técnico, al aumento de las exportaciones y, en general, al desarrollo económico de estos países. Pero las sociedades norteamericanas están en este dominio más adelantadas que sus rivales europeas y controlan este progreso técnico según sus propios intereses.

En lo que a los ordenadores se refiere, por ejemplo, las socie-

dades europeas correspondientes están estrechamente ligadas para hacer frente a la competencia de la corporación norteamericana «International Business Machines» (IBM), que controla más del 70 por ciento del mercado norteamericano y un porcentaje mayor del mercado mundial.

Del mismo modo, la tendencia de las grandes sociedades norteamericanas es la de asociarse con las empresas locales. A fin de encubrir la explotación, muchas firmas evitan tener filiales suyas al cien por cien, y crean sociedades con inversiones mixtas en una proporción de 49 y 51 por ciento, o a medias. De este modo han actuado los norteamericanos en el Japón, de este modo han actuado también en Yugoslavia, que intenta dar la impresión de que construye el socialismo con sus propias fuerzas, cuando en realidad los titistas han repartido económicamente Yugoslavia entre los Estados Unidos de América y las grandes firmas de los países industriales desarrollados. De esta forma los titistas también han recortado la libertad y la independencia de Yugoslavia.

La tendencia de muchas de estas grandes sociedades norteamericanas, como la «General Motors», «Ford», «Chrysler», «General Electric», etc., es la de poseer de hecho al cien por cien sus filiales en los países extranjeros. Sin embargo estas filiales, según Owen, no olvidan el problema de la nacionalización, y la respuesta que dan al respecto es que «no se trata de formar sociedades con inversionistas locales, sino de propiciar la propiedad internacional de las acciones de las sociedades madres». Este es el concepto de la «internacional» del capitalismo, cuya más ferviente defensora es en particular la «General Motor».

Estas orientaciones del capital imperialista norteamericano o de la potencia industrial norteamericana, que invierte fuera de los Estados Unidos de América para crear sus colonias y su imperio, son algunos hechos que ilustran de forma clara la tesis de que, contrariamente a lo que pretenden los revisionistas chinos, el imperialismo norteamericano no se ha debilitado en absoluto.

Por el contrario, se ha fortalecido, ha obtenido enormes concesiones en otros países, controla muchas importantes ramas de su economía. Asimismo, ha hundido en innumerables dificultades a varios gobiernos, a menudo hace la ley en estos países, y tiene muchos gobiernos bajo su control y su dirección. Naturalmente, en este proceso hay también altibajos, pero la marcha general no testimonia el debilitamiento del imperialismo norteamericano.

Actualmente vivimos en una época en que otra superpotencia, el socialimperialismo soviético, exporta sus capitales y trata de explotar a los diversos pueblos. Los capitales que exporta esta superpotencia emanan de la plusvalía que se crea en la Unión Soviética, transformada ya en un país capitalista.

La restauración del capitalismo ha llevado a una polarización de la actual sociedad soviética, donde una pequeña parte de la misma domina y explota a la mayoría aplastante del pueblo. La capa constituida por los burócratas, los tecnócratas y la intelectualidad creadora de alto rango ya ha sido creada y ha tomado la forma de una clase burguesa explotadora en sí que se apropia y distribuye entre sus miembros la plusvalía que obtiene explotando ferozmente a la clase obrera y las amplias masas trabajadoras. A diferencia de los países de capitalismo clásico, donde la apropiación de la plusvalía es proporcional al capital de cada capitalista, en la Unión Soviética y en los demás países revisionistas ésta es distribuida de conformidad con el escalafón de la alta capa de la burguesía en la jerarquía estatal, económica, científica, cultural, etc.⁵ Los elevados sueldos, los emolumentos ordinarios y extraordinarios, las gratificaciones y los incentivos materiales, los favoritismos, etc., se han erigido en toda una institución para apropiarse la plusvalía extraída de la explotación

⁵ En la Unión Soviética la proporción entre los salarios de los obreros, los de los directivos de las empresas y los miembros de la nueva casta de la burguesía soviética es 1 a 10, sin calcular las sumas de que se apropian estas últimas recurriendo a diversas formas.

de los trabajadores. La capa que representa el «capitalista colectivo» conserva este saqueo por medio de una serie de leyes, de normas, que garantizan la opresión y la explotación capitalistas.

La economía soviética ya se ha integrado en el sistema del capitalismo mundial. Mientras las capitales norteamericanas, alemanas, japonesas, etc., han penetrado profundamente en la Unión Soviética, los capitales soviéticos son exportados a otros países y se fusionan en diversas formas con los capitales de los mismos.

Es sabido que la Unión Soviética explota económicamente en primer lugar a los países satélites. Pero ahora rivaliza y pugna con los otros estados capitalistas por apoderarse de mercados, ganar esferas de inversiones, saquear las materias primas, conservar las leyes neocolonialistas en el comercio mundial, etc. Para extender su hegemonía, la nueva burguesía soviética exporta capitales, pero en esto choca no sólo con la competencia del imperialismo norteamericano, que es muy fuerte, sino también con la de los otros estados capitalistas desarrollados, como el Japón, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Francia, etc. Estos estados, a fin de obtener superganancias, exportan capitales no sólo a África, Asia y América Latina, sino también a los países de Europa del Este que se encuentran bajo la tutela de la Unión Soviética revisionista, e incluso los exportan a la propia Unión Soviética.

Las camarillas dominantes de los países llamados socialistas, como la Unión Soviética, Checoslovaquia, Polonia, etc., y ahora también China, permiten la afluencia de capitales extranjeros a sus propios países, porque estos capitales las benefician, mientras gravitan sobre las espaldas de los pueblos. Los países del COMECON han contraído grandes deudas. Su endeudamiento con los países del Occidente alcanza la cifra de 50.000 millones de dólares.

Yugoslavia es uno de los primeros países revisionistas que ha permitido la penetración de capitales extranjeros en su economía. Comenzó recibiendo créditos, luego patentes de produc-

ción, y más tarde pasó a la formación de empresas mixtas. En 1967 se aprobó una ley que autorizaba la creación de empresas mixtas con el 49 por ciento de capital extranjero. En 1977, en Yugoslavia, el número de estas empresas llegaba a 170. Yugoslavia ha asegurado a las firmas capitalistas las más favorables condiciones para que desarrollen su actividad y obtengan el máximo beneficio.

El fenómeno yugoslavo demuestra que los capitales extranjeros que se han invertido en Yugoslavia constituyen uno de los factores determinantes de su transformación en un país capitalista. Los Estados Unidos de América y otros estados capitalistas ricos no han salido perdiendo con estas inversiones, por el contrario, han obtenido enormes beneficios, acrecentando la miseria de la clase obrera y del campesinado de Yugoslavia. Lenin ha dicho que la exportación de capitales es una buena base para la explotación de la mayoría de las naciones y países del mundo, para la existencia del parasitismo capitalista de un puñado de estados muy ricos.

Los estados capitalistas obtendrán enormes ganancias también de China. Estamos viendo que a este país afluyen en miles de millones de dólares los capitales norteamericanos, japoneses, germanooccidentales, etc. Con los japoneses se suscribieron acuerdos para explotar conjuntamente los yacimientos petrolíferos y las capacidades energéticas del río Yang Tse. Con los alemanes se firmó un acuerdo para construir minas de carbón, etc. Las inversiones que se realizan en China, y las que se realizarán, aportarán necesariamente ganancias satisfactorias a los capitalistas extranjeros y al mismo tiempo fortalecerán las bases del capitalismo en China.

La exportación de capitales de un país capitalista a otro país capitalista o revisionista, ya sea grande o pequeño el estado que los da o el que los recibe, sigue siendo una de las formas de explotación de los pueblos por el capital. Esta explotación lleva aparejada la dependencia económica y política del país que los recibe.

Lenin ha señalado que **los monopolios, después de apoderarse del mercado interior, pugnan por repartirse y conquistar económicamente el mercado mundial de productos industrializados y de materias primas.** La competencia y la sed de ganancias hace que los monopolistas de los diversos países concierten acuerdos provisionales y alianzas, y lleguen a unirse para repartirse los mercados en el plano internacional, vender sus productos acabados y comprar materias primas. Los estados capitalistas desarrollados, incluso cuando poseen reservas de materias primas y energéticas, se abalanzan sobre los otros países, porque los costos de producción en éstos son menores que en los suyos y sobre todo porque el salario de los obreros es varias veces más bajo.

Es conocida la lucha que se ha llevado y se lleva a cabo por la conquista de los yacimientos y los mercados del petróleo. Esta lucha ha arruinado a decenas y centenares de empresas y sociedades privadas y se ha llegado a que el cartel internacional del petróleo, que comprende 7 grandes monopolios (de los cuales 5 son norteamericanos, 1 inglés y 1 anglo-holandés, las famosas Esso, Texaco, Shell, etc.), controle más del 60 por ciento de la extracción y la venta del petróleo en los países capitalistas del mundo occidental y elabore cerca del 54 por ciento de este producto.

Tal reparto de las fuentes de producción y de los mercados ya se ha hecho también con el cobre y el estaño, con el uranio y otros minerales preciosos y estratégicos.

Muchos de los viejos países colonialistas, como Inglaterra y Francia, han concluido acuerdos especiales, llamados preferenciales, de colaboración, etc., con las ex colonias, que les aseguran privilegios económicos y comerciales casi exclusivos. La existencia de las llamadas zonas del dólar, de la libra esterlina, del franco o del rublo demuestran la división económica del mundo entre los monopolios y los diversos estados imperialistas.

El imperialismo norteamericano, el socialimperialismo soviético y las otras potencias imperialistas, a través de diversas vías, a través de un comercio discriminatorio y desigual con estos países, se aseguran los máximos beneficios. Solamente los países «en vías de desarrollo», excluyendo a los de la OPEP, tienen en la actualidad un saldo pasivo que asciende a casi 34.000 millones de dólares.

Los monopolios, en las condiciones actuales, sobre todo en las condiciones de la crisis económica, concluyen acuerdos directos también con los gobiernos de los países capitalistas, sobre cuotas de producción, precios, mercados, etc. Incluso la propia existencia de organismos como el Mercado Común Europeo, el COMECON y otros, es un claro testimonio del reparto económico que existe hoy en el mundo.

Este reparto económico del mundo, la dominación de los monopolios, el dictado que imponen a la vida y al desarrollo económico de los otros países, no hace sino agravar aún más, aparte de la contradicción entre el trabajo y el capital, las contradicciones entre los pueblos y el imperialismo, así como las contradicciones interimperialistas.

La teoría china de los «tres mundos»; que busca la conciliación del «tercer mundo» con el «segundo mundo» y con el imperialismo norteamericano, está fuera de esta realidad. No quiere ver que la incontenible ofensiva de los monopolios norteamericanos, ingleses, alemanes, japoneses, franceses, etc., hacia lo que China llama «tercer mundo», aumenta la resistencia de los pueblos frente a todas las potencias imperialistas y hegemónicas y amplía las condiciones objetivas de la lucha intransigente entre ellos. Por otra parte, el desarrollo desigual de las potencias imperialistas, que es una ley objetiva del desarrollo del capitalismo, las incita a una competencia y tensiones irreductibles entre sí para ampliar su expansión económica a todo el mundo.

La teoría china de los «tres mundos», que pretende conciliar estas contradicciones y predica lo mismo que desde hace mucho vienen diciendo la socialdemocracia y los revisionistas de toda

laya, está en flagrante oposición con la estrategia leninista, que tiende a no a negar, sino a profundizar estas contradicciones, a fin de preparar al proletariado para la revolución y a los pueblos para la liberación.

Lenin, en su análisis del imperialismo indicó que, con el paso del capitalismo premonopolista a su fase superior y última, **a la fase del imperialismo, termina el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias imperialistas.**

*«...el rasgo característico del período que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo, no en el sentido de que sea imposible **repartirlo** de nuevo –al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables–, sino en el de que la política colonial de los países capitalistas ha **terminado ya** la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por primera vez el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son **únicamente** nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un «propietario» a otro...»**

El viejo colonialismo clásico, que explotaba física, económica, política e ideológicamente a la mayoría de los pueblos, después de la Segunda Guerra Mundial se ha transformado en un nuevo colonialismo. Este nuevo colonialismo comprende todo un sistema de medidas económicas, políticas, militares e ideológicas, que ha sido establecido por el imperialismo con la finalidad de conservar su dominación y asegurar el control político y la explotación económica de las antiguas colonias y de muchos otros países, acomodándose a las nuevas condiciones que se crearon después de la guerra.

¿Cuáles son estas nuevas condiciones?

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXII, págs. 308–309, ed. en albanés.

Después de la guerra, los países imperialistas, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, el Japón y los Estados Unidos de América, no estaban en condiciones de conservar mediante la fuerza la situación que existía antes de la guerra. Francia, por ejemplo, no podía mantener colonizados, como antes, a Marruecos, Argelia, Túnez y otros países de África. Lo mismo podemos decir del imperialismo británico, italiano, etc.

La Segunda Guerra Mundial produjo un cambio radical en la correlación de fuerzas en el mundo. Condujo a la destrucción de las grandes potencias fascistas, pero también estremeció los fundamentos y debilitó considerablemente a las viejas potencias colonialistas. La guerra antifascista planteó en todas partes, incluso en los países que no se habían visto envueltos en su torbellino, el problema de la liberación nacional. Los pueblos de las antiguas colonias que, conjuntamente con los países de la coalición antifascista, habían participado en la guerra para sacudirse el yugo fascista, ya no podían dar pasos atrás y soportar por más tiempo el yugo colonial. La victoria de la Unión Soviética sobre el nazismo, la creación del campo socialista, la liberación de China, dieron un poderosísimo impulso al despertar de la conciencia nacional y a las luchas de liberación de los pueblos. Las amplias masas de los pueblos colonizados llegaron a comprender que era preciso cambiar la situación existente. Estallaron las luchas de liberación en Indochina, África del Norte, etc.

Obligados por la situación, muchos países colonialistas comprendieron que las viejas formas de explotación y administración de las colonias eran anacrónicas, sin concederles la más mínima libertad e independencia. Las potencias imperialistas, colonialistas, no llegaron a esta conclusión movidas por sus sentimientos democráticos y por su deseo de conceder la libertad a los pueblos, sino presionadas por los pueblos colonizados y a causa de su debilidad militar, económica, política e ideológica, que no les permitía conservar el viejo colonialismo. Pero, el imperialismo francés, inglés, italiano, norteamericano, etc., no quería renunciar a la explotación de esos pueblos y países. Ca-

da potencia imperialista se vio obligada por las circunstancias creadas a conceder la autonomía a estos pueblos o prometerles la libertad y la independencia después de un cierto plazo. Este plazo, que fijaron supuestamente para permitirles tomar conciencia de su capacidad de gobernarse por sí mismos y formar a este fin los cuadros locales, tendía de hecho a preparar nuevas formas de explotación imperialistas, el nuevo colonialismo, dando a los países y a los pueblos la falsa impresión de que habían conquistado la libertad.

Esto tenía lugar después de la guerra, cuando el imperialismo mundial sufrió una grave derrota, cuando se acentuó aún más la crisis del sistema colonial del imperialismo. Los Estados Unidos de América aprovecharon este periodo de descomposición del capitalismo, como resultado de la debilitación del imperialismo por la Segunda Guerra Mundial, y crearon una nueva y profunda forma de explotación de los pueblos coloniales, supuestamente libres e independientes. Extendieron su dominio imperialista a los países en otro tiempo colonias de las otras potencias imperialistas, ahora debilitadas en una u otra forma.

Muchos pueblos ex coloniales, a pesar de haber obtenido esta «independencia» y esta «libertad», tal como se las habían dado las antiguas potencias colonialistas, tuvieron que empuñar las armas porque los imperialistas no estaban dispuestos a conceder de inmediato esa «libertad» y esa «independencia». Particularmente los imperialistas franceses pretendían conservar también después de la guerra la fuerza o la «grandeza» de Francia. Así fue cómo los pueblos de Argelia, Vietnam y muchos otros dieron inicio a una prolongada lucha de liberación y, por último, lograron liberarse. No entraremos en detalles de cómo lo lograron, cuáles fueron las fuerzas sociales que lucharon, etc. El hecho es que el viejo imperialismo francés e inglés se debilitó. Se confirmaron así las tesis de Lenin, de que el imperialismo estaba en descomposición, de que la vieja sociedad capitalista-imperialista estaba siendo corroída por los movimientos revolucionarios y por los sentimientos de amor a la libertad de los

pueblos hasta entonces oprimidos y subyugados.

Durante este período, el imperialismo norteamericano engordó, extendió la zona del dólar, puso bajo su control territorios de la zona del franco y la libra esterlina y, con el fin de conservar su poderío hegemónico imperialista, que consistía en explotar al máximo a los pueblos, creó numerosas bases militares y colocó camarillas políticas pro-norteamericanas en muchos de los países del mundo que supuestamente habían conquistado la libertad y la independencia. Naturalmente, esta explotación estaba acompañada también de una serie de cambios estructurales y superestructurales.

El capital financiero ha creado asimismo una ideología propia, que le precede en la explotación del proletariado y en la conquista del mundo, y completa la dominación de los pueblos, la legitimación de esta dominación, con diversas formas almidadas, predicando y concediendo una cierta libertad, una cierta independencia, creando también algunos partidos pretendidamente democráticos, etc.

Paralelamente a la inversión de capitales norteamericanos, a la creación de bancos y de las llamadas multinacionales, se exporta el modo de vida norteamericano, junto con la degeneración que comporta.

La exportación de capitales por las grandes potencias imperialistas crea colonias, que hoy son los países dominados por el neocolonialismo. La independencia de estos países es puramente formal. En otras palabras, ahora al igual que antes, se desarrolla el mismo proceso de exportación de capitales, pero en formas distintas, acompañando de explicaciones y de una propaganda «almidada». La explotación hasta la médula de los pueblos de dichos países es la de siempre, incluso más salvaje aún; continúa asimismo el saqueo de sus riquezas naturales.

La mayor potencia neocolonialista de nuestra época son los Estados Unidos de América. A lo largo de tres años, de 1973 a 1975, las inversiones básicas gubernamentales y privadas realizadas por los Estados Unidos de América en las antiguas colo-

nias, en los países dependientes y semidependientes, representaban cerca del 36 por ciento de todas las inversiones hechas en esas regiones por los países capitalistas y revisionistas más desarrollados.*

Los tratados y los acuerdos económicos, políticos y militares concluidos entre las potencias imperialistas y las ex colonias, tienen un carácter avasallador, son armas en manos del imperialismo para mantener a estos países en la esclavitud. Hoy, como ayer, son muy actuales las palabras de Lenin, que puntualizaba:

*«...es indispensable explicar infatigablemente y desenmascarar de continuo ante las grandes masas trabajadoras de todos los países, sobre todo de los atrasados, el engaño que utilizan sistemáticamente las potencias imperialistas, las cuales, bajo el aspecto de estados políticamente independientes, crean en realidad estados desde todo punto de vista sojuzgados por ellas en el sentido económico, financiero y militar...».***

El imperialismo norteamericano, el socialimperialismo soviético y las otras potencias imperialistas, viejas y nuevas, con el fin de mantener dominados a los pueblos, instigan, donde pueden, las disputas entre los estados vecinos o entre los diversos grupos sociales del interior,⁶ y luego, apareciendo como árbitros o sostenedores de una u otra parte, intervienen en los asuntos internos de los otros, justifican su presencia económica,

* Anuario Estadístico de la RF de Alemania, 1977.

** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXXI, pág. 159, ed. en albanés.

⁶ El número de víctimas como resultado de estas disputas que a menudo llevan al estallido de guerras locales y civiles, desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, supera los 16 millones de personas. En todos estos conflictos, cuya mayoría ha tenido lugar en los países no desarrollados, han estado implicados directa o indirectamente el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético.

política y militar. Los hechos demuestran que, cuando las superpotencias se han inmiscuido en los asuntos internos de los demás pueblos, los problemas han quedado sin resolver o han terminado con la consolidación de las posiciones del imperialismo y del socialimperialismo en estos países. Una prueba de ello son los acontecimientos del Oriente Medio, el conflicto entre Somalia y Etiopía, la guerra entre Camboya y Vietnam, etc.

Los Estados Unidos de América, la Unión Soviética y todos los demás países capitalistas, a la par de invertir, consolidan sus posiciones en los países que aceptan estas inversiones, y luchan por conseguir mercados y zonas de influencia. Esto crea fricciones entre los diversos estados capitalistas, entre los grandes consorcios que no están enlazados ni son interdependientes. Estas fricciones son las que provocan las guerras locales que pueden llegar hasta una conflagración general. La guerra desatada por estas razones, ya sea local o general, como nos enseña el leninismo, no tiene un carácter libertador, sino de rapiña. La guerra es justa, es libertadora, sólo cuando los pueblos se levantan contra los ocupantes extranjeros, cuando se alzan contra la burguesía capitalista del país, que está estrechamente vinculada con el imperialismo, el socialimperialismo y el capital mundial.

Los representantes del gran capital mundial hablan mucho sobre la necesidad de cambiar el actual sistema de relaciones económicas internacionales y de crear un «nuevo orden económico mundial», que también es respaldado por los dirigentes chinos. Según ellos, este «nuevo orden económico» servirá de «base para la estabilidad global». Por su parte, los revisionistas soviéticos hablan de crear una pretendida estructura nueva en las relaciones económicas internacionales.

Todo esto son esfuerzos y planes de las potencias imperialistas y neocolonialistas, las cuales quieren mantener vivo y prolongar el neocolonialismo, y conservar la opresión y la explotación de los pueblos. Pero, las leyes de desarrollo del capitalismo y del imperialismo no obedecen a los deseos ni a las invenciones teóricas de la burguesía y de los revisionistas. Como Le-

nin ha señalado, para resolver estas contradicciones es necesaria la lucha consecuente contra el colonialismo y el neocolonialismo, la revolución.

Analizando los rasgos económicos fundamentales del imperialismo, Lenin determinó también su lugar histórico. Recalcó que, el imperialismo es no sólo la fase superior, sino también la última del capitalismo, es la antesala de la revolución proletaria. Lenin ha escrito que:

*«El imperialismo es una fase histórica especial del capitalismo... es 1) capitalismo monopolista; 2) capitalismo parasitario o en descomposición; 3) capitalismo agonizante.»**

La realidad del mundo capitalista actual confirma enteramente esta conclusión.

La base económica de todas las plagas económico-sociales del imperialismo, como ha confirmado Lenin, es el monopolio. Los monopolios son impotentes para superar las contradicciones de la economía capitalista. Lenin ligaba orgánicamente el parasitismo y la putrefacción del imperialismo, con la tendencia de los monopolios a frenar en general el desarrollo de las fuerzas productivas, a acentuar el desarrollo desproporcional entre las diversas ramas y a nivel de toda la economía nacional, a no explotar las capacidades productivas, humanas y materiales; los ligaba con su propensión a impedir la introducción de los adelantos de la ciencia y de la técnica en interés de las masas y del progreso de toda la sociedad.

La avidez de ganancias, la competencia, obligan a los monopolios a hacer inversiones para introducir la técnica avanzada en la actividad productiva. Pero en todo el proceso histórico del desarrollo del imperialismo lo que predomina es la tendencia a un desarrollo desproporcional y a frenarlo.

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXIII, pág. 122, ed. en albanés.

Los gastos para las investigaciones y el desarrollo de la ciencia realizados en la industria, y particularmente en la industria de guerra, en los Estados Unidos de América, por ejemplo, de 2.000 millones de dólares que fueron en 1950, ascendieron a unos 11.000 millones en 1965 y a 30.000 millones, aproximadamente, en 1972. Muchas veces las grandes firmas chocan con dificultades en las investigaciones científicas, pero, cuando se hace un descubrimiento, compran patentes, contratan obreros cualificados y, sólo cuando les conviene, lo llevan a la práctica.

Naturalmente, los principales sectores y los más interesantes para las inversiones destinadas al desarrollo y a la revolución técnica, tienen prioridad, porque aseguran mayores ganancias. En este sentido el primer lugar es ocupado por la industria de guerra, debido a que aquí la tasa de ganancias es más elevada. Así, por ejemplo, los Estados Unidos de América invirtieron, en 1964, 3.565 millones de dólares en investigaciones científicas en el sector de la aeronáutica y los misiles. Ese mismo año, en la industria eléctrica y de telecomunicaciones invirtieron mil millones 537 mil dólares, en la industria química 196 millones, en la de máquinas 136 millones, automóviles 174 millones, instrumentos científicos 172 millones, productos de caucho 38 millones, en la del petróleo 8 millones, en la del metano 9 millones, etc.

En las condiciones actuales, la militarización de la economía, como manifestación de la descomposición del imperialismo, se ha convertido en un rasgo característico de todos los países capitalistas y revisionistas. Pero el proceso de la militarización de la economía ha adquirido proporciones sin precedentes particularmente en los Estados Unidos de América y en la Unión Soviética. Los gastos militares directos de ambas partes han alcanzado proporciones astronómicas, ascendiendo a un total de más de 240.000 millones de dólares al año.⁷

⁷ En 1982 esta cifra casi se duplicó llegando a más de 430 mil millones de dólares y de año en año aumentan continuamente los gastos militares.

En su política tendente a la hegemonía y a la dominación mundial, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética practican a amplia escala también el comercio de armas, que es otra clara expresión de la descomposición del imperialismo. El valor de las armas que venden anualmente supera los 20.000 millones de dólares. Los otros estados imperialistas, como Inglaterra, Alemania Occidental, Francia, Italia, etc., también venden armas. Las camarillas reaccionarias y fascistas de Chile, Israel, Corea del Sur, Rhodesia, la República Sudafricana, etc., son clientes regulares de este comercio imperialista. Lo son asimismo los países ricos en materias primas estratégicas o en petróleo, a los que los imperialistas intentan atraerse con armas a cambio de saquear sus riquezas.

Un claro testimonio de la descomposición y del parasitismo del capitalismo monopolista actual es el estallido cada vez más frecuente de las crisis económicas de superproducción. El estallido de las crisis, que en la actualidad son muy profundas, prueba la justeza de la teoría marxista acerca del carácter anárquico, espontáneo y desproporcional de la producción y del consumo, y rechaza las «teorías» burguesas del desarrollo del capitalismo «sin crisis», o de la transformación del capitalismo en «capitalismo dirigido».

En la sociedad capitalista de hoy actúa con una fuerza aún mayor la ley general de la acumulación capitalista, descubierta por Marx, según la cual, mientras, por un lado, aumenta la pobreza de los trabajadores, por otro lado, crecen las ganancias de los capitalistas. Va acentuándose el proceso de la polarización de la sociedad en proletarios y en burgueses, que constituyen un número limitado de personas.

El sistema imperialista actual, que cuenta con mayores posibilidades económicas para corromper a las capas altas del proletariado, a la aristocracia obrera, ha hecho que ésta crezca en enormes proporciones.

En la actualidad, la oligarquía financiera utiliza ampliamente a esta aristocracia para embaucar y desorientar al proletaria-

do, para castrar su ímpetu revolucionario. De las filas de la aristocracia obrera surgen de ordinario aquellos a los que Lenin llama socialistas de palabra e imperialistas de hecho. En esta caracterización de Lenin se incluye a la socialdemocracia, los «partidos obreros burgueses», los dirigentes oportunistas de los sindicatos, los revisionistas modernos, etc. Lenin recalca que el imperialismo se enlaza con el oportunismo, que los oportunistas contribuyen a salvaguardar y reforzar al imperialismo. Él dice que:

*«...los más peligrosos son los que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una frase vacía y falsa si no va ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo».**

La descomposición del imperialismo se ve claramente también en la intensificación y la profundización de la reacción en todos los terrenos, y particularmente en el político y social. La práctica demuestra que, cuando la burguesía monopolista ve que se agudiza la lucha de clases, arroja lejos las máscaras, negando a las masas trabajadoras incluso los escasos derechos que habían obtenido a precio de sangre. Una prueba de ello son los regímenes y las dictaduras fascistas implantadas en muchos países del mundo.

Todo este podrido sistema, que se encuentra en una situación caótica, se mantiene en pie gracias a un gran ejército pretoriano, a una policía muy numerosa que está movilizadada y armada hasta los dientes. Todas estas fuerzas militar-policíacas entran en acción para evitar y reprimir cualquier resistencia que rebase los límites fijados por una inextricable maraña de leyes promulgadas por la burguesía en el poder. Los cuadros del ejército y de las demás fuerzas represivas viven lujosamente, reciben muy buenos sueldos. En Italia, por ejemplo, no se oye hablar de otra

* V. I. Lenin. *Obras*. t. XXII, pág. 367, ed. en albanés.

cosa que del ejército, la policía, el cuerpo de carabineros, los agentes de seguridad que son condecorados, pero que también resultan muertos.

En esta situación tan confusa que impera en los estados burgueses se ha desarrollado y propagado el bandidaje, que es un engendro del propio sistema capitalista, expresión de su degeneración y reflejo de la desesperación y desorientación originadas por el sistema burgués de opresión y explotación. La burguesía intenta evitar aquellas manifestaciones de bandidaje que le crean problemas y son motivo de preocupación para el estado burgués. Pero lo fomenta y utiliza para aterrorizar a las amplias masas trabajadoras que viven en la miseria. En muchos países capitalistas el bandidaje se ha convertido en una industria que abarca desde los asaltos a los bancos y los almacenes, hasta los secuestros de personas, reclamando enormes rescates a cambio de su libertad. En algunos países el bandidaje se ha organizado en grupos. Estos grupos tienen nombres que suenan a «revolucionarios», a «comunistas», etc. La burguesía les deja actuar libremente con el fin de preparar la situación para dar un golpe de estado fascista y justificar la realización del mismo. Con el propósito de desacreditar a la revolución y al socialismo, esta actividad de bandidaje es presentada como obra de «grupos comunistas», que supuestamente actúan contra el régimen burgués.

Como conclusión, podemos afirmar que en la situación actual del imperialismo en general, del imperialismo norteamericano, del socialimperialismo soviético y de los otros imperialismos, el imperialismo, cualquiera que sea su matiz, se encuentra en la fase de su debilitamiento y putrefacción, y que la vieja sociedad, a través de la revolución, será destruida desde sus cimientos y reemplazada por una sociedad nueva, por la sociedad socialista. Esta nueva sociedad socialista existe y se ampliará, se desarrollará, ganará terreno, independientemente de que los revisionistas soviéticos traicionaron al socialismo en la Unión Soviética, independientemente de que en China domina el oportunismo y se erige un socialimperialismo nuevo, independientemente de

que en los antiguos países de democracia popular se ha restaurado el capitalismo. El socialismo seguirá avanzando en su camino y con su lucha y sus esfuerzos saldrá victorioso sobre el imperialismo y el capitalismo mundial, pero nunca y de ninguna manera lo hará mediante reformas, a través del camino parlamentario y pacífico, como predicaba Jruschov y como predicaban ahora todos los revisionistas. Triunfará permaneciendo fiel a la teoría leninista sobre el imperialismo y la revolución proletaria, pero nunca siguiendo las actuales teorías revisionistas que proclaman el capitalismo monopolista de estado como una supuesta fase nueva y particular del capitalismo, como la «aparición de los elementos socialistas en el seno del capitalismo».

De conformidad con las conclusiones de Lenin sobre la naturaleza del imperialismo y su lugar histórico, todo el imperialismo mundial como sistema social, a causa de las contradicciones internas que lo corroen y de las luchas revolucionarias y de liberación de los pueblos ya no tiene ese poder de dominación exclusiva de antes. Esta es la dialéctica de la historia y confirma la tesis marxista-leninista de que el imperialismo está en descenso, en decadencia, en descomposición.

La tendencia del capitalismo y del imperialismo a debilitarse, es hoy la tendencia principal en la historia universal. Marx y Lenin han argumentado esto apoyándose en datos concretos, en los acontecimientos históricos, en la dialéctica materialista. También la tendencia a mancomunar los esfuerzos por parte de los estados que se oponen al imperialismo, conduce al debilitamiento de éste. Pero esta segunda tendencia, a la que China da carácter absoluto, sin hacer las diferenciaciones requeridas, sin estudiar las situaciones particulares, no lleva a buen camino. Pretendiendo que el imperialismo norteamericano está en decadencia y es menos poderoso que el socialimperialismo soviético, proclamando el «tercer mundo», como la principal fuerza motriz de la época, los dirigentes chinos prácticamente incitan a la capitulación y la claudicación ante la burguesía.

Es verdad que los pueblos aspiran a la liberación, pero deben

conquistarla sólo con lucha, con esfuerzos y teniendo a la cabeza una dirección combativa. Marx: Engels, Lenin y Stalin nos enseñan que esta dirección es el proletariado de cada país. Pero, el proletariado y su partido marxista-leninista deben hacer bien los análisis políticos, económicos y militares, sopesarlo todo, tomar decisiones y definir una estrategia y táctica adecuadas, teniendo siempre presente el preparar y hacer la revolución. Si no se tiene en cuenta la revolución, como no la tienen en cuenta los chinos, los análisis, los actos, la estrategia y las tácticas no pueden ser marxista-leninistas, revolucionarios.

No podemos forjarnos ninguna ilusión acerca del imperialismo, del tipo que sea, poderoso o menos poderoso. La naturaleza misma del imperialismo crea las condiciones para la expansión económica y política, para el estallido de las guerras, porque su carácter es esencialmente explotador, agresivo. Por eso, engañar a las amplias masas de los pueblos que quieren su liberación diciéndoles que la obtendrán guiándose por teorías revisionistas como la de los «tres mundos», significa cometer un crimen contra los pueblos y la revolución.

Nuestra época; como nos enseña Lenin, es la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Con esto debemos comprender que a nosotros, marxista-leninistas, nos corresponde combatir con la mayor dureza al imperialismo mundial, a cualquier imperialismo, a cualquier potencia capitalista, que son los que explotan al proletariado y a los pueblos. Sostenemos la tesis leninista de que la revolución está actualmente a la orden del día. El mundo seguirá adelante hacia una sociedad nueva, que será la sociedad socialista. El capitalismo mundial, el imperialismo y el socialimperialismo se descompondrán todavía más y serán liquidados por medio de la revolución.

Lenin nos enseña **a combatir hasta el fin al imperialismo, criticado en la amplia acepción de la palabra y levantar a las clases oprimidas contra la política imperialista, contra la burguesía.** El análisis marxista-leninista del desarrollo actual del imperialismo, demuestra claramente que son inmutables el

análisis y las conclusiones de Lenin sobre el imperialismo, sobre su naturaleza y sus rasgos, sobre la revolución. Los intentos de todos los oportunistas, desde los socialdemócratas hasta los revisionistas jruschovistas y chinos, de deformar las tesis leninistas sobre el imperialismo, son intentos contrarrevolucionarios. Su objetivo es negar la revolución, embellecer al imperialismo, prolongar la vida del capitalismo. Cuando Lenin desmascara al imperialismo y a sus apologistas como Bernstein, Kautsky, Hilferding y todos los demás oportunistas de la II Internacional, advierte que

*«La ideología imperialista penetra incluso en el seno de la clase obrera, que no está separada de las demás clases por una muralla china.»**

Pero, desafortunadamente, ahora también la «muralla china» se ha derrumbado y en China han penetrado la propaganda y la ideología imperialistas. Los oportunistas chinos no son en absoluto originales. Avanzando por el camino de Kautsky y compañía también ellos embellecen al imperialismo en general y al norteamericano en particular, presentándolo como un imperialismo que está en retroceso y en el que los pueblos deben apoyarse para defenderse de los socialimperialistas soviéticos.

La semejanza de las «teorías» de los revisionistas chinos con las de Kautsky es muy evidente. En su tiempo, este último trataba de defender la política colonial del imperialismo, encubrir su explotación y expansión, deformando la teoría marxista sobre el desarrollo del capitalismo. Lo mismo están haciendo en la actualidad los dirigentes chinos, quienes, con la intención de apoyar al imperialismo norteamericano y su política neocolonialista, fabrican teorías absurdas supuestamente fundadas en Marx o en Lenin. Pero si se habla en el lenguaje de Lenin, la «teoría» china es una inmersión en la charca del revisionismo y

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXII, pág. 347, ed. en albanés.

del oportunismo.

La teoría de Kautsky propagaba la ilusión de que en las condiciones del capitalismo monopolista existe la posibilidad de que se realice otra política, no anexionista. Respecto a esto Lenin puntualizaba:

*«Lo esencial es que Kautsky separa la política del imperialismo de su economía, hablando de las anexionaciones como de la política «preferida» por el capital financiero y oponiendo a ella otra política burguesa, posible, según él, sobre la misma base del capital financiero. Resulta que los monopolios en la economía son compatibles con el modo de obrar no monopolista, no violento, no anexionista en política. Resulta que el reparto territorial del mundo, terminado precisamente en la época del capital financiero y que es la base de lo peculiar de las formas actuales de rivalidad entre los más grandes estados capitalistas, es compatible con una política no imperialista. Resulta que de este modo se disimulan, se atenúan las contradicciones más importantes de la fase actual del capitalismo, en vez de ponerlas al descubierto en toda su profundidad; resulta reformismo burgués en lugar de marxismo.»**

Ignorando el hecho de que en los Estados Unidos de América, en el terreno económico dominan los monopolios, el capital financiero, y que precisamente éstos dictan la política interior y exterior, los revisionistas chinos hablan de un imperialismo pacífico, que ya no busca la expansión, que incluso está en retirada. Los dirigentes chinos «olvidan» la afirmación de Stalin de que las principales peculiaridades y exigencias de la ley económica fundamental del capitalismo actual son:

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXII, pág. 328, ed. en albanés.

*«...asegurar el máximo de beneficios capitalistas explotando, arruinando, empobreciendo a la mayor parte de la población de un país dado, esclavizando y despojando de manera sistemática a los pueblos de otros países, sobre todo de los países atrasados, por último desencadenando guerras y militarizando la economía nacional, con vistas a asegurar el máximo de ganancias».**

Así, las «nuevas» teorías de los dirigentes chinos demuestran que ellos cantan la vieja cantinela de Kautsky con una nueva melodía.

Al desenmascarar a los cabecillas de la II Internacional, que querían hacer distinción entre las potencias imperialistas, dividiéndolas en más y menos agresoras, Lenin recalca que esta actitud era antimarxista. Esta actitud llevó a los partidos de la II Internacional a las posiciones del chovinismo, a traicionar abiertamente la causa del proletariado y de la revolución. En nuestra época, decía Lenin, no puede plantearse el problema de qué estado imperialista de los implicados en la Primera Guerra Mundial en uno u otro campo, es el «peor de los males».

*«La democracia contemporánea, decía, sólo será fiel a sí misma si no se suma a ninguna burguesía imperialista, si declara que «tan pésima es una como otra» y si desea en cada país la derrota de la burguesía imperialista. Toda otra solución será, de hecho, una solución nacional-liberal, y no tendrá nada en común con el verdadero internacionalismo.»***

* J. V. Stalin. *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, Tirana, 1974, pág. 45, ed. en albanés.

** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXI, págs. 145–146, ed. en albanés.

En las condiciones actuales, si se aceptase la tesis china según la cual el socialimperialismo soviético es más agresivo que el imperialismo norteamericano, se caería en una traición abierta a la revolución, a la misión histórica de la clase obrera, se pasaría a las posiciones de la II Internacional. Ambas superpotencias imperialistas representan, en el mismo grado, el principal enemigo y peligro para el socialismo, para la libertad y la independencia de los pueblos, para la soberanía de las naciones. Son los principales defensores del capitalismo mundial.

Para disimular su traición a los pueblos, los dirigentes chinos dicen que las relaciones de los grandes monopolios con algunos países poseedores de grandes riquezas, crean una situación que incluso puede evitar los conflictos entre las potencias monopolistas y los pueblos. Esto es una gran absurdidad, es un esfuerzo tendente a presentar como mansa la bestia imperialista, a crear una situación eufórica y falsa, alegando que supuestamente la inversión de capitales creará el bienestar del pueblo del país donde se realiza la inversión y que así dejarán de existir las contradicciones antagónicas entre los imperialistas y los pueblos de dichos países. Esta falsa teoría, que ahora pregonan los dirigentes chinos, ha sido creada por el imperialismo para extender su dominación a todo el mundo y ayudar a las camarillas reaccionarias dominantes en diversos países a oprimir a su pueblo y vender su propio país a los extranjeros.

Estas «teorías» son una repetición, bajo formas nuevas y refinadas, de las teorías reaccionarias de los oportunistas de la II Internacional. Durante la Primera Guerra Mundial, Lenin desenmascaró la teoría antimarxista de Kautsky del «ultraimperialismo», Kautsky pretendía que, en las condiciones del imperialismo, las guerras pueden ser conjuradas mediante un acuerdo entre los capitalistas de los diversos países.

Polemizando con Kautsky, Lenin decía que

«...las alianzas «interimperialistas» y «ultraimperialistas» en el mundo real capitalista, y no en la

*vulgar fantasía pequeñoburguesa de los curas ingleses o del «marxista» alemán Kautsky, sea cual fuere su forma: una coalición imperialista contra otra coalición imperialista, o una alianza general de **todas** las potencias imperialistas, sólo pueden ser inevitablemente «treguas» entre las guerras».**

Estas enseñanzas de Lenin son muy actuales en las condiciones de hoy cuando los revisionistas chinos hablan y despliegan febriles esfuerzos para crear una alianza y un gran frente mundial de todos los estados y los regímenes fascistas y feudales, capitalistas e imperialistas, incluyendo a los Estados Unidos de América, contra el socialimperialismo soviético.

Entre los países imperialistas pueden crearse alianzas, recalca Lenin, pero se crean con el único objetivo de aplastar conjuntamente la revolución, el socialismo, de saquear conjuntamente las colonias y los países dependientes y semidependientes.

Los revisionistas chinos, al igual que los cabecillas de la II Internacional, han substituido la consigna del *Manifiesto Comunista* «¡Proletarios de todos los países, uníos!» por la consigna pragmática «Unámonos con todos aquellos que son susceptibles de unirse», contra el socialimperialismo soviético.

La teoría de los «tres mundos», inventada por los dirigentes chinos, no analiza el desarrollo histórico del imperialismo a través del prisma marxista-leninista, sino que lo considera erróneamente, ignorando las contradicciones de nuestra época, definidas de forma tan clara por Marx y Lenin. Siguiendo esta «teoría», la China «socialista» se une con el imperialismo norteamericano y el «segundo mundo», es decir, con otros imperialistas, que explotan a los pueblos, y llama al «tercer mundo», a los pueblos que aspiran a luchar contra el imperialismo y el capitalismo mundial, tanto si es el imperialismo norteamericano como

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXII, págs. 359–360, ed. en albanés.

si es el socialimperialismo soviético, a unirse únicamente contra este último.

También la teoría titista de los países «no alineados» es tan antimarxista como la teoría de los «tres mundos».

Estas dos «teorías» son los rieles de una misma vía férrea sobre la que rueda el tren del imperialismo norteamericano y del socialimperialismo soviético, tren que, va cargado con las riquezas arrebatadas a los pueblos del mundo. Los titistas y los revisionistas chinos tratan de abrir algunos agujeros en los vagones de este tren imperialista y socialimperialista para que se derrame un poco de aceite, un poco de azúcar, algún dólar, alguna libra esterlina, algún franco o algún rubio. Estos rieles, que están tendidos sobre las espaldas de los pueblos oprimidos y que tienden a mantenerlos continuamente subyugados, son dos teorías tan reaccionarias como todas las demás teorías antimarxistas de los trotskistas, anarquistas, bujarinistas, jruschovistas, de los partidarios de Togliatti, Carrillo, Marchais, etc., etc.

La vida confirma continuamente las geniales tesis de Lenin sobre el imperialismo. El capitalismo ha entrado en la fase de su putrefacción. Esta situación suscita la revuelta de los pueblos y los empuja a la revolución. La lucha de los pueblos contra el imperialismo y contra las camarillas capitalistas burguesas crece de diferentes formas, con diversa intensidad. Ineluctablemente la cantidad se convertirá en calidad. Esto se verificará antes en los países, que constituyen el eslabón más débil de la cadena capitalista y donde la conciencia y la organización de la clase obrera han alcanzado un alto nivel, donde el problema es tratado con una profunda comprensión política e ideológica.

El imperialismo ha intensificado la opresión y la bárbara explotación de los pueblos. Pero al mismo tiempo también los pueblos del mundo se hacen cada vez más conscientes de que ya no se puede vivir en la sociedad capitalista actual, donde las masas trabajadoras son oprimidas y explotadas con una intensidad no menor a la de antes de la guerra.

El imperialismo, a pesar de sus esfuerzos y de los de sus

adeptos, ni ahora ni tampoco más tarde puede encontrar estabilidad en la lucha que lleva a cabo por sentar su hegemonía sobre los pueblos. No puede encontrarla porque se ha despertado la conciencia de la clase obrera y de las masas trabajadoras oprimidas que quieren liberarse, y además a causa de las inevitables contradicciones interimperialistas.

Los pueblos ven, y más tarde lo verán mejor, que el imperialismo y el capitalismo mundial no se apoyan sólo en la fuerza económica, militar, política e ideológica de las dos superpotencias, sino también en las clases ricas que mantienen sojuzgados a los pueblos de sus países, que los explotan y los aterrorizan a fin de que no se levanten para conquistar la verdadera libertad e independencia.

Las amplias masas de los diversos países del mundo han comenzado asimismo a comprender que la actual sociedad burguesa-capitalista, el sistema explotador del imperialismo mundial, deben ser derrocados. Para los pueblos esto no es sólo una aspiración, en muchos países también han empuñado las armas.

Por eso, no es necesario inventar teorías que dividan el mundo en tres o cuatro partes, en «alineados» y en «no alineados», sino ver e interpretar correctamente el gran proceso histórico objetivo según las enseñanzas del marxismo-leninismo. El mundo está dividido en dos partes, el mundo del capitalismo y el mundo nuevo del socialismo, que están en implacable lucha entre sí. En esta lucha triunfará lo nuevo, el mundo socialista, mientras que la vieja sociedad capitalista, la sociedad burguesa e imperialista, se derrumbará.

III

LA REVOLUCIÓN Y LOS PUEBLOS

Marx ha argumentado científicamente la necesidad de destruir la sociedad capitalista y construir una sociedad más avanzada, la del socialismo y después la del comunismo. En la obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin, desarrollando el pensamiento de Marx, demostró que la época actual es la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Esta es la época de la destrucción del viejo régimen capitalista; del colonialismo y del imperialismo, de la toma del poder por el proletariado y de la liberación de los pueblos oprimidos, el período del triunfo del socialismo a escala mundial.

Esto significa que hoy vivimos en la época de la substitución de la vieja sociedad explotadora, insoportable para la mayoría de la humanidad, para los oprimidos y los explotados, por una sociedad nueva, donde desaparece de una vez y para siempre la explotación del hombre por el hombre. Nuestro Partido, se ha basado precisamente en estas enseñanzas fundamentales y en el análisis marxista-leninista de la actual evolución mundial, al presentar en su VII Congreso la tesis de que el mundo se encuentra en una fase en que la causa de la revolución y de la liberación de los pueblos es un problema planteado que espera solución.

La lucha del proletariado contra la burguesía es dura, inexorable y se desarrolla de continuo. Frente a frente se encuentran dos grandes fuerzas sociales. De un lado, la burguesía capitalista imperialista, que es la clase más salvaje, más embaucadora y más sanguinaria que haya conocido la historia. De otro lado, está el proletariado, la clase totalmente despojada de los medios de producción, la clase oprimida y explotada despiadadamente por la burguesía, y, al mismo tiempo, la clase más avanzada de la sociedad, que piensa, crea, trabaja, produce, y que, sin embargo, no goza de los frutos de su trabajo.

Ambas clases intentan, cada una por su parte, agrupar fuerzas a su alrededor y prepararlas para conseguir sus objetivos: el proletariado para alcanzar la liberación nacional y social, para hacer la revolución; la burguesía para conservar su dominación y aplastar la revolución. Mientras la burguesía agrupa en torno suyo a las fuerzas más negras, más regresivas y criminales, el proletariado se esfuerza por ganar para su causa a todas las fuerzas revolucionarias y progresistas.

El marxismo-leninismo nos enseña que la lucha entre el proletariado y la burguesía se intensifica ininterrumpidamente y que con toda seguridad será coronada con la victoria del proletariado y de sus aliados. Pero, para que esta lucha sea coronada con éxito es necesario que el proletariado esté organizado, tenga su partido de vanguardia, haga conscientes a las amplias masas populares de la necesidad de la revolución y las dirija en la lucha por la toma del poder, por la instauración de su propia dictadura, por la construcción del socialismo y del comunismo, de la sociedad sin clases.

En el mundo hay muchos elementos exaltados, con buenas o malas intenciones, quienes piensan que es posible hacer la revolución en cualquier época, en cualquier momento y en cualquier parte. Pero se equivocan. La revolución no puede realizarse en cualquier momento y en cualquier parte, conforme a los deseos. La revolución estalla y se realiza en el eslabón más débil de la cadena capitalista. Para que estalle y triunfe, deben existir con-

diciones apropiadas, objetivas y subjetivas, y hace falta esperar el momento favorable para lanzarse a ella. Lo principal es que cuando hagan estallar la revolución, las amplias masas del pueblo, con el proletariado al frente, estén decididas y preparadas para llevarla hasta sus últimas consecuencias.

Lenin puntualiza que la revolución es obra del pueblo de cada país, que no puede ser exportada. Esto no significa que los marxista-leninistas, dondequiera que militen, no se sientan solidarios, mutuamente ligados por los sentimientos más puros del internacionalismo proletario y no contribuyan a la lucha del proletariado y de los pueblos de los otros países por su liberación. Por el contrario, todos los comunistas, los proletarios, todas las fuerzas revolucionarias de los diversos países tienen la obligación de ayudar a la revolución en cada país en particular y en todo el mundo con su propaganda, agitación, ayuda material, ejemplo de determinación y abnegación, y ateniéndose fielmente al marxismo-leninismo. Como es natural, el que esta ayuda sea bien aprovechada depende, ante todo, del nivel de preparación del proletariado y de su partido, del nivel de desarrollo de la lucha revolucionaria en uno u otro país.

Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista* demuestran que los intereses del proletariado y del pueblo de un país son inseparables de los intereses del proletariado y de los pueblos de todo el mundo.

La revolución, como enseña Lenin y como la vida ha confirmado, triunfa en cada país en particular. Por eso, esta victoria depende, ante todo, de la clase obrera de cada país y de su partido revolucionario, depende de su capacidad para aplicar, de acuerdo con las condiciones concretas, las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la revolución.

Pero acerca de estas enseñanzas y sobre todo en torno a la teoría leninista de la revolución, los revisionistas modernos titistas, soviéticos, «eurocomunistas», chinos, etc., que han asumido la misión de desorientar a la gente en cuanto al problema de la revolución y de evitar su estallido, han suscitado una confusión

enorme y realizado una amplia actividad de zapa.

Hoy, cuando esta cuestión está planteada para ser resuelta, es una tarea imperativa disipar la neblina que han creado los revisionistas acerca de la revolución, denunciar las maniobras y las especulaciones que hacen en torno a esta cuestión, poner al descubierto sus objetivos contrarrevolucionarios, chovinistas y hegemónicos, comprender y aplicar correctamente las enseñanzas del marxismo-leninismo sobre la revolución.

Defendamos y apliquemos las enseñanzas marxista-leninistas sobre la revolución

El marxismo-leninismo nos enseña, y la experiencia de todas las revoluciones ha confirmado que, para que estalle y triunfe la revolución, deben existir los factores objetivos y subjetivos.

Lenin ha formulado esta enseñanza en su obra *La bancarrota de la II Internacional* y la ha desarrollado posteriormente en *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo* y otros escritos.

Considerando la situación revolucionaria como el factor objetivo de la revolución, Lenin la caracteriza de este modo:

*«1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable»** debido a la profunda crisis que ha afectado a estas clases, crisis que provoca el descontento y la indignación de las clases oprimidas. *«Para que estalle la revolución –indica– ordinariamente no basta que «los de abajo no quieran vivir» como antes, sino que hace falta también que «los de arriba no puedan vivir» como hasta entonces. 2) Una agravación... de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas. 3) Una in-*

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXI, pág. 223, ed. en albanés.

*tensificación considerable, por las razones antes indicadas, de la actividad de las masas que... son empujadas... a una acción histórica independiente.»**

*«En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores).»***

*«Sin estos cambios objetivos –puntualiza–, independientes no sólo de la voluntad de tales o cuales grupos y partidos, sino también de la voluntad de estas o aquellas clases, la revolución es, por regla general, imposible.»****

Pero no toda situación revolucionaria da lugar a la revolución, dice Lenin. En muchos casos, indica, las situaciones revolucionarias, como las de 1860–1870 en Alemania, 1859–1861 y 1879–1880 en Rusia, no se han transformado en revoluciones, porque no ha existido el factor subjetivo, es decir, una elevada conciencia por parte de las masas, su disposición para hacer la revolución,

*«...la capacidad de la **clase** revolucionaria –según las palabras de Lenin– para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo bastante **fuertes** como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno, que jamás «caerá», ni siquiera en las épocas de crisis, si no se le «hace caer»»*****

Como ha escrito Lenin ya en sus primeras obras, el partido revolucionario de la clase obrera, su función de dirección, educa-

* *Ibídem.*

** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXXI, pág. 83, ed. en albanés.

*** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXI, pág. 223, ed. en albanés.

**** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXI, pág. 223, ed. en albanés.

ción y movilización de las masas revolucionarias, desempeñan un papel determinante en la preparación del factor subjetivo. El partido logra esto tanto elaborando una correcta línea política, que responda a las condiciones concretas, a los deseos y a las exigencias revolucionarias de las masas, como realizando un trabajo muy grande y acciones revolucionarias frecuentes y bien estudiadas en el plano político, que hagan tomar conciencia al proletariado y a las masas trabajadoras de la situación en que viven, de la opresión, la explotación y las bárbaras leyes de la burguesía, de la necesidad de hacer la revolución, como el medio para derrocar al régimen esclavizador.

De este modo las capas pobres reaccionarán con tal intensidad que a los ricos, a la burguesía en el poder, conmocionados también por las otras contradicciones internas y externas, les será difícil seguir dominando como antes. Cuando estos requisitos se cumplen, cuando existen los factores objetivos y subjetivos, los cuales están entrelazados, entonces no sólo puede estallar la revolución, sino también triunfar.

En todo momento, los revolucionarios reflexionan hondamente sobre estas geniales tesis de Lenin y no sólo reflexiona, sino que además analizan las situaciones de modo concreto y en todos sus aspectos. Actúan con la vista puesta en no dejarse sorprender jamás por las situaciones revolucionarias, de forma que no se encuentren desarmados en esos momentos decisivos, sino que sepan aprovecharlas con la finalidad de preparar el estallido de la revolución.

¿Qué demuestra el análisis de la situación actual en el mundo? El Partido del Trabajo de Albania, partiendo de la teoría leninista de la revolución, concluye que hoy la situación en el mundo es en general revolucionaria, que en muchos países esta situación ha madurado o está madurando rápidamente, mientras que en otros este proceso está en desarrollo.

Cuando decimos que hoy la situación es revolucionaria tenemos en cuenta que el mundo de nuestros días está en movimiento hacia grandes estallidos. En general, la situación actualmente

semeja un volcán en erupción, un fuego abrasador, cuyas llamas devorarán precisamente a las clases dominantes, opresoras y explotadoras.

El mundo capitalista y revisionista está sumido en una grave crisis económica y política, financiera y militar, ideológica y moral. La presente crisis, que ha sacudido todas las estructuras y superestructuras del régimen burgués y revisionista, ha recrudecido y profundizado aún más la crisis general del sistema capitalista.

Las consecuencias de la crisis se presentan muy serias y desastrosas sobre todo en el terreno de la economía. A partir de 1974 ha comenzado la profundización de la crisis económica más grave de las aparecidas en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esto ha ocasionado una disminución en proporciones considerables de la producción industrial: en el Japón 20%, Gran Bretaña 15%, Estados Unidos de América 14%, Francia e Italia 13%, República Federal de Alemania 10%, etc. La crisis ha dado lugar a una depresión muy profunda. En muchos países capitalistas las capacidades productivas no aprovechadas en algunas ramas clave de la economía oscilan entre un 25 y 40 por ciento, y esta situación se viene prolongando desde hace años. Por esta razón ha quedado estancada la producción industrial. Los stocks de «excedentes» de mercancías que no encuentran salida alcanzan cantidades extraordinarias.

Pero no obstante estos stocks y a pesar de que no se explotan muchas capacidades productivas, las ganancias de los monopolios siguen aumentando debido al alza de los precios. Los precios suben de día en día, mientras que la inflación en determinados países ha alcanzado porcentajes muy elevados.

El alza de los precios y, sobre todo, la inflación, se han convertido en un medio muy apropiado en poder de los monopolios y el estado capitalista y revisionista para descargar el peso de la crisis sobre las espaldas de la clase obrera y de los demás trabajadores.

Con el pretexto de tomar medidas antiinflacionistas, los esta-

dos capitalistas y burgués-revisionistas elevan los impuestos sobre los ingresos de las masas trabajadoras, congelan sus salarios y, al mismo tiempo, reducen los impuestos sobre las ganancias de los monopolios, devalúan la moneda, etc. Todas estas medidas están dirigidas contra la clase obrera y todos los trabajadores, intensifican la explotación y atentan contra su nivel de vida.

A causa de la prolongación de la crisis económica ha empeorado y se ha agravado considerablemente la existencia de la clase obrera y de las masas campesinas. Como en raras ocasiones se ha incrementado el paro, el cual se ha convertido en un mal crónico, en una gran plaga de la sociedad burguesa y revisionista. En el mundo capitalista-revisionista han sido echados a la calle 110 millones de trabajadores. Sólo en los Estados Unidos de América existen de 7 a 8 millones de parados. Millones de personas están hoy al borde del hambre o efectivamente la padecen. Centenares de millones de personas viven en una situación de angustia a causa de la incertidumbre de su porvenir.

La penuria y la inseguridad en que viven las amplias masas trabajadoras, así como la política interior y exterior reaccionaria, antipopular, que siguen los regímenes capitalistas y burgués-revisionistas, vienen aumentando continuamente el descontento de las amplias capas populares. Esta grave situación ha suscitado en estas capas una incontenible indignación que se exterioriza por medio de huelgas, protestas, manifestaciones, choques con los órganos represivos del régimen burgués y revisionista, y en muchos casos a través de verdaderas rebeliones. Las masas populares sienten una creciente hostilidad hacia los regímenes que las subyugan.

Los gobiernos de los países imperialistas, capitalistas y revisionistas, hacen todo tipo de promesas y propuestas fraudulentas, esforzándose, también en esta situación de crisis, por acaparar el máximo beneficio, por atenuar el descontento y la indignación de las masas y desviarlas de la revolución.

Mientras tanto, los pobres se empobrecen cada vez más, los ricos se enriquecen mucho más, el abismo entre las capas socia-

les pobres y las ricas, entre los países capitalistas desarrollados y los países poco desarrollados se ahonda sin cesar.

La crisis actual se ha extendido asimismo a la vida política, atizando el fuego en los círculos dirigentes de los estados capitalistas y revisionistas. Claro testimonio de esto son las repetidas crisis gubernamentales y el cambio de los equipos en el poder.

La burguesía y las camarillas dominantes se ven obligadas a cambiar más a menudo los caballos de los carros gubernamentales, con el fin de engañar a los trabajadores y hacerles creer que los nuevos serán mejores que los viejos, que los responsables de la crisis y de que ésta prosiga son los anteriores, mientras que los substitutos mejorarán la situación, y otras cosas por el estilo. Todo este engaño que alcanza proporciones cada vez más vastas, se encubre, sobre todo durante las campañas electorales, con las falsas consignas de libertad, democracia, etc. Al mismo tiempo la burguesía, en los países capitalistas y revisionistas, refuerza sus salvajes armas de represión, el ejército, la policía, los servicios secretos, los órganos judiciales; refuerza el control de su dictadura sobre cualquier movimiento e intento de lucha del proletariado. Hoy en los países capitalistas y revisionistas es evidente la tendencia a intensificar la violencia burguesa y a restringir los derechos democráticos. Se observan con una intensidad cada vez mayor la propensión a fascistizar la vida del país y los preparativos para instaurar el fascismo, en el momento en que la burguesía se vea en la imposibilidad de dominar con métodos y medios «democráticos».

La crisis económico-financiera y política ha abarcado no sólo los monopolios, los gobiernos, los partidos y las fuerzas políticas internas de cada país, sino también las alianzas internacionales, los bloques económicos, políticos y militares, como el Mercado Común Europeo y el COMECON, la Comunidad Europea, la OTAN y el Tratado de Varsovia. Las contradicciones, las fricciones, las contestaciones, las disputas entre los socios de estas alianzas y bloques se manifiestan más abierta y violentamente.

Otra manifestación de la crisis y de los intentos para salir de ella es la carrera armamentista, los vastos preparativos bélicos y la provocación de guerras locales por parte de las superpotencias y las otras potencias imperialistas como en el Oriente Medio, el Cuerno de África, el Sahara Occidental, Indochina y otras regiones. Esto sirve a los planes hegemónicos y expansionistas de una u otra potencia imperialista. Fomenta y desarrolla la industria militar y el comercio de armas, que en la actualidad han cobrado proporciones inauditas.

Pero todos estos medios políticos y militares no son sino paliativos, incapaces de curar al sistema capitalista-revisionista de la grave enfermedad que padece.

A la actual crisis económica y política del mundo capitalista y revisionista hay que sumarle la crisis ideológica y moral sin precedentes. Jamás han existido una confusión ideológica y una corrupción moral como las que se observan hoy día. Jamás ha habido tanta variedad de teorías burguesas, de derecha, de centro y de «izquierda», disfrazadas de las más diversas formas, laicas y religiosas, clásicas y modernas, abiertamente anticomunistas y pretendidamente comunistas y marxistas. Nunca se ha visto una perversión moral tal, un modo de vida tan degenerado, una depresión espiritual tan grande. Las teorías burguesas y revisionistas, tan penosamente hilvanadas y tan ruidosamente propagadas como «guías para salvarse de los males de la vieja sociedad», como es el caso de las teorías de la «estabilización definitiva del capitalismo, del «capitalismo popular», de la «sociedad de consumo», de la «sociedad postindustrial», de la «prevención de las crisis», de la «revolución técnico-científica», de la «coexistencia pacífica» jruschovista, del «mundo sin ejércitos, sin armas y sin guerras», del «socialismo con rostro humano», etc., etc., ya se han resquebrajado en sus propios cimientos.

Todos estos aspectos de la crisis general se encuentran no sólo en Yugoslavia, donde las consecuencias de la crisis son más evidentes, sino también en la Unión Soviética socialimperialista y en los otros países revisionistas. En todos ellos se han intensi-

ficado la opresión y la explotación, todos padecen los males del capitalismo, en las filas de los dirigentes y de las altas capas sociales han estallado rencillas y pugnas por apoderarse del poder y obtener privilegios, en todas partes bulle el descontento y la indignación de las masas populares. Así pues, también en estos países existen grandes posibilidades para la revolución. También en ellos la ley de la revolución actúa igual que en cualquier otro país burgués.

Es precisamente esta situación actual de crisis general del capitalismo, que tiende a profundizarse de continuo, la que nos lleva a sacar la conclusión de que la situación revolucionaria se ha dado o se está dando en la mayoría de los países capitalistas y revisionistas y que esta situación, por consiguiente, ha puesto la revolución en el orden del día.

La burguesía y los revisionistas, debido a la presión creciente de la crisis y de los fracasos que han sufrido sus profecías y sus maniobras para estrangular la revolución, intentan encontrar nuevos expedientes y fabricar otras teorías mistificadoras.

Hoy los revisionistas modernos han enarbolado la bandera de la defensa del sistema capitalista, de la opresión y la explotación de los pueblos, de la escisión del movimiento revolucionario y de liberación, y en general la bandera del embaucamiento de las masas. Pero correrán la misma suerte que los socialdemócratas y todos los demás oportunistas del pasado, que se convirtieron en meros lacayos de la burguesía.

La burguesía, en la situación en que se encuentra, atenazada por graves crisis económicas, políticas e ideológicas, exige a sus lacayos, los revisionistas, que acudan más abiertamente en su defensa. Esto les obliga a quitarse cada vez más la careta, pero también a desacreditarse aún más. Lenin dice:

«Los oportunistas son enemigos burgueses de la revolución proletaria que, en tiempos de paz, realizan furtivamente su labor burguesa incrustándose en los partidos obreros, pero que en épocas de crisis se re-

*velan enseguida como francos aliados, de toda la burguesía unida, desde la conservadora hasta la más radical y democrática y desde los burgueses librepensadores hasta los elementos religiosos y clericales.»**

Esta conclusión científica de Lenin es enteramente confirmada por el servicio que prestan hoy los revisionistas modernos al sistema capitalista en crisis.

Tomemos, por ejemplo, Italia, que es un país típico donde se refleja la descomposición del capitalismo en su base y superestructura. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, en Italia están en el poder los democristianos, el partido de la gran burguesía, el partido del Vaticano, que ha agrupado a su alrededor a toda la burguesía clerical–reaccionaria y a los elementos de derecha. Su gobierno domina en un país que se encuentra en una situación de quiebra. Las capas de la alta burguesía a partir de 1945 han entrado en una crisis tan grave que han cambiado unos 40 gobiernos, gobierno «monocolor» democristiano, gobierno democristiano–socialista, gobierno tripartido (democristiano–socialista–socialdemócrata), gobierno de «centro–sinistra», gobierno de «centro–destra», etc.

La profunda crisis gubernamental existente en Italia representa una situación de crisis interna general, que no encuentra ninguna salida. Como consecuencia, son cada vez más frecuentes las rencillas, los conflictos, los asesinatos y los escándalos políticos, como la destitución del presidente Leone, el asesinato del presidente del Partido Democristiano, Mero, etc.

Italia se ha convertido en una plaza de armas de los Estados Unidos de América. Su economía, que está en quiebra y apresada en los tentáculos del imperialismo norteamericano, está enredada también con el Mercado Común Europeo, en el que hace de último comparsa.

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXI, pág. 106, ed. en albanés.

Como consecuencia de esta situación, las amplias masas trabajadoras de Italia han venido empobreciéndose de manera ininterrumpida. El paro existente es mucho mayor que en todos los demás países del Mercado Común Europeo. Italia es el país con la más grande emigración de mano de obra y donde la balanza comercial es muy deficitaria. Los países del Mercado Común Europeo, en particular Alemania Occidental y Francia, restringiendo la compra de géneros alimenticios a Italia, han puesto a la agricultura italiana en una difícil situación. Los precios de exportación de la mantequilla, la leche y las frutas italianas han registrado una baja considerable; mientras que la vida se ha encarecido extraordinariamente. Italia es el país de las grandes huelgas, en las que participan desde los obreros de la industria pesada y ligera, del transporte, hasta los carteros y los pilotos, e incluso la propia policía.

En tal situación de efervescencia, en la que los intereses de las masas y de la revolución exigen que todo este enorme descontento del proletariado y de todo el pueblo sea canalizado en la lucha contra la burguesía reaccionaria, contra los preparativos para el asalto fascista que se apresta a desencadenar, los revisionistas italianos y los sindicatos reformistas, toda la aristocracia obrera, así como también los sostenedores de la teoría china de los «tres mundos», actúan como bomberos de la revolución y como defensores del régimen burgués.

Todos los partidos, desde el fascista hasta el partido revisionista de Berlinguer, defienden este putrefacto régimen burgués. El partido revisionista italiano se une con la burguesía precisamente para apuntalar este régimen burgués estremecido desde sus fundamentos. Intenta embotar y reprimir el ímpetu revolucionario del proletariado italiano pretendiendo hacerle creer que sigue y aplica un marxismo adecuado a las condiciones de su país.

Berlinguer hace tiempo que ha entrado no sólo en negociaciones con los democristianos, sino también en componendas; incluso acerca de muchos problemas, sin participar oficialmente en el gobierno, gobierna con ellos. El gobierno apoya a este par-

tido y al mismo tiempo, por pura fórmula, da a entender que pretendidamente no está de acuerdo con él. De igual modo el partido revisionista italiano hace el mismo juego.

Los revisionistas italianos arman un gran ruido en torno a un programa gubernamental, elaborado entre los cinco partidos de la mayoría parlamentaria italiana, del que dicen que es una «importante victoria», una «nueva fase política» para su país. Pero esta fase política, a la cual se refiere Berlinguer, significa encuadrar el partido revisionista en los planes del capital italiano. Berlinguer califica esto como un acuerdo serio, realista y no dogmático. Pretende que este acuerdo dará lugar a una transformación real, no sólo de las relaciones políticas entre los partidos, sino de toda la vida económica, social y estatal del país.

Los revisionistas italianos recorren así justamente el mismo camino que ha previsto Lenin para los diversos oportunistas, quienes buscan la unidad con el capital para contener el ímpetu revolucionario de las masas. Con esta unidad piensan haber alcanzado hasta cierto punto su objetivo de llegar al socialismo a través del pluralismo. Huelga decir que esto es un sueño, y el presidente del Senado italiano, Amintore Fanfani, no se equivoca en absoluto al calificar de colección de sueños el acuerdo de los cinco partidos. Es una colección de sueños que acarician los revisionistas italianos, mientras que para las fuerzas del capital no son en absoluto sueños, sino un trabajo bien pensado a fin de liquidar las ideas del comunismo en Italia y rechazar las reivindicaciones del pueblo y del proletariado italianos, aplastar su lucha revolucionaria por construir una nueva sociedad. Los revisionistas italianos están recibiendo algunas migajas, pero, pretendiendo que el gobierno tiene necesidad de que el partido revisionista participe en él, tratan de encuadrarlo por completo, para que se sienta como el pez en el agua. En una palabra, el partido revisionista italiano intenta insertarse enteramente en el torbellino reaccionario del capital monopolista italiano.

El partido de Berlinguer es un partido totalmente degenerado en lo ideológico, con un programa socialdemócrata, de cabo a

rabo reformista y parlamentarista. Apoya el orden establecido por una Constitución pseudo democrática, en cuya formulación han tomado parte también los mismos «comunistas» italianos encabezados por Togliatti. Precisamente en nombre de esta Constitución, desde hace tres decenios, la burguesía reaccionaria y clerical dicta la ley en Italia, oprime al proletariado y las amplias masas populares. Los llamados comunistas italianos encuentran que esta opresión es justa y conforme a la Constitución.

El partido revisionista italiano, junto con los otros partidos burgueses, con los democristianos a la cabeza, desarrollan en el parlamento o fuera de él, en los órganos de prensa, a través de la televisión y la radio, una política y una demagogia desenfrenada que confunde a la opinión pública italiana, que la desorienta y desconcierta cada día a fin de embotar la voluntad revolucionaria del proletariado y la conciencia política de las masas trabajadoras.

Toda esta actividad les es muy útil a la reacción italiana y al Vaticano. El partido revisionista italiano trata de aplastar el movimiento revolucionario de las masas populares, con el proletariado a la cabeza, para detener la revolución, ayudar a la burguesía a salir del atolladero y evitar el derrocamiento del régimen existente.

Tomemos otro ejemplo, España. Después de la muerte de Franco subió al poder el rey Juan Carlos, que es el representante de la gran burguesía española, la cual, viendo que la larga dominación del régimen fascista había sumido al país en una grave crisis, llegó a la conclusión de que España ya no podía ser gobernada como en la época de Franco. Había, pues, que proceder a algunas modificaciones en la forma de gobierno y descartar del poder a la desacreditada falange de Franco. Después de las peripecias de un cambio de presidentes de gobierno, tomaron el poder los hombres de mayor confianza del nuevo rey, continuador del franquismo reformado.

En España las manifestaciones y las huelgas alcanzaron unas proporciones nunca vistas. Con ellas el pueblo exigía cambios,

aunque naturalmente no ese «cambio» que se ha hecho, sino cambios profundos y radicales. En este país las huelgas, las manifestaciones y los choques ni se acabaron ni dejan de acabar. Las masas exigen libertades y derechos, y las diversas nacionalidades autonomía. En esta situación, el gobierno de Juan Carlos, a fin de engañar a las masas indignadas, también legalizó el partido revisionista de Carrillo—Ibárruri. Los cabecillas de este partido se convirtieron en dóciles lacayos del régimen monárquico español, asumieron el papel de francos esquirols para castrar el gran ímpetu revolucionario, que hoy, en la situación existente, es mayor, para aplastar junto con la burguesía, a todos aquellos que mantienen vivas las ideas revolucionarias de la Guerra de España y simpatizan con la República.

Con esto vemos cómo el partido revisionista español desempeña el mismo papel de bombero que el partido revisionista italiano, pero con menor eficacia que éste.

Un papel análogo juegan los partidos revisionistas en Francia, el Japón, los Estados Unidos de América, Gran Bretaña, Portugal y en todos los demás países capitalistas, con el objetivo de defender al régimen burgués, para que éste supere las crisis y las situaciones revolucionarias, aturdir y paralizar al proletariado y demás masas oprimidas y explotadas, que se dan cuenta cada vez con mayor claridad de que ya no se puede vivir en la «sociedad de consumo» y en otras sociedades explotadoras, y se rebelan contra el régimen político y económico capitalista.

Los partidos revisionistas son en particular enemigos del leninismo. Esto quiere decir que son enemigos de la revolución, puesto que fue Lenin quien elaboró de manera perfecta la teoría sobre la revolución proletaria y la llevó a la práctica en Rusia. Sobre la base de esta teoría triunfó la revolución socialista en Albania y en otros países. La teoría leninista, que indica el camino para que la revolución triunfe en todas partes, pone al descubierto la falsedad de las teorías contrarrevolucionarias revisionistas de la transición pacífica al socialismo, a través de la vía parlamentaria, sin destruir el aparato estatal burgués, incluso, según

ellos, utilizándolo para realizar transformaciones socialistas pacíficas, sin tener necesidad de la dirección del proletariado y de su partido de vanguardia, ni tampoco de la dictadura del proletariado.

Precisamente en estos momentos tan revolucionarios, cuando existen muchas probabilidades de que la revolución estalle en los eslabones más débiles de la cadena capitalista y cuando se siente una enorme necesidad de elevar la conciencia de clase del proletariado, de preparar el factor subjetivo y reforzar la confianza en la justeza y en el carácter universal de la teoría marxista-leninista que indica al proletariado y a las otras masas oprimidas el verdadero camino a seguir para tomar el poder, los revisionistas prestan un servicio inestimable a la burguesía para que enfrente y evite la revolución. Por eso la burguesía recurre a todos los medios para encuadrar a los partidos revisionistas y los sindicatos influenciados por estos últimos, en la lucha contra la revolución y el comunismo. Toda la línea del imperialismo norteamericano, del capitalismo mundial y de la burguesía de cada país, tiende precisamente a alcanzar este objetivo. La burguesía procura que los partidos revisionistas se pongan de manera abierta y por completo al servicio del capital, pero actuando con disfraces «comunistas» y luchando supuestamente para cambiar la situación, y así crear una nueva sociedad híbrida, en la que no sólo digan su opinión la patronal y las clases ricas, sino presuntamente también las clases pobres, presentándose los partidos «comunistas» revisionistas y los partidos socialistas como representantes y defensores de éstas.

Sobre todo los revisionistas que están en el poder, yugoslavos, soviéticos y chinos, prestan un servicio muy grande al capitalismo mundial en la lucha para frenar y sofocar las revoluciones.

Los revisionistas yugoslavos son enemigos declarados del leninismo, son los más ardientes propagandistas de la negación del carácter universal de las leyes de la revolución socialista, encarnadas en la Revolución de Octubre y reflejadas en la teoría leni-

nista sobre la revolución. Preconizan que supuestamente el mundo actual avanza de forma espontánea hacia el socialismo, y que por eso no son necesarias la revolución, la lucha de clases, etc. Los revisionistas yugoslavos presentan como modelo del socialismo auténtico, su sistema capitalista de la «autogestión», que, según ellos, es una panacea contra los «males» del socialismo «stalinista» y contra los males del capitalismo. Para instaurar este sistema, dicen ellos, no se precisan ni la revolución violenta, ni la dictadura del proletariado, ni la propiedad estatal socialista, ni el centralismo democrático. ¡La «autogestión» puede establecerse dulcemente, con el acuerdo y la colaboración entre los círculos dominantes, entre los empresarios y los obreros, entre el gobierno y la patronal! Precisamente porque el revisionismo yugoslavo es enemigo del leninismo y sabotea la revolución, el capitalismo internacional, en especial el imperialismo norteamericano, se muestra tan «generoso» a la hora de conceder ayudas financieras, materiales, políticas e ideológicas a la Yugoslavia tuitista.

Los revisionistas soviéticos de palabra no rechazan el leninismo y la teoría leninista de la revolución, pero en la práctica los combaten con sus posturas y su actividad contrarrevolucionarias. No tienen menos miedo a la revolución proletaria que los imperialistas norteamericanos y la burguesía de tal o cual país, porque saben que en su propio país la revolución les destrona, les despoja del poder y de los privilegios de clase, mientras en el exterior frustra sus planes estratégicos para dominar el mundo.

Pretenden presentarse como continuadores de la Revolución de Octubre, como seguidores del leninismo, con el fin de engañar al proletariado y a las masas trabajadoras tanto de la Unión Soviética como de los otros países. Hablan de «socialismo desarrollado» y de «transición al comunismo» para sofocar cualquier descontento, revuelta y movimiento revolucionario de las masas trabajadoras de su país contra la dominación revisionista, y reprimirlos como actos «contrarrevolucionario», «antisocialistas». De cara al exterior utilizan la máscara del «leninismo» para en-

cubrir sus teorías y prácticas antimarxistas, antileninistas, para desbrozar el camino a los planes expansionistas y hegemónicos del socialimperialismo.

Los revisionistas soviéticos califican la revolución violenta en los países capitalistas desarrollados de muy peligrosa en la época actual, cuando cualquier estallido revolucionario puede transformarse, según ellos, en una guerra mundial y termonuclear, que exterminaría a la humanidad. Por eso, recomiendan que hoy el camino más adecuado, es la revolución por vía pacífica, la transformación del parlamento «de un órgano de democracia burguesa, en un órgano de democracia para los trabajadores». También presentan la «détente», la llamada reducción de la tensión que sirve a los objetivos de la política exterior soviética, como «la tendencia general de la actual evolución mundial», que supuestamente conducirá al triunfo pacífico de la revolución a escala mundial.

Con objetivos demagógicos, ellos no niegan la dictadura del proletariado, incluso teóricamente se presentan como defensores de la misma, dicen que, en casos especiales, puede utilizarse también la revolución violenta. Pero necesitan hacer estas declaraciones sobre todo para legitimar los complots y los putschs armados que urden en uno u otro país con el propósito de implantar regímenes y camarillas reaccionarias pro soviéticos, para apartar a los movimientos de liberación nacional del camino justo y colocarlos bajo su hegemonía, etc.

Ahora, también la China revisionista se ha convertido en celoso bombero de la revolución.

Toda la política interna y externa de los revisionistas chinos está dirigida contra la revolución, porque la revolución malogra su estrategia de hacer de China una superpotencia imperialista.

En China, la dirección revisionista reprime salvajemente cualquier brote revolucionario de la clase obrera y las masas trabajadoras contra sus posiciones y sus actos burgueses y contrarrevolucionarios. Ella se esfuerza por encubrir a toda costa las contradicciones de la época actual, en particular la contradicción

entre el trabajo y el capital, entre el proletariado y la burguesía. Los revisionistas chinos dicen que en el mundo actual hay una sola contradicción, la existente entre las dos superpotencias, que es presentada como una contradicción entre los Estados Unidos de América y todos los demás países del mundo, por un lado, y el socialimperialismo Soviético, por otro. Apoyándose en esta tesis prefabricada, llaman al proletariado y al pueblo de cada país a unirse con su propia burguesía para «defender la patria y la independencia nacional» contra el peligro que procede sólo del socialimperialismo soviético. Con esto, los revisionistas chinos predicán a las masas la idea de renunciar a la revolución y a la lucha de liberación.

Para los revisionistas chinos, la cuestión de la revolución proletaria y de la revolución de liberación nacional no se plantea en absoluto en la época actual, debido también a que, según ellos, en ninguna parte del mundo existe una situación revolucionaria. Por eso aconsejan al proletariado que se encierre en las bibliotecas y estudie la «teoría», porque a su juicio no ha llegado la hora de las acciones revolucionarias. En este marco se ve a todas luces lo hostil y contrarrevolucionaria que es la política de los revisionistas chinos, que escinden el movimiento marxista-leninista y obstaculizan la unión de la clase obrera en la lucha contra el capital.

La prensa y la propaganda chinas, así como los discursos de los dirigentes chinos, dejan pasar en el silencio más absoluto las grandes manifestaciones y huelgas que desarrolla actualmente todo el proletariado en los diversos países capitalistas. Hacen esto porque no quieren estimular la revuelta de las masas, porque no quieren que el proletariado aproveche estas situaciones para combatir la opresión y la explotación. ¡Cuán hipócritas suenan sus consignas rimbombantes y huecas de que «los países quieren la independencia, las naciones quieren la liberación y los pueblos quieren la revolución»!

Los revisionistas chinos, al pretender que hoy en el mundo no existe una situación revolucionaria, no sólo entran en contradic-

ción con la realidad, sino que también exigen que el proletariado con su partido marxista-leninista se cruce de brazos, no emprenda ninguna acción revolucionaria, no trabaje para preparar la revolución. Lenin, ya en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, había criticado semejantes puntos de vista capitulacionistas manifestados por el italiano Serratti, según el cual no cabe realizar acciones revolucionarias cuando no existe una situación revolucionaria.

*«En eso reside –decía Lenin– la diferencia entre los socialistas y los comunistas: los socialistas rehúsan actuar en la forma en que lo hacemos nosotros en cualquier situación, o sea, realizar un trabajo revolucionario.»**

Esta crítica de Lenin es asimismo un bofetón para los revisionistas modernos chinos y para el resto de los revisionistas, los cuales, al igual que los socialdemócratas, están en contra de las acciones revolucionarias del proletariado y de las masas trabajadoras en general.

Lenin calificaba a Kautsky de renegado porque

*«...ha desnaturalizado por completo la doctrina de Marx, tratando de adaptarla al oportunismo, «y ha renunciado a la revolución de hecho, reconociéndola de palabra»».***

Los dirigentes revisionistas chinos van algo más lejos que Kautsky. No reconocen ni de palabra la necesidad de la revolución.

Esta línea reaccionaria explica la política y las posiciones profundamente contrarrevolucionarias de la dirección revisionis-

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXXI, pág. 277, ed. en albanés.

** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXVIII, pág. 257, en albanés.

ta china, la cual intenta por todos los medios establecer alianzas y colaborar con el imperialismo norteamericano y los otros países capitalistas desarrollados, apoya al Mercado Común Europeo y a la OTAN.

Aliándose y buscando la unidad con los imperialistas norteamericanos, que son, junto con los socialimperialistas soviéticos, los más feroces opresores y explotadores y los más grandes enemigos del proletariado y de los pueblos, y con los demás imperialistas dominantes, con la más negra reacción mundial, y exigiendo al proletariado de los países europeos y de los otros países capitalistas desarrollados que doble el espinazo ante la burguesía y acepte su opresión, los mismos revisionistas chinos participan en esta opresión y se unen al capitalismo mundial en la lucha contra la revolución, contra el socialismo, contra la liberación de los pueblos.

Como se puede observar, el capitalismo mundial con el revisionismo moderno y todos sus demás instrumentos desarrolla una lucha frontal, encarnizada y multilateral para impedir el estallido de las revoluciones.

Intentan con todas sus fuerzas superar las crisis, atenuar o sofocar las situaciones revolucionarias para que no se transformen en revolución. Pero las crisis y las situaciones revolucionarias son fenómenos objetivos que no dependen de la voluntad y los deseos ni de los capitalistas, ni de los revisionistas, ni de ningún otro. Sólo podrán ser evitadas cuando desaparezca el régimen capitalista de opresión y explotación que las origina de manera inevitable.

Los imperialistas, los demás capitalistas y los revisionistas saben bien que la revolución no estalla por sí misma en los periodos de crisis y de situaciones revolucionarias. Por eso, dirigen su atención y sus golpes principales contra el factor subjetivo. Por un lado, se esfuerzan por aturdir y embaucar al proletariado, a las masas trabajadoras, a los pueblos, por dificultar que adquieran conciencia de la necesidad absoluta de la revolución y por impedir que se unan y se organicen; por otro lado, pugnan por

destruir el movimiento marxista-leninista internacional, para que no crezca ni se fortalezca, para que no se convierta en una gran fuerza política dirigente de la revolución, para que los auténticos partidos marxista-leninistas de cada país no se doten de la capacidad política e ideológica que les permita unir, organizar, movilizar y dirigir a las masas en la revolución y llevarlas a la victoria.

Pero, por más que los imperialistas, los capitalistas, los revisionistas y los reaccionarios se esfuerzen y luchen, no podrán detener el avance de la rueda de la historia. Sus esfuerzos y su lucha chocarán con los esfuerzos y la lucha revolucionaria del proletariado y de los pueblos amantes de la libertad; a su vez, los revisionistas modernos correrán la misma suerte, que los socialdemócratas y todos los oportunistas del pasado, la misma suerte que todos los lacayos de la burguesía y del imperialismo.

La lucha de liberación de los pueblos, parte integrante de la revolución mundial

Cuando hablamos de la revolución no tenemos en cuenta sólo la revolución socialista. Como han explicado Lenin y Stalin, hoy en la época de la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo, también la lucha de liberación de los pueblos, las revoluciones nacional-democráticas, antiimperialistas, los movimientos de liberación nacional, son parte de un proceso revolucionario único, de la revolución proletaria mundial.

«El leninismo –dice Stalin– demostró... que la cuestión nacional puede ser solucionada sólo en ligazón con la revolución proletaria y sobre la base de ésta, que el camino del triunfo de la revolución en el Occidente pasa por la alianza revolucionaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes, contra el imperialismo. La

*cuestión nacional es parte integrante de la cuestión general de la revolución proletaria, parte componente de la cuestión de la dictadura del proletariado.»**

Esta ligazón se ha vuelto más clara, más natural, hoy, cuando la mayoría de los pueblos, con el desmoronamiento del viejo sistema colonial, han dado un gran paso adelante en el camino hacia la independencia, creando sus propios estados nacionales y cuando, después de haber dado este paso, aspiran a avanzar más aún. Ellos quieren suprimir el sistema neocolonialista, toda dependencia del imperialismo, toda explotación del capital extranjero, quieren su plena soberanía e independencia económica y política. Está confirmado que estas aspiraciones pueden ser materializadas, que tales objetivos pueden ser alcanzados, sólo con la supresión de toda dominación y dependencia extranjeras, y poniendo fin a la opresión y la explotación de los burgueses y los terratenientes del país.

De ahí la ligazón y el entrelazamiento de la revolución nacional–democrática, antiimperialista, de liberación nacional, con la revolución socialista, porque la primera, al golpear al imperialismo y a la reacción, que son enemigos comunes del proletariado y de los pueblos, abre el camino también a las grandes transformaciones sociales, contribuye al triunfo de la revolución socialista. Y viceversa, la revolución socialista, al golpear a la burguesía imperialista, al destruir sus posiciones económicas y políticas, crea condiciones favorables y facilita el triunfo de los movimientos de liberación.

Así enfoca el Partido del Trabajo de Albania la cuestión de la revolución; la enfoca desde posiciones marxista–leninistas, por eso apoya y respalda con todas sus fuerzas las justas luchas de los pueblos amantes de la libertad contra el imperialismo norteamericano, el socialimperialismo soviético y las otras potencias

* J. V. Stalin. *Obras*, t. VI, pág. 144, ed. en albanés.

imperialistas, contra el neocolonialismo, dado que con ellas aportan su contribución a la causa común de la destrucción del imperialismo, del sistema capitalista, y al triunfo del socialismo en cada país y a escala mundial.

Por eso, cuando sacamos la conclusión de que la revolución es un problema planteado que espera solución, que está a la orden del día, no sólo tenemos en cuenta la revolución socialista, sino también la revolución democrática antiimperialista.

El grado de madurez de la situación revolucionaria, el carácter y el desarrollo de la revolución, no pueden ser idénticos en todos los países. Ello depende de las condiciones históricas concretas de cada uno en particular, del estadio de su desarrollo económico y social, de la correlación de clases, de la situación y el nivel de organización del proletariado y de las masas oprimidas, del grado de intervención de las potencias extranjeras en diversos países, etc. Cada país y cada pueblo tienen planteados muchos problemas específicos de la revolución, que son bastante complejos.

En la actualidad se habla mucho de la situación en África, Asia, América Latina, y de la realización de la revolución en estas regiones. Los dirigentes chinos consideran la cuestión de la revolución, de la independencia y la liberación nacional de los países de dichas regiones, de manera global, como si fuese posible solucionarla a través de la unión de todo el «tercer mundo», por lo tanto de los estados, las clases, los gobiernos, etc., ignorando las situaciones y los problemas concretos de cada país y región. Este enfoque metafísico demuestra que los dirigentes chinos, en realidad, están en contra de la revolución y de la liberación de los pueblos de África, Asia, América Latina, etc., que están por el mantenimiento del statu quo y de la dominación imperialista y neocolonialista en estas regiones.

También nosotros hablamos de la cuestión de la liberación de los pueblos africanos, asiáticos, árabes, etc. Estos pueblos tienen que resolver considerables problemas comunes, pero cada uno de ellos en concreto tiene planteados problemas específicos muy

complejos.

La aspiración general y común de estos pueblos es suprimir todo yugo extranjero imperialista colonial y neocolonial, la opresión que ejerce la burguesía interna. Los pueblos de África, América Latina, Asia y otras zonas expresan vehementemente su repulsa y su odio contra el yugo extranjero y también contra el de las camarillas dominantes burguesas o latifundista-burguesas internas, vendidas a los imperialistas norteamericanos, a los socialimperialistas soviéticos o a otros imperialistas. Ahora se han despertado y ya no soportan por más tiempo el saqueo de sus riquezas, de su sudor y su sangre, no pueden resignarse por más tiempo al atraso económico, social y cultural en el que se encuentran.

La lucha contra el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético, los principales enemigos de la revolución, de la liberación nacional y social de los pueblos, la lucha contra la burguesía y la reacción, hacen que los pueblos tengan muchos intereses comunes, muchos problemas comunes y que, sobre esta base, se unan.

La lucha contra Israel, el instrumento más sanguinario del imperialismo norteamericano, el cual se ha convertido en un gran obstáculo para el avance de los pueblos árabes, es una cuestión común a todos ellos. No obstante, en la práctica, no todos los estados árabes son de la misma opinión sobre la lucha que deben llevar a cabo conjuntamente contra Israel y sobre el carácter que debe tener esta lucha contra ese enemigo común. Muchas veces, algunos la consideran desde un estrecho ángulo nacionalista. Nosotros no podemos estar de acuerdo con una posición de este tipo. Somos partidarios de que Israel se retire a su propia guarida y ponga fin a sus posturas y actos chovinistas, provocadores, ofensivos y agresivos contra los estados árabes. Exigimos que Israel devuelva a los árabes los territorios que les ha arrebatado, que los palestinos conquisten todos sus derechos nacionales, pero jamás seremos partidarios de que el pueblo is-

raelí desaparezca.

Asimismo los esfuerzos encaminados a liberarse completamente de las garras del imperialismo y del socialimperialismo, a reforzar su libertad y su soberanía, son comunes a los pueblos árabes.

Sin embargo, cada pueblo árabe tiene sus propias características, tiene problemas específicas, diferentes de los problemas de los otros y que se derivan del grado de desarrollo económico-social, del nivel cultural, de la organización estatal, del grado de libertad y soberanía, de la unificación de las gens y tribus en muchos de ellos, etc. Es imposible confundir todos estos elementos particulares y pretender que el problema de la libertad, la independencia, la democracia y el socialismo en estos países sea solucionado para todos en la misma forma y al mismo tiempo.

En los países árabes que han presentado mayor interés para la burguesía, los diversos imperialistas han invertido considerables sumas para explotar las riquezas naturales y a los pueblos. Para este fin ha sido preciso que se creasen ciertas condiciones de trabajo tanto para los colonizadores como para los colonizados. Allí donde las riquezas naturales han sido más abundantes y mayores los intereses de los colonizadores, la explotación del pueblo y de las riquezas ha sido más intensa. Naturalmente, la explotación de las riquezas ha traído aparejado un cierto desarrollo, pero que no puede ser considerado como un desarrollo general y armonioso de la economía de éste o aquel país. Los colonizadores han financiado y ayudado a los jefes de las principales tribus, que se habían entregado en cuerpo y alma y vendido las riquezas de sus pueblos a los ocupantes imperialistas, y que sólo recibían un pequeño tanto por ciento de las fabulosas ganancias que obtenían los colonizadores.

Con esto y con la ayuda de sus amos del exterior, los jefes de estas tribus, según el caso y según el potencial del estado que les había esclavizado, crearon una especie de estado, supuestamente independiente, sostenido y controlado por el país colonizador. Así, con la ayuda de los colonizadores, los jefes de las tribus se

convirtieron en capas de la burguesía rica de los jeques que, por unas migajas, vendieron sus territorios y junto con ellos a los pueblos, colocándolos bajo un doble yugo, el de los colonizadores extranjeros y el propio. De esta forma, en los países árabes se crearon y se pusieron frente a frente, por un lado, la capa de la gran burguesía, de los grandes feudales, de los reyes medievales, y, por otro lado, los esclavos, el proletariado que trabajaba en las concesiones extranjeras. Las capas altas, con el dinero y las ganancias que les proporcionaban los explotadores extranjeros, adoptaron el modo de vida de la burguesía europea y norteamericana. Sus hijos fueron a cursar estudios a las escuelas de los colonizadores, donde recibieron una cierta cultura occidental. Se hacían pasar por representantes de la cultura de su pueblo, pero de hecho, fueron preparados para mantener subyugadas a las masas trabajadoras y permitir que los colonizadores explotaran a éstas de continuo y hasta la médula.

De los estados árabes, aquel que contaba con mayores riquezas, tuvo un desarrollo más rápido; el desarrollo del menos rico, fue más lento; mientras el que era pobre, permaneció en un estadio de desarrollo muy bajo.

El colonialismo, el poder de los reyes feudales y de la gran burguesía latifundista, al contar con una organización adecuada para ejercer una represión radical y al tener también en sus manos las fuerzas armadas, aplastaban en embrión cualquier conato de rebelión, cualquier reivindicación, aunque fuese de unos pocos derechos económicos muy limitados, y esto por no hablar ya de reivindicaciones políticas y de revolución.

En la actualidad, el desarrollo de los estados árabes no les plantea la solución de los mismos problemas. El rey de Arabia Saudita, por ejemplo, tiene una serie de problemas planteados y ve las cuestiones económicas, políticas, organizativas y militares, desde un determinado ángulo; pero los emires del Golfo Pérsico ven estas cuestiones desde un ángulo completamente diferente y en otra dimensión. Del mismo modo, Irak, Siria, Egipto, Libia, Túnez, Argelia, Marruecos, Mauritania etc., ven sus pro-

blemas con otros ojos.

Por eso, cuando nos referimos a los pueblos árabes, llegamos a la conclusión de que sus problemas no son idénticos, aunque tienen muchos intereses comunes, ni pueden ser solucionados de la misma manera en todos los países. Asimismo no podemos afirmar que entre estos países existan una alianza y la misma opinión sobre la solución de los problemas comunes. Los problemas de cada estado árabe son diferentes, no sólo debido a la diferente actitud de sus gobiernos, sino también a la actitud de los estados coloniales y neocoloniales que todavía hacen la ley en la mayoría de ellos.

Lo dicho para los pueblos árabes, es aplicable a los pueblos del continente africano. África es un mosaico de pueblos con una antigua cultura. Cada uno de ellos tiene su cultura, sus costumbres, su modo de vida, que se encuentran, en unos sitios más y en otros menos, en un estadio bastante atrasado, por causas conocidas. El despertar de la mayor parte de estos pueblos no hace mucho que ha empezado. *De jure*, los pueblos africanos han obtenido en general la libertad y la independencia. Pero no se trata de una libertad y una independencia auténticas, porque la mayoría de ellos se encuentran todavía en estado colonial o neocolonial. Muchos de estos países son gobernados por los cacillas de las viejas tribus, que han tomado el poder y se apoyan en los viejos colonialistas o en los imperialistas norteamericanos y los socialimperialistas soviéticos. Tales métodos de gobierno en estos estados, no son ni pueden ser en este estadio otra cosa que un acentuado remanente del colonialismo. Los imperialistas dominan de nuevo en la mayor parte de los países africanos a través de los consorcios, de los capitales industriales invertidos, de los bancos, etc. La inmensa mayoría de las riquezas de estos países continúa afluyendo a las metrópolis.

Esa libertad e independencia de que gozan los países africanos, unos las han conquistado con la lucha, mientras que los otros las han obtenido sin ella. Durante el periodo de su domina-

ción colonial en África, los colonizadores ingleses, franceses y otros han reprimido a los pueblos, mas también han creado una burguesía indígena más o menos educada a la manera occidental. De esta burguesía han surgido también personalidades. Entre ellas hay un considerable número de elementos antiimperialistas, de combatientes por la independencia de su país, pero la mayoría o bien se mantiene fiel a los viejos colonizadores, para conservar estrechos vínculos con ellos aún después de la desaparición formal del colonialismo, o bien se ha puesto bajo la dependencia económica y política de los imperialistas norteamericanos o de los socialimperialistas soviéticos.

En el pasado, los colonizadores no hicieron grandes inversiones. Así ocurrió, por ejemplo, en Libia, Túnez, Egipto y otros países. No obstante, en todos ellos los colonizadores saquearon las riquezas, se apoderaron de vastos territorios y crearon un proletariado, importante numéricamente, en determinadas ramas de la industria, como la de extracción y transformación de las materias primas. Asimismo trasladaron a las metrópolis, a Francia por ejemplo, pero también a Inglaterra, una gran cantidad de mano de obra barata que trabajaba en las minas y las fábricas de los colonizadores.

En las otras regiones de África; sobre todo en África negra, el desarrollo industrial ha quedado más atrasado. Todos los países de esta cuenca estaban repartidos especialmente entre Francia, Inglaterra, Bélgica y Portugal. Hace mucho que en ellos se descubrieron grandes riquezas del subsuelo, como diamantes, hierro, cobre, oro, estaño; etc., y que se creó una industria de extracción y tratamiento de los minerales.

En muchos países de África se han construido grandes ciudades, típicamente coloniales, donde los colonizadores vivían de manera fabulosa. Hoy, en ellos crece y se desarrolla, por un lado, la gran burguesía nativa y sus riquezas y, por otro, se agrava aún más la pobreza de las amplias masas trabajadoras. En dichos países se ha logrado, más o menos, un cierto desarrollo cultural, pero tiene más bien un carácter europeo. La cultura autóctona no

está desarrollada, se ha quedado en general al nivel alcanzado por las tribus y no está representada fuera de ellas, en los centros donde se levantan los rascacielos. Esto ha sido así porque fuera de los grandes centros donde vivían los colonizadores, existían la miseria más negra y el infortunio más grande, reinaban el hambre, las enfermedades, la ignorancia y la explotación de los hombres hasta la médula, en toda la acepción de la palabra.

La población africana se ha quedado en un nivel de subdesarrollo desde el punto de vista cultural y económico y ha ido disminuyendo, decayendo, a causa de las guerras coloniales, de la feroz persecución racial, del tráfico de los negros africanos y de su traslado forzoso a las metrópolis, a los Estados Unidos de América y a otros países, para hacerlos trabajar como bestias en las plantaciones de algodón y otros cultivos, y para destinarlos a los trabajos más pesados en la industria y la construcción.

Por estas razones, los pueblos africanos aún tienen por delante una gran lucha. Esta lucha es y será muy compleja, diferente en los diversos países, debido a las condiciones del desarrollo económico, cultural y educacional, del grado de su despertar político, de la gran influencia que ejercen entre las masas de estos pueblos las diversas religiones, como la cristiana, la musulmana, las viejas creencias paganas, etc. Esta lucha resulta aún más difícil porque en muchos de estos países pesa actualmente la dominación neocolonialista junto con la de las camarillas nativas burgues-capitalistas. En ellos la ley la hacen los poderosos estados capitalistas e imperialistas que subvencionan o que tienen bajo su dependencia a las camarillas dominantes, a las que aupan al poder y derrocan cuando lo exigen los intereses de los neocolonizadores o cuando se rompe el equilibrio de estos intereses.

La política de los latifundistas, la burguesía reaccionaria; los imperialistas y los neocolonialistas tiende a mantener a los pueblos africanos continuamente subyugados, en el oscurantismo, a impedir su desarrollo social, político e ideológico, a obstaculizar su lucha por la conquista de estos derechos. En la actualidad,

vemos que los mismos imperialistas que en el pasado dominaron a estos pueblos, y otros imperialistas nuevos, intentan penetrar en el continente africano, interviniendo de todas las formas en los asuntos internos de los pueblos. Todo ello ha hecho que se exacerbén cada vez más las contradicciones entre los imperialistas, entre los pueblos y las direcciones burgués-capitalistas de la mayoría de estos países, entre los pueblos y los nuevos colonizadores.

Estas contradicciones deben ser aprovechadas por los pueblos, tanto para profundizarlas como para beneficiarse de ellas. Pero esto sólo se logrará a través de la lucha resuelta del proletariado, del campesinado pobre, de todos los oprimidos y los esclavos, contra el imperialismo y el neocolonialismo, contra la gran burguesía nativa, los latifundistas y todos los organismos creados por ellos. En esta lucha les corresponde desempeñar un papel particular a los hombres progresistas y demócratas, a los jóvenes revolucionarios y a los intelectuales patriotas, los cuales aspiran a ver sus países avanzando libres e independientes en el camino del desarrollo y del progreso. Sólo mediante una lucha continua y organizada se les hará la vida difícil y el gobernar imposible a los opresores y explotadores nativos y extranjeros. Esta situación, será preparada en las condiciones concretas de cada estado africano.

EL imperialismo inglés y el imperialismo norteamericano no han concedido ni una sola libertad a los pueblos de África. Todos vemos, por ejemplo, lo que ocurre en África del Sur, que está dominada por los racistas blancos, por los capitalistas ingleses, dominada por los explotadores, los cuales reprimen ferozmente a los pueblos de color de este estado donde impera la ley de la jungla. Muchos otros países de África están dominados por los consorcios y los capitales de los Estados Unidos de América, Inglaterra, Francia, Bélgica, de los demás viejos colonizadores e imperialistas, que se han debilitado en cierta medida, pero que continúan controlando los puntos clave de la economía.

También los pueblos de Asia han recorrido un camino lleno de sufrimientos y penalidades, de despiadada opresión y explotación imperialistas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial las nueve décimas partes de la población de este continente, sin contar el Asia soviética, se encontraban en una situación de opresión y explotación colonial y semicolonias ejercidas por las potencias imperialistas de Europa, el Japón y los Estados Unidos de América. Sólo Gran Bretaña poseía en Asia colonias con una extensión de 5 millones 635 mil km² y con más de 420 millones de habitantes. La opresión y la explotación colonial de la aplastante mayoría de los países de Asia, los había dejado en un acentuado atraso económico-social y cultural y en una tremenda miseria. Sólo servían como fuentes de abastecimiento de materias primas a las metrópolis imperialistas (petróleo, carbón, cromo, manganeso, magnesita, estaño, caucho, etc.).

Después de la guerra también en Asia fue destruido el régimen colonial. En las viejas colonias se levantaron estados nacionales aparte. En la mayoría de ellas se logró esta victoria por medio de una lucha sangrienta de las masas populares contra los colonizadores y los ocupantes japoneses.

La lucha libertadora del pueblo chino, la cual condujo a la liberación de China de la dominación imperialista japonesa, al aniquilamiento de las fuerzas reaccionarias de Chiang Kai-shek y al triunfo de la revolución democrática, tuvo una particular importancia para el derrocamiento del colonialismo en Asia. Esta victoria, en un gran país como China, ejerció durante un cierto periodo una amplia influencia en la lucha de liberación de los pueblos asiáticos y de los otros países dominados por las potencias imperialistas o dependientes de ellas. Pero esta influencia fue debilitándose paulatinamente, debido a la línea que adoptó la dirección china tras la creación de la República Popular China.

La dirección china proclamó que su país se había encauzado por el camino del desarrollo socialista. Los revolucionarios y los pueblos del mundo amantes de la libertad, que deseaban y esperaban que se convirtiera en un poderoso baluarte del socialismo

y de la revolución mundial, saludaron calurosamente esta proclamación. Pero sus deseos y sus esperanzas no se confirmaban. La gente no quería creérselo, pero los hechos y la situación muy agitada y turbulenta que predominaba en China, demostraban que no marchaba por el camino del socialismo.

Mientras tanto, la lucha de los pueblos asiáticos no había finalizado con la destrucción del colonialismo. Los colonizadores ingleses, franceses; holandeses, etc., a pesar de verse obligados a reconocer la independencia de las antiguas colonias, querían conservar sus posiciones económicas y políticas a fin de continuar la dominación y la explotación bajo otras formas, neocolonialistas. La situación se agravó particularmente por la penetración de los Estados Unidos de América en Asia, sobre todo en el Lejano Oriente, en el Sudeste Asiático y en las islas del Pacífico. Esta zona tenía y tiene una gran importancia económica, militar-estratégica para el imperialismo norteamericano. Allí estableció grandes bases y flotas de guerra. Paralelamente a esto, el capital norteamericano clavó sus sangrientas garras en la economía de esas regiones. Entretanto, los imperialistas norteamericanos llevaron a cabo operaciones militares y acciones diversionistas de gran envergadura a fin de aplastar los movimientos de liberación nacional en los países asiáticos. Lograron dividir Corea y Vietnam en dos partes, implantando regímenes reaccionarios, títeres, en la parte sur de estos países. En numerosas ex colonias y semicolonias de Asia, se establecieron regímenes latifundista-burgueses pro imperialistas. De este modo se conservaron allí la esclavitud medieval, la feroz dominación de los maharajás, los reyes, los jeques, los samurais, de los señores capitalistas «modernizados». Estos regímenes vendieron otra vez sus países a los imperialistas, sobre todo al imperialismo norteamericano, frenando así considerablemente el desarrollo económico, social y cultural de estos países.

En estas condiciones, los pueblos de Asia, agobiados de nuevo por el pesado yugo imperialista y latifundista-burgués, se vieron obligados a no deponer las armas y continuar su lucha li-

bertadora a fin de liquidar este yugo. En general esta lucha estaba dirigida por los partidos comunistas. Allí donde estos partidos habían logrado crear estrechos vínculos con las masas, hacerlas conscientes de los objetivos libertadores de la lucha, movilizarlas y organizarlas en la guerra revolucionaria, esta lucha dio resultados positivos. La histórica victoria que lograron los pueblos de Indochina, especialmente el pueblo vietnamita, sobre los imperialistas norteamericanos y sus lacayos nativos latifundista-burgueses, demostró al mundo entero que el imperialismo, aún siendo como los Estados Unidos de América una superpotencia, a pesar de su gran potencial económico y militar y los modernos medios de guerra de que dispone y que utiliza para aplastar los movimientos de liberación, no es capaz de someter a los pueblos y los países, sean grandes o pequeños, cuando están decididos a hacer cualquier sacrificio y luchar con abnegación hasta el fin por su libertad y su independencia.

En muchos otros países de Asia, como Birmania, Malasia, Filipinas, Indonesia, etc., se han desarrollado y todavía siguen desarrollándose las luchas armadas de liberación. Estas luchas seguramente habrían logrado mayores éxitos y victorias, si no hubieran sido obstaculizadas por la intervención y las actitudes antimarxistas y chovinistas de la dirección china, intervención y actitudes que han provocado escisión y desorientación en las fuerzas revolucionarias y los partidos comunistas a la cabeza de estas fuerzas. Por un lado, los dirigentes chinos decían apoyar las luchas libertadoras en estos países y, por el otro, sostenían a los regímenes reaccionarios, recibían y despedían con mil honores y elogios a sus cabecillas. Siempre han seguido la estrategia y la táctica de someter los movimientos de liberación en los países asiáticos a su política pragmática y a sus intereses hegemónicos. De continuo han presionado a las fuerzas revolucionarias y a la dirección de estas fuerzas para imponerles esa política. En realidad, no se han preocupado por la causa de la liberación de los pueblos y de la revolución en los países de Asia, sino por la realización de sus designios chovinistas. No han ayudado a estos

pueblos, sólo los han obstaculizado.

El problema de la revolución y de la lucha de liberación en Asia, jamás se ha planteado con tanta fuerza y de manera tan imperativa como ahora; nunca ha sido más complicado que ahora ni su solución más difícil.

Esta complicación y estas dificultades se deben principalmente a los designios y a la actividad de los imperialistas norteamericanos, así como a los designios y la actividad antimarxista, antipopular, hegemónica y expansionista de los revisionistas y los socialimperialistas soviéticos y chinos.

Los Estados Unidos de América ambicionan e intentan por todos los medios y con todas sus fuerzas conservar y reforzar sus posiciones estratégicas, económicas y militares en Asia, puesto que consideran estas posiciones como vitales para sus intereses imperialistas.

A su vez, también la Unión Soviética aspira a extender las posiciones que ya ha conquistado en Asia y se vale de todos los medios y de todas sus fuerzas para conseguirlo.

China, por su parte, ha manifestado abiertamente su pretensión de dominar a los países asiáticos, estableciendo a este efecto alianzas con los Estados Unidos de América y, en especial, con el Japón, y contraponiéndose directamente a la Unión Soviética.

También el Japón pretende dominar en Asia; éste es un viejo objetivo del imperialismo japonés.

Por eso la Unión Soviética tiene tanto miedo a la alianza chino-japonesa y la combate tan enérgicamente. Pero tampoco el imperialismo norteamericano desea que esta alianza cobre mayores proporciones y supere los límites en que puedan verse afectados sus intereses, a pesar de que estimuló y dio el «visto bueno» a la firma del Tratado entre China y el Japón juzgando desde el punto de vista de que este tratado puede frenar la expansión soviética que va en perjuicio de la dominación norteamericana.

También la India, que es un gran país, tiene la ambición de

convertirse en una gran potencia nuclear y con peso en Asia, de desempeñar un papel particular, sobre todo dada su posición estratégica en el cruce de los intereses expansionistas de las dos superpotencias imperialistas, la norteamericana y la soviética, en el Océano Índico y el Golfo Pérsico, y en sus fronteras septentrionales y orientales.

Tampoco el imperialismo inglés ha renunciado a sus designios de dominar los países asiáticos. Otros estados capitalista-imperialistas tienen asimismo una meta análoga.

Por esta razón Asia constituye hoy día una de las zonas en las que tienen lugar las rivalidades interimperialistas más agudas; se han creado, por lo tanto, muchos focos peligrosos que amenazan con transformarse en conflagraciones mundiales, que serían pagadas por los pueblos.

Para sofocar las revoluciones y las luchas de liberación en los países de Asia y abrir paso a sus planes hegemónicos y expansionistas, los revisionistas soviéticos y chinos, en una febril competencia entre sí, han realizado y realizan un trabajo muy sucio de escisión y de zapa en el seno de los partidos comunistas y de las fuerzas revolucionarias y amantes de la libertad de estos países. Esta actividad fue una de las causas principales de la catástrofe que sufrió el Partido Comunista de Indonesia, de la escisión y del desbaratamiento del Partido Comunista de la India, etc. Predican la alianza y la unidad del proletariado y de las amplias masas populares con sus respectivas burguesías reaccionarias, esforzándose cada uno por separado en granjearse la amistad de estas burguesías dominantes.

La ingerencia de los socialimperialistas soviéticos y chinos en los diversos países de Asia, partiendo de sus posiciones y sus objetivos hegemónicos y expansionistas, amenaza con grandes peligros a los movimientos de liberación de estos pueblos y ha puesto directamente en peligro también las victorias de la lucha de liberación en Vietnam, Camboya y Laos.

En los países asiáticos, las fuerzas revolucionarias y amantes de la libertad, dirigidas por los partidos comunistas marxista-le-

ninistas, deben enfrentar y desbaratar tanto el peligro que proviene de la reacción interna, armada por los amos imperialistas, como los peligros procedentes de la actividad escisionista y de zapa, y de los planes hegemónicos y expansionistas de los revisionistas soviéticos y chinos. Además deben liberarse de una serie de antiguas ideas y concepciones reaccionarias; religiosas, místicas, budistas, brahmanistas, etc., que frenan el movimiento. Del mismo modo no deben permitir que arraiguen «nuevas» ideas y concepciones reaccionarias, como las ideas revisionistas jruschovistas, maoístas y otras teorías igual de reaccionarias, que desorientan a las masas, las engañan, las despojan de su espíritu combativo de clase, las meten en callejones tortuosos y sin salida.

Es cierto que la lucha de liberación que tienen por delante los pueblos de Asia es difícil, es cierto que choca con muchos obstáculos, pero no hay ni habrá lucha de liberación ni revolución fáciles, que no sorteen grandes dificultades y obstáculos, que se lleven a cabo sin sangre y sin grandes sacrificios, para alcanzar la victoria final.

Los países de América Latina en general tienen un desarrollo capitalista superior a los países de África y Asia. Pero el grado de dependencia de los países latinoamericanos respecto al capital extranjero no es menor que el de la gran mayoría de los países africanos y asiáticos.

La mayor parte de los países de América Latina, a diferencia de los países africanos y asiáticos, se proclamaron estados independientes mucho más temprano, a partir de la primera mitad del siglo XIX, como resultado de las guerras de liberación de sus pueblos en contra de los colonizadores españoles y portugueses. Estos países habrían avanzado mucho más si no hubieran caído, inmediatamente después de la supresión del yugo colonial español y portugués, bajo otro yugo, semicolonial, del capital extranjero, inglés, francés, alemán, norteamericano, etc. Hasta principios de este siglo, los colonialistas ingleses eran quienes domi-

naban la situación en América Latina. Saqueaban colosales cantidades de materias primas, construían puertos, ferrocarriles, centrales eléctricas, exclusivamente al servicio de sus propias sociedades concesionarias, y comerciaban con sus artículos industriales producidos en Gran Bretaña.

Esta situación cambió, pero no en provecho de los pueblos latinoamericanos, con la penetración en América Latina de los Estados Unidos de América, que estaba en la etapa de su desarrollo imperialista. El imperialismo de los Estados Unidos de América empleó el lema de «América para los americanos», que estaba encarnado en la «Doctrina Monroe»⁸, para sentar su dominación exclusiva en todo el hemisferio occidental. La penetración económica de los Estados Unidos de América en este hemisferio se llevó a cabo tanto a través de la fuerza militar y del chantaje político, como de la diplomacia del dólar, por medio del garrote y la zanahoria. Así, en 1930 las inversiones de capitales norteamericanos e ingleses en América Latina se igualaron, mientras que después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos de América se convirtieron en los verdaderos dueños de la economía de esta parte del globo. Sus grandes monopolios se apoderaron de las ramas clave de la economía latinoamericana. Los países de esta región entraron a formar parte del imperio «invisible» del imperialismo norteamericano, que empezó a hacer la ley en todos ellos, a cambiar a su antojo jefes de estado y gobiernos, a dictarles su propia política económica y militar, interior y exterior.

⁸ Fue proclamada por el presidente americano James Monroe, en el mensaje sobre el estado de la Unión, el 2 de diciembre de 1823. Esta doctrina de carácter expansionista tendía a camuflar los planes de los EE. UU. orientados a poner a América Latina bajo la dominación norteamericana.

Tampoco tras la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano renunció a dicha política. En el espíritu de esta doctrina, ha llevado a cabo decenas de intervenciones abiertas y encubiertas: 11 veces en Panamá, 10 veces en Nicaragua, 9 veces en la República Dominicana, 7 veces en Honduras, 2 veces en Guatemala, etc.

Las sociedades monopolistas de los Estados Unidos de América sacaban fabulosas ganancias explotando las ricas fuentes naturales, el trabajo, el sudor y la sangre de los pueblos latinoamericanos. Por cada dólar invertido en los diversos países del continente, se embolsaban cuatro o cinco. Y esta situación ha seguido inalterable hasta nuestros días.

A pesar de que las inversiones de capitales en América Latina por parte de los estados imperialistas llevaron a la creación de una cierta industria moderna, especialmente la industria de extracción, y también la industria ligera y alimenticia, estas inversiones han frenado sobremanera el desarrollo económico general de sus países. Los monopolios extranjeros y la política neocolonialista de los estados imperialistas deformaron monstruosamente el desarrollo económico de estos países, le dieron un carácter unilateral, de monocultivo, los convirtieron en simples abastecedores de materias primas: Venezuela se especializó en el petróleo, Bolivia en el estaño, Chile en el cobre, Brasil y Colombia en el café, Cuba, Haití y la República Dominicana en el azúcar, Uruguay y Argentina en productos ganaderos, Ecuador en plátanos y así sucesivamente.

El carácter unilateral de la economía de estos países hacía que ella fuera totalmente inestable, totalmente incapaz de desarrollarse de manera acelerada y en todos sus aspectos, completamente dependiente de las coyunturas y las fluctuaciones de los precios en el mercado capitalista mundial. Cualquier descenso de la producción, cualquier síntoma de crisis económica en los Estados Unidos de América y en los otros países capitalistas, necesariamente se reflejaría de manera negativa, e incluso en mayor medida, también en la economía de los países de América Latina. Después de la Segunda Guerra Mundial, las metrópolis imperialistas comenzaron a hacer grandes inversiones directas en las diversas ramas de la industria, en las minas, la agricultura, a comprar empresas nacionales, etc. Dominaron sectores enteros de la producción, extremaron la explotación de los países latinoamericanos. Al mismo tiempo, estimularon la concesión de

empréstitos y las financiaciones con una elevada tasa de interés, sometiendo aún más dichos países a la dominación extranjera y, en primer lugar, a la de los Estados Unidos de América. Sólo Brasil y México deben a los bancos extranjeros respectivamente casi 40.000 y 30.000 millones de dólares.⁹

El desarrollo capitalista en América Latina se ha quedado en general atrasado, también por el hecho de que aún subsisten bastantes residuos de los latifundios, que no se han despojado por completo de su carácter feudal, y por eso algunos de los países latinoamericanos tienen un atraso tan acentuado como los de Asia y África. En función de la política económica y la intervención imperialista directa, en los países de América Latina se ha creado una oligarquía, una gran burguesía monopolista bastante poderosa que, junto con los grandes propietarios de tierras, detenta el poder y, siempre con el apoyo del imperialismo norteamericano y juntamente con él, oprime y explota despiadadamente a la clase obrera, al campesinado y a las otras capas trabajadoras, que llevan una vida miserable.

Este desarrollo ha creado también un proletariado industrial bastante grande, que junto con el proletariado agrícola y los obreros de la construcción y los servicios, representa casi la mitad de la población, a diferencia de África y Asia, donde en la mayor parte de los países la clase obrera es muy reducida.

Además, en América Latina, el campesinado y la clase obrera, surgida de sus filas, poseen ricas tradiciones de combate revolucionario, adquiridas en las incesantes luchas por la libertad, por la tierra, por el trabajo y por el pan, tradiciones que se han desarrollado aún más en las batallas contra la oligarquía nativa y contra los monopolios extranjeros, contra el imperialismo norteamericano. Los pueblos de América Latina se encuentran entre

⁹ Según datos publicados en 1984, la deuda externa de Brasil ascendía a 100 mil millones de dólares, convirtiéndose así en el país más endeudado del mundo.

En 1983, México tenía una deuda externa de unos 85 mil millones de dólares.

los pueblos que más se han enfrentado a los opresores y explotadores internos y externos, y que más sangre han derramado. Las victorias que han logrado en estos enfrentamientos no han sido pocas ni pequeñas, pero todavía en ningún país han triunfado plenamente las libertades democráticas, ha desaparecido totalmente la explotación ni se ha logrado la plena independencia y soberanía nacionales. Los pueblos latinoamericanos cifraron muchas esperanzas, muchas ilusiones, en la victoria del pueblo cubano, la cual fue una inspiración y un estímulo en la lucha para sacudirse del yugo de los opresores capitalistas y terratenientes nativos y de los imperialistas norteamericanos. Pero estas esperanzas y esta inspiración se desvanecieron rápidamente, cuando vieron que la Cuba castrista no se desarrollaba por el camino del socialismo, sino del capitalismo de tipo revisionista, y con mayor motivo cuando se convirtió en vasalla y mercenaria del socialimperialismo soviético.

Al igual que en todos los continentes, también en América Latina hoy las situaciones se presentan complicadas.

En la mayoría de los países estas situaciones son revolucionarias y plantean a la orden del día las revoluciones, para derrocar el régimen burgués–latifundista y liquidar la dependencia imperialista. Naturalmente, estas revoluciones no pueden tener en todas partes el mismo carácter, seguir el mismo proceso y resolverse de la misma manera, por razones ya conocidas, esto es, por las condiciones y los problemas particulares que tiene cada país o grupo de países, los diferentes grados de desarrollo económico–social y de dependencia del imperialismo y del socialimperialismo, el nivel de moderación o de fascistización de los regímenes burgueses, etc. Pero una cosa parece indispensable, la necesidad de entrelazar, más que en muchos países de África y Asia, las tareas antiimperialistas, democráticas y socialistas de la revolución.

De la misma manera, en América Latina hay muchas ventajas para la preparación del factor subjetivo de la revolución, debido a una conciencia bastante elevada y a la disposición de las am-

plias masas populares a luchar contra la opresión y la explotación interna y extranjera, por la libertad, la democracia y el socialismo. Pero su completa preparación es obstaculizada, confundida y atacada con todas las fuerzas no sólo por los imperialistas, particularmente los norteamericanos, y la reacción interna, sino también por los revisionistas de los respectivos países y los otros oportunistas, lacayos del capitalismo, así como por los revisionistas soviéticos y chinos.

El imperialismo norteamericano, siguiendo la política de siempre para que América Latina continúe siendo su feudo, del cual saca superganancias colosales, maniobra con todos los medios, militares, diversionistas, demagógicos y mistificadores, para no permitir que algún otro imperialismo predomine allá, y garantizar que en ningún país estalle y triunfe la revolución. Quiere conservar así la completa dependencia de los países latinoamericanos respecto a los Estados Unidos de América y también el sistema burgués–latifundista en estos países.

A este efecto, una importante arma en manos de los Estados Unidos de América es la llamada Organización de Estados Americanos, que es manipulada por el presidente, el Pentágono y el Departamento de Estado norteamericanos. Los estatutos de esta organización les confieren el derecho de intervenir valiéndose de todos los medios y procedimientos, incluso los militares, para mantener el statu quo, tanto interior como exterior, en los países de América Latina.

Mientras tanto, los grandes monopolios norteamericanos han perfeccionado los métodos de explotación en estos países, organizando sociedades monopolistas multinacionales, cuyos hilos son manejados desde su central en los Estados Unidos de América, y utilizando en grandes proporciones el capitalismo estatal, a través del cual logran manipular los gobiernos y el aparato estatal de cada país en general.

Pero éstos y muchos otros medios que utilizan los Estados Unidos de América no pueden resolver los problemas provocados por la grave crisis económica y política que ha afectado tam-

bién a los países latinoamericanos.

En un momento en que los capitalistas y los terratenientes nativos no pueden vivir a no ser que lo hagan bajo la tutela y con el apoyo del imperialismo norteamericano, la idea de la revolución, como el único medio indispensable para asegurar la liberación nacional y social, penetra cada vez más profunda y ampliamente en la conciencia del proletariado, del campesinado trabajador, de la intelectualidad progresista y de las masas de la juventud de estos países.

Para evitar las revoluciones, los imperialistas norteamericanos con los capitalistas nativos utilizan dos métodos principales. Uno, el de establecer regímenes militar-fascistas por medio de un *pronunciamento militar*, cuando ven amenazadas de manera inminente sus posiciones. Así actuaron en Brasil, Chile, Uruguay, Bolivia, etc. El otro método es la organización de regímenes democrático-burgueses, con acentuadas limitaciones y una pronunciada carencia de libertades fundamentales, como en Venezuela y México, o como están haciendo actualmente en Brasil, esforzándose así por atenuar las tensiones revolucionarias y dar la impresión de que la burguesía de dichos países y, en mayor medida, la administración de los Estados Unidos de América y su presidente, se preocupan por los «derechos humanos».

Pero tales medios y maniobras no pueden resolver los problemas de la crisis, no pueden evitar las situaciones revolucionarias, no pueden borrar la revolución del orden del día.

El proletariado con todas las fuerzas revolucionarias de los países latinoamericanos se encuentran ante tareas revolucionarias muy importantes. Para realizar estas tareas, llevar a cabo la revolución, conquistar la completa independencia nacional, instaurar las libertades democráticas y el socialismo, deben luchar en muchas direcciones, contra la oligarquía burguesa y latifundista nativa, contra el imperialismo norteamericano, así como contra los diversos servidores del capital, del imperialismo y del socialimperialismo, tales como los revisionistas pro-soviéticos y castristas, los revisionistas pro-chinos, los trotskistas y otros. No

sólo tienen el deber de hacer frente a la actividad diversionista y escisionista de los oportunistas y los revisionistas de diverso pelaje, sino también de liberarse de las influencias pequeñoburguesas que se reflejan en algunas concepciones y prácticas golpistas, foquistas, aventureras, que se han convertido en una cierta tradición, pero que no tienen nada en común con la verdadera revolución, por el contrario la perjudican enormemente. Pero esta cuestión requiere un tratamiento cuidadoso.

En lo que atañe a la tradición combativa de los pueblos de América Latina, en ella predomina el aspecto positivo, revolucionario, que constituye un factor muy importante y que hace falta utilizar lo mejor y más ampliamente posible en la preparación y el desarrollo de la revolución, dando a esta tradición un nuevo contenido, desprovisto de los elementos negativos propios de las prácticas de los pistoleros y foquistas.

Para realizar estas grandes tareas, los partidos marxista-leninistas de la clase obrera desempeñarán un papel decisivo. Estos partidos no sólo han sido creados ya en casi todos los países de América Latina, sino que la mayoría de ellos han dado importantes pasos hacia adelante en el trabajo por preparar al proletariado y a las masas populares para la revolución. En intransigente lucha contra los revisionistas y los demás oportunistas, contra todos los lacayos de la burguesía y del imperialismo, contra los puntos de vista y las prácticas castristas, jruschovistas, trotskistas, tercermundistas, etc., han elaborado una línea política correcta y acumulado una experiencia de lucha bastante grande para materializar esta línea, convirtiéndose en portadores de toda la tradición revolucionaria del pasado, para utilizarla y desarrollarla en adelante a favor del movimiento obrero y de liberación, con el fin de preparar a las masas y lanzarlas a la revolución.

La situación revolucionaria actual plantea ante estos partidos la necesidad de mantener vínculos lo más estrechos y consultarse lo más frecuentemente posible entre sí para que puedan aprovechar al máximo la experiencia mutua y coordinar sus posiciones y sus acciones en lo concerniente a los problemas comunes

de la lucha contra la burguesía reaccionaria y el imperialismo, contra el revisionismo moderno soviético, chino, etc., en lo concerniente a todos los problemas de la revolución.

Ahora que los pueblos han despertado y ya no aceptan vivir bajo el yugo imperialista y colonial, que exigen la libertad, la independencia, el desarrollo y el progreso; ahora que crece el odio popular contra los opresores extranjeros e internos, ahora que África, América Latina y Asia se han transformado en una caldera en ebullición, para los colonizadores viejos y nuevos es difícil, si no imposible, dominar y explotar a los pueblos de estos países con los anteriores métodos y formas. Ellos no pueden abstraerse de saquear y explotar las riquezas, el sudor y la sangre de estos pueblos.

He aquí la razón de todos los esfuerzos que se despliegan para encontrar nuevos métodos y formas de engaño saqueo y explotación, para repartir limosnas, que sin embargo no benefician a las masas, sino a las clases burgués–latifundistas dominantes.

Mientras tanto, el problema se ha complicado aún más, porque desde hace tiempo en las antiguas colonias y semicolonias ha comenzado a penetrar profundamente el socialimperialismo soviético, y porque también la China socialimperialista ha iniciado febrilmente sus esfuerzos para introducirse en ellos.

La Unión soviética revisionista lleva a cabo su intervención expansionista tras la máscara de una política supuestamente leninista de ayuda a la lucha de liberación de los pueblos, presentándose como aliado natural de estos países y pueblos. Los revisionistas soviéticos, como medio para penetrar en África y en otras partes, emplean y propagan consignas de tinte socialista, a fin de engañar a los pueblos que aspiran a liberarse, a suprimir la opresión y la explotación y saben que el único camino que conduce a la completa liberación nacional y social es el socialismo.

En su intervención, la Unión Soviética arrastra además a sus aliados o, mejor dicho, a sus satélites. Esto lo vemos en concreto en África, donde los socialimperialistas soviéticos y sus mer-

cenarios cubanos intervienen so pretexto de ayudar a la revolución. Desde luego, se trata de una mentira. Su intervención no pasa de ser una acción colonialista; cuyo objetivo es conquistar mercados y someter a los pueblos.

De esta índole es la intervención de la Unión Soviética y de los mercenarios cubanos en Angola. Ellos no han tenido ni tienen en absoluto el objetivo de ayudar a la revolución angoleña, sino el de clavar sus garras en este país africano que había ganado cierta independencia después de la expulsión de los colonizadores portugueses. Los mercenarios cubanos son el ejército colonial enviado por la Unión Soviética a ocupar mercados y posiciones estratégicas en los países del África Negra, a utilizar Angola para pasar a otros estados, a fin de que también los socialimperialistas soviéticos puedan crear un imperio colonial moderno.

La Unión Soviética y su mercenario, Cuba, con la excusa de ayudar a la liberación de los pueblos, intervienen en otros países con ejércitos dotados de cañones y ametralladoras supuestamente para construir el socialismo que no existe ni en la Unión Soviética ni en Cuba. Estos dos estados burgués–revisionistas se metieron en Angola para ayudar a una camarilla capitalista a tomar el poder, contrariamente a las aspiraciones del pueblo angoleño, que luchó contra los colonizadores portugueses para conquistar su libertad. Agostinho Neto hace el juego a los soviéticos. Estando en lucha contra la otra fracción, en sus intentos para hacerse con el poder, llamó a los soviéticos a acudir en su ayuda. La confrontación entre los dos clanes en lucha no tenía en absoluto un carácter revolucionario popular. El choque entre ellos era una lucha de camarillas por el poder. Cada una de éstas era apoyada por diversos estados imperialistas. De esta contienda salió victorioso Agostinho Neto, y en Angola, lejos de triunfar el socialismo, se implantó, después de la intervención extranjera, el neocolonialismo soviético.

También la China socialimperialista está haciendo grandes esfuerzos por penetrar en las antiguas colonias y semicolonias.

Un ejemplo de cómo interviene China es el Zaire, donde domina la camarilla más sangrienta y más rica del continente africano acaudillada por Mobutu. En los últimos combates que se desarrollaron en el Zaire, acudieron inmediatamente en ayuda de Mobutu, asesino de Patricio Lumumba, los marroquíes del reino jerifiano de Marruecos, acudió la aviación francesa, acudió asimismo China. La ayuda dada por los franceses es comprensible, porque con su intervención defienden las concesiones y los consorcios que poseen en Katanga, a la vez que defienden a sus gentes, así como a Mobutu y su camarilla. Pero los revisionistas chinos ¿qué buscan en Katanga? ¿A quién asisten? ¿Acaso auxilian al pueblo del Zaire oprimido por Mobutu, por su camarilla y por los concesionarios franceses, belgas, norteamericanos y otros? ¿No será que también ellos ayudan a la sangrienta camarilla de Mobutu? El hecho es que la dirección revisionista china socorre a esta camarilla no de manera indirecta, sino muy abiertamente. Para que esta ayuda sea más concreta y ostensible, mandó allí al ministro de Asuntos Exteriores Juan-Jua, envió expertos militares, asistencia militar y económica, actuando así de manera antimarxista, antirrevolucionaria. Su intervención tiene las mismas características que las del rey Hassán de Marruecos y las de Francia.

Los socialimperialistas chinos se inmiscuyen no sólo en este asunto, sino también en los otros problemas de los pueblos y de los países de África y de los otros continentes, sobre todo en los países donde tratan de penetrar a toda costa para crear bases económicas, políticas y estratégicas.

Ni siquiera los Estados Unidos de América acuden tan abiertamente en ayuda de Pinochet, verdugo fascista de Chile, como lo hace China. Incluso los norteamericanos no socorren de este modo ni siquiera a los gobernantes reaccionarios de los otros países, donde sus intereses son grandes. Esto no significa que los imperialistas norteamericanos renuncien a sus intereses. Defienden, incluso enérgicamente, estos intereses, pero en formas sutiles.

Con la actitud que mantiene China, llamada socialista, va en contra de los intereses y las aspiraciones de los pueblos, de los comunistas, de los elementos revolucionarios, en contra de las aspiraciones de todos los hombres progresistas de América Latina.

China asume la defensa de los diversos dictadores que dominan a los pueblos y que con todos los medios a su alcance, incluido el terror, reprimen los esfuerzos de los revolucionarios, del proletariado y de los partidos marxista-leninistas por la liberación nacional y social. Con estas posturas ha tomado el camino de la contrarrevolución. Disfrazándose con el marxismo-leninismo, trata de hacer ver que supuestamente exporta a los diversos países la idea de la revolución, pero de hecho está exportando la idea de la contrarrevolución. Con esto ayuda al imperialismo norteamericano y a las camarillas fascistas en el poder.

Las potencias imperialistas o socialimperialistas tratan, de igual modo, de impedir que los pueblos africanos, asiáticos, latinoamericanos desarrollen su lucha revolucionaria, etapa tras etapa, contra la opresión, contra la feroz explotación por parte de sus gobernantes y de los imperialistas que dominan en colusión con ellos y que les chupan la sangre.

El deber de los revolucionarios, de los hombres progresistas y patriotas, en los países con un bajo nivel de desarrollo económico-social y dependientes de las potencias imperialistas y socialimperialistas, es hacer que los pueblos tomen conciencia de esta opresión y explotación, educarles, movilizarles, organizarles, lanzarles a la lucha de liberación, teniendo siempre presente que la revolución es obra de las amplias masas, de los pueblos. Para lograrlo, es necesario analizar bien la situación interna y externa de cada país, su desarrollo económico-social, a correlación de las fuerzas de clase, los antagonismos entre las clases, los antagonismos entre el pueblo y las camarillas reaccionarias en el poder, y entre el pueblo y los estados imperialistas. Sobre esta base podrán sacarse justas conclusiones acerca de los pasos a dar y las tácticas a seguir. De las fuerzas revolucionarias se requiere

un trabajo intenso, resolución e inteligencia, se requiere ante todo que se comprenda bien que la lucha de liberación en sus países puede alcanzar la victoria verdadera sólo ligando esta lucha con la causa del proletariado, con la causa del socialismo.

Por eso, es necesario que el proletariado de cada país cree su propio partido revolucionario, que sea capaz de aplicar con fidelidad las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin, en estrecha relación con las condiciones de cada país, con la situación de cada pueblo en particular. Es indispensable que estos partidos conozcan bien la mentalidad de las masas, el desarrollo económico, político, ideológico y cultural de cada país y que no actúen de manera imaginaria y aventurera, de manera blanquista, sino que luchen persistentemente para agrupar en torno suyo a los aliados del proletariado, a las amplias masas populares.

Los revolucionarios y las masas populares tienen necesidad de prepararse tenazmente, de tener en cuenta los actos de la burguesía reaccionaria y de los grandes latifundistas en el poder, de los opresores extranjeros, así como las intrigas de los neocolonialistas. Todos ellos son factores importantes que los elementos revolucionarios y los pueblos deben afrontar con madurez, con una sólida organización y con tácticas revolucionarias.

Naturalmente, no sólo no se excluye sino que también es imprescindible que entre las fuerzas y los elementos revolucionarios de los diversos países se establezcan vínculos de colaboración, de coordinación y de intercambio de experiencias. Esta tarea es facilitada por la existencia de muchas condiciones idénticas, tales como la opresión y la explotación de los neocolonialistas y de la burguesía reaccionaria, la cultura común y el objetivo común de liberarse de esta opresión y explotación. Las condiciones y los intereses comunes inducen a los elementos revolucionarios y progresistas de todos estos países a consultarse, a colaborar entre sí y coordinar sus actos, que se contraponen a los actos de los enemigos que les oprimen.

Viendo desde posiciones marxista-leninistas la situación de los pueblos que se encuentran bajo la dominación neocolonialis-

ta, a todos los auténticos revolucionarios se les plantea la tarea de respaldar y apoyar sin reservas la lucha revolucionaria y de liberación de estos pueblos, para que esta lucha vaya continuamente hacia adelante, para que la revolución siga siempre su línea ascendente, hasta su victoria completa.

Los auténticos revolucionarios llaman a los proletarios y a los pueblos a levantarse por el mundo nuevo, por el mundo socialista

La crisis general del capitalismo, como hemos explicado anteriormente, va profundizándose cada vez más. Esto hace que el proletariado, las clases y los pueblos oprimidos ya no soporten la explotación, exijan que cambie su vida, que sea derrocado el sistema burgués y suprimido el neocolonialismo, el imperialismo. Pero estas aspiraciones sólo pueden ser realizadas a través de la revolución. Ninguna victoria puede ser alcanzada sin enfrentarse y golpear a los enemigos de clase, internos y externos.

Los verdaderos partidos marxista-leninistas de la clase obrera como dirigentes de la revolución hacen tomar conciencia al proletariado, a las masas trabajadoras y a los pueblos, y les preparan política, ideológica y militarmente para esos enfrentamientos.

Los partidos marxista-leninistas, todos los revolucionarios, por poco numerosos que sean, penetran en el seno del pueblo, organizan sistemáticamente, con solicitud y gran paciencia a las masas, las convencen de su gran fuerza, de que están en condiciones de derrumbar al capital, de tomar en sus manos el poder y utilizarlo en interés del proletariado y del pueblo. Estos partidos no piensan que, por ser pequeños, no pueden hacer frente a la coalición de los partidos de la burguesía y a la opinión creada por éstos. El deber de los revolucionarios es probar ante las amplias masas del pueblo que dicha opinión, creada por la burguesía, es falsa, y hace falta acabar con ella y formar la verdadera

opinión revolucionaria, que representa una gran fuerza transformadora.

Para realizar con éxito su misión, los partidos marxista-leninistas ante todo piensan en dotarse de una estrategia y una táctica revolucionarias, una acertada línea política que responda a los intereses y aspiraciones de las amplias masas populares, a la solución revolucionaria de los problemas y tareas que plantea en su curso la lucha por la destrucción del régimen burgués y de la dominación imperialista extranjera.

El marxismo-leninismo es la única ciencia que permite al partido revolucionario de la clase obrera elaborar una acertada línea política, definir claramente el objetivo y las tareas estratégicas, aplicar tácticas y métodos revolucionarios para la realización de los mismos.

Iluminado por el marxismo-leninismo y en conformidad con las condiciones concretas económico-sociales y políticas del país, así como con las circunstancias internacionales, el partido marxista-leninista sabe orientarse y estar a la cabeza de las masas, en cada momento y cada etapa de la revolución, sea democrática, de liberación nacional o socialista. Una estrategia revolucionaria y una acertada línea política fundadas en el marxismo-leninismo, en la práctica revolucionaria del proletariado mundial y de las luchas de clases de su propio país, hacen posible determinar claramente el objetivo estratégico en una etapa dada, determinar cuáles son los principales enemigos internos y externos en contra de los cuales debe dirigirse el ataque principal, cuáles son los aliados internos y externos del proletariado, etc.

Los partidos marxista-leninistas tienen como meta derrocar el régimen capitalista y hacer que triunfe el socialismo, mientras cuando la revolución en sus países enfrenta tareas de carácter democrático y antiimperialista, tienden a desarrollarla ininterrumpidamente, a elevarla a revolución socialista y a pasar cuanto antes a la solución de las tareas socialistas.

Tanto el objetivo estratégico de los partidos marxista-leninistas como los caminos para alcanzarlo, son totalmente diferentes del objetivo y los caminos de los falsos partidos comunistas y obreros. Los primeros no pueden concebir el logro de este objetivo sin subvertir las relaciones capitalistas de producción y sin destruir desde sus cimientos el viejo aparato estatal, toda la superestructura burguesa. Se atienen a las enseñanzas de Lenin, que dice:

*«La revolución consiste en que el proletariado destruye el «aparato administrativo» y **todo** el aparato del estado, substituyéndolo por otro nuevo, constituido por los obreros armados. »**

Los segundos predicán la necesidad de conservar el viejo aparato del estado, aunque de palabra dicen que están por el socialismo. Según ellos, el socialismo puede ser implantado a través de reformas, a través de la vía parlamentaria, e incluso utilizando la vieja máquina estatal.

Una serie de partidos llamados comunistas actualmente se muestran más diligentes en la defensa del sistema capitalista existente que los partidos burgueses declarados. A título de ejemplo, el partido revisionista de Carrillo-Ibárruri defiende descaradamente al régimen monárquico de Juan Carlos, mientras que algunos partidos burgueses españoles exigen su substitución por un régimen republicano. Asimismo el partido revisionista de Berlinguer se presenta como un ardiente defensor de las leyes represivas del estado capitalista italiano que están dirigidas contra las libertades democráticas, en tanto que algunos partidos burgueses no lo hacen abiertamente. Los revisionistas chinos, por su parte, orientan a los partidos que siguen la línea china en los países capitalistas a luchar conjuntamente con los círculos más militaristas por el reforzamiento de los ejércitos y del apa-

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXV, pág. 577, ed. en albanés.

rato represivo de la burguesía para supuestamente defender la patria, pero en realidad es para aplastar la revolución, en caso de que estalle.

En sus designios por socavar el movimiento revolucionario y de liberación, y perpetuar el capitalismo y la dominación imperialista, la burguesía y sus adeptos; en particular los revisionistas modernos, intentan por todos los medios desorientar y escindir a las fuerzas revolucionarias, borrando la diferencia entre los amigos y los enemigos de la revolución. Son típicas las prédicas de los revisionistas chinos, los cuales presentan como aliados del proletariado y de los pueblos oprimidos a la gran burguesía monopolista, a los regímenes reaccionarios y fascistas, a la OTAN y al Mercado Común Europeo e incluso al imperialismo norteamericano.

En lo que concierne a los partidos marxista-leninistas, éstos consideran como condición indispensable para trazar una verdadera estrategia revolucionaria, la determinación de una línea neta de demarcación entre las fuerzas motrices de la revolución y sus enemigos, y la clara definición del principal enemigo interno y externo contra el cual, como señalaba Stalin, es preciso dirigir los golpes principales, sin subestimar ni olvidar la lucha contra los otros enemigos.

En nuestros días, en las condiciones del imperialismo, el principal enemigo interno de la revolución, no sólo en los países capitalistas desarrollados, sino también en los países oprimidos y dependientes, es la gran burguesía del país, la cual está a la cabeza del régimen capitalista y se vale de todos los medios, de la violencia y la represión, de la demagogia y el engaño, para conservar su dominación y sus privilegios, para estrangular y sofocar cualquier movimiento de los trabajadores que afecte mínimamente a su poder y sus intereses de clase. Mientras el principal enemigo exterior de la revolución y de los pueblos es, en las condiciones actuales, el imperialismo mundial, sobre todo las superpotencias imperialistas. Aconsejar y llamar al proletariado y a los pueblos oprimidos a apoyarse en una superpotencia

para combatir a otra, o a aliarse con las potencias imperialistas en nombre de a supuesta defensa de la libertad y la independencia nacional, como predicán los revisionistas chinos, no es más que traicionar la causa de la revolución.

Los revisionistas han convertido en blanco suyo especialmente **el papel hegemónico de la clase obrera en la revolución, que constituye uno de los problemas fundamentales de la estrategia revolucionaria.**

*«Lo fundamental en la doctrina de Marx –ha escrito Lenin– es el esclarecimiento del papel histórico mundial del proletariado como creador de la sociedad socialista.»**

Lenin consideraba la negación de la idea de la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario como el aspecto más vulgar del reformismo.

Entre los revisionistas modernos, unos intentan demostrar que la clase obrera supuestamente se desproletariza y se convierte en «co-administradora» de las empresas, y que por eso no cabe la revolución proletaria, no hace falta un régimen social diferente del existente. Otros pretenden que proletarios ya no son únicamente los obreros, sino todos los hombres del trabajo y la cultura, todos los empleados, y que por el socialismo están interesadas no sólo la clase obrera, sino también otras clases y capas de la sociedad. Por ello, concluyen, el papel hegemónico de la clase obrera en el movimiento revolucionario actual ha perdido su sentido. Los revisionistas soviéticos, de palabra, no niegan el papel dirigente de la clase obrera, mientras en la práctica lo han liquidado, porque han despojado a dicha clase de toda posibilidad de dirigir. Pero también teóricamente eliminan este papel, dado que defienden la nefasta teoría «del partido y del estado de

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XVIII, pág. 651, ed. en albanés.

todo el pueblo». Los revisionistas chinos, como pragmáticos que son, colocan a la cabeza de la «revolución», según el caso, unas veces al campesinado, otras al ejército, en ocasiones a los estudiantes, etc.

El Partido del Trabajo de Albania defiende firmemente la tesis marxista-leninista de que la clase obrera constituye la fuerza decisiva del desarrollo de la sociedad, la fuerza dirigente de la transformación revolucionaria del mundo, de la construcción de la sociedad socialista y comunista.

La clase obrera sigue siendo la principal fuerza productora de la sociedad, la clase más avanzada, y más interesada que cualquier otra, en la liberación nacional y social, en el socialismo, la portadora de las mejores tradiciones de organización y lucha revolucionarias. Ella cuenta con la única teoría científica para conseguir la transformación revolucionaria de la sociedad y con su partido combativo marxista-leninista que la guían hacia esta meta. Objetivamente, la historia le ha encomendado la misión de dirigir toda la lucha para la transición del capitalismo al comunismo.

La hegemonía del proletariado en la revolución es decisiva para solucionar, en su propio beneficio y en el de las masas populares, el problema fundamental de la revolución, el problema del poder político.

El nuevo poder puede pasar por diversas fases y recibir diferentes nombres, de acuerdo con las condiciones concretas en las que se desarrolla la revolución y con las distintas etapas que pueda atravesar, pero no podrá haber una evolución de la revolución hacia el triunfo del socialismo sin la instauración de la dictadura del proletariado. Esto nos lo enseña el marxismo-leninismo, esto nos lo indica también la experiencia de todas las revoluciones socialistas victoriosas. Por ello, el partido marxista-leninista, en cualquier circunstancia que se desarrolle la revolución, jamás renuncia a su objetivo de implantar la dictadura del proletariado.

Los revisionistas de toda laya y de diversas corrientes, de un

modo u otro, todos, sin excepción, niegan la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado, porque están en contra de la revolución, porque están por salvaguardar y perpetuar el sistema capitalista.

El proletariado y su partido marxista-leninista van a la lucha junto con sus aliados. También éste es uno de los problemas más importantes de la estrategia revolucionaria.

El aliado natural y estrecho del proletariado es el campesinado pobre, unido al primero no sólo por el objetivo estratégico inmediato, sino también por el objetivo a largo plazo y final. Asimismo son aliadas suyas las capas pobres de los trabajadores urbanos. El proletariado con el campesinado pobre y los demás trabajadores oprimidos y explotados constituyen las principales fuerzas motrices de la revolución.

También la pequeña burguesía de la ciudad, que se encuentra constantemente en las tenazas del gran capital y bajo la amenaza de una completa expropiación, puede y debe ser su aliada.

El proletariado busca y lucha por hacer aliadas suyas a otras capas de la población, como el sector progresista de la intelectualidad, que es explotado por el capital interno y externo. En los países capitalistas y revisionistas el peso de la intelectualidad ha crecido. Pero, pese a los cambios que han sufrido la posición, el carácter y el papel de su trabajo, no es ni puede constituir una clase en sí, no es clase obrera ni puede ser diluida en ésta, como pretenden los diversos revisionistas. Por eso, como ha señalado Lenin y ha confirmado la historia, la intelectualidad no puede ser una fuerza social y política independiente. Su papel y su lugar en la sociedad son determinados por su situación económico-social y sus convicciones ideológicas y políticas. Por mucho que cambien esta situación y estas convicciones, la intelectualidad jamás puede sustituir a la clase obrera en el papel dirigente de la revolución. El deber del proletariado es conquistar al sector progresista de ella, convencerle de la inevitabilidad del hundimiento del sistema capitalista y del triunfo del socialismo, hacer de él un

aliado en la revolución.

En los países de África, América Latina, Asia, etc., con escaso desarrollo económico-social y más dependientes del capital extranjero y donde las tareas democráticas y antiimperialistas de la revolución revisten particular importancia, el proletariado puede tener como aliados al campesinado medio y al sector de la burguesía que no está ligado al capital extranjero y que aspira a un desarrollo independiente del país.

La vinculación de esta parte de la burguesía con la revolución democrática y antiimperialista depende de la estrategia y de una táctica justa del proletariado, y de si el partido revolucionario de la clase obrera maniobra ágil y prudentemente. El proletariado con su partido puede convencer, de esta forma, no sólo a la pequeña burguesía, sino también a ese sector de la burguesía del que hablamos para que se ponga bajo su dirección y se levante para suprimir la dominación extranjera y a la grande y feroz burguesía capitalista, instrumento del imperialismo, que oprime y explota, que desmoraliza al pueblo y adultera sus sentimientos puros, su cultura secular.

Para hacer aliadas suyas a las otras clases y capas que están interesadas en lograr el objetivo estratégico en una determinada etapa de la revolución, el proletariado, al igual que en cualquier otro problema, se ve obligado a enfrentarse con la gran burguesía y los demás reaccionarios.

La burguesía reaccionaria y los terratenientes, previendo su derrota, hacen mil esfuerzos y maniobras para atraerse a la pequeña burguesía, al campesinado y a la intelectualidad progresista, e impedir que se conviertan en aliados del proletariado. Tantan de engañar también a la misma clase obrera, a fin de que la revolución no estalle y, si estalla, no vaya hasta el fin, se estanque o dé marcha atrás.

Por su parte, el proletariado y su partido marxista-leninista trabajan y cuentan con todas las posibilidades para unir en torno suyo a sus aliados contra los enemigos comunes, como la gran burguesía, los terratenientes, los imperialistas y los socialimpe-

rialistas, y no permitir que capas del campesinado y de la pequeña burguesía se conviertan en reservas del gran capital o de la dictadura fascista, como ocurrió en los tiempos de Hitler en Alemania, en los de Mussolini en Italia y en los de Franco durante la Guerra de España.

El partido marxista-leninista mantiene una actitud cuidadosa y hábil en particular respecto a los posibles aliados vacilantes o temporales, incluyendo diversas capas de la burguesía media, etc., que están atadas por numerosos hilos y diversos intereses, tradiciones y prejuicios al mundo del capital y al imperialismo. El proletariado y su vanguardia, el partido marxista-leninista, sin moverse en ningún momento de sus posiciones de principio, están interesados en ganar para la revolución y la lucha de liberación también a estas fuerzas, pese a sus vacilaciones y su inestabilidad, o por lo menos neutralizarlas para que no se conviertan en reservas del enemigo.

Las leyes de la revolución, al igual que en todas partes, actúan también en los países donde los revisionistas detentan el poder. ¿Cuál es la posición de la nueva burguesía que se desarrolla en los países revisionistas de Europa? Esta burguesía aspira a liberarse de la opresión multiforme y feroz de la burguesía soviética, del socialimperialismo soviético, pero los intereses radicales de ambas son comunes. La burguesía de estos países no puede vivir desligada de la burguesía soviética. Y si se divorciara de esta grande y feroz burguesía socialimperialista, no cabe duda de que se pondría pronto bajo la dominación de la burguesía de los estados capitalistas desarrollados de Europa Occidental y del imperialismo norteamericano.

Pero, a la vez, en los países revisionistas, que están integrándose económica, política y militarmente en el gran estado soviético socialimperialista, además del proletariado; también otras capas de la población están descontentas de la explotación a que las somete la nueva burguesía, y de la dominación del socialimperialismo soviético. Por eso, odian tanto a su propia burguesía dominante, como al hegemonismo y al neocolonialismo ruso. Es

preciso que el proletariado de estos países despierte y tome conciencia de la necesidad histórica de descender de nuevo al campo de batalla, lanzarse a la lucha para derrocar y desbaratar a los traidores, para realizar una vez más la revolución proletaria, para restaurar la dictadura del proletariado. Debe crear sus nuevos partidos marxista-leninistas y agrupar en torno suyo a todas las masas populares.*

Ateniéndose consecuentemente al principio de que el factor decisivo del triunfo de la revolución es el interno, es la propia lucha revolucionaria del proletariado y del pueblo de un país dado, mientras que el factor exterior es auxiliar y secundario, los partidos marxista-leninistas no ignoran ni subestiman en absoluto a los aliados externos de la revolución. Al igual que para los aliados internos, mantienen al mismo tiempo una actitud flexible y de principios hacia los aliados externos.

En consonancia con las enseñanzas de Lenin y Stalin y con las condiciones actuales, ellos ven en el proletariado y en su movimiento revolucionario en los demás países, en el movimiento revolucionario antiimperialista de los pueblos oprimidos del mundo y en los verdaderos países socialistas, a los aliados externos, naturales y seguros, del movimiento revolucionario de cada país.

En determinados casos pueden darse circunstancias en que un país socialista o un pueblo que lucha contra la agresión imperialista o socialimperialista, se encuentre en un frente común incluso con países del mundo capitalista que luchan contra el mismo enemigo, como sucedió en el periodo de la Segunda Guerra Mundial.

En tales ocasiones, es de primordial importancia tener siempre en cuenta los intereses de la revolución, no olvidarlos, eclipsarlos ni sacrificarlos en nombre de un frente común o de una alianza con estos aliados provisionales, y que este frente o esta

* Véase: **Enver Hoxha. Obras Escogidas**, t. IV, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana; 1983, págs. 416-449, ed. en español.

alianza no se convierta en un objetivo en sí. Especialmente es importante impedir que estos aliados intervengan para sabotear la revolución y arrebatarse la victoria. La experiencia del Partido Comunista de Albania respecto a la actitud hacia los aliados norteamericanos e ingleses en los años de la Lucha Antifascista de Liberación Nacional es significativa. Esta actitud fue salvadora para los destinos de la causa de la revolución en Albania.*

La estrategia revolucionaria es inseparable de las tácticas revolucionarias que aplican los partidos marxista-leninistas a fin de realizar el objetivo y las tareas de la revolución. Las tácticas, formando parte de la estrategia y estando a su servicio, pueden cambiar de acuerdo con los flujos y reflujos de la revolución, con las circunstancias y las condiciones concretas, pero siempre dentro de los límites de la estrategia revolucionaria y de los principios marxista-leninistas.

*«La tarea de la dirección táctica –dice J. Stalin– es dominar todas las formas de lucha y de organización del proletariado y asegurar su justo aprovechamiento, para el logro del máximo de resultados en una correlación de fuerzas dada, cosa que es necesaria indispensablemente para preparar el éxito estratégico.»***

Los auténticos partidos marxista-leninistas, al adoptar tácticas y formas de lucha ágiles para llevar adelante la causa de la revolución, en todo momento se atienen con fidelidad a los principios revolucionarios. Rechazan y combaten toda tendencia a abandonar los principios en aras de las tácticas, son los más reueltos adversarios de toda política carente de principios, coyun-

* Véase: **Enver Hoxha. Las tramas anglo-americanas en Albania** (Memorias), Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982. ed. en español.

** **J. V. Stalin. Obras**, t. VI, pág. 164, ed. en albanés.

tural y pragmática, que caracteriza toda la actividad de los revisionistas de todas las corrientes.

La revolución siempre es obra de las masas, dirigidas por la vanguardia revolucionaria. Por eso el partido marxista-leninista no puede dejar de prestar una gran atención a la organización revolucionaria de las masas en forma adecuada, partiendo de las condiciones y las circunstancias concretas, de las tradiciones que existen en cada país, etc. Sin lazos organizados del partido con las masas es inimaginable el levantamiento, la preparación y la movilización de las mismas en la lucha revolucionaria.

Justamente por esta razón el partido marxista-leninista dedica mucha importancia a la creación de organizaciones de masas, bajo su dirección. Como es natural, éste no es un problema de fácil solución, sobre todo en la actualidad cuando en todos los países capitalistas y revisionistas existen toda suerte de organizaciones sindicales, cooperativistas, culturales, científicas, juveniles, femeninas, etc., cuya mayoría se encuentra bajo la dirección y la influencia de la burguesía, de los revisionistas y de la iglesia.

Pero, como nos enseña Lenin, los comunistas deben penetrar y trabajar en todas partes donde estén las masas. Por eso no pueden dejar de trabajar en las organizaciones de masas controladas o influenciadas por la burguesía, la socialdemocracia, los revisionistas, etc. Los marxista-leninistas trabajan en ellas para socavar la influencia y la dirección de los partidos burgueses y reformistas, para propagar entre las masas la influencia del partido revolucionario de la clase obrera, para denunciar el carácter mistificador de los programas y de la actividad de los cabecillas de estas organizaciones, para dar a la acción de las masas un carácter político anticapitalista, antiimperialista, antirrevisionista. Mediante el trabajo revolucionario que despliegan en las filas de las masas, pueden formarse asimismo fracciones revolucionarias en el seno de estas organizaciones, e incluso puede darse la posibilidad de apoderarse de la dirección de estas organizaciones y orientarlas en el justo camino.

Pero, en cualquiera de los casos, el partido marxista-leninista nunca renuncia a su objetivo de levantar organizaciones revolucionarias de masas, bajo su propia dirección.

Las organizaciones de masas más importantes son los sindicatos o las tradeuniones. En general, hoy estas organizaciones en los países capitalistas y revisionistas sirven a la burguesía, al revisionismo, para mantener subyugados al proletariado y a todas las masas trabajadoras. Engels en su época decía que las tradeuniones en Inglaterra, se habían transformado de organizaciones que infundían terror a la burguesía, en organizaciones que servían al capital. Las organizaciones sindicales han atado al obrero con mil hilos, con miles de grillos esclavizadores, de manera que el obrero aislado, cuando se levante, sea fácilmente aplastado. Los dirigentes oportunistas de los sindicatos trabajan para que las revueltas de los obreros, de una o más empresas, que se lanzan a las huelgas y las manifestaciones, estén sujetas a su control y tomen únicamente un carácter económico. En este sentido, la aristocracia obrera se entrega a las más diversas manipulaciones. En los países capitalistas esta aristocracia desempeña un gran papel de corrosión, de coerción y mistificación, y hace tiempo que se ha convertido en bombero de la revolución.

Hoy, en todos los países capitalistas, los principales partidos burgueses y revisionistas tienen sus propios sindicatos. Ahora estos sindicatos actúan unitariamente y han establecido una estrecha colaboración para frenar el movimiento revolucionario del proletariado, para corromper política y moralmente a la clase obrera.

En Francia e Italia, por ejemplo, los sindicatos de los partidos revisionistas son grandes y poderosos. Pero ¿a qué se dedican? Tratan de mantener subyugado al proletariado, de adormecerlo y, cuando se subleva y se desata, llevado a la mesa de las conversaciones con la patronal y taponarle la boca con alguna migaja muy insignificante procedente de las superganancias capitalistas. Y lo que le dan, vuelven a quitárselo a través del alza de los pre-

cios.

Por eso, para que el proletariado de cada país se libere del capitalismo es indispensable que se quite de encima el yugo de los sindicatos dominados por la burguesía y los oportunistas, así como el de cualquier organización o partido socialdemócrata o revisionista. Todos estos organismos secundan a la patronal en diversas formas, e intentan hacer creer que «constituyen una gran fuerza», que «son un freno», que «pueden imponerse a los grandes capitalistas» supuestamente en favor del proletariado. Esto no es otra cosa que una gran mentira. El proletariado debe destruir estos organismos. Pero ¿cómo? Combatiendo a la dirección de estos sindicatos, levantándose contra sus traicioneros vínculos con la burguesía, rompiendo la «tranquilidad», la «paz social» que intentan establecer, «paz» que es disimulada con las supuestas revueltas periódicas de los sindicatos contra la patronal.

Estos sindicatos pueden ser destruidos también penetrando en su seno, para combatirlos y socavarlos, para oponerse a sus decisiones y actos injustos. Esta actividad debe abarcar a grandes y poderosos grupos de obreros en las fábricas. En todo caso es necesario tender al logro de una unidad férrea del proletariado en la lucha no sólo contra la patronal, sino también contra sus agentes, los cabecillas sindicales. La enérgica denuncia de todos los elementos traidores que están a la cabeza de los sindicatos y del aburguesamiento de la dirección sindical y de los sindicatos reformistas en general, libera a los obreros de muchas ilusiones que abrigan todavía sobre esta dirección y estos sindicatos.

Los marxista-leninistas, al penetrar en los sindicatos existentes; jamás se deslizan hacia las posiciones tradeunionistas, reformistas, anarcosindicalistas, revisionistas, que caracterizan a la dirección de estos sindicatos. Jamás se asocian con los revisionistas y los otros partidos oportunistas y burgueses en la dirección de los sindicatos. Su objetivo es denunciar el carácter burgués y el papel reaccionario de los actuales sindicatos de los países capitalistas y revisionistas en general, minar estas organiza-

ciones para permitir la creación de verdaderos sindicatos proletarios.

La organización de las masas juveniles tiene una importancia especial para los partidos marxista-leninistas. El papel de la juventud en los movimientos revolucionarios siempre ha sido importante. Por su propia naturaleza, la juventud está por lo nuevo y contra lo caduco, y se muestra dispuesta a combatir por el triunfo de todo lo que sea progresista, revolucionario. Pero por sí sola no está en condiciones de encontrar el camino justo. Únicamente el partido de la clase obrera puede indicarle este camino. Cuando las inagotables energías revolucionarias de la juventud se unen a las energías de la clase obrera y de las masas trabajadoras para acabar con la opresión y la explotación, para lograr la liberación nacional y social, no hay fuerza capaz de impedir el triunfo de la revolución.

Pero hoy día la mayoría de la juventud en los países capitalistas y revisionistas malgasta sus energías siguiendo un camino equivocado, es engañada por la burguesía y el revisionismo, y a menudo pasa al aventurerismo y al anarquismo, o cae en la utopía y la desesperación, puesto que está desorientada y aturrida, y ve sombrío su futuro y la perspectiva de la satisfacción de sus reivindicaciones políticas, materiales y espirituales.

Los marxista-leninistas en todo momento dedican una gran atención a la juventud, se esfuerzan por esclarecerla y convencerla de que sólo por el camino que le indica el marxismo-leninismo y bajo la dirección de la clase obrera y de su partido pueden hacerse realidad sus aspiraciones y anhelos. Trabajan para apartar a la juventud de la influencia de la burguesía y de los revisionistas, de los movimientos «izquierdistas», trotskistas, anarquistas y arrastrarla a las organizaciones revolucionarias, para atraerla al sendero de la revolución.

El auténtico partido marxista-leninista y los comunistas revolucionarios participan activamente en las huelgas y las manifestaciones de los obreros y luchan por convertirlas en huelgas y

manifestaciones políticas, a fin de hacer imposible la vida al capitalismo, a la patronal, a los cártels, a los monopolios y a los cabecillas sindicales. En el curso de esta vasta actividad, el proletariado se enfrentará de forma cada vez más frecuente y abierta con las fuerzas armadas del régimen burgués, y a través de los enfrentamientos aprenderá a combatir mejor. En el curso de la lucha encontrará las posibles formas de organización y de lucha revolucionaria justas y apropiadas. «A nadar se aprende nadando», dice una sentencia popular. Si no se lucha a través de huelgas, manifestaciones, si no se participa en acciones contra el capitalismo en general, no puede organizarse ni intensificarse la lucha para conquistar la victoria final, no puede ser derrocado el régimen burgués.

La revolución no se prepara con palabrería, como hacen los diversos revisionistas, o teorizando sobre los «tres mundos», como hacen los revisionistas chinos. No triunfa por la vía pacífica. Lenin ha hablado sobre esta posibilidad en casos particulares, pero siempre ha hecho hincapié principalmente en la violencia revolucionaria, porque la burguesía jamás entrega voluntariamente el poder. **La historia del movimiento obrero y comunista internacional, del desarrollo de las revoluciones y de las victorias de la clase obrera en una serie de países que fueron socialistas, y en nuestro país socialista, demuestra que hasta el presente las revoluciones sólo han triunfado a través de la insurrección armada.**

La insurrección armada revolucionaria no tiene nada en común con los putschs militares. La primera tiene por objetivo lograr cambios políticos radicales; destruir el viejo régimen desde sus cimientos. Los segundos no conducen ni pueden conducir al derrocamiento del régimen de opresión y explotación o a la liquidación de la dominación imperialista. La insurrección armada se basa en el apoyo de las amplias masas populares, mientras que el putsch es expresión de la desconfianza en las masas, de la separación de ellas. Las tendencias putschistas en la política y en la actividad de un partido que se hace llamar partido de la clase

obrera constituyen una desviación del marxismo-leninismo.

De acuerdo con las condiciones concretas de un país y con la situación en general, la insurrección armada puede ser un estallido repentino o un proceso revolucionario más largo, pero no sin fin y sin perspectiva, como preconiza la «teoría de la guerra popular prolongada» de Mao Tse-tung. Si se hace una confrontación entre las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la insurrección armada revolucionaria y la teoría de Mao sobre la «guerra popular», aparece claramente el carácter antimarxista, antileninista, anticientífico de esta teoría. Las enseñanzas marxista-leninistas sobre la insurrección armada se basan en la estrecha concatenación de la lucha en la ciudad y en el campo bajo la dirección de la clase obrera y de su partido revolucionario.

Oponiéndose al papel dirigente del proletariado en la revolución, la teoría maoísta considera el campo como la única base de la insurrección armada y descuida la lucha armada de las masas trabajadoras en las ciudades. Preconiza que el campo debe mantener asediada a la ciudad, que es considerada como el reducto de la burguesía contrarrevolucionaria. Esto es una expresión de desconfianza en la clase obrera, es una negación de su papel hegemónico.

Ateniéndose sin vacilar a las enseñanzas del marxismo-leninismo sobre la revolución violenta como ley general, el partido revolucionario de la clase obrera es resuelto adversario del aventurerismo y jamás juega con la insurrección armada. Desarrolla sin cesar, en todas las condiciones y circunstancias, diversas formas de lucha y actividad revolucionarias a fin de prepararse a sí mismo y preparar a las masas para las batallas decisivas en la revolución, para poner fin a la dominación de la burguesía mediante la violencia revolucionaria. Pero, sólo cuando la situación revolucionaria está por completo madura, pone directamente la insurrección armada al orden del día y adopta todas las medidas políticas, ideológicas, organizativas y militares para llevarla a la victoria.

Un poderoso medio en manos del partido marxista-leninista para preparar a las masas para la revolución, es la propaganda, que debe ser activa, clara y convincente. La propaganda revolucionaria no tiene valor si se limita únicamente a la fraseología. Sólo una propaganda incisiva, correctamente relacionada con los problemas de la vida, con los problemas generales y con las cuestiones locales, una propaganda que ayude a crear en las amplias masas un espíritu de iniciativa, puede educar política e ideológicamente al proletariado y a las masas trabajadoras, lanzarlas a la acción, prepararlas para la revolución.

La burguesía capitalista en todos los países, además de manejar una gran fuerza como el ejército, la policía, etc., posee asimismo una vasta experiencia en la lucha contra el proletariado y su actividad. Cuenta igualmente con toda una red de propaganda, la prensa, la radio, la televisión, la cinematografía, el teatro, la música, etc. Todos estos medios de propaganda son tan corruptores, que son susceptibles de desorientar, viciar y debilitar durante cierto tiempo los esfuerzos del proletariado y su lucha de liberación.

En los estados de llamada democracia burguesa, donde existe una cierta «libertad democrática», no es suficiente desarrollar sólo una propaganda periodística corriente contra el capitalismo en general. Los órganos de prensa de los diversos partidos burgueses y revisionistas hablan sin orden ni concierto, naturalmente no en contra del régimen burgués, sino en contra de personas en particular, en contra de aquellos que pretenden reducir la tajada de los demás en la gran mesa, a la que se han sentado y en la que comen a expensas del pueblo.

La propaganda, sobre todo la prensa de los partidos marxista-leninistas recién creados, tiene una importantísima tarea: desenmascarar la falsedad de la «democracia» burguesa, denunciar todas sus maquinaciones, y también la demagogia de los revisionistas y de los demás lacayos del capital. La propaganda y la prensa marxista-leninista muestran la verdad al desnudo, indican que el camino de la liberación social y nacional pasa a tra-

vés de la revolución, mientras que la propaganda y la prensa burguesa y revisionista embaucan, adormecen, desorientan a las masas para apartarlas de la revolución, meterlas en un callejón sin salida, mantenerlas esclavizadas.

Pero para esclarecer a las masas, para convencerlas de la justicia de la línea política del partido de la clase obrera, para prepararlas para la revolución, la propaganda por sí sola no es suficiente. Lenin dice que para preparar la revolución,

*«...se precisa la propia experiencia política de las masas»**

La propaganda misma es eficaz y hace mella cuando es acompañada de la acción revolucionaria. Sin acción, el pensamiento se marchita. Esta actividad no es ni debe ser una aventura, sino una lucha dura, un choque encarnizado con los enemigos de clase, que pasa de una forma sencilla a una forma superior, que vence innumerables dificultades y acepta todos los sacrificios que requiere la revolución.

Los auténticos partidos marxista-leninistas están a la vanguardia y no a la zaga de la acción revolucionaria. Las posibilidades momentáneamente escasas de su lucha y sus esfuerzos, con los cuales se oponen y deben oponerse a la gran fuerza de la reacción capitalista, no los desalientan. Enseñan a sus miembros a ser osados y a no perder de vista que su acción justa, ponderada, madura, resuelta, tiene hondas repercusiones en las masas que les ven actuar y les escuchan. Cuando se obra así, las masas comprenden que el objetivo de esta o aquella acción revolucionaria va en interés del proletariado y de los explotados. El valor y la madurez en las acciones tienen una gran importancia, porque de este modo, palmo a palmo, se gana terreno y se avanza en el ascenso de la marejada de la revolución. La acción revolucionaria liga a los partidos de la clase obrera con las masas, los po-

* V. I. Lenin. *Obras*. t. XXXI, pág. 92. ed. en albanés.

ne a su cabeza, los hace vencedores sobre los partidos reformistas, revisionistas.

*«Cada paso de movimiento real –decía Marx– vale más que una docena de programas.»**

En los países capitalistas, además de las fuerzas revolucionarias que están dirigidas por el partido marxista-leninista, hay otras fuerzas que luchan y se enfrentan con la policía, la gendarmería, etc. Muchas acciones y enfrentamientos de estas otras fuerzas tienen un carácter terrorista, aventurerista, anarquista, se presentan con toda clase de colores y etiquetas y están guiadas por diversas ideologías. Estas acciones a menudo son organizadas a instigación de los servicios secretos de los países capitalistas, son financiadas por ellos, y tienen por objeto, entre otras cosas, desacreditar a los partidos marxista-leninistas, atribuyéndoles tales acciones. Los elementos fascistas o los agentes secretos de la burguesía que organizan y dirigen frecuentemente estas acciones, se esfuerzan por sacar partida del descontento, la indignación y el coraje del proletariado, de los estudiantes, de la juventud en general, a fin de lanzar a los grupos y los diversos movimientos que forman estas masas a acciones que, además de no tener nada en común con los movimientos revolucionarios reales, ponen en peligro estos movimientos, crean la impresión de que el proletariado está en degradación, de que se ha transformado en lumpenproletariado.

Los partidos marxista-leninistas, dedicando la debida atención a esta cuestión, deben, de una parte, hacer que las masas se convenzan por su propia experiencia de que las acciones revolucionarias tienen un carácter totalmente diferente de los actos terroristas y anarquistas y, de otra parte, luchar para separar de las filas de los grupos terroristas y anarquistas a los elementos revo-

* C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*, Tirana, 1975, t. II, pág. 8. ed. en albanés.

lucionarios que han caído en su trampa, para separados de los fascistas y los agentes secretos de la burguesía infiltrados en dichos grupos.

Los partidos marxista-leninistas son partidos de la revolución. En oposición a las teorías y las prácticas de los partidos revisionistas, que se han hundido de pies a cabeza en el legalismo burgués y en el «cretinismo parlamentario», no reducen su lucha al trabajo meramente legal ni tampoco ven éste como su actividad principal. En el marco de los esfuerzos por dominar todas las formas de la lucha, dedican particular importancia **a la combinación del trabajo legal con el ilegal, dando primacía a este último**, por ser decisivo para el derrocamiento de la burguesía y por ser una verdadera garantía para alcanzar la victoria.* Educan y enseñan a sus cuadros, a sus militantes y a sus simpatizantes para que sepan obrar con inteligencia, habilidad y valentía tanto en condiciones legales como ilegales. Pero también cuando actúan en las condiciones de la profunda clandestinidad, esforzándose por no exponer sus fuerzas ante el enemigo y proteger la organización revolucionaria de sus golpes, los partidos marxista-leninistas no se encierran en sí mismos, no debilitan ni rompen sus lazos con las masas, en ningún momento cesan su actividad viva entre las masas ni dejan de aprovechar en favor de la causa de la revolución todas las posibilidades legales que permiten las condiciones y circunstancias.

El partido marxista-leninista, despojado de cualquier ilusión acerca de la toma del poder a través de la vía parlamentaria, puede juzgar y considerar oportuno participar, en algunos casos particulares y favorables, también en actividades legales, como las elecciones municipales, parlamentarias, etc., con el único objetivo de propagar su línea entre las masas y desenmascarar el régimen político burgués. Pero el partido no convierte esta participación en línea general de su lucha, como hacen los revisionistas,

* Véase: Enver Hoxba. *Obras Escogidas*, t. IV, Casa Editora –8 Nëntori–, Tirana, 1983, págs. 598–601, ed. en español.

no convierte estas formas en principales o, lo que es peor, en únicas formas de lucha.

A la hora de explotar las posibilidades legales, el partido busca, encuentra y utiliza formas y métodos de carácter revolucionario, desde los más simples hasta los más complejos, sin medir sacrificios, haciendo esfuerzos para que estas formas y métodos sean lo más populares, lo más accesibles a las masas.

En su actividad, los marxista-leninistas, no se preocupan en absoluto de que, con sus acciones revolucionarias, pisotean y violan la constitución, las leyes, las reglas, las normas, el régimen burgués. Luchan para minar este régimen, para preparar la revolución. Por eso, el partido marxista-leninista se prepara y prepara a las masas para hacer frente a los golpes, que la burguesía puede dar en respuesta a las acciones revolucionarias del proletariado y de las masas populares.

En las condiciones actuales del desarrollo del movimiento revolucionario y de liberación, en tanto que un proceso complejo y con una base social amplia, en el cual participan muchas fuerzas de clase y políticas, el partido revolucionario del proletariado se enfrenta a menudo al problema de la colaboración y de los frentes comunes con otros partidos y organizaciones políticas en esta o aquella fase de la revolución, para estos o aquellos asuntos, de interés común. En relación con este problema, la justa posición de principios y al mismo tiempo ágil, lejos de todo oportunismo y sectarismo, es de trascendental importancia para ganar, preparar y movilizar a las masas en la revolución y en la lucha de liberación. El partido marxista-leninista no es ni puede ser en principio adversario de la colaboración o de los frentes comunes con otros partidos y fuerzas políticas, cuando lo exigen los intereses de la causa de la revolución y lo imponen las situaciones. Pero jamás ve esto como una coalición de cabecillas y como un fin en sí, sino como un medio para unir a las masas y lanzarlas a la lucha. Es importante que en tales frentes comunes el partido proletario no pierda de vista en ningún momento los intereses de clase del proletariado, la meta final de su lucha, que

no se diluya en el frente, sino que conserve en él su individualidad ideológica y su independencia política, organizativa y militar, y luche para asegurar en el frente su papel dirigente y aplicar en él una política revolucionaria.

A fin de que el partido marxista-leninista pueda elaborar y aplicar una estrategia y una táctica revolucionarias, una línea política acertada, sepa orientarse correctamente en las situaciones difíciles, sea capaz de enfrentar a los enemigos y superar los obstáculos, **es indispensable que desarrolle un grande y amplio trabajo para estudiar y asimilar la teoría marxista-leninista.**

Una de las razones de que los antiguos partidos comunistas de los países capitalistas se convirtieran en partidos revisionistas es precisamente el haber descuidado por completo el estudio y la asimilación del marxismo-leninismo. La doctrina marxista-leninista sólo era utilizada como lustre, se había convertido en palabras vacías, en slogans, no había penetrado profundamente en la conciencia de los miembros del partido, no se había convertido en sangre y carne suya, no se había hecho un arma para la acción. Si se hacía alguna pequeña cosa respecto al estudio del marxismo-leninismo, tendía únicamente a dar a conocer al miembro del partido algunas fórmulas áridas, sólo para que pudiera decir que se llamaba comunista, para que amara el comunismo de manera sentimental, pero de cómo se llegaría hasta ahí, no sabía nada, porque no se lo habían enseñado.

Los dirigentes de aquellos partidos, que tenían solamente palabras y nada en las alforjas, vivían en un ambiente burgués y contaminaban al proletariado de sus países con ideas liberales y reformistas.

De este modo, el viraje de los partidos revisionistas hacia la burguesía es una evolución socialdemócrata, oportunista, preparada desde hace tiempo por sus líderes socialdemócratas, por la aristocracia obrera que dirigía estos partidos llamados comunistas.

Los partidos marxista-leninistas no pueden dejar de tener en cuenta esta experiencia negativa, a fin de sacar de ella enseñan-

zas para organizar el estudio y la asimilación del marxismo–leninismo sobre bases sólidas, ligando siempre este estudio a la acción revolucionaria.

En la preparación de la revolución, la unidad y la colaboración de los partidos marxista–leninistas de los diversos países sobre la base de los principios del internacionalismo proletario, tiene una importancia particular.

Esta unidad se reforzará y esta colaboración se ampliará en lucha contra el imperialismo y el socialimperialismo, contra la burguesía y el revisionismo moderno de toda laya, jruschovista, titista, «eurocomunista», chino, etc.

Los revisionistas, en tanto que enemigos de la revolución, combaten con todas sus fuerzas y por todos los medios el internacionalismo proletario, para arrebatarse al proletariado mundial en general y al proletariado de cada país en particular, esta poderosa arma en su lucha contra la burguesía y el imperialismo.

Los partidos marxista–leninistas tienen el deber de desenmascarar las maniobras tanto de los revisionistas titistas y «eurocomunistas» que hoy califican el internacionalismo proletario de anticuado y superado, como de los revisionistas soviéticos y de los revisionistas chinos, que lo han deformado y se esfuerzan por utilizarlo como arma para conseguir sus fines hegemónicos, socialimperialistas.

El Partido Comunista de China, que no sigue los principios del internacionalismo proletario ni apoya las luchas revolucionarias y de liberación de los pueblos, ha tomado el camino de acercarse y entablar amistad con los partidos socialdemócratas y burgueses, incluso con los más derechistas y reaccionarios. Simultáneamente trata de crear diversos grupos dependientes y dirigidos por él mismo. Necesita de tales agrupaciones para sabotear precisamente a los auténticos partidos marxista–leninistas y a los elementos progresistas, que se han dedicado al trabajo para despertar al pueblo, para lanzarlo a la revolución contra las camarillas dominantes, las cuales están ligadas a las superpotencias.

Los pequeños grupos que se hacen llamar partidos y que siguen la línea china, como oportunistas que son, no hacen otra cosa que defender y propagar las teorías revisionistas del grupo de Jua Kuo–feng y de Teng Siao–ping, así como sus actos contrarrevolucionarios. Estos grupos carecen de toda personalidad y de resolución para luchar siguiendo la teoría marxista–leninista.

Según la consigna principal de estos partidos, que también es el slogan básico de la política china, en la situación actual el proletariado tiene como tarea fundamental y única la salvaguardia de la independencia nacional, amenazada supuestamente sólo por el socialimperialismo soviético. Repiten casi al pie de la letra las consignas de los cabecillas de la II Internacional, los cuales abandonaron la causa de la revolución sustituyéndola con la tesis de la defensa de la patria capitalista. Lenin ha desenmascarado esta consigna falsa y antimarxista, que no sirve para defender la verdadera independencia, sino que fomenta las guerras interimperialistas. Ha definido claramente cuál debe ser la actitud del auténtico revolucionario en los conflictos entre las agrupaciones imperialistas. Él ha escrito:

*«Si se trata de una guerra imperialista y reaccionaria, es decir, de una guerra entre dos grupos mundiales de la burguesía reaccionaria imperialista, despótica y expoliadora, toda burguesía (incluso la de un pequeño país) se hace cómplice de la rapiña, y yo, representante del proletariado revolucionario, tengo el deber de preparar la **revolución proletaria mundial como única** salvación de los horrores de una carnicería mundial...»*

*«Esto es internacionalismo, este es el deber del internacionalista, del obrero revolucionario, del verdadero socialista.»**

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXVIII, págs. 324–325, ed. en albanés.

Los partidos de la línea china se han convertido en apologistas del incremento y el fortalecimiento de los ejércitos burgueses, justificando esto con la supuesta necesidad de proteger la independencia. Llamam a los trabajadores a ser dóciles soldados, y, junto con la burguesía, combaten a todos aquellos que luchan por debilitar esta arma principal de la dominación y la explotación capitalistas. En una palabra, quieren que el proletariado y las masas trabajadoras sean carne de cañón en las guerras de rapiña que preparan el imperialismo y el socialimperialismo.

Al mismo tiempo, estos apéndices de los chinos se han hecho ardientes defensores de las instituciones estatales capitalistas burguesas, especialmente de la OTAN, el Mercado Común Europeo, etc., considerándolos factores principales en la «defensa de la independencia». Ellos, al igual que los dirigentes chinos, blanquean y lustran estos puntales de la dominación y la expansión capitalistas. Ayudan precisamente a los organismos que, en realidad, han afectado gravemente a la independencia y a la soberanía de sus propios países.

La alianza con la gran burguesía, la defensa del ejército burgués, el apoyo a la OTAN, al Mercado Común Europeo, etc., constituyen para estos seudo marxistas un camino sin preocupaciones, puesto que no sólo no les conduce a enfrentarse con la burguesía, sino que les asegura sus favores.

Estas posiciones de estos elementos sin porvenir, contaminados por el espíritu de grupo, les conducen a unificarse con los partidos del «eurocomunismo» y de la burguesía, y esto ocurrirá, porque la propia China llama al proletariado a unirse con la burguesía. Entre estos seudo marxista-leninistas y Marchais ya no existe ninguna diferencia.

Los marxista-leninistas deben guardarse mucho de las frases que utilizan los revisionistas modernos, los socialdemócratas y los seudo marxista-leninistas acerca del internacionalismo proletario, de la unión de los proletarios para defender la paz, y otras patrañas por el estilo. El internacionalismo proletario es verdadero cuando la gente trabaja con abnegación por favorecer y de-

sarrollar las acciones revolucionarias, por crear una verdadera situación de lucha revolucionaria, en primer lugar en su propio país. Al mismo tiempo, como dice Lenin, ellos deben apoyar con propaganda, con ayuda moral y material esta lucha, esta línea en todos los países, sin excepción. Todo lo demás, como nos enseña él, es mentira y *manilovismo*.

Por eso debemos tener mucho cuidado con tales elementos seudo marxistas, seudo revolucionarios, seudo internacionalistas, sean individuos particulares o pequeños grupos de personas, o partidos que se hacen llamar marxista-leninistas, pero que de hecho no lo son, son social chovinistas, centristas o pequeñoburgueses. Todos estos partidos que juran estar por el internacionalismo proletario, por la defensa de la paz, por reformas, etc., sirven al capital.

También los revisionistas chinos hablan de vez en cuando sobre el internacionalismo proletario, pero están en posiciones nacionalistas y chovinistas. Los dirigentes chinos son de los que se dan golpes de pecho y juran «por dios» que están por el internacionalismo proletario, por la paz, en pro de las luchas del proletariado y de sus reivindicaciones, pero en la práctica se cruzan de brazos y no sueltan más que frases fraudulentas para provocar la escisión de las fuerzas revolucionarias.

La importante tarea que se plantea a los partidos marxista-leninistas es la de fortalecer el internacionalismo proletario, que debe desarrollarse entre todos los partidos, sean grandes o pequeños, antiguos o recién creados. Todos ellos deben fortalecer la unidad entre sí y coordinar las acciones políticas, ideológicas y de combate.

Acentuando esta importante línea, que es una tarea primordial de los partidos marxista-leninistas para atacar frontalmente al capitalismo mundial, su política esclavizadora, así como sus intrigas, sus maldades y sus alianzas con el revisionismo moderno: soviético, titista, chino, italiano, francés, español y otros, estos partidos crearán un poderoso frente que se hará cada día más invencible. Si actúan unitariamente y atacan todos, a la vez, a las

fuerzas de la reacción, si denuncian todas las intrigas que el capitalismo y el revisionismo moderno urden de diversas maneras para sofocar la revolución y la lucha de clases, su victoria será segura.

Nosotros, los marxista-leninistas, debemos luchar y llamar a los obreros, dondequiera que estén, a ponerse en pie contra sus enemigos seculares y romper las cadenas, hacer la revolución y no someterse a los monopolios y a los capitalistas, contrariamente a lo que predicán los revisionistas modernos. La tarea de los marxista-leninistas, de los verdaderos revolucionarios, es llamar a los proletarios y a los pueblos a levantarse por el mundo nuevo, por su mundo, por el mundo socialista.

SEGUNDA PARTE

I

LA TEORÍA DE LOS «TRES MUNDOS». TEORÍA CONTRAREVOLUCIONARIA y CHOVINISTA

En la actualidad han aparecido abiertamente y luchan en un vasto frente contra la teoría y la estrategia leninistas de la revolución y de la lucha de liberación de los pueblos también los revisionistas chinos. Tratan de contraponer a esta teoría y estrategia científicas y gloriosas su teoría de los «tres mundos», teoría falsa, contrarrevolucionaria y chovinista.

La teoría de los «tres mundos» está en oposición a la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin, o más exactamente, es una negación de ésta. Lo de menos es saber quién fue el primero que inventó el término «tercer mundo», quién fue el primero que dividió el mundo en tres partes; lo cierto es que no fue Lenin quien hizo esta división, mientras que el Partido Comunista de China reivindica su paternidad y afirma que la teoría de los «tres mundos» ha sido inventada por Mao Tse-tung. Si éste es el autor que ha formulado por primera vez esta llamada teoría, se trata de otra confirmación de que Mao Tse-tung no es un marxista. Pero, también si esta teoría ha sido formulada por otros y él la ha adoptado, esto es suficiente para no ser un marxista.

El concepto de los «tres mundos», negación del marxismo-leninismo

La noción de la existencia de tres mundos o de la división del mundo en tres se funda en una comprensión racista y metafísica del mundo, comprensión que es engendro del capitalismo mundial y de la reacción.

Pero la tesis racista que encasilla a los países en tres grados o en tres «mundos», no se basa simplemente en el color de la piel. Hace una clasificación cimentada en el nivel de desarrollo económico de los países y tiende a determinar la «raza de los grandes señores», de una parte, y la «raza de los parias y de la plebe», de la otra; tiende a crear una división inmutable y metafísica, que concuerda con los intereses de la burguesía capitalista. Esta tesis considera a las distintas naciones y a los diferentes pueblos como un rebaño de ovejas, como un todo amorfo.

Los revisionistas chinos admiten y predicán que la «raza de los señores» debe ser preservada y que la «raza de los parias y de la plebe» debe servir sumisa y devotamente a la primera.

La dialéctica marxista-leninista nos enseña que el desarrollo jamás tiene límites, que todo está en continua transformación. En éste proceso ininterrumpido de desarrollo hacia el futuro, se producen cambios cuantitativos y cualitativos. Nuestra época, al igual que cualquier otra, se caracteriza por la existencia de profundas contradicciones, que han sido definidas con suma claridad por Marx, Engels, Lenin y Stalin. Es la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, por lo tanto, una época de grandes cambios cuantitativos y cualitativos, que conducen a la revolución y a la toma del poder por la clase obrera, para construir la nueva sociedad socialista.

Toda la teoría de Marx está basada en la lucha de clases y en el materialismo dialéctico e histórico. Marx ha probado que la sociedad capitalista es una sociedad con clases explotadoras y explotadas, que las clases desaparecerán sólo cuando se llegue

a la sociedad sin clases, al comunismo.

Actualmente vivimos en el estadio del derrumbamiento del imperialismo y del triunfo de las revoluciones proletarias. Esto significa que en la sociedad capitalista de hoy existen dos clases principales, el proletariado y la burguesía, que están en lucha irreconciliable y a muerte. ¿Quién vencerá a quién? Marx y Lenin, la ciencia marxista-leninista, la teoría y la práctica de la revolución, nos prueban y convencen de que, en último término, el vencedor será el proletariado, el cual destruirá, derrocará el poder de la burguesía, al imperialismo; a todos los explotadores y construirá una sociedad nueva, la sociedad socialista. Nos enseñan igualmente que también en esta sociedad nueva existirán, durante un período de tiempo muy largo, las clases: la clase obrera y el campesinado trabajador, que están en estrecha alianza, pero también subsistirán los remanentes de las clases derrocadas y expropiadas. A lo largo de todo este período, estos remanentes, así como los elementos que degeneran y se oponen a la construcción socialista, harán esfuerzos por recuperar el poder perdido. Así pues, también en el socialismo existirá una enconada lucha de clases.

Los marxista-leninistas jamás pierden de vista que en todos los países, a excepción de aquellos en los cuales ha triunfado la revolución y se ha implantado el régimen socialista, existen las clases pobres, con el proletariado a la cabeza, y las clases ricas, encabezadas por la burguesía.

En todo estado capitalista, dondequiera que esté situado, aunque sea democrático y progresista, hay oprimidos y opresores, explotados y explotadores, hay antagonismos, se libra una lucha de clases inexorable. El que la lucha tenga distinta intensidad no cambia esta realidad. Esta lucha pasa por zigzags, sin embargo existe y no puede ser extinguida. Existe en todas partes; existe en los Estados Unidos de América, entre el proletariado y la burguesía imperialista; existe asimismo en la Unión Soviética; donde fue traicionado el marxismo-leninismo y se creó una nueva clase burgués-capitalista, que oprime a los tra-

bajadores de ese país. Las clases y la lucha de clases existen también en el «segundo mundo», en Francia, Inglaterra, Italia, Alemania Occidental, el Japón. Existen igualmente en el «tercer mundo», en la India, el Zaire, Burundi, Pakistán, Filipinas, etc.

Sólo según la teoría de los «tres mundos» de Mao Tse-tung, en ningún país existen las clases y la lucha de clases. No las tiene en cuenta, porque considera los países y los pueblos según las concepciones geopolíticas burguesas y de acuerdo con su nivel de desarrollo económico.

Considerar el mundo dividido en tres, en «primer mundo», «segundo mundo» y «tercer mundo», como hacen los revisionistas chinos, no a través del prisma de clase, significa desviarse de la teoría marxista-leninista de la lucha de clases, significa negar la lucha del proletariado contra la burguesía, para pasar de una sociedad atrasada a una sociedad nueva; a la sociedad socialista y más tarde a la sociedad sin clases, a la sociedad comunista. Dividir el mundo en tres, significa desconocer los rasgos característicos de la época, impedir el avance del proletariado y de los pueblos hacia la revolución y la liberación nacional, impedir su lucha contra el imperialismo norteamericano, contra el socialimperialismo soviético, contra el capital y la reacción en cada país y en todos los confines del mundo. La teoría de los «tres mundos» predica la paz social, la reconciliación de clases, trata de crear alianzas entre enemigos irreconciliables, entre el proletariado y la burguesía, entre los oprimidos y los opresores, entre los pueblos y el imperialismo. Trata de prolongar los días del mundo viejo, del mundo capitalista, y mantenerlo vivo precisamente buscando la extinción de la lucha de clases.

Pero la lucha de clases, la lucha del proletariado y de sus aliados para tomar el poder y la lucha de la burguesía para conservarlo, jamás pueden ser apagadas. Esto es un hecho incontestable; esto no puede ser cambiado por las vanas teorizaciones sobre los «mundos» el «primer mundo», el «segundo mundo», el «tercer mundo», el «mundo no alineado» o el «vigésimo mundo». Aceptar tal división, quiere decir renunciar a la teoría

de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre las clases y la lucha de clases, y abandonarla.

Después del triunfo de la Revolución de Octubre, Lenin y Stalin han dicho que en nuestra época existen dos mundos: el mundo socialista y el mundo capitalista, a pesar de que en aquel entonces el socialismo había sido instaurado en un solo país:

*«...en la actualidad —escribía Lenin en 1921— existen dos mundos: el viejo, el capitalismo, que se ha enredado, que nunca retrocederá, y el nuevo mundo en ascenso que, aunque todavía muy débil, crece porque es invencible».**

Este criterio de clase sobre la división del mundo es válido también hoy, independientemente de que el socialismo no haya triunfado en muchos países y de que la sociedad nueva no haya reemplazado a la vieja sociedad burguesa-capitalista. Pero ineluctablemente esto se producirá mañana.

El hecho de que en la Unión Soviética y en los otros países ex socialistas fuese traicionado el socialismo, no cambia en lo más mínimo el criterio leninista sobre la división del mundo. Hoy, al igual que ayer, sólo existen dos mundos, y la lucha entre estos dos mundos, entre las dos clases antagónicas, entre el socialismo y el capitalismo, tiene lugar no sólo a escala nacional, sino también internacional.

Los revisionistas chinos no admiten la existencia del mundo socialista so pretexto de que ya no existe el campo socialista, debido a la traición de la Unión Soviética y los otros países ex socialistas. Intencionadamente ignoran que la aparición del revisionismo moderno no modifica en lo más mínimo la tendencia general de la historia hacia la revolución, hacia el derrumbamiento del imperialismo, aunque el capitalismo siga existiendo

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXXIII, págs. 153–154, ed. en albanés.

todavía. Al mismo tiempo desconocen la existencia, el desarrollo y el triunfo de las ideas inmortales del marxismo-leninismo, la existencia de los partidos marxista-leninistas, la existencia de Albania socialista, la existencia de los pueblos que luchan por su libertad, por su independencia y soberanía nacional, la existencia y la lucha del proletariado mundial.

La Comuna de París no triunfó, fue aplastada, pero dio al proletariado mundial un gran ejemplo. Marx ha dicho que esta experiencia confirmó la debilidad temporal del proletariado francés, pero preparó al proletariado de todos los países para la revolución mundial y dio una gran lección mostrando cuáles son las condiciones que se precisan para conquistar la victoria. Marx elevó a teoría esta importante experiencia de los comunistas «que asaltaron el cielo» y enseñó al proletariado que debe hacer uso de su violencia revolucionaria para romper el aparato del estado burgués y su dictadura.

Los revisionistas modernos son unos cobardes. Piensan que hoy las fuerzas contrarrevolucionarias son muy poderosas. Pero esto no es en absoluto verdad. Son más débiles que los pueblos. Éstos, con el proletariado a la cabeza, son más fuertes. Ellos aplastarán a las fuerzas contrarrevolucionarias, a las fuerzas de la reacción, del imperialismo y del socialimperialismo. Esta es una concepción fundada en el análisis de clase del mundo. Cualquier otra concepción es errónea, independientemente de que los revisionistas disfracen su actividad y su miedo con frases revolucionarias.

Cuando los marxista-leninistas decimos que existen dos y no tres o cinco mundos, estamos en el justo camino y, sobre la base del marxismo-leninismo, debemos edificar nuestra lucha contra la burguesía capitalista, contra el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético, contra los otros imperialismos. Esta lucha debe llevar a la destrucción del mundo viejo burgués-capitalista y a la instauración de un nuevo orden, del orden socialista.

El proletariado es la fuerza motriz social de nuestra época. Lenin ha puntualizado que la fuerza motriz que lleva adelante la historia está representada por la clase que se sitúa

*«...en el centro de tal o cual época, y determina su contenido fundamental, la tendencia principal de su desarrollo, las particularidades esenciales de su situación histórica, etc.».**

Mientras que los revisionistas chinos, oponiéndose a esta tesis de Lenin, se afanan en presentar el «tercer mundo» como la «gran fuerza motriz que hace avanzar la rueda de la historia». Declarar semejante cosa significa dar en la teoría y en la práctica una definición errónea de la fuerza motriz. ¿Cómo es posible que en la época de la actual evolución social, en la época que tiene en su centro a la clase más revolucionaria, el proletariado, se califique de fuerza motriz a una agrupación de estados dominados en su abrumadora mayoría por la burguesía y los feudales, incluso por reaccionarios y fascistas declarados? Se trata de una burda deformación de la teoría de Marx.

La dirección china no tiene presente que en el «tercer mundo» hay oprimidos y opresores, que existen el proletariado y el campesinado esclavizado, pobre y mísero, por un lado, y los capitalistas y los terratenientes, que explotan y esquilman al pueblo, por el otro. Pasar por alto esta situación de clase en el llamado tercer mundo, pasar por alto los antagonismos existentes, significa revisar el marxismo-leninismo y defender el capitalismo. En general, en los países del llamado tercer mundo es la burguesía capitalista quien está en el poder. Esta burguesía explota al país, explota y oprime al pueblo pobre en interés de su propia clase, para asegurarse los mayores beneficios posibles y mantenerlo continuamente en la esclavitud y la miseria.

En muchos países del «tercer mundo», los gobiernos en el

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXI, pág. 147, ed. en albanés.

poder son gobiernos burgueses, capitalistas, naturalmente con distintos matices políticos; son gobiernos de la clase enemiga del proletariado y del campesinado pobre y oprimido, de la clase enemiga de la revolución y de las luchas de liberación. La burguesía, que es quien detenta el poder en estos países, protege precisamente esa sociedad capitalista que el proletariado, en alianza con las capas pobres del campo y de la ciudad, busca derrotar. Constituye esa clase alta que, en aras de sus mezquinos intereses, está dispuesta, en cualquier momento y ante cualquier contingencia, a entregar al capitalismo extranjero las riquezas del país, del suelo y del subsuelo, a enfeudar la libertad, la independencia y la soberanía de la patria. Esta clase, allí donde está en el poder, se opone a la lucha y a las aspiraciones del proletariado y de sus aliados, las clases y las capas oprimidas.

Muchos de los estados, que la dirección china engloba en el «tercer mundo», no están en contra del imperialismo norteamericano y del socialimperialismo soviético. Calificar estos estados de «fuerza motriz principal de la revolución y de la lucha contra el imperialismo», como predica Mao Tse-tung, es un error tan grande como el Himalaya. También existen otros pseudo marxistas; pero por lo menos saben ocultarse y enmascararse tras sus teorías burguesas. Para lo que llaman «segundo mundo», que está dominado por la gran burguesía capitalista, que está dominado por los grandes imperialistas que, al igual que ayer; siguen siendo imperialistas, los revisionistas chinos tienen la misma visión antimarxista que para el «tercer mundo». En los países del llamado «segundo mundo» existe un proletariado grande y poderoso que es explotado hasta la médula, que es oprimido por leyes agobiantes, por el ejército, la policía, los sindicatos, por todas estas armas de la dictadura de la burguesía. Tanto en los países del «tercer mundo» como en los del «segundo mundo», es la clase burguesa capitalista, son las mismas fuerzas sociales las que dominan al proletariado y a los pueblos y las que deben ser destruidas. También en estos últimos la fuerza motriz principal es el proletariado.

En cambio los revisionistas chinos, en los países del «tercer mundo» como en los del «segundo mundo», en los Estados Unidos de América como en la Unión Soviética; desconocen precisamente al proletariado, que representa el gran ejército de la revolución, niegan precisamente la principal fuerza motriz de la sociedad, la fuerza que debe golpear a la burguesía monopolista, a su enemiga de clase y enemiga de toda la revolución mundial.

La teoría de los «tres mundos» de Mao Tse-tung niega esta gran realidad y trata con desconsideración al proletariado europeo y de los otros países desarrollados. Es verdad que en las filas del proletariado, ya sea del llamado tercer mundo o del llamado segundo o primero, también hay degeneración, porque la burguesía no se cruza de brazos, combate a su enemigo recurriendo no sólo a las armas y a la opresión, sino también a la política y la ideología, al modo de vida que propaga, etc. Pero el que degenera alguna capa del proletariado, como es el caso de la aristocracia obrera, no significa que se tenga que renunciar al marxismo-leninismo y negar el papel determinante de la clase obrera en el proceso revolucionario mundial. Los verdaderos comunistas protegen de la degeneración al proletariado de cualquier país y de cualquier «mundo» mediante una correcta educación marxista-leninista y con su actividad revolucionaria cotidiana, y lo movilizan para combatir a sus opresores, sean éstos ingleses o franceses, italianos o alemanes, portugueses o españoles; norteamericanos o japoneses, etc.

También en los Estados Unidos de América, que son la cabeza del imperialismo mundial, existe un proletariado numeroso. Dado que son uno de los países más industrializados del mundo, al mismo tiempo son el país más rico, y así las migajas que concede el capital para engañar al proletariado, aquí son un poco más grandes que en los demás países burgueses. El modo de vida en los Estados Unidos de América ejerce una influencia más grande sobre el proletariado, pero nosotros no podemos desdeñar en lo más mínimo el papel del proletariado norteamer-

ricano en la revolución y su contribución a la misma en su propio país. En realidad, también en los Estados Unidos de América existe una opinión que se opone al imperialismo, a las guerras de rapiña, a la opresión de los capitalistas, de los trusts, de los bancos, etc. En este país, incluso en las capas de la pequeña burguesía, se observa una resistencia a la opresión del gran capital.

Negando la lucha de clases, la teoría china de los «tres mundos» niega también la lucha de los pueblos por liberarse de la dominación extranjera, por conquistar los derechos y las libertades democráticas, niega su lucha por el socialismo. Esta teoría contrarrevolucionaria y anticientífica hace cruz y raya de la lucha de los pueblos contra sus enemigos, que son el imperialismo, el socialimperialismo, toda la gran burguesía internacional.

Meter a los pueblos en «tres casillas» y predicar que sólo el «tercer mundo» aspira a liberarse del imperialismo; que sólo él sería «la principal fuerza motriz contra el imperialismo», es un engaño y una desviación flagrante del marxismo-leninismo. Si en el «primer mundo» y en el «segundo mundo» se incluye a los imperialistas y los capitalistas, entonces hay que hacerse la siguiente pregunta: ¿Dónde se incluye a los pueblos de estos «dos mundos», que luchan, igualmente, por liberarse de los mismos opresores que subyugan también al «tercer mundo»? Los inventores y los partidarios de la división del mundo en tres no están en condiciones de responder a esta pregunta; porque, según su concepto antimarxista y antileninista, funden en un todo único a los imperialistas, a los gobernantes y a los pueblos.

Los marxista-leninistas no pueden identificar a los pueblos soviéticos con los estafadores antimarxistas, socialimperialistas y nuevos capitalistas que los avasallan. Del mismo modo, tampoco pueden mezclar y confundir al pueblo norteamericano con el imperialismo norteamericano. Si los revolucionarios actuaran como los revisionistas chinos, cometerían un grave error teórico y se opondrían a la revolución, respaldarían precisamente al

imperialismo y al socialimperialismo, a las fuerzas del capital, contra las cuales combaten también el proletariado y el pueblo en la propia guarida de sus enemigos.

¿Qué significado tiene el llamamiento chino a que el «tercer mundo» se alíe con el «segundo mundo» para combatir a la mitad del «primer mundo», cuando tal división del mundo confunde la personalidad de los pueblos, que están en lucha con la oligarquía que los oprime, y cuyas aspiraciones y nivel de desarrollo son distintos? De igual modo, el grado de resistencia y la intensidad de la lucha revolucionaria de los pueblos son diferentes, pero su meta final, el comunismo, es la misma. En estas condiciones, los marxista-leninistas debemos hacer propaganda y movilizarnos para que, a través de las incesantes luchas de clase contra el imperialismo, el socialimperialismo, el capitalismo y sus ideologías engañosas, alcancemos el objetivo final.

Los revisionistas chinos, no sólo funden en un todo único a los pueblos y los gobernantes de los países capitalistas, sino que además quieren liquidar la personalidad de los países socialistas, cuando predicán que también éstos pueden ser incluidos en el «tercer mundo».

¿Cómo se puede, según afirman los dirigentes chinos, identificar un país socialista con el «tercer mundo», donde existen las clases antagónicas, la opresión y la explotación, y alinearlos «con los reyes y los príncipes»? Los revisionistas chinos, que califican de socialista a su país, dicen que forman parte del «tercer mundo» para ayudar supuestamente a los pueblos de este «mundo». Se trata de una mentira con la que pretenden encubrir sus fines «expansionistas. Para ayudar y respaldar la lucha de los pueblos, un país verdaderamente socialista no necesita dividir el mundo en tres ni integrarse en el «tercer mundo».

Los marxista-leninistas, guiándonos por criterios de clase, con nuestras posiciones, ayudamos a los pueblos, al proletariado, la democracia, la soberanía y la libertad auténticas, y no al estado en el que dominan los reyes, los sha y las camarillas reaccionarias. Ayudamos a los pueblos y a los estados democráticos

que quieren liberarse del yugo de las superpotencias, pero re-
marcamos que para hacerlo debidamente, en el camino correcto
y con criterios de clase, hay que combatir también a los reyes y
a los monopolios internacionales que están entrelazados con las
superpotencias. Los dirigentes chinos pretenden haber solucio-
nado este complejo problema de clase «fundiéndose» en ese
imaginario «tercer mundo». Pero es una solución antimarxista.
La mayoría de los estados y los gobiernos del «tercer mundo»,
opuestamente a lo que pretenden los dirigentes chinos, no están
por la lucha contra el «primer mundo», el imperialismo nortea-
mericano y el socialimperialismo soviético, o contra el «segun-
do mundo».

La corriente de los pueblos del mundo avanza hacia la lucha
por la liberación, por la revolución, por el socialismo, pero en
esta corriente no están englobados los gobiernos de los reyes, de
los emires y de las camarillas reaccionarias de la calaña de Mo-
butu y Pinochet que integran el «tercer mundo», en el que tam-
bién China se ha autoincluido.

En lo que atañe a los estados del llamado tercer mundo, la di-
rección china no hace una distinción de clase de acuerdo con los
principios del internacionalismo proletario y los intereses de la
revolución mundial. No tiene en cuenta que estos estados nacio-
nales, que en su mayoría están dirigidos por las capas de la alta
burguesía, se encuentran no sólo bajo la influencia del imperia-
lismo norteamericano, sino también del socialimperialismo so-
viético, y están estrechamente ligados a ellos por muchos hilos.

En estos estados existen profundas contradicciones internas
entre el proletariado y el campesinado pobre y oprimido, por
una parte, y la burguesía y todos los esclavizadores, por la otra.
La ayuda, de un país socialista a los pueblos de estos estados,
debe servir de gran estímulo para su marcha hacia adelante, pa-
ra lograr crear un verdadero estado democrático, sin ensombrecer
la perspectiva, la cuestión del triunfo de la revolución prole-
taria y de la toma del poder por el proletariado. La revolución
no se importa, será realizada por el proletariado y el pueblo de

cada país. Naturalmente, la toma del poder no es cuestión de un
día, sino que, como nos enseña Lenin, se deben crear las condi-
ciones para que, ante cualquier viraje de la historia, el proleta-
riado encabece la lucha para derrocar el poder degenerado de
los dictadores y de la burguesía reaccionaria, e implantar el po-
der del pueblo.

La división que los comunistas hacemos del mundo actual,
basándonos en el criterio de clase leninista, no nos impide com-
batir a las superpotencias y apoyar a todos los pueblos y los es-
tados que buscan liberarse y que tienen contradicciones con
ellas. Albania socialista ha respaldado poderosamente con todo
su corazón la lucha de los pueblos de Asia, África y América
Latina, porque responde a los intereses de los mismos y está di-
rigida contra el imperialismo y la dominación colonial extranje-
ra. Pero, no enunciar abiertamente los principios y tergiversar el
marxismo-leninismo, la ideología y la política del partido del
proletariado, como hacen los dirigentes chinos, es antimarxista,
es un bluf, es un engaño. El Partido del Trabajo de Albania ja-
más ha hecho esto ni lo hará, porque sería un crimen imperdo-
nable hacia su pueblo, hacia los otros pueblos, hacia el proleta-
riado internacional y la revolución mundial.

Dividiendo el mundo en tres, el Partido Comunista de China predica de hecho la conciliación de clases

Los verdaderos marxista-leninistas jamás olvidan las ense-
ñanzas de Lenin, que subraya que los oportunistas y los revisio-
nistas hacen lo imposible por atenuar la lucha de clases, por en-
gañar a la clase obrera y a los oprimidos con fórmulas «revolu-
cionarias», privando la doctrina marxista-leninista de su conte-
nido revolucionario. Esto es lo que hace la dirección revisionis-
ta china, cuando predica la conciliación y la convivencia pacífi-
ca de la clase obrera con la burguesía.

Como nos enseñan Engels y Lenin, las contradicciones entre
las clases o las fuerzas sociales con intereses fundamentales
opuestos, no sólo no pueden ser conciliadas, sino que se van

exacerbando incesantemente hasta culminar en conflictos político–sociales. La Propia existencia del estado prueba que los antagonismos de clase son irreconciliables. Por ello, intentar atenuar estos antagonismos de clase, que se observan en los diversos países burgueses y revisionistas del «tercer mundo», del «segundo» del «primero», preconizando la unión carente de principios, significa negar el carácter objetivo de la existencia de las contradicciones, tratar este problema de una manera anti-marxista.

Los «teóricos» chinos se esfuerzan por conciliar unas clases que jamás pueden ser conciliadas, lo cual significa que están en posiciones revisionistas, oportunistas. La deformación de la teoría de Marx por parte de los revisionistas chinos se ve claramente cuando consideran a los países que incluyen en el «tercer mundo», como lugares donde reina la paz de clases y a sus estados como organismos de conciliación de clases.

Aceptar la noción de «tercer mundo», tal como es preconizada por los dirigentes chinos, significa trabajar por crear una opinión que sirva para defender los organismos estatales que necesita la burguesía para reprimir a la clase obrera y a las masas populares. La tesis de la atenuación de la lucha de clases, como decía Lenin cuando atacaba a los revisionistas, legaliza y afirma la opresión. Buscar la unidad en el interior del «tercer mundo», de hecho significa buscar la unidad de la clase oprimida con la clase opresora, es decir, hacer esfuerzos por atenuar los antagonismos entre las masas trabajadoras y la burguesía, entre el pueblo y los opresores extranjeros. Estas prédicas de los revisionistas chinos están en oposición a los intereses de la liberación nacional y social de los pueblos, a sus aspiraciones de libertad, independencia y justicia social.

La mayoría de los estados, que supuestamente forman el «tercer mundo» o el «mundo no alineado», dependen del capital financiero extranjero, que es tan fuerte, tan vasto, que ejerce un peso decisivo en toda la vida de los mismos. Estos estados no gozan de una independencia plena, por el contrario, dependen

de ese gran capital financiero que es quien hace una política y difunde una ideología que justifican la explotación de los pueblos.

La burguesía y el imperialismo hacen grandes esfuerzos por ocultar esta realidad y, cuando son desenmascarados, inventan toda suerte de «teorías» en contra de la independencia y la soberanía de los estados. Los teóricos burgueses y revisionistas, con el fin de sofocar las aspiraciones de los pueblos a la libertad, la independencia y la soberanía, califican estas aspiraciones de «anacrónicas», dándoles diversas interpretaciones metafísicas y contraponiéndoles la consigna de la «interdependencia mundial»; que supuestamente expresa las tendencias de la actual evolución de la sociedad humana, o la consigna de la «soberanía limitada» que pretendidamente expresa los intereses supremos de la llamada comunidad socialista, etc.

La realidad burgues–revisionista marcada por la violación de la libertad, la independencia y la soberanía de las naciones y los estados, en todas sus formas y en todos los dominios, demuestra la putrefacción del sistema capitalista. Vivimos en una época en que la burguesía, como clase dominante, está perdiendo terreno, mientras que el proletariado mundial se ha convertido en una fuerza colosal y está empeñado en una lucha ininterrumpida y a ultranza para sacudirse el yugo de la clase que le explota. La burguesía, bajo los golpes de los pueblos y de la lucha de clases del proletariado, se ha visto obligada a renunciar de jure al colonialismo y a reconocer formalmente la libertad, la independencia y la soberanía a muchos países que, durante un largo tiempo, había mantenido ocupados y explotados de manera salvaje.

Pero la libertad, la independencia y la soberanía, reconocidas jurídicamente por los estados capitalistas a sus antiguas colonias, hoy en muchos países se han quedado en el papel, porque siguen dominados bajo nuevas formas por los capitalistas y los imperialistas. Para prolongar su dominación en las ex colonias, estas fuerzas regresivas de nuestra época practican en grandes

proporciones los complots y las intrigas, para lo cual encuentran aún terreno abonado en estos países, a fin de dividir y dominar a los pueblos, aprovechando su atraso económico, político e ideológico y la falta de organización de las fuerzas revolucionarias.

Al tratar este problema no debe pensarse que, dado que los países ex coloniales aún no han obtenido una independencia y soberanía completas, su lucha ha sido infructuosa. De ninguna manera. La lucha de los pueblos por emancipar sus pequeños países del dictado y la tutela de los grandes, del imperialismo y el socialimperialismo, no debe ser subestimada. Por el contrario, el Partido del Trabajo de Albania y el estado albanés han apoyado y apoyarán sin reservas esta justa lucha: revolucionaria y de liberación, considerándola como una victoria de los pueblos que contribuye a reforzar la independencia política, a liberarse de la dominación colonial y neocolonial.

Pero estamos en contra de los teóricos revisionistas que predicán que, ahora, toda la lucha revolucionaria deberla ser reducida a la lucha por la independencia nacional, por conquistarla y defenderla frente a la agresión de las potencias imperialistas, negando la lucha por la liberación social. Sólo la victoria de esta última asegura al mismo tiempo la libertad, la independencia y la soberanía nacional verdaderas y completas. Estos abogados del régimen explotador «olvidan» que la lucha de clases entre el proletariado y sus aliados, por un lado, y la burguesía del país y sus aliados del exterior, por el otro, prosigue siempre de forma encarnizada y que un día conducirá a ese momento, a esa situación revolucionaria, como dice Lenin, en que la revolución estalla. Las condiciones cada vez más favorables que se crean en el mundo para el amplio desarrollo de las revoluciones antiimperialistas y democráticas y para que estén dirigidas por el proletariado, deben ser aprovechadas para pasar de la lucha por la independencia nacional a una fase más avanzada, a la lucha por el socialismo. Lenin nos enseña que la revolución debe ser llevada hasta el final, liquidando a la burguesía y su poder. Sólo sobre esta base se puede hablar de libertad, independencia y so-

beranía verdaderas.

Según nuestro concepto marxista-leninista; en una sociedad con clases antagónicas, que está dominada por la clase feudal o la burguesía, el pueblo no puede gozar de libertad y soberanía. La libertad, la independencia y la soberanía tienen un contenido político-social concreto. La libertad y la soberanía verdaderas y plenas son aseguradas en las condiciones de la dictadura del proletariado. Mientras que en aquellos lugares donde el estado se encuentra en manos de las clases explotadoras, las relaciones económicas y políticas desiguales entre los explotadores y los explotados y entre los países, llevan a la pérdida o a la restricción de la libertad y de la soberanía del pueblo. Por consiguiente, no puede hablarse de una verdadera libertad y soberanía nacional, y mucho menos de soberanía del pueblo, en los países que se encuadran en el «mundo no alineado» o en el «tercer mundo». Sólo sobre la base de un análisis científico cimentado en la teoría marxista-leninista se puede definir correctamente qué pueblo es verdaderamente libre y cuál está subyugado, qué estado es independiente y soberano y cuál es dependiente y oprimido. La teoría marxista-leninista explica claramente quiénes son los opresores y explotadores de los pueblos y qué camino deben seguir éstos para ser libres, independientes y soberanos. Los comunistas albaneses, a la luz del marxismo-leninismo, concebimos sólo de esta manera la libertad, la independencia y la soberanía de los estados y de los pueblos.

La actitud de los revisionistas chinos respecto a las contradicciones, es una actitud idealista, revisionista y capitulacionista

La aplicación de una estrategia revolucionaria correcta, basada en las enseñanzas del marxismo-leninismo; no sólo requiere analizar y apreciar de forma multilateral y dialéctica las fuerzas motrices de la corriente revolucionaria y libertadora mundial y

valorar correctamente las fuerzas del enemigo, con sus puntos fuertes y débiles, sino también una comprensión justa y científica de las contradicciones que caracterizan nuestra época.

Sólo si interpretamos las contradicciones según las enseñanzas de la teoría marxista-leninista, de conformidad con los hechos concretos y la verdadera evolución de las situaciones, entonces no nos equivocaremos.

En lo que se refiere a las contradicciones, los dirigentes chinos «teorizan», «interpretan», «filosofan», parafrasean y confunden numerosas tesis formuladas con claridad meridiana por los clásicos del marxismo-leninismo. Interpretando las contradicciones de una manera distinta a su verdadero significado, llegan a acuerdos y conciertan compromisos, no en favor de la lucha de liberación, de los pueblos, de la revolución, de la construcción del socialismo, sino en favor de la burguesía y del imperialismo. Estas gentes, que se las dan de filósofos marxista-leninistas, tienen dos máscaras: una para hacer creer que son fieles a la teoría marxista-leninista, y la otra para disimular su deformación en la práctica.

Su posición respecto a las contradicciones, las alianzas y los compromisos, es producto de un análisis deformado y pragmático de la situación internacional, de las contradicciones existentes en el mundo, de las contradicciones entre las potencias imperialistas, entre los diversos estados capitalistas, entre el proletariado y la burguesía, etc. Esta posición tiene su origen en su concepción idealista y revisionista del mundo.

Pero, no es un hecho fortuito el que los dirigentes chinos pongan sobre el tapete precisamente el problema de las contradicciones, las alianzas y los compromisos. Ahora, la dirección revisionista china se ha quitado las máscaras y ha aparecido abiertamente contra la revolución, se ha convertido en abanderada del oportunismo de derecha, del revisionismo. Al igual que todos los revisionistas, los dirigentes del Partido Comunista de China se esfuerzan por «justificar» su alejamiento de la teoría marxista-leninista, su orientación revisionista, utilizando citas

de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Naturalmente, estas citas están amputadas, fraccionadas y sacadas de su contexto, y mutiladas de esta forma, las utilizan para hacer pasar por marxista-leninistas sus posiciones y sus tesis reaccionarias. Pero los revisionistas chinos no son ni los primeros ni los últimos que hacen estas deformaciones, que mutilan e interpretan de manera tendenciosa nuestra correcta teoría. Mucho antes que ellos han hecho cosas de esta índole los cabecillas de la socialdemocracia, los titistas, los revisionistas soviéticos, italianos, franceses y otros, y hoy continúan haciéndolo.

En primer lugar, haciendo malabarismos con las contradicciones, los revisionistas chinos intentan justificar su actitud hacia el imperialismo norteamericano, allanar el camino para acercarse y colaborar con él.

Los revisionistas chinos pretenden que en el mundo de hoy sólo existe una contradicción, la que enfrenta al «tercer mundo», al «segundo mundo» y a la mitad del «primer mundo», con la Unión Soviética. Partiendo de esta tesis que une a los pueblos con una agrupación de imperialistas, predicán que se deben dejar de lado todas las contradicciones de clase y luchar únicamente contra el socialimperialismo soviético.

Pero analicemos cómo es la cuestión de las contradicciones entre los pueblos y las superpotencias y las contradicciones entre las propias superpotencias.

En las condiciones actuales, para definir una estrategia y una táctica revolucionarias consecuentes, adquiere una importancia primordial la actitud de principios respecto a las dos superpotencias imperialistas, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, que constituyen la fuerza defensora más grande del sistema de opresión y explotación capitalista, los principales reductos de la reacción mundial. Son los enemigos jurados más peligrosos de la revolución, del socialismo y de los pueblos del mundo entero, han asumido el odiado papel de gendarmes internacionales contra cualquier movimiento revolucionario y de li-

beración y representan las potencias más agresivas y belicistas que con su actuación llevan al mundo a una guerra devastadora.

Nadie, y mucho menos el Partido del Trabajo de Albania, puede negar la existencia de profundas contradicciones entre las dos más grandes potencias imperialistas de nuestro tiempo, el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético. Hemos acentuado continuamente que las contradicciones entre las dos superpotencias no sólo existen, sino que además se agudizan. Al mismo tiempo, las dos superpotencias hacen esfuerzos para llegar a componendas sobre algunas cuestiones. Este fenómeno se explica con lo que decía Lenin, sobre las dos tendencias del capital:

*«...existen dos tendencias, una que hace inevitable la alianza de todos los imperialistas y otra que enfrenta a unos imperialistas con otros...»**

Pero, ¿por qué existen contradicciones y antagonismos irreconciliables entre las dos superpotencias? Porque, cada una de ellas, al ser una gran potencia imperialista, lucha por la hegemonía mundial, por crear nuevas esferas de influencia, por subyugar y explotar a los pueblos. La voracidad y la codicia de cada una de ellas les llevan a incomodarse mutuamente e incluso a tener graves fricciones. Estas fricciones pueden conducir a la guerra entre ellas, e incluso a una sangrienta guerra mundial.

Los marxista-leninistas debemos aprovechar las contradicciones que existen entre las superpotencias en interés de la revolución y de las luchas de liberación de los pueblos.

La explotación de las contradicciones existentes en el campo enemigo es parte constitutiva de la estrategia y la táctica revolucionarias. Stalin consideraba la utilización de las contradicciones y los conflictos existentes en las filas de los enemigos de la clase obrera, en el interior del país o entre los estados impe-

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXVII, pág. 418, ed. en albanés.

rialistas en la arena internacional, como reserva indirecta de la revolución proletaria. Es un hecho histórico conocido que el estado socialista soviético, bajo la dirección de Lenin y Stalin, en el periodo posterior a la Revolución de Octubre, o durante la Segunda Guerra Mundial, supo tener en cuenta y aprovechar las contradicciones interimperialistas.

Pero, en cualquier caso, la apreciación y el aprovechamiento de las contradicciones existentes entre los enemigos por parte de las fuerzas revolucionarias y de los países socialistas, son resultado de un análisis marxista-leninista concreto de estas contradicciones y del grado de agravación de las mismas, de la correlación de fuerzas en un periodo o momento dados, para determinar por qué camino, en qué forma, y con qué medios serán explotadas estas contradicciones. Es conforme a los principios que las contradicciones sean siempre aprovechadas en beneficio de la revolución, en beneficio de los pueblos y de su libertad, en beneficio de la causa del socialismo. La utilización de las contradicciones existentes en las filas de los enemigos debe conducir a acrecentar y reforzar el movimiento revolucionario y de liberación, y no a debilitarlo y hacer que flaquee, debe conducir a una movilización cada vez más activa de las fuerzas revolucionarias en la lucha contra los enemigos, y sobre todo contra los principales, impidiendo que los pueblos se forjen ilusiones hacia ellos.

Las dos superpotencias, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética revisionista; tienen como primer punto de su programa aplastar la revolución y el socialismo. Los dirigentes chinos, lejos de hacer hincapié en este hecho, que es expresión de la contradicción irreconciliable entre el socialismo y el capitalismo, en la práctica lo niegan. Naturalmente, a los marxista-leninistas no les está permitido olvidarse de que las superpotencias, pese a que pugnan por la hegemonía, pese a las contradicciones que tienen, no pierden de vista en lo más mínimo su objetivo común de aplastar a los pueblos que exigen la libertad, de sabotear la revolución, lo cual conduce de nuevo a guerras de

carácter general o local. Al respecto, los revisionistas chinos siguen manteniendo sus conocidas posiciones de combatir únicamente contra el socialimperialismo soviético que, según ellos, es el más peligroso, el más agresivo y el más belicista. Ponen al imperialismo norteamericano en segundo plano y recalcan que los Estados Unidos de América «desean el statu quo, que están en decadencia». De ahí que los revisionistas chinos lleguen a la conclusión de que puede y debe establecerse una alianza con el imperialismo norteamericano contra el socialimperialismo soviético.

El imperialismo norteamericano en absoluto es débil ni se ha amansado, como pretenden los dirigentes chinos; por el contrario, es agresivo, feroz y poderoso, al igual que el socialimperialismo soviético. El hecho de que el imperialismo norteamericano ya no tenga la posición dominante que tenía en el pasado, no cambia nada. Esta es la dialéctica del desarrollo del capitalismo y confirma la tesis de Lenin de que el imperialismo es capitalismo en declive, en decadencia. Pero es inadmisibles que partiendo de esto se llegue a subestimar la actual fuerza económica, militar y agresiva de una u otra superpotencia. Es asimismo inadmisibles afirmar que dado que el potencial de los imperialistas se ha debilitado y ha sufrido una decaída real, un imperialismo se ha hecho menos peligroso y el otro más peligroso. Ambas superpotencias imperialistas son peligrosas, porque ninguna de las dos se olvida de combatir contra aquellos que buscan enterrarlas, y los que quieren enterrar a las superpotencias son los pueblos.

Preconizar que sólo se debe luchar contra el socialimperialismo soviético y borrar, de hecho, la lucha contra el imperialismo norteamericano, como hacen los dirigentes chinos, significa no atenerse a las tesis fundamentales del marxismo-leninismo. No cabe la menor duda de que se debe luchar hasta el fin contra el socialimperialismo soviético. Pero no luchar con la misma fuerza contra el imperialismo norteamericano, es inadmisibles, es una traición a la revolución. Si se sigue el camino chino, entonces no

se tendrá una idea clara de lo que son el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético, por qué estas dos superpotencias tienen contradicciones y en qué consisten, dónde reside la pugna que tiene lugar entre ellas y que nosotros debemos profundizar, qué debemos hacer para impedir que estos dos estados imperialistas desencadenen la guerra mundial, etc.

Si teóricamente comprendemos de manera justa estas cuestiones y si actuamos correctamente sobre la base de la teoría marxista-leninista, entonces aparece de forma clara la necesidad de respaldar y apoyar a los pueblos que luchan contra las dos superpotencias y las camarillas burguesas capitalistas que los dominan. Hoy el mundo capitalista pasa por una grave crisis. Pero esta crisis debe ser juzgada en toda su magnitud, y las contradicciones existentes en el mundo capitalista asimismo deben ser juzgadas en toda su profundidad.

La lógica pragmática y antimarxista lleva a los revisionistas chinos a presentar a la Unión Soviética como un país que se desarrolla sin contradicciones, como un imperialismo que ejerce su dominio sin preocupaciones sobre los demás países revisionistas como Polonia, Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria. Ellos presentan el bloque soviético como un bloque en ascenso y la Unión Soviética como el único imperialismo que ha quedado en el mundo y que busca sentar su hegemonía en todas partes.

Si consideramos la hegemonía de la Unión Soviética sobre los países revisionistas de Europa Oriental, vemos que se expresa, en primer lugar, mediante la ocupación militar de estos países por las fuerzas armadas soviéticas, mediante el saqueo inexorable y sin escrúpulos de sus riquezas por parte del socialimperialismo soviético, que incluso se esfuerza por integrarlos completamente en el sistema de las repúblicas soviéticas. Como es natural, la Unión Soviética revisionista encuentra resistencia a sus esfuerzos. Llegará el momento en que esta resistencia y estas contradicciones, que existen en forma latente en el redil revisionista, terminen por agravarse y estallar.

Hemos calificado de agresivo al socialimperialismo soviético porque agredió y ocupó Checoslovaquia, porque ha intervenido en África y otros lugares, porque proyecta llevar a cabo más agresiones y hace preparativos para realizarlas.¹⁰ Pero, ¿acaso el imperialismo norteamericano ha perpetrado menos agresiones o es menos agresivo que el socialimperialismo soviético?

La dirección china ha olvidado la agresión de los Estados Unidos de América contra Corea, ha olvidado su larga y bárbara guerra contra Vietnam, Camboya y Laos, ha olvidado su guerra en el Oriente Medio, su intervención en las repúblicas de América Central, etc. Ha borrado todo esto de su memoria y pretende que el imperialismo norteamericano se ha amansado! Olvida que el imperialismo norteamericano ha clavado sus garras en todas partes, en todo el mundo, que por doquier ha instalado sus bases militares, que amplía y refuerza. Esto fue olvidado por Mao Tse-tung y Chou En-lai, y lo olvida la dirección revisionista china, cuando dicen que el imperialismo norteamericano se ha debilitado y amansado, ¡y que por eso es posible aliarse con él! Actuar de esta manera equivale a querer sofocar la lucha contra el imperialismo en general y el imperialismo norteamericano en particular, incluso contra el socialimperialismo soviético, contra el cual China dice llevar a cabo una lucha tan grande.

Es verdad que el socialimperialismo soviético está ávido de expansión. Su intervención en Angola y Etiopía, los esfuerzos que hace por crear bases en el Mediterráneo y en algunos países árabes, por ocupar los estrechos del Mar Rojo o crear bases militares en el Océano Índico, son actos imperialistas declarados. Pero estas posiciones no están consolidadas en la misma medida que lo están las posiciones económicas neocolonialistas, estratégico militares del imperialismo norteamericano en otros

¹⁰ A finales de diciembre de 1979 los socialimperialistas soviéticos emprendieron la agresión contra Afganistán.

países. Precisamente esta situación es subestimada en apariencia por la dirección china, pero, en realidad, es reconocida y sustentada por ella.

Al mismo tiempo los revisionistas chinos no pueden pasar por alto que los estados capitalistas de Europa Occidental y el imperialismo norteamericano, pese a las contradicciones que tienen, están estrechamente ligados, están vinculados a través de alianzas políticas, militares y económicas, como la OTAN, el Mercado Común Europeo, etc. Es imposible que la dirección china ignore que el capital norteamericano ha penetrado profundamente en las economías de los países de Europa Occidental y no sólo de ellos, sino también en los de Europa Oriental y la Unión Soviética. La dirección china sabe de sobra que los Estados Unidos de América han invertido y siguen invirtiendo decenas de miles de millones de dólares en diversos países del mundo. Entonces ¿qué es lo que espera? ¿Acaso espera que los países capitalistas occidentales —con todas las contradicciones que tienen con los Estados Unidos de América— se aparten de éstos para debilitar su propio campo, para renunciar al potencial militar común, a los lazos económicos, sociales y culturales que les unen a ellos, y, en nombre de los intereses de China, quedarse al descubierto frente al socialimperialismo soviético? Esta es una de las absurdidades de la política exterior china.

Como hemos puntualizado más arriba, no cabe la menor duda de que las contradicciones existentes entre las dos superpotencias y los otros países imperialistas y capitalista-revisionistas deben ser aprovechadas por las fuerzas revolucionarias y de liberación. Es importante que esto sea comprendido correctamente y considerado siempre a través del prisma de los intereses de la revolución y subordinándolo a ellos. El aprovechamiento de las contradicciones existentes entre las potencias y las agrupaciones imperialistas, los estados capitalista-revisionistas y otros, jamás puede ser un objetivo en sí mismo para la clase obrera y los revolucionarios marxista-leninistas.

Explotar las contradicciones que existen entre los países im-

perialistas y las dos superpotencias significa profundizar las discrepancias que tienen entre sí, estimular a las fuerzas revolucionarias y patrióticas de estos países a oponerse al imperialismo norteamericano y al socialimperialismo soviético, los cuales buscan someterles económica, política y militarmente, explotarles, negarles su personalidad nacional, etc.

Pero, ¿cómo actúa China?

La política china predica la «santa alianza» de los países capitalistas occidentales con los Estados Unidos de América. Incluso va más lejos. Predica la alianza del proletariado de los países de Europa Occidental con la burguesía reaccionaria de estos países. ¿Dónde está al respecto la línea marxista-leninista revolucionaria? ¿Dónde está la línea a seguir para aprovechar las contradicciones? ¿Es que los dirigentes chinos piensan que con tal política consolidarán este bloque conforme a sus deseos en contra de los soviéticos? Sueñan con esta utopía, se trata de un punto de vista metafísico.

Los Estados Unidos de América, los países capitalistas occidentales y, junto con ellos, también el Japón y Canadá, no son tan necios como piensan los dirigentes chinos, no hacen una política tan ingenua, como la que llevan a cabo los chinos. Por su parte saben aprovechar muy bien las contradicciones que existen entre China y la Unión Soviética. Saben cómo actuar para debilitar la gran potencia agresiva que es la Unión Soviética y hace tiempo que luchan en este sentido, y no podemos decir que no hayan obtenido resultados. Los Estados Unidos de América y todos los demás estados capitalistas incitan las contradicciones entre los países revisionistas del Este y el Kremlin.

Ahora China también ha comenzado a aplicar esta vieja política norteamericana. La visita de Jua Kuo-feng a Rumania y Yugoslavia era una continuación de esta política. Pero la apertura de China a Europa, el que incite las contradicciones y sobre todo sus esfuerzos por crearse un terreno favorable en los Balcanes, todo esto no va en interés de los pueblos y de la revolución. Forma parte de la política china de instigación de la gue-

rra, política que tiene por objetivo que los pueblos de Europa se maten entre sí, convirtiéndose en carne de cañón de la guerra imperialista.

Hace tiempo que *Pravda* viene polemizando, naturalmente sin efecto, con los Estados Unidos de América, acusándoles de desarrollar el armamento con rapidez y en grandes cantidades. Su preocupación no es criticar este acto de los Estados Unidos de América, porque los socialimperialistas soviéticos hacen lo mismo. El problema reside en que el aumento del potencial de guerra norteamericano debilita relativamente el poderío militar soviético y obliga a la Unión Soviética a seguir paso a paso a los Estados Unidos de América para equilibrar su potencial militar y su potencia agresiva. Pero el seguir paso a paso al imperialismo norteamericano en la carrera armamentista, debilita la economía de la Unión Soviética, porque grandes fondos materiales, monetarios y humanos destinados a la economía pasan al ejército. Esto es lo que preocupa a los brezhnevianos.

Pero lo sorprendente es que los revisionistas chinos, a través de su diario *Renmin Ribao*, se ponen sin reservas del lado de los norteamericanos, publican artículo tras artículo incitando a los Estados Unidos de América a no perder la superioridad en la carrera armamentista y a aumentar continuamente su potencial militar. Así pues, según *Renmin Ribao* no son los Estados Unidos de América los que se arman, sino que sólo lo hace la Unión Soviética. Mejor abogado de los norteamericanos, como lo está siendo la dirección revisionista china, no podría encontrarse en ninguna parte. La burguesía, por lo menos, se esfuerza por ser ponderada en sus críticas y en la interpretación de la realidad, por equilibrar, naturalmente de manera tendenciosa, las situaciones que se desarrollan. Pero nunca se había visto que se actúe como lo hacen los dirigentes chinos.

En su entrevista con Teng Siao-ping, el secretario del Departamento de Estado Norteamericano, Vance, le explicó que «los Estados Unidos de América son militarmente superiores a la Unión Soviética». Pero Teng Siao-ping declaró ante un nume-

roso grupo de periodistas norteamericanos, de visita en aquellos momentos a China, que «Pekín no da crédito» a la declaración de Vance y que «la Unión Soviética es muy superior a los Estados Unidos de América». Esto es como decir: «el abogado niega lo que su cliente confiesa».

No se puede admitir la tesis china, presentada como una tesis supuestamente marxista, que pone en tela de juicio que son las dos superpotencias imperialistas, y no sólo una, las que quieren repartirse el mundo, crear nuevas colonias, oprimir a los pueblos, ampliar los mercados.

El mismo planteamiento de la cuestión de que un imperialismo es más fuerte y el otro menos fuerte, uno agresivo y el otro manso, no es marxista-leninista. Tal planteamiento de la cuestión refleja un punto de vista reaccionario que lleva a los revisionistas chinos a aliarse con los Estados Unidos de América, con la OTAN y el Mercado Común Europeo, con el rey de España, con el Sha de Irán, con Pinochet de Chile y con todos los dictadores fascistas. La política china, que no afecta al imperialismo norteamericano, que no vulnera el poder de los bancos y del capital más grande de nuestra época, es una política por completo reformista burguesa, pacifista y extraordinariamente torpe.

Es imposible que los dirigentes chinos no vean que el capital financiero, los trusts, los monopolios norteamericanos no disminuyen en absoluto sus inversiones en el extranjero, no renuncian a sus objetivos de explotación y esclavización, y que, por el contrario, se consolidan y se esfuerzan por cambiar a su favor la correlación de fuerzas existente en el mundo.

Lo mismo hacen los socialimperialistas soviéticos. Su política económica y los grandes trusts existentes en la Unión Soviética tienden igualmente a esquilmar por todos los medios a los satélites de éste y a otros países. Con un nuevo disfraz y con otro nombre, se esfuerzan, asimismo, en cambiar la correlación de fuerzas a su favor, en un principio supuestamente con acuerdos y negociaciones, y llegado el momento, recurriendo tam-

bién a la fuerza, es decir, a la guerra.

Con sus elucubraciones de que los Estados Unidos de América «desean el statu quo», que «están en decadencia», que el socialimperialismo soviético es «el más peligroso, el más agresivo, el más belicista», etc., los revisionistas chinos quieren demostrar que los Estados Unidos de América pueden y deben hacerse aliados de China contra la Unión Soviética. Una prueba de esto es la ampliación de los diversos acuerdos, el apoyo abierto que prestan al aumento de los presupuestos de guerra y al mayor armamento de los Estados Unidos de América.

Los revisionistas chinos predicán que en la situación actual los marxista-leninistas, los revolucionarios y los pueblos pueden hacer compromisos con el imperialismo norteamericano y apoyarse en él. Nuestro Partido está en contra de cualquier compromiso con el feroz imperialismo norteamericano, porque esto no corresponde a los intereses de la revolución y de la liberación de los pueblos. Hemos combatido al imperialismo norteamericano, lo combatimos y lo combatiremos hasta su completa destrucción. Asimismo, estamos en lucha contra el socialimperialismo soviético y lo estaremos hasta el fin.

El apoyo que China presta al imperialismo norteamericano no favorece en absoluto a la revolución y a los pueblos, sino a la contrarrevolución. Con su línea política e ideológica reaccionaria, la dirección china deja a los pueblos del mundo a merced de las garras del imperialismo norteamericano. Esta dirección desea que los pueblos permanezcan quietos, que no se levanten, que incluso se unan con el imperialismo norteamericano contra la otra superpotencia, la cual quiere arrebatar a los Estados Unidos de América las riquezas que han creado con el esfuerzo y el sudor de los pueblos. La dirección china recomienda a los países capitalistas de Europa, agrupados en el Mercado Común Europeo, que se unan. Alinea también a los pueblos en la unión capitalista de Europa. Esta actitud significa: estaos quietos, no habléis más de revolución, no habléis más de dictadura del proletariado, al contrario, poneos al servicio de los trusts, de los ca-

pitalistas y, junto con ellos, cread una fuerza económica y militar aún más grande, para hacer frente al socialimperialismo soviético.

El Mercado Común Europeo, que es apoyado y potenciado económicamente por China, no es otra cosa que un medio para que los trusts monopolistas de Europa Occidental conserven el máximo de beneficios y para agrupar a los estados industriales desarrollados, donde las clases ricas, como dice Lenin, obtienen un tributo colosal procedente de África, Asia, etc. Los dirigentes chinos, al apoyar a estos estados capitalistas, de hecho apoyan el parasitismo de un puñado de capitalistas a costa de los mismos pueblos de estos países, y de los pueblos de los países en los cuales han clavado sus garras.

La teoría de los «tres mundos» de los revisionistas chinos, con la cual intentan legitimar sus posturas contrarrevolucionarias, no es más que una variante del oportunismo en las filas del movimiento obrero, que ayuda al imperialismo a crear mercados y a obtener ganancias en detrimento de los otros pueblos, con el objetivo de recibir su parte de las migajas que les dejarán los capitalistas.

Es un hecho innegable que la dirección china defiende a las fuerzas y los estados capitalistas, y no a las fuerzas revolucionarias y al proletariado europeo para que se levanten y destruyan los planes del imperialismo norteamericano, del socialimperialismo soviético, de la «Europa Unida», del Mercado Común Europeo y del COMECON, en una palabra, de todos los puntales del sistema imperialista que, como una hidra, chupa la sangre a los pueblos.

No obstante introducir en el «segundo mundo» a los estados capitalistas desarrollados, como Alemania Occidental, Inglaterra, Japón, Francia, Italia, etc., la dirección revisionista china no los considera como enemigos de la revolución, independientemente de sus fruslerías teóricas sobre su «doble» carácter. Por el contrario, los chinos han creído oportuno hacerse los ciegos y establecer compromisos abiertos con estos estados, para ser-

virse de ellos supuestamente contra el socialimperialismo soviético.

La dirección china que está ofuscada por su política pragmática y antimarxista, «olvida» que estados como Alemania Occidental, Inglaterra, Japón, Francia, Italia y otros similares, siguen siendo imperialistas, que sus tendencias a subyugar y colonizar, que han sido sus características tradicionales, no han desaparecido y no pueden desaparecer. Es cierto que después de la Segunda Guerra Mundial estas potencias imperialistas se han debilitado incluso mucho, y que sus posiciones anteriores han cambiado en beneficio del imperialismo norteamericano, sin embargo ni Francia, ni Inglaterra ni los otros han renunciado a la lucha por defender sus mercados y conquistar otros en África, Asia y los países de América Latina.

Entre todos estos estados capitalistas e imperialistas, menos poderosos que el imperialismo norteamericano, existen contradicciones, pero al mismo tiempo existe también la tendencia a entenderse mutuamente.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano ayudó a levantarse a sus ex aliados de Europa, y los monopolios norteamericanos se ligaron con los de éstos en un cúmulo de intereses comunes. Pero entre ellos han existido y existen contradicciones en los esfuerzos por tener cada uno las manos libres para acaparar mercados, importar materias primas y exportar sus productos industriales. La realidad internacional ha confirmado, y vuelve a confirmar en este caso, la justeza de la tesis de Lenin sobre las dos tendencias objetivas del capital.

Es cierto, asimismo, que estos estados capitalistas tienen contradicciones no sólo con el imperialismo norteamericano, sino también con el socialimperialismo soviético. Se plantea el siguiente problema: ¿cómo deben aprovecharse estas contradicciones? Las contradicciones interimperialistas de ninguna manera pueden ser aprovechadas de la forma como predicen los revisionistas chinos. Los marxista-leninistas no podemos defender por ejemplo a los diversos reaccionarios en Alemania y a los

cabecillas conservadores o laboristas en Inglaterra, en función de que tienen contradicciones con el socialimperialismo soviético. Si hiciéramos esto y secundáramos las prédicas de los chinos de que «los estados capitalistas de Europa deben unirse al Mercado Común», de que la «Europa Unida» debe fortalecerse para hacer frente al socialimperialismo soviético, significaría que aceptamos que el proletariado de estos países sacrifique su lucha y sus esfuerzos por romper las cadenas de la esclavitud, que se sabotee la perspectiva de la revolución en ellos.

Los revisionistas chinos, contrayendo compromisos carentes de principios con el imperialismo norteamericano, han traicionado al marxismo-leninismo y a la revolución. **Los marxista-leninistas interpretan la tesis de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre las contradicciones y sobre los compromisos en su verdadero espíritu. Los chinos interpretan esta tesis de una manera diametralmente opuesta a la verdad.**

Nuestro Partido, siguiendo el camino leninista, no está en contra de todo compromiso, sino que está en contra de los compromisos traidores. Cuando el compromiso es necesario y sirve a los intereses de la clase y de la revolución, entonces es posible concluirlo, pero teniendo siempre presente que no afecte a la estrategia, la fidelidad a los principios del marxismo-leninismo, que no afecte a los intereses de la clase y de la revolución. Respecto a la actitud hacia los compromisos, Lenin, entre otras cosas, dice:

*«¿Puede un partidario de la revolución proletaria concertar compromisos con los capitalistas o con la clase capitalista?... En verdad, sería un evidente absurdo responder negativamente en general a esta cuestión. Es claro que un partidario de la revolución proletaria puede concertar compromisos o acuerdos con los capitalistas. Todo depende de **qué** acuerdos y **en qué circunstancias** se concierten. En*

*esto y sólo en esto se puede y debe buscar la diferencia entre el acuerdo legítimo, desde el punto de vista de la revolución proletaria, y el acuerdo entre-guista y traidor (desde el mismo punto de vista).»**

y más abajo Lenin continúa:

*«La conclusión es evidente: tan absurdo es renunciar a todo acuerdo o compromiso con los bandidos, como justificar la complicidad en un acto de bandidaje partiendo de la tesis abstracta de que, en general, son admisibles y necesarios a veces los acuerdos con los bandidos»***

Asimismo Lenin ha dicho:

*«El deber de un partido auténticamente revolucionario no consiste en proclamar una renuncia imposible de todo compromiso, sino en saber cumplir, **pese a todos los compromisos**, puesto que son inevitables, fielmente con sus principios, su clase, su misión revolucionaria, su obra de preparar la revolución y de educar a las masas populares para triunfar en la revolución»****

Los compromisos están permitidos sólo cuando se parte de estas enseñanzas de Lenin. Pero ¿cómo puede estar en interés del socialismo y de la revolución mundial un compromiso con el imperialismo norteamericano o con el socialimperialismo soviético, cuando es sabido que estas dos superpotencias son los más feroces enemigos de los pueblos y de la revolución? Este

* V. I. Lenin. *Obras*, t. xxx, págs. 562–563, ed. en albanés.

** *Ibidem*, pág. 565.

*** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXV, págs. 359–360, ed. en albanés.

compromiso no sólo no es necesario, sino que, por el contrario, es peligroso para los intereses de la revolución. Concertar compromisos o violar los principios en estos problemas de tanta importancia, significa traicionar al marxismo-leninismo.

Si Mao Tse-tung y los demás dirigentes chinos han hablado y hablan mucho «teóricamente» de las contradicciones, entonces deben hablar no sólo de aprovechar las contradicciones interimperialistas y los compromisos con los imperialistas, sino, en primer lugar, de las contradicciones que están en los cimientos de la época actual, de las contradicciones entre el proletariado y la burguesía, de las contradicciones que tienen los pueblos y los países oprimidos con las dos superpotencias y todo el imperialismo mundial, de las contradicciones entre el socialismo y el capitalismo. Pero de estas contradicciones, que existen objetivamente y que no pueden ser ocultadas, los dirigentes chinos no dicen nada. Hablan sólo de una contradicción que, según ellos, es la existente entre el mundo entero y el socialimperialismo soviético, queriendo justificar con esto sus compromisos sin principio con el imperialismo norteamericano y todo el capitalismo mundial.

El análisis de clase marxista-leninista y los hechos demuestran que la existencia de las contradicciones y las discrepancias entre las potencias y las agrupaciones imperialistas no elimina en absoluto ni relega a segundo plano las contradicciones entre el trabajo y el capital en los países capitalistas e imperialistas o las contradicciones entre los pueblos oprimidos y sus opresores imperialistas. Precisamente las contradicciones entre el proletariado y la burguesía, entre los pueblos oprimidos y el imperialismo, entre el socialismo y el capitalismo son las más profundas, son constantes, irreductibles. De ahí que el aprovechamiento de las contradicciones interimperialistas o entre los estados capitalistas y revisionistas sólo tenga sentido cuando sirve para crear las condiciones lo más favorables posible para el poderoso desarrollo del movimiento revolucionario y de liberación contra la burguesía, el imperialismo y la reacción. Por eso, es-

tas contradicciones deben ser explotadas sin crear ilusiones en el proletariado y los pueblos acerca del imperialismo y la burguesía. Es indispensable esclarecer las enseñanzas de Lenin a los trabajadores y a los pueblos, hacerles conscientes de que sólo una actitud intransigente hacia los opresores y los explotadores, de que sólo la lucha resuelta contra el imperialismo y la burguesía, de que sólo la revolución, les asegurará la verdadera liberación social y nacional.

La explotación de las contradicciones entre los enemigos no puede constituir la tarea fundamental de la revolución ni puede ser contrapuesta a la lucha por derrocar a la burguesía, a la dictadura reaccionaria fascista y a los opresores imperialistas.

La actitud de los marxista-leninistas en esta cuestión es clara. Ellos se dirigen a los pueblos, al proletariado, llaman a las masas a que se pongan en pie para destruir los planes hegemónicos, opresores, agresivos y belicistas de los imperialistas norteamericanos y de los socialimperialistas soviéticos, para derrocar a la burguesía reaccionaria y su dictadura, tanto en el Oeste como en el Este.

Nuestro Estado socialista, por su parte, ha aprovechado, y lo sigue haciendo, las contradicciones que existen en el campo adversario. Al explotarlas, nuestro Partido parte de la justa valoración del carácter de las contradicciones que existen entre el país socialista y los países imperialistas y burgués-revisionistas, de la justa valoración de las contradicciones interimperialistas.

El marxismo-leninismo nos enseña que las contradicciones entre el país socialista y los países capitalistas y revisionistas, en tanto que expresión de las contradicciones entre dos clases con intereses diametralmente opuestos, la clase obrera y la burguesía, son permanentes, radicales, irreconciliables. Atraviesan como un hilo rojo toda la época histórica de la transición del capitalismo al socialismo a escala mundial. Mientras que las contradicciones entre las potencias imperialistas son expresión de las contradicciones en el seno de los explotadores, de las clases con intereses fundamentales comunes. Por eso, por agudas que

sean las contradicciones y los conflictos entre las potencias imperialistas, el peligro real de los actos agresivos del imperialismo mundial o de sus diversos destacamentos contra el país socialista sigue siendo permanente y es siempre actual. La división entre los imperialistas, las riñas y los conflictos interimperialistas pueden, a lo sumo, debilitar y postergar temporalmente el peligro de las acciones del imperialismo contra el país socialista, por eso va en interés de éste el aprovechar estas contradicciones que hay en las filas de los enemigos, aunque no conuren este peligro. Esto ha sido acentuado con energía por Lenin al decir que

*«...es inconcebible pensar que la República Soviética pueda existir durante mucho tiempo al lado de los estados imperialistas. En último término tendrá que triunfar una de las dos partes. Y mientras ese desenlace no se produzca serán inevitables una serie de choques terribles entre la República Soviética y los estados burgueses».**

Estas enseñanzas de Lenin conservan toda su actualidad. Han sido confirmadas perfectamente por una serie de acontecimientos históricos, como la agresión fascista contra la Unión Soviética en los años de la Segunda Guerra Mundial, la agresión del imperialismo norteamericano en Corea y posteriormente en Vietnam, la actividad hostil y los diversos complots imperialistas y socialimperialistas contra Albania, etc. Por eso, nuestro Partido ha puntualizado y puntualiza que toda subestimación de las contradicciones del estado socialista con las potencias imperialistas y los países capitalista-revisionistas, que toda subestimación del peligro de los actos agresivos de estos últimos contra Albania socialista, que todo relajamiento de la vigilancia, como consecuencia de la idea de que las contradicciones entre las

propias potencias imperialistas son muy agudas, y que, por esta razón, no pueden emprender tales actos contra nuestra Patria, entrañaría consecuencias extremadamente peligrosas.

El Partido del Trabajo de Albania parte asimismo del hecho de que sólo las fuerzas revolucionarias, libertadoras, amantes de la libertad y del progreso, pueden ser aliados verdaderos y seguros de nuestro país en tanto que país socialista. Nuestro país tiene relaciones estatales con diversos países del mundo burgués-revisionista, aprovecha las contradicciones entre los países imperialistas, capitalistas y revisionistas y, al mismo tiempo, respalda poderosamente la lucha revolucionaria y de liberación de la clase obrera, de las masas trabajadoras y de los pueblos de cualquier país en que se desarrolla una lucha de este tipo, considerando este respaldo como su alta tarea internacionalista. El Partido del Trabajo de Albania se ha atenido y se atiene consecuentemente a este punto de vista, y también en su VII Congreso recalcó que apoyará al proletariado y a los pueblos, a los partidos marxista-leninistas, a los revolucionarios y a los hombres progresistas, que luchan contra las superpotencias, contra la burguesía capitalista y revisionista y la reacción mundial por la liberación social y nacional.

En otro tiempo el Partido Comunista de China en relación con las contradicciones ha citado también conocidos principios y tesis marxista-leninistas. Así por ejemplo, los chinos, en el conocido documento titulado: «Proposición acerca de la línea general del movimiento comunista internacional» publicado por el Comité Central del Partido Comunista de China en 1963, escribían: «Los compromisos necesarios entre los países socialistas y los países imperialistas no exigen que los pueblos y las naciones oprimidas contraigan, a su vez, compromisos con el imperialismo y sus instrumentos». Y agregaban: «Nadie debe exigir, en ninguna circunstancia, so pretexto de la coexistencia pacífica, que los pueblos y naciones oprimidos renuncien a su lucha revolucionaria». La dirección china hablaba así en aquel entonces, porque en esa época era la dirección jruschovista la que

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXIX, pág. 160, ed. en albanés.

exigía a los pueblos y a los partidos comunistas que admitiesen que el imperialismo norteamericano y sus cabecillas se habían vuelto pacíficos y se sometiesen a la política soviética de acercamiento al imperialismo norteamericano. Ahora es la dirección del Partido Comunista de China la que predica a los pueblos, a los revolucionarios, a los partidos marxista-leninistas y a todo el proletariado mundial que se alíen con los países imperialistas o capitalistas, que se unan con la burguesía y con todos los reaccionarios contra el socialimperialismo soviético. Y los chinos no expresan estas ideas con frases disimuladas, sino abiertamente. Estos bandazos y virajes de 180 grados no tienen nada en común con la política de principios marxista-leninista, son rasgos de la política pragmática que siguen todos los revisionistas, los cuales subordinan los principios a sus intereses burgueses e imperialistas.

Los dirigentes chinos y todos los partidarios de la teoría de los «tres mundos», para justificar sus compromisos sin principio con el imperialismo norteamericano y la burguesía internacional, especulan, tergiversando la verdad histórica, con el pacto de no-agresión soviético-alemán de 1939, así como con la alianza anglo-soviético-norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial.

El pacto soviético-alemán de no-agresión era una manera hábil de aprovechar las contradicciones interimperialistas por parte de Stalin. En esa época la agresión hitleriana contra la Unión Soviética era inminente. Era el periodo en que la Alemania nazi había invadido Austria y Checoslovaquia, y la Italia fascista Albania, en que se había realizado el Munich y la máquina de guerra alemana avanzaba velozmente hacia el Este. La Unión Soviética concluyó con Alemania no una alianza sino un pacto de no agresión, después de que las potencias occidentales se negaran a responder al llamamiento de Stalin a actuar conjuntamente con el estado soviético para frenar a los agresores nazifascistas, y cuando se vio claramente que estas potencias azuzaban a Hitler contra el país de los soviets. El pacto soviético-alemán frustró

estos planes y dio tiempo a que la Unión Soviética se preparase aún más en adelante para enfrentar la agresión nazi.

En lo referente a la alianza anglo-soviético-norteamericana, es sabido que fue concluida cuando la Alemania hitleriana, después que había ocupado Francia y estaba en guerra con Inglaterra, desencadenó su feroz agresión contra la Unión Soviética, cuando la lucha contra las potencias del Eje adquirió un claro y acentuado carácter antifascista y libertador. Hay que recalcar que en aquel tiempo, Stalin y la Unión Soviética nunca y en ningún caso preconizaron y llamaron al proletariado y a los partidos comunistas a que desistieran de la revolución y se unieran con la burguesía reaccionaria. Incluso cuando Browder renunció a la lucha de clases y predicaba la conciliación de clases, porque supuestamente así lo exigían los intereses de la alianza anglo-soviético-norteamericana, fue estigmatizado por Stalin y el movimiento comunista como revisionista y renegado de la revolución.*

Como se ve, nada justifica los compromisos y las alianzas sin principio de los chinos con el imperialismo norteamericano y con las diversas fuerzas reaccionarias. La analogía histórica que quieren hacer los revisionistas chinos es infundada.

Los dirigentes chinos en su propaganda intentan hacer creer que pretendidamente nosotros, los albaneses, somos adversarios de todo compromiso y que no luchamos por aprovechar debidamente las contradicciones. Como es natural, ellos saben que nuestra actitud respecto a estas cuestiones está en las posiciones del marxismo-leninismo, sin embargo siguen haciendo propaganda en esta línea errada para disimular su alejamiento de la teoría científica marxista-leninista y del camino de la revolución. Actúan así para denigrar la política y las actitudes justas del partido y del estado proletarios. Sus acusaciones no tienen base de sustentación, pero refirámonos a los hechos.

Nuestro Partido, en todo momento, ha defendido y defende-

* Ver: **Enver Hoxha, *Eurocomunismo es anticomunismo***.

rá enérgicamente y hasta el fin la justa causa de los pueblos árabes, sin excepción. Sostenemos la lucha del pueblo palestino contra Israel, que desde hace tiempo se ha convertido en un instrumento ciego, en un gendarme del imperialismo norteamericano en el Oriente Medio. Se le ha asignado la misión de proteger los ricos yacimientos de petróleo árabes en favor de las grandes compañías monopolistas de los Estados Unidos de América y conservar el statu quo, como dicen los revisionistas chinos.

Independientemente de que antes el presidente Sadat y su gobierno estuviesen en alianza con la Unión Soviética, hemos sostenido la lucha del pueblo de Egipto por recuperar los territorios ocupados por Israel, pero hemos desenmascarado los designios de la Unión Soviética hacia Egipto y, en general, sus artimañas en el Oriente Medio. En ningún momento hemos permanecido callados ante los fines colonizadores de la Unión Soviética con respecto a Egipto. Lo mismo hemos hecho respaldando con igual consecuencia al pueblo egipcio en su lucha contra el imperialismo norteamericano e Israel.

Sosteniendo los intereses del pueblo egipcio y de los otros pueblos árabes, nuestro Partido y nuestro pueblo desenmascaran también las maniobras que realiza actualmente el imperialismo norteamericano junto con Israel. No podemos aprobar ningún camino, ninguna línea que lleve a un compromiso con el Israel agresor, so pretexto de que esto se hace en favor del pueblo egipcio.

En cambio, la dirección china no desenmascara al imperialismo norteamericano, aplaude los acuerdos israelí-egipcios e impele a los pueblos árabes a pactar, a contraer compromisos con el imperialismo norteamericano e Israel, que están entre sus principales enemigos. Esta actitud no es marxista-leninista, este compromiso a lo chino no va en interés de los pueblos. Es absolutamente inadmisibles el absurdo chino de que, precipitándose de un imperialismo a otro imperialismo, «se actúa en interés de la libertad de los pueblos». Estas maniobras e intrigas típicamente burguesas no pueden ser consideradas como actos mar-

xista-leninistas que ayudan a profundizar las contradicciones entre las dos superpotencias imperialistas.

El Partido y el pueblo albanés se oponen a las guerras imperialistas de rapiña y están decididamente al lado de las justas luchas de liberación nacional, que están y deben ir en todo momento en beneficio de los pueblos, en favor de la revolución. Ellos no están en contra de respaldar incluso a un estado burgués, cuando ven que sus gobernantes son progresistas y combaten por los intereses de la liberación de su pueblo de la hegemonía imperialista. Pero nuestro país no puede hacer causa común o concertar compromisos, como los llaman los revisionistas chinos, con un estado dominado por una camarilla reaccionaria, que en interés de su propia clase y en detrimento de los intereses del pueblo, se alía con una u otra superpotencia.

Albania socialista, asimismo, no está en contra de tener relaciones diplomáticas normales con los estados del «tercer mundo» o del «segundo mundo». Está en contra de tales relaciones únicamente con las dos superpotencias y con los estados fascistas. Pero también las relaciones diplomáticas, al igual que las relaciones comerciales, culturales, etc., las desarrollamos de conformidad con los principios, velando, en primer lugar, por los intereses de nuestro país y de la revolución, contra los cuales no hemos marchado ni jamás marcharemos.

Los marxista-leninistas que hemos llegado al poder, debemos establecer relaciones diplomáticas también con los estados burgués-capitalistas, porque en esto estamos interesados tanto nosotros como ellos. Estos intereses son recíprocos.

Los marxista-leninistas siempre deben tener presentes los principios. No pueden pisotearlos en virtud de las coyunturas que se crean en uno u otro período. No hay que perder de vista que en los países dominados por las altas capas de la burguesía, éstas están en lucha permanente con el pueblo, con el proletariado y el campesinado pobre, con la pequeña burguesía urbana. Por eso, tanto en el caso en que el país socialista mantiene relaciones estatales con los países burgueses, como cuando no las

tiene, debe dar a comprender a los pueblos que defiende su lucha, que no aprueba los actos reaccionarios y antipopulares de aquellos que los dominan.

Los marxista-leninistas debemos conocer y tener en cuenta no sólo las contradicciones que existen entre las clases oprimidas y sus opresores, sino también las contradicciones que surgen entre estados, es decir, entre los gobiernos de dichos países con el imperialismo norteamericano, con el socialimperialismo soviético, con los otros países capitalistas, etc. Siempre debemos hacer una política tal que no nos lleve a defender un gobierno reaccionario que, en función de sus propios intereses y de la clase que detenta el poder, rompe momentáneamente con el imperialismo norteamericano para caer en el regazo de otro imperialismo, como por ejemplo, en el del imperialismo inglés, soviético, etc. Debemos aprovechar las contradicciones entre ellos teniendo en cuenta que nuestra actitud contribuya a reforzar la lucha del proletariado y de las masas oprimidas de ese país contra su gobierno reaccionario. Si entre el gobierno capitalista reaccionario y opresor de un país del «segundo mundo» o del «tercer mundo» y el gobierno de un país del «primer mundo», según la división que hacen los revisionistas chinos, han surgido contradicciones, no se puede decir que estas contradicciones estén siempre a favor de la liberación del pueblo de dicho país del yugo del capital, del yugo de la burguesía reaccionaria que impera en él. Aquí estamos principalmente ante intereses de clase, ante intereses de gobiernos burgueses que representan a las clases explotadoras, ante la cuestión de quién es el mejor postor, de quién defiende mejor su permanencia en el poder y de quién busca destronar a los otros para reemplazarlos por su propia gente.

Cuando se trata de la lucha del proletariado, no debe confundirse la actitud hacia la burguesía con las relaciones diplomáticas, comerciales, culturales y científicas entre el país socialista y los estados de diferente sistema social. Estas relaciones interestatales deben existir y desarrollarse, pero al establecerlas el

país socialista debe tener objetivos claros. La vida ideológica, política, moral, material del país socialista debe ser un ejemplo para los pueblos de los estados con los cuales tiene relaciones, de modo que a través de estas relaciones, los pueblos de los estados no socialistas vean los beneficios y las ventajas que aporta el sistema socialista. Seguir o no el camino socialista, naturalmente, es asunto de su incumbencia, pero el deber del país socialista es dar buen ejemplo.

Los dirigentes chinos no sólo no tienen claros todos estos problemas políticos, teóricos y organizativos y no desean esclarecerlos, sino que deliberadamente los enturbian aún más porque, como dice Mao Tse-tung, hay que enturbiar para esclarecer. Esta tesis no es justa. Por el contrario, debemos esclarecer y persuadir para hacer la revolución, porque la falta de claridad existe. Si se trata de enturbiar, entonces que se enturbie aún más al imperialismo que está en agonía, pero no debe ayudársele y ponerle muletas para prolongar sus días. Acortemos la vida del capitalismo para que los pueblos y el proletariado se liberen, para que se aproxime la perspectiva del socialismo y el comunismo. Este es nuestro camino revolucionario, el camino del marxismo-leninismo. No existe otro camino.

En el pasado, los dirigentes chinos utilizaban la expresión «lucha medida por medida» contra el imperialismo norteamericano, pero esta fórmula no la han aplicado ni mucho menos la aplican hoy. No llevan a cabo una lucha medida por medida porque se acercan al imperialismo norteamericano, porque se han aliado con los Estados Unidos de América.

Las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales de China con los estados imperialistas y los demás estados del mundo están fundadas sobre bases capitalistas. Estos lazos tienen por objetivo reforzar las posiciones económicas y militares de China mediante las ayudas que busca obtener de los estados imperialistas poderosos, para así poder competir también ella con las otras dos superpotencias. La propaganda que hace China por la radio y otros medios apunta a crear en el mundo la impresión de

que China no sólo es un estado grande, poderoso y con una cultura antigua, sino que además la actual política china es progresista, e incluso marxista-leninista. Pero esta actividad de los revisionistas chinos no sirve ni puede servir en absoluto como un ejemplo a seguir por los pueblos del mundo en su lucha por destruir el poder capitalista e imperialista.

La concepción china sobre la unidad del «tercer mundo» es reaccionaria

La dirección china busca la unión de todos los países del «tercer mundo», países heterogéneos desde cualquier punto de vista que se los mire: desde el punto de vista del desarrollo económico, social y cultural, del tiempo que ha requerido y del camino que ha recorrido cada uno para conquistar el grado de libertad e independencia de que goza hoy, etc.

Pero ¿cómo imagina esta unión que preconiza? La dirección china no la concibe en la vía marxista-leninista y en interés de la revolución y la liberación de los pueblos. La concibe desde el punto de vista burgués, es decir, como una unión realizada a través de tratados y acuerdos, que atan y desatan los gobernantes de estos países, los cuales hoy están ligados con una potencia imperialista, pero que mañana rompen los acuerdos establecidos para vincularse a otra.

La dirección revisionista china olvida que la unidad de estos estados nacionales sólo se puede asegurar gracias a la lucha del proletariado y de las masas trabajadoras de cada país concreto, en primer lugar contra el imperialismo del exterior que ha penetrado en ese país, pero también contra el capitalismo y la reacción del interior. Únicamente sobre esta base se puede lograr la unión de estos países, sólo sobre esta base se puede constituir el frente único contra el imperialismo extranjero, así como contra los reyes, la burguesía reaccionaria, los feudales y los dictadores nativos.

En el capitalismo la unión es realizada sólo por arriba, en la cumbre, para salvaguardar las conquistas de la burguesía y defenderse de la revolución. Mientras que la verdadera unión, la unión popular, puede ser conseguida principalmente por abajo, teniendo al proletariado al frente.

Naturalmente no debe ser desechada la táctica de que puede valerse el proletariado de un país del llamado tercer mundo o el proletariado de todos estos países para unirse con otras fuerzas políticas contra el imperialismo. Tampoco puede descuidarse la unidad de las fuerzas revolucionarias con la dirección burguesa de un país, cuando, en un momento dado, se crea una contradicción profunda con un imperialismo extranjero o con una dirección reaccionaria de uno de los países del «tercer mundo».

Todas estas eventualidades y posibilidades deben ser estudiadas y aprovechadas por las fuerzas revolucionarias. Por esta razón Lenin dice que la ayuda del país socialista y del proletariado internacional debe ser diferenciada y condicionada.

Pero los dirigentes chinos predicán precisamente una alianza incondicional entre los gobiernos reaccionarios, para supuestamente hacer frente al imperialismo. Y cuando hablan contra el imperialismo, no tienen en cuenta el imperialismo en general, sino sólo el socialimperialismo soviético.

El debilitamiento del imperialismo y del capitalismo es hoy la tendencia principal de la historia mundial. Los esfuerzos de los diversos estados por liberarse de la influencia del imperialismo constituyen otra tendencia que conduce al debilitamiento del mismo. Pero esta segunda tendencia, a la que la dirección revisionista china da, de manera incondicional, un carácter absoluto, sin hacer ninguna diferenciación entre los países, sin estudiar las situaciones generales y particulares, no conduce al camino justo de unir a los pueblos en la lucha por liberarse de la ingerencia y la dominación imperialistas. Tampoco puede conducir a un camino correcto el punto de vista de los revisionistas chinos que considera Europa como un continente con países del «segundo mundo», a los cuales alía con el «tercer mundo». Es-

ta agrupación de estados capitalistas jamás puede estar por el debilitamiento general del capitalismo mundial. Decir que tal cosa puede lograrse a través de la ayuda y la colaboración de la burguesía aristocrática de Inglaterra, de la burguesía revanchista de Alemania Occidental, de la astuta burguesía francesa y de otros grandes grupos capitalistas, es una ingenuidad lamentable.

Los sostenedores de la teoría de los «tres mundos» pueden pretender que, preconizando la unión de dichos países capitalistas, tienden a debilitar al imperialismo. Pero ¿a cuál de los imperialismos debilitará esta unión? ¿Al imperialismo con el que la teoría de los «tres mundos» llama a crear un frente único contra el socialimperialismo? ¿Al imperialismo con el cual los países capitalistas de Europa, pese a tener también contradicciones con él, están aliados? Está claro que la prédica llamando a reforzar esta agrupación de estados, es una prédica tendente a consolidar las posiciones del imperialismo norteamericano, a fortalecer las posiciones de los estados capitalistas de Europa Occidental.

Por otra parte, cuando la dirección china habla de crear una alianza de los estados del «segundo mundo» con los estados del llamado tercer mundo, sobreentiende la alianza entre los círculos dominantes de dichos países. Pero pretender que estas alianzas contribuirán a liberar a los pueblos, es un punto de vista idealista, metafísico, antimarxista. Por lo tanto, engañar con tales teorías revisionistas a las amplias masas de los pueblos que reivindican la liberación, es un crimen contra los pueblos y la revolución.

El Partido Comunista de China opina que el imperialismo no sabe, no ve, no comprende y no aprovecha las contradicciones que existen entre los países que acaban de sacudirse el yugo del colonialismo y han caído bajo el yugo del neocolonialismo. Los hechos demuestran que estas contradicciones son explotadas por el imperialismo a diario y constantemente en beneficio propio. Este incita y empuja a dichos países y a sus pueblos a luchar el uno contra el otro, a escindirse, a reñir entre sí, de modo

que no alcancen la unidad, aunque sea en algunos problemas particulares.

También el imperialismo lucha a vida o muerte, se esfuerza por prolongar sus días y, cuando ve que no puede lograr esto con los métodos corrientes, entonces desencadena guerras y agresiones abiertas para reconquistar su supremacía y su hegemonía.

Los dirigentes chinos anhelan unir a los países del «tercer mundo» no sólo entre sí, sino también con los Estados Unidos de América, contra el socialimperialismo soviético. En otras palabras, los revisionistas chinos dicen sin tapujos a los pueblos del «tercer mundo» que su enemigo principal es el socialimperialismo soviético y por eso actualmente no deben levantarse ni contra el imperialismo norteamericano ni contra su aliada, la burguesía reaccionaria, que impera en sus países. Según la «teoría» china, los estados del «tercer mundo» deben luchar, no por consolidar su libertad, su independencia y su soberanía, ni por la revolución, que acaba con la dominación de la burguesía, sino por mantener el statu quo. Es comprensible que los revisionistas chinos, al predicar el acuerdo con los Estados Unidos de América, en oposición a los intereses de la revolución y de la causa de la liberación nacional, empujan estos estados a un compromiso de traición.

Los partidos verdaderamente marxista-leninistas tienen como tarea internacionalista estimular al proletariado y a los pueblos de todos estos países e inspirarles para que hagan la revolución, se levanten contra la opresión y la servidumbre externas e internas bajo cualquier forma que se presenten. Nuestro Partido opina que sólo así pueden crearse las condiciones para que los pueblos combatan tanto al imperialismo como al socialimperialismo, con los cuales la burguesía capitalista de la mayoría de estos países del «tercer mundo» está unida de las más diversas formas.

Pero ¿qué hace China? China defiende a Mobutu y a su camarilla en el Zaire. Con su propaganda intenta crear la impresión de que está defendiendo al pueblo de este país frente a la

invasión de mercenarios urdida por la Unión Soviética, pero en realidad protege al régimen reaccionario de Mobutu. La camarilla de Mobutu es una agencia al servicio del imperialismo norteamericano. Con su propaganda y su postura «pro Zaire», China defiende la alianza de Mobutu con el imperialismo norteamericano, con el neocolonialismo y lucha para que en este país no se modifique el statu quo establecido. El deber de los verdaderos revolucionarios no es defender a los gobernantes reaccionarios, instrumentos de los imperialistas, sino trabajar para alentar al pueblo del Zaire a que luche por su libertad y soberanía contra Mobutu, el capital local y el imperialismo norteamericano, francés, belga, etc.

Del mismo modo que estamos contra Mobutu en el Zaire, estamos contra Neto o sus acólitos en Angola, porque la Unión Soviética hace con Neto en Angola exactamente lo mismo que los Estados Unidos de América con Mobutu en el Zaire. Examinando la evolución de la situación en estos dos estados mencionados, se observa claramente cómo en ellos se desarrolla la rivalidad entre las superpotencias por el reparto colonial, por la distribución de los mercados. Nosotros no defendemos ni a Neto, ni a la Unión Soviética, pero, al combatirlos, no podemos apoyar al imperialismo norteamericano y a sus mercenarios, enemigos del pueblo angoleño. En toda situación, en toda circunstancia y en todo momento debemos respaldar a los pueblos revolucionarios y, en el caso del Zaire y Angola, debemos apoyar únicamente a los pueblos de estos dos países para que se sacudan el yugo que están imponiéndoles las superpotencias.

¿Qué debe recomendarse a los revolucionarios del Zaire? ¿Establecer compromisos con Mobutu, como recomiendan los revisionistas chinos, para que el pueblo de este país sea oprimido aún más por el imperialismo? No, los marxista-leninistas no pueden recomendar este tipo de compromisos al pueblo del Zaire ni a ningún otro pueblo.

Tomemos como ejemplo la política de China en Pakistán. El Pakistán de los khan, donde siempre han imperado la burguesía

rica y los grandes latifundistas, ha sido supuestamente aliado de China. La ayuda de China a este país no ha tenido un sentido revolucionario. Ha ayudado a reforzar a la burguesía reaccionaria y latifundista de Pakistán, la cual oprime ferozmente al pueblo de este país, del mismo modo que las camarillas de Nehru, Gandhi y los demás magnates reaccionarios oprimen al pueblo hindú. El gobierno de Zulficar Ali Bhutto era igual. Primero se produjo la separación de Pakistán Oriental del Occidental. La India supo aprovechar las grandes contradicciones que existían entre el pueblo de Pakistán Oriental y la burguesía reaccionaria que dominaba Pakistán Occidental. Fomentó estas contradicciones hasta llevar al pueblo de Pakistán Oriental a una insurrección contra el Pakistán de Ali Bhutto. En aquel entonces se formó en Pakistán Oriental, que tomó el nombre de Bangla Desh, el gobierno de Muyibur Rahman, que pretendidamente luchaba por la democracia y por los intereses del pueblo. Pero un buen día Muyibur Rahman fue asesinado por elementos estrechamente ligados al imperialismo norteamericano. Ahora Ali Bhutto también ha sido derrocado. Así el amigo y aliado de China, el latifundista y el hombre más rico de Pakistán, ha sido derribado por otros reaccionarios a través de un golpe de estado.

Pero, ¿qué es esta oposición que llegó al poder y quiénes son los que la integran? También se trata de una fuerza reaccionaria, integrada por militares, capitalistas y grandes terratenientes. Movidos por sus intereses de clase y por los lazos que asimismo mantienen con los Estados Unidos de América, con la Unión Soviética o con China, buscan mantener firmemente en sus manos el poder reaccionario. En estas condiciones hablar al pueblo de Pakistán de alianza estrecha con tal o cual fuerza política burguesa, y de respaldo a una de esas fuerzas, a fin de que sustituya una camarilla dominante por otra, como hacen los dirigentes chinos, no es indicarle el camino justo de la revolución. El camino correcto consiste en pedir al pueblo que, entre los dos fuegos, el de Bhutto y el de sus adversarios, encienda el poderoso fuego revolucionario que sofoque a los dos primeros, de-

rribe a las dos camarillas que existen en Pakistán, y que son harina del mismo costal. En esta lucha en dos flancos el propio pueblo pakistaní debe saber aprovechar las contradicciones.

Lo mismo podemos decir de muchos países del llamado tercer mundo o «mundo no alineado».

Por lo tanto, la dirección china es desafortunada no sólo en las alianzas y en la amistad con los marxista-leninistas, sino también en las alianzas con los estados burgués-capitalistas. Pero, ¿por qué es desafortunada? Es desafortunada porque su política no es marxista-leninista, porque sus análisis y las deducciones que saca de ellos, son erróneos. En estas condiciones, ¿acaso los pueblos del «tercer mundo» pueden confiar en China, cuya intención es poner estos países bajo su férula?

Sólo la dictadura del proletariado, sólo la ideología marxista-leninista, sólo el socialismo crean el cariño sincero, la amistad estrecha y la unidad de acero entre los pueblos, eliminando todo lo que los separa y divide. Para crear la unidad y la amistad entre los pueblos, para zanjar los problemas siguiendo el camino mejor y más adecuado a sus intereses, de ninguna manera debe ayudarse ni hacerse concesiones a burgueses degenerados como Mobutu, Bhutto, Gandhi y otros, en nombre de establecer un supuesto equilibrio político, que es una expresión de la teoría anticientífica, antipopular y oportunista del «equilibrio», la cual sirve para mantener el statu quo y la esclavitud.

Los marxista-leninistas luchamos contra el neocolonialismo, contra la burguesía capitalista opresora de cada país, es decir, contra los que oprimen a los pueblos. Esta lucha puede ser realizada si los verdaderos partidos comunistas inspiran, organizan y dirigen al proletariado y a las masas trabajadoras. El partido cumple con éxito su papel de dirección del proletariado y de las masas cuando su inspiración es marxista-leninista revolucionaria y no una inspiración equívoca a base de cien significados o de cien banderas. El partido marxista-leninista del país verdaderamente socialista no actúa partiendo únicamente de los intereses de su propio estado, sino que, además, siempre tiene en

cuenta el interés de la revolución mundial.

La teoría china del «tercer mundo» y la teoría yugoslava del «mundo no alineado» sabotean la lucha revolucionaria de los pueblos

Todos los renegados del marxismo-leninismo, los revisionistas modernos, soviéticos, titistas, chinos, etc., hacen lo imposible para combatir al marxismo-leninismo, la teoría victoriosa del proletariado. La denuncia que hizo nuestro Partido de la teoría de los «tres mundos», ha puesto en una situación difícil a los revisionistas chinos; debido a que no están en condiciones de responder teóricamente a nuestra oposición y desenmascaramiento, no porque nos teman, sino porque lo que temen es su falta de argumentos.

Mao Tse-tung y Teng Siao-ping, que han enunciado o han hecho suya la noción «tercer mundo», no han intentado, a propósito, y además son incapaces de ello, argumentarla de manera teórica. Y ¿por qué no lo han hecho? Esta «negligencia» suya es una trampa y tiene por objetivo engañar a la gente, hacer admitir sin discusión una tesis absurda, por el solo hecho de que ha sido formulada por Mao Tse-tung. Mao Tse-tung no ha estado en condiciones de explicar en qué consiste la base teórica de esta noción «filosófica» o «política», porque no tiene ninguna base. Él y sus discípulos se limitan a proclamar su concepción de la división del mundo en tres, pero sin sustentarla con argumentos, porque ellos mismos saben bien que esta tesis es insostenible.

El «tercer mundo» chino y el «mundo no alineado» yugoslavo son casi la misma cosa. Estos dos «mundos» tienen por objetivo justificar teóricamente la extinción de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, y servir a las grandes potencias imperialistas y capitalistas a fin de conservar y perpetuar el sistema burgués de opresión y explotación.

El mito que han creado los revisionistas chinos en torno a la

teoría del «tercer mundo», en tanto que teoría falsa, antimarxista, sin ninguna base teórica, no surte efecto no sólo entre las amplias masas del proletariado y de los pueblos que sufren en los países del «tercer mundo», sino tampoco entre dirigentes de estos países. Estos últimos, a los que la dirección china quiere poner bajo su paraguas, tienen sus propios puntos de vista arraigados en la cabeza, tienen su propia ideología y orientaciones determinadas, por eso no creen en los cuentos chinos. Los Teng Siao-ping y compañía se imaginan que China puede imponerse a estos países por su extensión territorial y por su población. Hasta cierto punto, y en la medida en que no le afecte, al imperialismo norteamericano le conviene la teoría china de los «tres mundos». Esta teoría fomenta la creación de situaciones confusas en el mundo, de las que se benefician tanto el imperialismo norteamericano como el socialimperialismo soviético para extender cada cual su propia hegemonía, para tramitar de una manera aún más intensa alianzas y acuerdos con los cabecillas capitalistas y latifundista-burgueses de los países del llamado tercer mundo. Esta situación también sirve a los fines socialimperialistas de los revisionistas chinos.

En cuanto a la teoría del «mundo no alineado» los revisionistas yugoslavos la elevan a teoría universal, que debe sustituir la teoría marxista-leninista, la cual, según ellos, «está anticuada», ha dejado de ser «actual», porque los pueblos y el mundo supuestamente han cambiado. No denuncian abiertamente el marxismo-leninismo como hace Carrillo, pero, con la defensa de su teoría del «mundo no alineado», lo combaten, mientras que los que defienden el marxismo-leninismo, según los revisionistas yugoslavos incurren siempre en la misma «falta», no aceptan que se corrijan los principios, las normas de esta doctrina revolucionaria, por lo tanto son «reincidentes». Según ellos, el Partido del Trabajo de Albania (que es el blanco de sus ataques) es un partido «reincidente», porque exige que se apliquen los principios, los métodos, la doctrina científica de Marx,

Engels, Lenin y Stalin en «un mundo completamente distinto al de su época».

Los puntos de vista titistas son totalmente antimarxistas. De estas posiciones parte también el análisis que hacen de la actual evolución mundial. El revisionismo moderno en general y el revisionismo yugoslavo y el chino en particular, están en contra de la revolución. Los revisionistas yugoslavos y chinos consideran que el imperialismo norteamericano es una fuerza poderosa capaz de tomar un camino más lógico, «ayudar» al mundo de nuestros días que, según ellos, está en vías de desarrollo, y no desea estar alineado. Pero la teoría yugoslava no logra dar la debida definición al término «no alineado». Los países que incluye en este mundo suyo, ¿desde qué punto de vista no están alineados? ¿Desde el punto de vista político, ideológico, económico o militar? La teoría seudo marxista yugoslava no aborda ni menciona esta cuestión, porque todos estos países, que busca dirigir pretendidamente como un mundo nuevo, no pueden liberarse de su múltiple dependencia respecto al imperialismo norteamericano o al socialimperialismo soviético.

La «teoría» yugoslava especula con el hecho de que actualmente ha desaparecido en general el colonialismo de viejo tipo, pero no dice que muchos pueblos han caído en las garras del nuevo colonialismo. Los marxista-leninistas no negamos que el colonialismo de las viejas formas haya desaparecido, pero acentuamos que ha sido reemplazado por el neocolonialismo. Son los mismos colonizadores de ayer los que hoy siguen oprimiendo a los pueblos con su potencial económico y militar, los que los desorientan política e ideológicamente, propagando también su modo de vida corrompido. Los titistas consideran que una situación de este tipo, es una gran transformación del mundo y añaden que dicha situación no fue conocida ni por Marx ni por Lenin ni menos aún por Stalin, a quien ignoran totalmente. Según ellos, ahora los pueblos son libres, independientes, su única aspiración es convertirse en no alineados, y que las riquezas del mundo sean distribuidas de manera más racional, más justa.

A fin de hacer realidad esta «aspiración», los «teóricos» yugoslavos piden que los imperialistas norteamericanos, los socialimperialistas soviéticos y los estados capitalistas desarrollados se pongan la mano sobre el corazón y, bondadosamente, a través de conferencias internacionales, de debates, de cesiones y concesiones recíprocas, contribuyan a cambiar el mundo actual, el cual, según ellos, «ha adquirido el nivel de conciencia requerido para ir al socialismo».

Este es el «socialismo» que predicán los revisionistas titistas, y lo hacen con particular insistencia para apartar a los pueblos de la realidad. Puesto que no están por la revolución, están por la conservación de la paz social, para que la burguesía y el proletariado se entiendan «a fin de mejorar las condiciones de vida de las clases inferiores». Es decir, suplican humildemente a las clases altas, que se muestren «generosas» y que concedan parte de sus ganancias a los «pobres de la tierra».

Tito busca hacer de la teoría del «mundo no alineado» una «doctrina universal», que supuestamente se acomode, como hemos expuesto más arriba, a la «actual situación mundial». Los pueblos del mundo han despertado y quieren vivir libres, pero esta «libertad», según la teoría de Tito, actualmente es «incompleta» porque existen dos bloques, el bloque de la OTAN y el de Varsovia.

Tito se hace pasar por una personalidad y el abanderado de la política en contra de los bloques. Es verdad que su país no forma parte de la OTAN ni del Tratado de Varsovia, sin embargo está ligado a estas organizaciones militares por innumerables hilos. La economía y la política yugoslavas, no son independientes, están condicionadas por los créditos, las ayudas y los empréstitos de los países capitalistas, en primer lugar del imperialismo norteamericano, por eso se apoya más en este imperialismo. Pero Tito se apoya igualmente en el imperialismo soviético y en todas las otras grandes potencias capitalistas. Así Yugoslavia, que se hace pasar por no alineada, de facto, si no de jure, está alineada con las organizaciones agresivas de las super-

potencias.

En diversos países del mundo hay muchos dirigentes como Tito, a los que pretende agrupar en el llamado mundo no alineado. En general, estas personalidades son burgueses, capitalistas, no marxistas, muchas de ellas combaten la revolución. Los apelativos socialista, demócrata, socialdemócrata, republicano, republicano independiente y otros, que se atribuyen a sí mismas algunas de ellas, en la mayoría de los casos sirven para engañar al proletariado y al pueblo oprimido, para mantenerlos subyugados, para jugar a sus espaldas.

En los estados «no alineados» impera la ideología capitalista, antimarxista. Muchos de estos estados están enredados con las superpotencias y todos los países capitalistas desarrollados del mundo por los mismos lazos que lo está la Yugoslavia titista. La agrupación en el «mundo no alineado» que predica Tito para todos los países del mundo, bajo su dirección, tiene como única base el objetivo y la actividad tendentes a sofocar la revolución, a impedir que el proletariado y los pueblos se levanten y derrumben la vieja sociedad capitalista, e instauren la sociedad nueva, el socialismo.

Esta es la idea y éste es el principio fundamental por los que se orienta Tito para agrupar a estos países. Él se jacta de haber logrado agruparlos y dirigirlos pero, de hecho, no hay nada de esto, porque nadie da a la teoría titista del «mundo no alineado», ni tampoco a la teoría china de los «tres mundos», la importancia que sus abanderados desean y pretenden concederles. Cada uno anda a su manera por el camino que le asegure los más substanciales y los más inmediatos beneficios.

Según todos los síntomas, el imperialismo norteamericano y el capitalismo mundial prefieren el «mundo no alineado» de Tito al «tercer mundo» de los chinos. Los países capitalistas desarrollados y el imperialismo norteamericano, no obstante apoyar la teoría china de los «tres mundos», muestran respecto a ella un cierto miedo, una cierta vacilación, porque el fortalecimiento de China puede crear situaciones desagradables y constituir más

tarde una amenaza también para los propios norteamericanos. En cambio, el «mundo no alineado» de Tito no representa ningún peligro para los Estados Unidos de América. Por eso Carter, en el curso de la reciente visita de Tito a los Estados Unidos de América, puso por las nubes el papel de este último en la creación del «mundo no alineado», y calificó el movimiento de los «países no alineados» de «factor importantísimo para la solución de los grandes problemas del mundo actual».

Los «países no alineados», que en su mayoría son capitalistas, han echado su suerte. Saben maniobrar políticamente y están con las potencias imperialistas y capitalistas que les conceden más ayudas. Hacer política, según la concepción burguesa y capitalista, significa mentir, andar con rodeos, burlar a uno y a otro a más y mejor. Esta política es una política de prostitución, cuyo objetivo en determinados momentos y de acuerdo a las coyunturas, es beneficiarse por lo menos de algún plazo de un estado más poderoso, en interés de su propia clase y de la gente gorda de la misma.

El titismo, con la teoría del «mundo no alineado», preconiza precisamente esta política. Pero esta política no tiene en todas partes una orientación idéntica, como pregona Tito. Los estados «no alineados» no preguntan a Tito lo que deben hacer y cómo deben actuar. Los gobernantes de estos estados, con alguna excepción, se esfuerzan por reforzar su poder capitalista, por explotar a sus propios pueblos, por tener amistad con un gran país imperialista, por impedir el estallido de toda revuelta e insurrección popular, de toda revolución y sofocarlas si estallan. He aquí toda la política del «mundo no alineado» titista.

También la teoría china del «tercer mundo» es partidaria del statu quo. El «mundo no alineado» titista tiene como finalidad mendigar créditos al imperialismo norteamericano y a los otros países capitalistas para enriquecer y mantener en el poder a la clase burguesa. También China, con el «tercer mundo», pretende enriquecerse, potenciarse económica y militarmente para convertirse en la superpotencia que domine el mundo. Los ob-

jetivos de estos dos «mundos» son antimarxistas, son pro capital, pro imperialismo norteamericano.

Los revisionistas yugoslavos, tal como demostraron una vez más la visita de Tito a China¹¹ y la de Jua Kuo-feng a Yugoslavia, dirigen muchos elogios y astutas adulaciones a China que se adecuan perfectamente al carácter de los revisionistas chinos, para arrastrarlos a sus posiciones, con el fin de que la teoría de los «países no alineados» encuentre no sólo buena comprensión, sino que además sea aceptada completamente por Pekín. Los dirigentes revisionistas chinos, con Jua Kuo-feng y Teng Siao-ping a la cabeza, a pesar de que no renuncian a la teoría del «tercer mundo», se han expresado abiertamente en respaldo de la teoría titista del «mundo no alineado». Dieron muestras de que desean trabajar estrechamente con los revisionistas yugoslavos, en una misma línea, en dos rieles paralelos, con un objetivo antimarxista común para engañar a los pueblos del «tercer mundo». Ahora los dirigentes yugoslavos están desarrollando estos puntos de vista en defensa de China. Tomándola bajo su defensa han planteado incluso algunos «argumentos», que son ofensivos para China, como estado megalómano que es. Al afirmar que la política actual de China es realista, los titistas se ponen de su lado y defienden a los dirigentes chinos del desenmascaramiento a que está sometiendo nuestro Partido.

China, dicen los yugoslavos, es un gran país que, por su propia naturaleza, debe desarrollarse, porque aún está atrasada; es un país en vías de desarrollo. Los titistas pretenden que los partidos marxista-leninistas, como el Partido del Trabajo de Albania, cometen un error al atacar a China por sus justas aspiraciones de desarrollo y de no-alineamiento, por la ayuda que presta a las luchas de liberación nacional, etc., etc. Yugoslavia tiene la pretensión de que China gire en torno a ella como un satélite.

¹¹ Del 30 de agosto al 8 de septiembre de 1977. Véase: **Enver Hoxha, Reflexiones sobre China**. t. II, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, págs. 540-545, 617-622, 633-643, 665-666, ed. en español.

Para los revisionistas yugoslavos es importante que China adopte sin ninguna vacilación sus puntos de vista antimarxistas.

Con su teoría del «mundo no alineado», Yugoslavia con Tito al frente, ha servido siempre con fidelidad al imperialismo norteamericano. También ahora Tito y su grupo hacen el mismo tipo de servicio al esforzarse por llevar a China hacia un acercamiento y alianza con los Estados Unidos de América. Este era el objetivo principal del viaje de Tito a Pekín y de sus conversaciones que concluyeron con el establecimiento de una estrecha amistad, amistad que, con la visita de Jua Kuo-feng a Yugoslavia, adquirió la forma de una vasta colaboración no sólo entre estados sino también a nivel de partidos. En el curso de la visita de Tito a Pekín, los dirigentes chinos admitieron a media voz que la Liga de los Comunistas de Yugoslavia es un partido marxista-leninista y que en Yugoslavia se construye el verdadero socialismo. Cuando Jua Kuo-feng llegó a Belgrado, esto fue admitido abierta y oficialmente.

En otras palabras, los maoistas hicieron lo mismo que Mikoyan y Jruschov en su tiempo, que reconocieron abiertamente que Tito es un «marxista», que «en Yugoslavia se está construyendo el socialismo», que «el Partido Comunista de Yugoslavia es un partido marxista-leninista».

Los Estados Unidos de América manipulan, a su antojo, tanto el hilo Tito, como los hilos Jua Kuo-feng y Teng Siao-ping. Los dos últimos son muñecos que no aparecen abiertamente en el escenario de los teatros de marionetas, sino que son de esos personajes que se ocultan, que, cuando son atacadas sus teorías, cuando no encuentran argumentos para polemizar, declaran: ¡«no hacemos polémica»! ¿Por qué no hacen polémica con Albania socialista cuando ella y el Partido del Trabajo marxista-leninista los están desenmascarando tanto ante la opinión pública mundial? ¿A qué esperan? No quieren polemizar porque temen ver desenmascarado su juego traidor al marxismo-leninismo y a la revolución. Esta es la razón por la que los dirigentes chinos ocultan la verdad cuando, por medio de los yugosla-

vos y otros, dicen que China no responderá a la polémica albanesa.

Los Estados Unidos de América, la Unión Soviética y otros países capitalistas celebran reiteradas reuniones bilaterales y multilaterales, organizan conferencias de todo tipo, convocan congresos, adoptan resoluciones, pronuncian discursos y organizan conferencias de prensa, dicen multitud de mentiras y hacen promesas, amenazas y chantajes. Y todo esto con la finalidad de salir de la crisis que los tiene atenazados, de sofocar el sentimiento de venganza de los pueblos que sufren bajo la opresión, de engañar a las amplias masas trabajadoras y al proletariado, de engañar a los demócratas progresistas. En todo este juego, en este sucio laberinto, también los revisionistas yugoslavos y chinos juegan su carta.

De igual modo, la teoría del «mundo en vías de desarrollo» es otra carta de este juego, que persigue el mismo objetivo antimarxista, confundir a las gentes. Esta teoría no trata de cuestiones políticas, porque lo haría en vano. Para ella sólo existe la «cuestión económica» y la «cuestión del desarrollo» en general. Nadie determina qué desarrollo es el que busca la teoría del «mundo en vías de desarrollo». Naturalmente, los diversos países del mundo desean desarrollarse en todos los terrenos de la vida: económico, político, cultural, etc. Los pueblos del mundo, con el proletariado a la cabeza, aspiran a destruir el viejo y podrido mundo burgués-capitalista y edificar en su lugar el mundo nuevo, el socialismo. Pero, acerca de este mundo no se dice nada en la teoría del «mundo no alineado» ni en la del «mundo en vías de desarrollo».

Cuando los marxista-leninistas hablamos de los diversos países, también formulamos nuestras consideraciones respecto a ellos, evaluamos asimismo el nivel de desarrollo de uno u otro país, las posibilidades con que cuenta cada estado en este sentido. Nosotros decimos que el pueblo de cada país debe hacer la revolución y construir la sociedad nueva con sus propias fuer-

zas. Decimos que todo estado, para que sea libre, independiente y soberano, debe edificar una sociedad nueva, debe combatir y derrocar a sus opresores, batirse contra cualquier imperialismo que lo avasalle, conquistar y defender los derechos políticos, económicos y culturales, edificar una patria plenamente libre, plenamente independiente, donde domine la clase obrera en alianza con todas las masas trabajadoras. Nosotros declaramos esto y somos resueltos defensores de la tesis leninista de los dos mundos. Somos miembros del mundo nuevo, el mundo socialista, y combatimos a ultranza el viejo mundo capitalista.

Todas las demás «teorías» sobre la división del mundo en «primer mundo», «segundo mundo», «tercer mundo», «mundo no alineado», «mundo en vías de desarrollo» o en cualquier otro «mundo» que pueda ser inventado en el futuro, sirven al capitalismo; a la hegemonía de las grandes potencias, a sus designios de mantener subyugados a los pueblos. Por esta razón combatimos con todas nuestras fuerzas estas teorías reaccionarias y antimarxistas.

Esta lucha de nuestro Partido es seguida con simpatía en todo el mundo, sobre todo en los países de los llamados tercer mundo, mundo no alineado o mundo en vías de desarrollo. Los pueblos de estos países, a los que las teorías revisionistas chinas, titistas, soviéticas, las teorías del imperialismo norteamericano, etc., quieren engañar, ven en nuestras concepciones marxista-leninistas, en la posición ideológica y política de nuestro Partido, una actitud correcta que responde a su justa aspiración de liberarse de una vez y para siempre de la opresión y la explotación.

Precisamente por eso los enemigos del marxismo-leninismo y de nuestro Partido pretenden acusarnos de sectarios, ultraizquierdistas, blanquistas, de no hacer un análisis correcto de la situación internacional, sino de atenernos a algunos viejos esquemas, etc. Es fácil comprender que se refieren a nuestra doctrina revolucionaria, que califican de «esquematismo marxista-leninista», «esquematismo staliniano», etc.

Nos acusan de que llamamos a los países que se han liberado de la forma de explotación del viejo colonialismo y que han caído en la forma de explotación del nuevo colonialismo, a pasar de inmediato al socialismo, a realizar inmediatamente la revolución proletaria. Con esto creen atacarnos, presentándonos como aventureros. Pero nuestro Partido se mantiene fiel a la teoría marxista-leninista, a la teoría que ha trazado de manera correcta el camino de la revolución, las etapas por las que debe pasar esta revolución y las condiciones que deben ser cumplidas para que la revolución, ya sea nacional-democrática y antiimperialista, o socialista, se realice con éxito. Hemos permanecido fieles a esta teoría en el curso de nuestra Lucha Antifascista de Liberación Nacional, ahora permanecemos fieles a ella en la construcción del socialismo, permanecemos fieles a ella en nuestra lucha ideológica y en nuestra política exterior. Nuestro análisis es justo, por eso ninguna calumnia puede alterarlo.

II

EL PLAN DE CHINA PARA CONVERTIRSE EN SUPERPOTENCIA

Al inicio, cuando analizamos la estrategia global del imperialismo norteamericano y del socialimperialismo soviético para dominar el mundo, cuando analizamos la aparición y el desarrollo de las diversas variedades del revisionismo moderno, así como la lucha de todos estos enemigos contra el marxismo-leninismo y la revolución, hemos hablado también del lugar que ocupa el revisionismo chino y de su estrategia.

China autodenomina marxista-leninista la línea política que sigue, pero la realidad demuestra lo contrario. Precisamente los marxista-leninistas debemos desenmascarar la verdadera naturaleza de esta línea. No debemos permitir que las teorías revisionistas chinas pasen por teorías marxistas, no debemos tolerar que China, en el camino en el que se ha metido, simule combatir por la revolución, cuando en realidad se opone a ella.

China, con su política, pone aún más en evidencia que trata de reforzar las posiciones del capitalismo en el país e implantar su hegemonía en el mundo, convertirse en una gran potencia imperialista para que también ella ocupe, como suele decirse, el «lugar que se merece».

La historia demuestra que todo gran país capitalista tiende a

transformarse en una gran potencia mundial, alcanzar y aventajar a las otras grandes potencias, competir con ellas por la dominación mundial. Los caminos que han seguido los grandes estados burgueses para transformarse en potencias imperialistas han sido diferentes; estos caminos han estado condicionados por determinadas circunstancias históricas y geográficas, por el desarrollo de las fuerzas productivas, etc. El camino seguido por los Estados Unidos de América difiere del camino de las viejas potencias europeas, como Inglaterra, Francia y Alemania. Estas se formaron como tales sobre la base de las conquistas coloniales.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos de América vinieron a ser la mayor potencia capitalista. Sobre la base del gran potencial económico y militar de que disponían y con el desarrollo del neocolonialismo, se transformaron en una superpotencia imperialista. Pero no transcurrió mucho tiempo y a esta superpotencia se le sumó otra, la Unión Soviética, que, tras la muerte de Stalin y después de que la dirección jruschovista traicionase al marxismo-leninismo, se transformó en una superpotencia imperialista. Aprovechó para este fin el gran potencial económico, técnico y militar creado por el socialismo.

Ahora nos vemos frente a los esfuerzos de otro gran estado, la China de nuestros días, por convertirse en superpotencia, porque también ella marcha apresuradamente por el camino del capitalismo. Pero China no tiene colonias, carece de una industria grande y desarrollada, no posee una economía fuerte en su conjunto, no tiene un gran potencial termonuclear del mismo nivel del que disponen las otras dos superpotencias imperialistas.

Para convertirse en superpotencia se precisa a cualquier precio de una economía desarrollada, de un ejército pertrechado con la bomba atómica, se necesita asegurar mercados y zonas de influencia, hacer inversiones de capitales en el extranjero, etc. China busca cumplir cuanto antes tales requisitos. Esto quedó claro en el discurso pronunciado por Chou En-lai en la Asamblea Popular, en 1975, y fue reiterado en el XI Congreso del Partido Comunista de China, donde se proclamó que, antes de terminar es-

te siglo, China se convertirá en un país poderoso y moderno, con miras a alcanzar a los Estados Unidos de América y a la Unión Soviética. Ahora todo este plan ha sido ampliado y precisado en lo que se denomina la política de las «cuatro modernizaciones».

Pero ¿qué camino ha escogido China para transformarse también ella en una superpotencia? Actualmente, las colonias y los mercados del mundo están ocupados por otros. Contrariamente a lo que pretenden los dirigentes chinos, es imposible crear con las propias fuerzas y en 20 años, un potencial económico y militar igual al que poseen los norteamericanos y soviéticos.

En estas condiciones, para llegar a superpotencia, China tendrá que pasar por dos fases principales: la primera, solicitar créditos e inversiones del imperialismo norteamericano y de los otros países capitalistas desarrollados, adquirir tecnología moderna para explotar las riquezas de su país, la mayor parte de las cuales pasará a título de dividendos a los acreedores. La segunda, invertir la plusvalía obtenida a expensas del pueblo chino en estados de diversos continentes, como hacen en la actualidad los imperialistas norteamericanos y los socialimperialistas soviéticos.

Los esfuerzos de China por convertirse en superpotencia consisten, en primer lugar, en escoger los aliados y crear las alianzas. Hoy en el mundo existen dos superpotencias, el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético. **Los dirigentes chinos han pensado que deben apoyarse en el imperialismo norteamericano, del cual tienen grandes esperanzas de obtener ayudas en el terreno económico, financiero, tecnológico, organizativo y también en el aspecto militar.** El potencial económico-militar de los Estados Unidos de América es, efectivamente, superior al del socialimperialismo soviético. Los revisionistas chinos lo saben bien, aunque digan que América está en decadencia. En su camino, no pueden apoyarse en un socio débil, del cual no pueden sacar gran provecho. Precisamente porque los Estados Unidos de América son poderosos, los han

escogido como aliado.

La alianza con los Estados Unidos de América, el acomodamiento de la política china a la política del imperialismo norteamericano tiene también otros objetivos. Encierra en sí misma una amenaza contra el socialimperialismo soviético, lo cual se nota en la propaganda ensordecedora y en la febril actividad de los dirigentes chillos contra la Unión Soviética. Con esta política, China da a entender a la Unión Soviética revisionista que los lazos que ha establecido con los Estados Unidos de América constituyen una fuerza colosal contra ella en caso de estallar una guerra imperialista.

La actual política china tiende, asimismo, a trabar amistad y alianzas con todos los demás países capitalistas desarrollados, de los cuales pretende obtener beneficios políticos y económicos. China desea e intenta reforzar la alianza norteamericana con estos países del «segundo mundo», tal como los llama, y hace esfuerzos en este sentido. Además, propugna la unidad o mejor dicho la subordinación de éstos al imperialismo norteamericano, a quien considera su socio mayor.

Esto explica los estrechos lazos que el gobierno chino quiere establecer con todos los estados capitalistas ricos, con el Japón, Alemania Occidental, Inglaterra, Francia, etc.; esto explica las numerosas visitas a China de delegaciones económicas, culturales y científicas gubernamentales, procedentes de los Estados Unidos de América y de los demás países capitalistas desarrolladas, ya se trate de repúblicas o reinos, así como las visitas de las delegaciones chinas a estos países. Así se explica que China, de forma sistemática, tome en cualquier ocasión posición en favor de los Estados Unidos de América, así como de los otros países capitalistas industrializados, esforzándose por poner de relieve todo escrito, toda declaración y toda acción de estos estados contra el socialimperialismo soviético.

Esta política de los dirigentes chinos no puede pasar inadvertida para los Estados Unidos de América y no encontrar el debido respaldo de éstos. Es sabido que durante la Segunda Guerra

Mundial en el Departamento el Estado Norteamericano existían dos *lobby* respecto a la cuestión china: uno en pro de Chiang Kai-shek y otro en pro de Mao Tse-tung. Naturalmente, en esa época en el Departamento de Estado y en el Senado Norteamericano salió vencedor el *lobby* de Chiang Kai-shek, mientras que sobre el terreno, en el continente, en China venció el *lobby* de Mao Tse-tung. Entre los inspiradores de este *lobby* se encontraban Marshall y Vandemeyer, Edgar Snow y otros*, que se convirtieron en los amigos y consejeros de los chinos, los promotores e inspiradores de toda suerte de organizaciones en la nueva China. En la actualidad estos viejos lazos se renuevan, se refuerzan, se amplían y se hacen más concretos. Hoy todo el mundo puede observar que China y los Estados Unidos de América se acercan cada vez más. Hace poco tiempo uno de los diarios norteamericanos mejor informados, el *Washington Post*, escribía: «Ahora existe un consenso norteamericano, que es apoyado incluso por la derecha, incluso por aquellos que sienten escasa simpatía por Pekín. Según este consenso, a pesar de lo ocurrido en el pasado, ya no hay motivo para que China sea considerada como una amenaza para los Estados Unidos de América. Salvo Taiwán, hay muy pocas cosas en las cuales los dos gobiernos no se ponen de acuerdo. Ambas partes han aceptado, de hecho, aplazar la cuestión de Taiwán, con el fin de beneficiarse en otros terrenos».

La cuestión de Taiwán, que se plantea en las relaciones entre China y los Estados Unidos de América, no pasa de ser puramente formal. Ahora China no insiste sobre esta cuestión. Le tiene sin cuidado Hong Kong y no le preocupa en absoluto que Macao se encuentre aún bajo la dominación de los portugueses. El gobierno chino no acepta la oferta del nuevo gobierno portugués de restituir a China esta colonia, diciendo que «lo regalado no se devuelve». La existencia de estas colonias es algo anacrónico,

* Véase: **Enver Hoxha. Reflexiones sobre China**, t. II, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, págs. 512-519, ed. en español.

pero para la política pragmática de los dirigentes chinos esto carece de importancia. Si Hong Kong y Macao siguen siendo colonias, ¿por qué no habría de serlo Taiwán? Al parecer, China está muy interesada en que Taiwán continúe en ese estado. Además de las relaciones abiertas, relaciones que desarrolla a la luz del día, está interesada en desarrollar, a través de estas tres puertas, un tráfico secreto con los imperialistas norteamericanos, los imperialistas ingleses, japoneses, etc. Por eso, las pamplinas que pretenden hacer creer Teng Siao-ping y Li Sien-nien, de que supuestamente las relaciones chino-norteamericanas dependen de la actitud norteamericana respecto a Taiwán, no son más que una cortina de humo para disimular la política china de acercamiento a los Estados Unidos de América, con la finalidad de convertirse en una superpotencia.

Carter ha declarado que los Estados Unidos de América establecerán relaciones diplomáticas con China¹². En lo que se refiere a Taiwán adoptarán la actitud del Japón, es decir, formalmente cortarán las relaciones diplomáticas con la isla, manteniendo las relaciones económicas y culturales y, al amparo de éstas, también las militares. De hecho, China está interesada en las relaciones militares entre los Estados Unidos de América y Taiwán. Desea que los Estados Unidos de América mantengan tropas en Taiwán, el Japón, Corea del Sur y el Océano Indico, porque piensa que su presencia la beneficia, ya que sirve de contrapeso a la Unión Soviética.

Todas estas actitudes están ligadas al camino que ha escogido la dirección china, para hacer de su país una superpotencia, esforzándose por desarrollar la economía y acrecentar el potencial militar mediante los créditos y las inversiones de los Estados Unidos de América y de otros grandes países capitalistas. Ella legitima este camino pretendiendo aplicar una política justa, la línea «marxista» de Mao Tse-tung, según el cual «China debe

¹² Las relaciones diplomáticas entre China y los EE.UU. fueron establecidas el 1 de enero de 1979.

aprovechar los grandes éxitos del mundo, las patentes, las nuevas tecnologías, poniendo lo extranjero al servicio del desarrollo interno»¹³, etc. Los artículos de *Renmin Ribao* y los discursos de los dirigentes chinos están plagados de tales slogans. Según la concepción china; aprovechar los inventos y los logros en el terreno de la industria de los otros estados, significa recibir créditos y aceptar inversiones de los Estados Unidos de América, el Japón, Alemania Occidental, Francia, Inglaterra y los otros países capitalistas, a los que China corteja a más y mejor.

Los dirigentes chinos han hecho suyas las teorías revisionistas, según las cuales los grandes países, y China entre ellos, que tienen muchas riquezas, pueden recibir créditos del imperialismo norteamericano o de cualquier estado, trust y poderoso banco capitalistas, porque supuestamente son capaces de reembolsarlos. En defensa de este punto de vista han salido los revisionistas yugoslavos, que, pregonando su experiencia de la «construcción del socialismo específico» con las ayudas de la oligarquía financiera mundial y especialmente del capital norteamericano, dan el ejemplo e incitan a China a seguirlo sin vacilar.

Los grandes países podrán liquidar los créditos que reciben, pero las inversiones imperialistas que se hacen en ellos, como en la Unión Soviética revisionista o en China y en cualquier otro lugar, inevitablemente acarrearán graves consecuencias neocolonialistas. Las riquezas y el sudor de los pueblos son explotados también en interés de los consorcios y de los monopolios capitalistas extranjeros. Los imperialistas norteamericanos, así como los estados capitalistas desarrollados de Europa Occidental o el Japón, que invierten en China y en los países revisionistas, tienen como objeto establecerse en ellos, pretenden que los consorcios de sus países se entrelacen en una estrecha colaboración con los

¹³ A este fin sirve también el Código sobre las empresas mixtas de capital chino y extranjero, aprobado por la Asamblea Nacional Popular de China en julio de 1979, según el cual, la parte del capital extranjero no debe constituir menos del 25 por ciento. (Véase: *Beijing Review*, N° 29, 23 de julio de 1979, págs. 25–27).

trusts y las ramas de las principales industrias en estos países.

La inversión de capitales de los estados imperialistas en China no es un problema tan sencillo, como tratan de presentarlo los revisionistas, que consideran exenta de peligros esta penetración del capital en sus países, ya que éste no se introduciría a través de las relaciones interestatales (a pesar de que altos dirigentes chinos han declarado últimamente que aceptarían créditos gubernamentales del exterior), sino por medio de bancos y sociedades privadas sin implicaciones ni intereses políticos. El endeudamiento de cualquier país, grande o pequeño, con un imperialismo u otro, siempre conlleva peligros inevitables para la libertad, la independencia y la soberanía del país que toma este camino, tanto más para países económicamente pobres como China. Un país verdaderamente socialista no necesita de tales deudas. Las fuentes de su desarrollo económico las encuentra en su propio país, en sus propios recursos, en su acumulación interna y en la fuerza creadora del pueblo. Un testimonio muy claro de qué medios, recursos y capacidades inagotables dispone un país socialista para desarrollarse, es el ejemplo de Albania, el ejemplo de un país pequeño. Mucho más importantes son los medios y recursos de un país grande en caso de que marche consecuentemente por el camino del marxismo-leninismo.

La apertura del mercado chino al imperialismo norteamericano y a las grandes compañías norteamericanas y otras occidentales ha sido acogida con irreprimible alegría por los imperialistas de los Estados Unidos de América y por toda la burguesía internacional.

Las multinacionales, los industriales de los Estados Unidos de América, conocen bien la economía de China y sus grandes riquezas, por eso hacen todo lo posible para levantar en ella su red económica, constituir sociedades mixtas y obtener grandes beneficios. Así están actuando en China no sólo las grandes sociedades norteamericanas; sino también las sociedades japonesas, alemanas y de otros países capitalistas desarrollados.

Ya China ha concluido un contrato con el Japón, para vender-

le anualmente hasta 10 millones de toneladas de petróleo. También representantes del ENI italiano, a la cabeza de un nutrido equipo, viajaron a China para ofrecer licencias de tecnología de prospección del petróleo, pero allí se encontraron con grandes grupos de las compañías petroleras norteamericanas, que con anterioridad habían hecho transacciones con China para extraer y explotar conjuntamente el petróleo. China hace lo mismo con los otros sectores de la minería, el hierro y los distintos minerales que puedan ser descubiertos y que allí se hallan en gran cantidad. Los magnates alemanes del carbón ya están presentes en China y han concluido contratos de varias decenas de miles de millones de marcos. Los ministros chinos recorren de punta a punta el Japón, América y Europa para obtener créditos, contratar nuevos equipos tecnológicos, comprar armas modernas, establecer acuerdos técnico-científicos, etc. Todas las puertas de las instituciones y de las empresas chinas están abiertas para los hombres de negocios de Tokio, Wall Street y del Mercado Común Europeo, que se dan prisa en ir a Pekín para ser los primeros en acaparar los grandes proyectos de «modernización» que les ofrece el gobierno chino. De esta manera también China está entrando en el gran círculo infernal de la absorción imperialista, del insaciable hambre imperialista de apoderarse de las riquezas del subsuelo y de las materias primas, de explotar la mano de obra de su país.

Es sabido que el capitalista no concede ayudas a nadie sin antes considerar, en primer lugar, su propio interés económico, político e ideológico. No se trata únicamente del porcentaje que obtiene como ganancia. El país capitalista que concede el crédito, junto con él, introduce en el país que recibe la «ayuda», también su modo de vida, su modo de pensar capitalista, crea sus bases y se extiende insensiblemente como una mancha de aceite, amplía su telaraña y la araña está siempre en el centro y chupa la sangre a todas las moscas que caen en sus redes, como fue el caso de Yugoslavia, como lo es actualmente el caso de la Unión Soviética. Y China correrá la misma suerte.

Por consiguiente, China cederá, como lo está haciendo ya, también en lo político e ideológico, mientras que el mercado chino se convertirá en un *débouché** de gran importancia para el imperialismo norteamericano y las otras potencias capitalistas industrializadas.

Los créditos y las inversiones norteamericanos, germano-occidentales, japoneses, etc., que se realizan en China no pueden dejar de vulnerar, en uno u otro grado, su independencia y soberanía. Tales créditos acarrear la dependencia de cualquier estado que los recibe, porque el acreedor impone su política. Por lo tanto, cualquier estado, grande o pequeño, que se introduce en los engranajes del imperialismo, mutila o pierde su libertad política, su independencia y soberanía. En esta situación de mutilación de su soberanía se encuentra la Unión Soviética, que, cuando emprendió el camino de la restauración del capitalismo, era mucho más fuerte económica y militarmente que la China actual, la cual se encamina por el mismo sendero.

Como es de suponer, los países pequeños, cuando se introducen en los engranajes del imperialismo, pierden su libertad e independencia antes que los países grandes, como China y la Unión Soviética, que pueden perderlas con una gradación más lenta, debido no sólo a que cuentan con un mayor potencial económico y militar, sino porque, basándose en este potencial, pugnan por conservar los mercados y apoderarse de nuevos, crear zonas de influencia y ensancharlas para presionarse mutuamente, e incluso trabarse en guerras, cuando no encuentren otra salida. Pero esto, a pesar de todo, no les libra de las cadenas de los créditos y las inversiones que atan sus pies. Los créditos y los intereses deben ser pagados. Pues bien, si no se está en condiciones de pagarlos, se contraen nuevas deudas. A las deudas existentes se suman otras y el capitalista exige las rentas, y, cuando no pueden ser pagadas, el deudor es puesto entre la espada y la pared. Las sociedades monopolistas norteamericanas, por ejem-

* En francés – vertedero.

plo, que imponen la política a seguir a su propio gobierno, le obligan a proteger por todos los medios sus capitales, a declarar, si es preciso, incluso la guerra para defenderlos.

Juzgando por el afán que muestran los dirigentes chinos de apoyarse en el imperialismo norteamericano, en los capitalistas de los Estados Unidos de América, para desarrollar la economía de su país, se cae por su propio peso también su ruido ensordecedor sobre el debilitamiento de este imperialismo. Sus declaraciones de que supuestamente el imperialismo norteamericano se ha debilitado son una superchería, al igual que lo es su declaración sobre el apoyo en las propias fuerzas. En la práctica de los revisionistas chinos todo el mundo puede observar que dicen lo contrario de lo que piensan.

La prensa oficial china frecuentemente se muestra preocupada por los créditos que recibe la Unión Soviética socialimperialista de los bancos norteamericanos, germano-occidentales, japoneses, etc. Previene a los Estados Unidos de América y demás países capitalistas desarrollados para que estén atentos, ya que las ayudas tecnológicas y los créditos que conceden a la Unión Soviética son empleados en el desarrollo y el reforzamiento de su potencial económico y militar, que estas ayudas y créditos acrecientan el peligro que para ellos significa el socialimperialismo, el cual, como dicen los dirigentes chinos, ha venido a ocupar hoy el lugar del III Reich. Por eso llaman a cancelar cuanto antes estos créditos.

No es difícil deducir el verdadero sentido de la «preocupación» que muestran los dirigentes chinos en torno a los créditos que recibe la Unión Soviética. Naturalmente, les tiene sin cuidado la esencia capitalista de estos créditos, o el peligro que representan para la soberanía del estado soviético. Lo que quieren decir a los magnates del capital norteamericano y al gobierno de los Estados Unidos de América, a los capitalistas y gobiernos de los demás países imperialistas, es que no deben conceder esos créditos y esas ayudas a la Unión Soviética, sino a China de la cual no les viene ningún peligro, sino sólo beneficios.

Esta es una de las caras del plan chino para hacer de China una superpotencia. **La otra cara son los esfuerzos por dominar a los países menos desarrollados del mundo, por convertirse en líder de lo que China llama «tercer mundo».**

El grupo que impera actualmente en China hace mucho hincapié en el «tercer mundo», en el cual incluye a la propia China, y esto no ocasionalmente y sin intención. El «tercer mundo» de los revisionistas chinos tiene un objetivo político bastante determinado. Forma parte de la estrategia que tiende a convertir China lo antes y lo más aceleradamente posible en una superpotencia. China pretende agrupar en torno suyo a todos los países del «tercer mundo» o los «países no alineados», o bien a los «países en vías de desarrollo», para crear una gran fuerza, que no sólo aumentará el potencial global chino, sino que también la ayudará a oponerse a las otras dos superpotencias, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, a tener un peso mayor en los chalaneos para el reparto de los mercados y las zonas de influencia, a asegurarse el status de verdadera superpotencia imperialista. China trata de realizar su objetivo de agrupar a su alrededor el mayor número posible de estados del mundo bajo la falsa consigna de que está por que los pueblos se liberen del neocolonialismo y pasen al socialismo a través de la lucha contra el imperialismo. Este imperialismo es en cierto modo abstracto, pero recalca que el imperialismo más peligroso es el soviético.

China ha lanzado esta consigna demagógica y carente de contenido teórico con la esperanza de valerse de ella para lograr sus fines hegemónicos. Al principio pretende establecer su dominación en el llamado tercer mundo y luego manejar este «mundo» en función de sus intereses imperialistas. Por el momento, China trata de disimular esto con su reputación de país socialista. Especula con el hecho de que un país socialista no puede sustentar puntos de vista esclavizadores, ni tener a los demás agarrados por las narices, chantajearlos, combatirlos, oprimirlos y explotarlos. Emplea dicha consigna apoyándola en la fama que tiene

el Partido Comunista de China, creado por el «gran» Mao Tse-tung, de ser, según dicen, un partido marxista-leninista, que sigue fielmente la teoría de Marx y Lenin, teoría que combate todos los males del sistema capitalista, la explotación colonial, etc.

Enmascarándose bajo esta falsa identidad, ocultándose tras la frase «tercer mundo» e incluyéndose sin criterio alguno y sin ninguna definición de clase en este «mundo», China piensa poder realizar más fácilmente su objetivo estratégico de establecer en él su propia hegemonía. La Unión Soviética ha utilizado el mismo engaño hacia los otros países. Todos los revisionistas jruschovistas predicán día y noche que son «socialista» y que sus partidos son «verdaderos partidos marxista-leninistas». A su vez, también los revisionistas soviéticos tratan de establecer, bajo este disfraz, su hegemonía en el mundo. Por consiguiente, podemos decir que no existe ninguna diferencia esencial entre la actuación china y la del socialimperialismo soviético.

Toda esta evolución de la política y la actuación chinas corrobora en su totalidad la definición marxista-leninista de las características del imperialismo, en tanto que dominación de la oligarquía financiera que busca mercados, que quiere conquistar el mundo y sentar en todas partes su hegemonía. En este sentido, China intenta penetrar en los países del «tercer mundo» y ocupar un «lugar al sol». Pero este «lugar» debe ganárselo con grandes sacrificios.

Para penetrar en el «tercer mundo»; para hacerse con los mercados, se necesitan capitales. Las clases dominantes, que detentan el poder en los países del «tercer mundo», reclaman inversiones, reclaman créditos y «ayudas». Pues bien, China no está en condiciones de ofrecerles «ayudas» en grandes cantidades, porque no cuenta con potencial económico suficiente. Precisamente ahora intenta crear este potencial con la ayuda del imperialismo norteamericano. En tales condiciones, la burguesía que ejerce su dominio en los países del «tercer mundo» tiene claro que por el momento no puede beneficiarse mucho de China ni desde el punto de vista económico y tecnológico, ni desde el punto de

vista militar. Puede obtener mayores beneficios del imperialismo norteamericano y del socialimperialismo soviético, que poseen un gran potencial económico, técnico y militar.

No obstante, China, al igual que todo país que tiene objetivos imperialistas, pugna, y pugnará aún más, por apoderarse de mercados extranjeros; se esfuerza, y se esforzará aún más, por extender su influencia y su dominación. Ahora estos planes ya son evidentes. Está creando sus propios bancos, no sólo en Hong Kong, donde los tiene desde hace tiempo, sino también en Europa y otros lugares. En especial, intentará crear bancos en los países del «tercer mundo» y exportar capitales hacia ellos. En este terreno, hoy por hoy, hace muy poco. La «ayuda» de China consiste en la construcción de alguna fábrica de cemento, de algún ferrocarril o de algún hospital, porque sus posibilidades no dan para más. Sólo cuando las inversiones norteamericanas, japonesas, etc., en China comiencen a dar los frutos deseados por ella, es decir, cuando se desarrollen la economía, el comercio y la técnica militar, China estará capacitada para emprender una verdadera expansión económica y militar en vasta escala. Pero, para lograr esto se necesita tiempo.

Entre tanto maniobrá, como ya ha empezado a hacerlo, con la política de «ayudas» y créditos sin o con un mínimo de intereses, en unos momentos en que los soviéticos y norteamericanos exigen mucho más. Mientras los capitales chinos no estén en condiciones de desbordarse en el extranjero, la dirección revisionista de China centrará su atención en el aspecto propagandístico de las escasas «ayudas» y créditos que concede a los «países en vías de desarrollo», preconizando su «carácter internacionalista», sus «fines desinteresados», acompañando esto con el lema de «apoyarse en las propias fuerzas» para liberar y construir el país.

A medida que China se desarrolle económica y militarmente, intentará cada vez más penetrar en los países pequeños y menos desarrollados y dominarlos a través de sus exportaciones de capitales, y entonces ya no exigirá el 1 o el 2 por ciento de interés

por sus créditos, sino que hará lo mismo que los demás.

Sin embargo, todos estos planes y esfuerzos no pueden ser realizados de dos zancadas. Los países imperialistas y capitalistas desarrollados, que tienen su influencia en los países del llamado tercer mundo, no permiten que China ocupe fácilmente los mercados que ellos hace tiempo han conquistado por medio de las guerras de rapiña. No sólo conservan fuertemente sus viejas posiciones, sino que por todos los medios tratan de ocupar otras nuevas y no permiten que China meta la mano en estos países.

El imperialismo es implacable con cualquiera de sus socios tanto cuando se halla en dificultades, como cuando está en auge. A veces puede hacer de mal agrado y para obtener después mayores beneficios, alguna concesión, pero, sobre todo, procura reforzar sus cadenas, no sólo las que atan a los países débiles, sino también a los desarrollados; como es el caso de los estados capitalistas industrializados. Los Estados Unidos de América, por ejemplo, siempre han seguido esta política con sus aliados capitalistas, cuando éstos se han encontrado en momentos difíciles en las guerras imperialistas que han estallado entre ellos. Pero, también después de estas guerras, cuando sus aliados se han esforzado por recuperarse, el imperialismo norteamericano ha empleado todas sus fuerzas para impedir que penetren en los países donde había establecido su dominio. De este modo, después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos de América, «ayudando» a Inglaterra y Francia que salieron debilitadas de ella, se introdujeron profundamente en el mercado de la libra esterlina, en el del franco, etc. Los monopolios y los cártels norteamericanos de la metalurgia, la química, los transportes y muchas otras ramas vitales para el desarrollo del capitalismo, penetraron en una proporción abrumadora en los monopolios y en los cártels de Inglaterra, Francia, etc., colocando estos países bajo la dependencia del imperialismo norteamericano. Este imperialismo feroz e insaciable, como todo imperialismo, no puede actuar de modo diferente con China.

Teniendo en cuenta las dificultades con que choca para penetrar económica y militarmente en los países del «tercer mundo», China piensa poder asegurar su hegemonía en ellos si establece su influencia política e ideológica. Considera que esto será alcanzado ateniéndose a tres orientaciones: no combatir al imperialismo norteamericano y a las camarillas dominantes en los países capitalistas, al contrario, aliarse a este imperialismo y a estas camarillas; combatir al socialimperialismo soviético, que lo tiene en sus mismas fronteras, para debilitar y destruir sus bases en Asia, África y América Latina; embaucar al proletariado y a los pueblos, que tanto padecen, de estos continentes, por medio de la demagogia y de las maniobras seudorrevolucionarias y seudosocialistas, socavando todo movimiento revolucionario de liberación.

El imperialismo norteamericano y las demás potencias imperialistas, junto con el socialimperialismo, comprenden muy bien estos objetivos de China. También los entienden los países del «tercer mundo», y por eso sospechan y ven que China hace un bluf con ellos, que no tiene como meta el sostenerlos y ayudarlos, sino convertirse en una superpotencia. La mayoría de las direcciones que dominan los países del llamado tercer mundo están, desde hace tiempo, íntimamente vinculadas al imperialismo norteamericano o a las potencias capitalistas desarrolladas, como Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Japón entre otras. Por eso el flirteo de China con el «tercer mundo» no es motivo de preocupación para los estados imperialistas y capitalistas desarrollados.

Además, las tentativas de China por introducirse en el «tercer mundo» por medio de su política y su ideología llamada «pensamiento Mao Tse-tung», no pueden tener éxito debido a que su ideología y su línea política son un caos. La línea política de China es confusa, es una línea pragmática que vacila y cambia de acuerdo con las coyunturas y los intereses del momento. Las clases dominantes en los estados del «tercer mundo» no tienen miedo a esta ideología, porque se dan cuenta de que no está por

la revolución y la verdadera liberación nacional de los pueblos. La burguesía de dichos países, para oprimir y explotar más fácilmente al pueblo, ha creado sus propios partidos que llevan toda clase de etiquetas. A estos partidos, que están estrechamente ligados con los capitales extranjeros invertidos en los estados del llamado tercer mundo, no les resulta difícil combatir y desmascarar la línea china. Por eso, los dirigentes revisionistas chinos han optado por sonreír a los partidos de estos países, se esfuerzan por todos los medios y aprovechan cualquier ocasión para mostrarse con ellos «dulces como la miel».

China, que proyecta dominar el «tercer mundo», trata de canalizar en su interés, en la medida de lo posible, los movimientos de las masas trabajadoras de este «mundo». Pero actualmente los pueblos oprimidos, con el proletariado a la cabeza, no se hallan en la situación en que se encontraban en las postrimerías del siglo XIX o a comienzos del siglo XX. Se oponen a toda política hegemónica y de sometimiento por parte de las grandes potencias imperialistas, ya sean imperialistas viejos o nuevos, norteamericanos, soviéticos o chinos. Hoy las amplias masas de los pueblos del mundo, en general, han despertado y, a través de sus luchas, de una u otra forma, han llegado a adquirir cierta conciencia de la necesidad de defender sus derechos económicos y políticos. Los pueblos del llamado tercer mundo no pueden dejar de ver que China no trabaja para llevar a sus países las ideas de la revolución y la liberación nacional, sino para sofocar la revolución, que impide la penetración de la influencia china. Asimismo, la línea china de alianza con los Estados Unidos de América y con los demás países neocolonialistas, desmascara al socialimperialismo chino ante los ojos de los pueblos.

China no puede llevar a cabo una propaganda positiva y revolucionaria en los países del «tercer mundo» por otra razón, y es que chocaría con la oposición de la superpotencia, de cuya inversión de capitales en China y de cuya tecnología avanzada pretende beneficiarse. Tampoco puede llevar a cabo esta propaganda porque la revolución derrocaría precisamente aquellas camari-

llas reaccionarias que dominan varios países del llamado tercer mundo y que son respaldadas y ayudadas por China para que se mantengan en el poder.

El gran afán de los dirigentes chinos por hacer lo más rápidamente posible de su país una superpotencia e imponer en todas partes su hegemonía, sobre todo en el llamado tercer mundo, los ha llevado a asentar su estrategia y su política exterior en la instigación de la guerra interimperialista. Ellos desean vehementemente un choque frontal entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética en Europa, donde China desde lejos se calentaría las manos en el fuego atómico que destruiría a sus dos rivales principales y que haría de ella la única y omnipotente dominante del mundo.

Mientras no se sienta enteramente segura de su poderío para competir con las otras superpotencias, mientras no consiga el «lugar merecido» como superpotencia, China procurará la paz para sí y la guerra para los demás. Con la paz que le hace falta actualmente, están relacionadas las no disimuladas maniobras diplomáticas de los revisionistas chinos para incitar la guerra entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, de modo que ellos mismos se mantengan aparte y se dediquen a sus «modernizaciones». No es casual la declaración de Teng Siao-ping de que no habrá guerra en 20 años. Con dicha declaración quiere decir a las superpotencias y a los otros países imperialistas que no tengan miedo a China en el curso de los próximos 20 años. Simultáneamente, los dirigentes chinos incitan una guerra entre las superpotencias en Europa, lejos de China y sin el peligro de verse implicada. En qué medida será posible esto, es otra cosa, pero los dirigentes chinos trabajan en este sentido, debido a que sienten la apremiante necesidad de tener tranquilidad a lo largo de un periodo que consideran indispensable para realizar sus objetivos de hacer de China una superpotencia.

China pregona a bombo y platillo el reforzamiento de la «unidad europea», de la «unidad de los países capitalistas desarrolla-

dos de Europa». En todas las cuestiones apoya esta unidad, vendiendo opiniones a los viejos lobos y zorros, «enseñándoles» cómo reforzar su unidad militar y económica, la unidad organizativa del estado, etc., frente al gran peligro del socialimperialismo soviético. Pero no necesitan las lecciones de China, porque están en condiciones de comprender, y saben muy bien, de dónde procede el peligro para ellos.

Los países desarrollados del Occidente no son tan ingenuos como para seguir y aplicar *à la leerte** los consejos y los deseos de los chinos. Se refuerzan para hacer frente a un peligro eventual proveniente de la Unión Soviética, pero al mismo tiempo, hacen todo lo posible por no agravar las relaciones con ella, por no ir demasiado lejos y enojar al «oso ruso». Esto, naturalmente, está en contradicción con los deseos de China.

A los estados capitalistas de Europa y a los Estados Unidos de América les conviene que China incite la contradicción entre ellos y los soviéticos, porque indirectamente les sirve para decirles a éstos que «su enemigo principal es China, mientras que nosotros, junto con ustedes, buscamos crear una distensión, una coexistencia pacífica, independientemente de lo que ella dice». Por otro lado, estos estados, mientras fingen querer la paz, se arman para reforzar su hegemonía y su unidad militar contra la revolución, que es su enemigo principal. En esto reside el objetivo de todas las reuniones, como las de Helsinki y de Belgrado, a las que se da largas y se parecen al Congreso de Viena tras la derrota de Napoleón, que es conocido como el congreso de los bailes y las veladas.

Los dirigentes chinos, según declaró oficialmente Teng Siao-ping en la entrevista concedida al director de la AFP, llaman a crear «un amplio frente que englobe el tercer mundo, el segundo mundo y los Estados Unidos de América» para combatir contra el socialimperialismo soviético.

La estrategia de la dirección revisionista de China de incitar

* En francés en el original – al pie de la letra.

al imperialismo norteamericano, al imperialismo de Europa Occidental, etc., a una guerra contra el socialimperialismo soviético, se expone más al riesgo de una guerra entre ella y la Unión Soviética, que a una guerra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América y sus aliados de la OTAN.

Si China instiga a los otros a la guerra, también el imperialismo norteamericano, los países capitalistas desarrollados y todos los países donde el poder es detentado por las camarillas burguesas capitalistas, hacen lo mismo e incitan tanto a China, como a la Unión Soviética a un enfrentamiento entre sí. Por eso es muy probable que la política de los Estados Unidos de América y la propia estrategia errónea de China induzcan a la Unión Soviética a reforzarse aún más en el plano militar y, como potencia imperialista que es, a atacar antes a China.

China, por su parte, tiene marcadas propensiones a atacar a la Unión Soviética cuando se sienta poderosa, porque tiene grandes ambiciones territoriales sobre Siberia y otros territorios del Lejano Oriente. Hace tiempo que ha presentado estas reivindicaciones,¹⁴ pero pretenderá algo más cuando esté preparada, cuando haya puesto en pie un ejército pertrechado con todo tipo de armas. Este es el significado de la declaración que hizo Jua Kuo-feng al ex primer ministro conservador inglés Heath, cuando le dijo: «Nosotros tenemos la esperanza de ver una Europa

¹⁴ Mao Tse-tung y Chou En-lai, en el espíritu chovinista de gran estado, plantearon, en el verano de 1964, la cuestión de revisar las fronteras de la Unión Soviética con China y los demás países.

Partiendo de los intereses del comunismo, en septiembre de 1964, el CC del PTA dirigió una carta camaraderil al CC del PC de China. «Opinamos que plantear actualmente la cuestión territorial con la Unión Soviética, se escribía en la carta, va en detrimento de nuestra lucha... opinamos que... nuestra única lucha, en la que hay que centrar las fuerzas, debe estar dirigida contra el gran mal que constituyen el imperialismo y el revisionismo moderno, los grupos traidores de Jruschov y de Tito y todos sus lacayos». (Véase: **Enver Hoxha, Reflexiones sobre China**, t. I, págs. 75–81 y **Reflexiones sobre China**, t. II, págs. 30–31, 184, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, ed. en español)

unida y poderosa, y creemos que, por su parte, también Europa espera ver una China poderosa». En pocas palabras, Jua Kuo-feng le dice a la gran burguesía europea: Fortalézcanse y ataquen desde el Occidente, mientras que nosotros, los chinos, nos fortaleceremos y atacaremos a la Unión Soviética desde el Oriente.

La política china abrió un amplio y muy beneficioso camino a los Estados Unidos de América, camino que inauguraron Mao Tse-tung, Chou En-lai y Nixon. Entre los Estados Unidos de América y China se tendieron muchos puentes, puentes velados, puentes eficaces y fructuosos. Nixon propugnó la necesidad de «construir un puente tan grande que enlace San Francisco con Pekín». La invitación que Mao Tse-tung y Chou En-lai cursaron a Nixon, después del escándalo del Watergate, y su recepción por Mao, no eran inmotivadas ni desintencionadas. Significaban que la amistad con los Estados Unidos de América, lejos de ser una amistad coyuntural entre personas, es una amistad entre países, entre China y los Estados Unidos de América, independientemente de que el presidente que abrió este camino fuese destituido de su cargo por sus trapicheos.

Ahora que Carter está en el poder, las relaciones de amistad entre China y los Estados Unidos de América se amplían. A los Estados Unidos de América les interesa enormemente la actitud actual de China, cuya estrategia es adulada por Carter en múltiples formas.

Los Estados Unidos de América están interesados en Conceder a China una multilateral ayuda política, militar y económica, para empujarla en contra de la Unión Soviética. Han dado a China secretos atómicos. Esto ya está claro. Igualmente le han suministrado los más modernos ordenadores que sirven para la guerra nuclear. China ha recibido datos completos para que ella misma construya submarinos atómicos. En la actualidad en Washington se habla abierta y oficialmente de suministrar armas modernas a China. Todos estos «bienes» que los Estados Unidos de América ofrecen a China, como es natural, no se los dan para ha-

cer de ella una gran potencia terrestre y naval que ponga en peligro a los propios Estados Unidos de América, como hizo el Japón en la Segunda Guerra Mundial. No, el imperialismo norteamericano calcula bien todas las llamadas ayudas que ofrece a todo el mundo, y particularmente a China.

De esta manera la ambición de China para transformarse en superpotencia, y sus febriles esfuerzos para contrabalancear a los Estados Unidos de América y a la Unión Soviética, necesariamente llevarán a nuevas tensiones, a conflagraciones, a guerras, que pueden tener carácter local, pero también el carácter de una guerra general.

Toda la teoría de los «tres mundos», toda su estrategia; las alianzas y los «frentes» que predica y los objetivos que quiere alcanzar, fomentan la guerra imperialista mundial.

Nikita Jruschov y los revisionistas modernos desarrollaron la nefasta teoría de la «coexistencia pacífica» jruschovista, que preconizaba la «paz social», la competencia pacífica, la «vía pacífica» de la revolución, el «mundo sin armas y sin guerras». Esta teoría pretendía debilitar la lucha de clases, velando y allanando las contradicciones fundamentales de nuestra época. Jruschov de manera particular predicaba la supresión de las contradicciones entre la Unión Soviética y el imperialismo norteamericano, en general las contradicciones entre el sistema socialista y el capitalista. Sostenía el punto de vista de que actualmente, con los cambios que se han operado en el mundo, la contradicción histórica entre el socialismo y el capitalismo sería solucionada entrando en una competencia pacífica, en una competencia en el terreno económico, político, ideológico, cultural, etc.

«Dejemos que el tiempo lo confirme y nos diga quién tiene la razón», decía Jruschov, y que, en esta competencia, los pueblos elijan libremente y «en santa paz» el régimen más adecuado. Nikita Jruschov predicaba a los pueblos la necesidad de entregar sus riquezas a las superpotencias y esperar a que, como resultado de esta famosa competencia pacífica, se les asegurara la liber-

tad, la independencia y el bienestar. Naturalmente, esta política antimarxista fue desenmascarada y nuestro Partido fue el primero en abrir fuego contra ella.

Ya en vida de Mao Tse-tung el Partido Comunista de China ha seguido una política similar a la de Jruschov. También esta política llama a las dos partes, al proletariado y a la burguesía, a los pueblos y a los que les dominan, a cesar la lucha de clases, a unirse sólo contra el socialimperialismo soviético y a olvidarse del imperialismo norteamericano.

La teoría de los «tres mundos» es una teoría reaccionaria, como lo era la de Jruschov sobre la «coexistencia pacífica». Pero, mientras Jruschov y sus secuaces, los portavoces del revisionismo moderno, en apariencia se presentaban como pacifistas, Mao Tse-tung, Teng Siao-ping; Jua Kuo-feng, etc., se presentan como belicistas declarados. Estos pretenden dar a la coalición imperialista-capitalista, en la cual China se autoincluye, el color de un organismo de guerra revolucionaria, el significado de una lucha por el triunfo del proletariado y por la emancipación de los pueblos. Pero en realidad la «teoría» de Mao Tse-tung y del Partido Comunista de China sobre los «tres mundos», no llama a la revolución, sino a una guerra imperialista.

La agravación de las contradicciones y de la rivalidad entre las potencias y las agrupaciones imperialistas conlleva el peligro de que estallen los conflictos armados, de que estallen las esclavizadoras guerras de rapiña. Esta es una conocida tesis del marxismo-leninismo, confirmada de manera irrefutable por la historia. Su justeza es demostrada claramente por la evolución de los acontecimientos internacionales en nuestros días.

En numerosas ocasiones el Partido del Trabajo de Albania ha levantado su voz para desenmascarar la ensordecedora propaganda pacifista que las superpotencias difunden, tratando de bajar la vigilancia de los pueblos y de las naciones amantes de la paz, de aturdirles sembrando ilusiones y así cogerles desprevenidos. Más de una vez ha advertido que el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo ruso conducen el mundo a una

nueva guerra mundial y que el estallido de tal guerra es un peligro real y no imaginario. Este peligro no puede dejar de preocupar continuamente a los pueblos, a las amplias masas trabajadoras, a las fuerzas y los países amantes de la paz, a los marxista-leninistas y a los hombres progresistas del mundo entero, los cuales no deben permanecer pasivos y con los brazos cruzados ante este peligro. Pero, ¿qué es preciso hacer para detener la mano de los belicistas imperialistas?

El camino a seguir no puede ser el de la capitulación y la sumisión ante los belicistas imperialistas, ni el de la atenuación de la lucha contra ellos. Los hechos han demostrado que los compromisos y las concesiones carentes de principios de los revisionistas jruschovistas no hicieron más manso, más cortés ni más pacífico al imperialismo norteamericano, por el contrario, le hicieron más arrogante y aumentaron su voracidad. Los marxista-leninistas no son partidarios de azuzar a un estado o agrupación imperialista contra otro, ni llaman a desencadenar guerras imperialistas, porque son los pueblos quienes sufren sus consecuencias. El gran Lenin señalaba que nuestra política no tiende a fomentar la guerra, sino a impedir que los imperialistas se unan contra el país socialista.

*«...si efectivamente precipitáramos a la guerra a obreros y campesinos. —decía él— sería un crimen. Pero toda nuestra política y propaganda no se orienta en absoluto a precipitar a los pueblos a la guerra, sino a ponerle fin. Y la experiencia ha demostrado por cierto que únicamente la revolución socialista permite terminar con las eternas guerras».**

Por consiguiente, el único camino justo es que la clase obrera, las amplias capas trabajadoras y los pueblos se lancen a la

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XXXI, pág. 540, ed en albanés.

acción revolucionaria para detener la mano de los belicistas imperialistas en sus propios países. Siempre los marxista-leninistas han sido y son los más resueltos adversarios de las guerras injustas.

Lenin ha enseñado a los revolucionarios comunistas que su tarea es destruir los planes belicistas del imperialismo e impedir el estallido de la guerra. Si no logran esto, entonces deben movilizar a la clase obrera, a las masas populares, y convertir la guerra imperialista en guerra revolucionaria y de liberación.

Los imperialistas y los socialimperialistas llevan la guerra de agresión en la sangre. Sus ambiciones de esclavizar a todo el mundo les empujan a la guerra. Pero, aunque los imperialistas son quienes desencadenan la guerra imperialista mundial, el proletariado, los pueblos, los revolucionarios y todos los hombres progresistas son los que la pagan con su sangre. Por esta razón los marxista-leninistas, el proletariado y los pueblos del mundo están en contra de la guerra imperialista mundial y luchan sin descanso para frustrar los planes de los imperialistas, para impedirles que arrojen el mundo a una nueva carnicería.

De esto se desprende que no se debe preconizar la guerra imperialista, como hacen los revisionistas chinos, sino que se ha de luchar contra ella. El deber de los marxista-leninistas es lanzar al proletariado y a los pueblos del mundo a la lucha contra los opresores para quitarles el poder, los privilegios, y para instaurar la dictadura del proletariado. China no hace esto, el Partido Comunista de China no trabaja para conseguirlo. Con sus teorías revisionistas, este partido debilita y aplaza la revolución, escinde a las fuerzas de vanguardia del proletariado, los partidos marxista-leninistas, que están llamados a organizar y dirigir esta revolución.

El camino que recomienda la dirección china es un engaño, una vía que no responde a nuestra doctrina, el marxismo-leninismo. La línea revisionista china, por el contrario, debilita al proletariado y a los pueblos, los abate, hace cernirse sobre ellos el peligro de una guerra sangrienta, la guerra imperialista, la gue-

rra criminal, tan odiada por ellos.

También por esta razón la teoría de Mao Tse-tung de los «tres mundos» y la actividad política del Partido Comunista de China y del estado chino, de ningún modo pueden ser consideradas marxista-leninistas y revolucionarias.

Cuando Jruschov predicaba la competencia económica, ideológica y política entre el socialismo y el imperialismo, los dirigentes chinos supuestamente se oponían a esta tesis y decían que, para lograr la verdadera coexistencia pacífica, era preciso combatir al imperialismo, ya que la «coexistencia» no puede destruirle, no puede llevar al triunfo de la revolución ni a la liberación de los pueblos.

Pero estas declaraciones se quedaron en el papel. En realidad, la dirección del Partido Comunista de China ha sido y continúa siendo partidaria de la coexistencia pacífica de tipo jruschovista. En el documento ya mencionado: «Proposición acerca de la línea general del movimiento comunista internacional», se dice: «La política de principios es la única política acertada... ¿Qué quiere decir política de principios? Esto significa que, al plantear y elaborar cualquier política, debemos hacerlo desde las posiciones proletarias, partir de los intereses radicales del proletariado y guiarnos por la teoría y las tesis fundamentales del marxismo-leninismo». Esto ha sido declarado por el Partido Comunista de China, pero, ¿qué ha hecho y qué es lo que hace ahora? Ha hecho y hace todo lo contrario.

En el documento citado y en otras ocasiones, el Partido Comunista de China ha declarado que «es preciso denunciar al imperialismo norteamericano como el mayor enemigo de la revolución, del socialismo y de los pueblos del mundo entero». Y añadía: «no hay que apoyarse ni en el imperialismo norteamericano ni en ningún otro imperialismo, no hay que apoyarse en los reaccionarios». Pero el Partido Comunista de China no ha aplicado estas tesis. El Partido del Trabajo de Albania, que se basa firmemente en los principios fundamentales del marxismo-leninismo, se atiene resueltamente a la lucha contra el imperialismo

y el socialimperialismo. Precisamente en esta cuestión Albania socialista está en oposición a China, y el Partido del Trabajo de Albania está en oposición al Partido Comunista de China. Los dirigentes chinos nos acusan a los albaneses de que no hacemos «un análisis marxista-leninista de la situación internacional y de las contradicciones» y que, por consiguiente, no seguimos la línea china de llamar a la «Europa Unida», al Mercado Común Europeo y a los proletarios del mundo a unirse con los norteamericanos contra los soviéticos. Su conclusión es que, al no apoyar al imperialismo norteamericano, a la «Europa Unida», etc., favorecemos supuestamente al socialimperialismo soviético.

He aquí, por su parte, una actitud no sólo revisionista, disfrazada con un ropaje «antirrevisionista», sino también hostil y calumniosa hacia Albania socialista. El imperialismo norteamericano es agresor, belicista e incitador de guerras. Los Estados Unidos de América no quieren solamente el statu quo, como pretenden los chinos, sino además la expansión, de lo contrario no cabrían sus contradicciones con la Unión Soviética. La cita de Mao, evocada por ellos, de que «los Estados Unidos de América se han convertido en una rata, y todo el mundo grita en la calle: mátenla, mátenla», pretende demostrar que sólo la Unión Soviética desea la guerra, y no los Estados Unidos de América. Con su benevolencia hacia los Estados Unidos de América, invitan a no golpear a este estado «que se ha convertido en una rata», pero que sin embargo debe transformarse en aliado de China. ¡He aquí la estrategia antimarxista del «marxista» Mao!

La «estrategia» china, partiendo de un análisis que se basa en la teoría de los «tres mundos», ha determinado «definitivamente» que «la rivalidad entre las dos superpotencias está centrada en Europa». ¡Asombroso! Pero, ¿por qué no lo está en otra zona del mundo, donde la Unión Soviética pretende expandirse, como en Asia, en África, en Australia o en América Latina, sino precisamente en Europa?

Los «teóricos» chinos no explican esto. Su «argumentación» es la siguiente: el rival principal de los Estados Unidos de Amé-

rica es la Unión Soviética. Estas dos superpotencias, una de las cuales quiere el statu quo y la otra la expansión, desatarán la guerra en Europa, como ocurrió en los tiempos de Hitler. También éste ambicionaba expandirse, dominar el mundo, pero, para lograrlo, primero debía someter a Francia, Inglaterra y a la Unión Soviética. Por esta razón Hitler comenzó la guerra en Europa y no en otros lugares. Y más adelante los revisionistas chinos razonan que Stalin se apoyó en Inglaterra y en los Estados Unidos de América; entonces, concluyen los chinos, ¿por qué no deberíamos apoyarnos también nosotros en los Estados Unidos de América? Pero, como anteriormente explicábamos, olvidan que la Unión Soviética se alió a Inglaterra y a los Estados Unidos de América después de que Alemania atacara a la Unión Soviética y no antes.

Cuando la Alemania de Guillermo II atacó a Francia e Inglaterra, los cabecillas de la II Internacional predicaron la «defensa de la patria burguesa». Tanto los socialistas alemanes como los socialistas franceses cayeron en estas posiciones. Es sabido cómo Lenin condenó todo esto y lo que dijo contra las guerras imperialistas. Ahora también los revisionistas chinos, al preconizar la unión de los pueblos europeos con el imperialismo en nombre de la defensa de la independencia nacional, actúan igual que los partidarios de la II Internacional. En oposición a las tesis de Lenin, instigan la futura guerra nuclear que las dos superpotencias pretenden desatar y hacen llamamientos «patrióticos» a los pueblos de Europa Occidental y al proletariado de la misma a dejar de lado las «pequeñas» cosas que tienen con la burguesía (la opresión, el hambre, los asesinatos, el paro forzoso), a no atacar contra su poder y a unirse con la OTAN, con la «Europa Unida», con el Mercado Común de la gran burguesía y de los consorcios europeos y a luchar únicamente contra la Unión Soviética, a ser soldados disciplinados de la burguesía. Ni la II Internacional lo hubiera hecho mejor.

Y la dirección china ¿qué aconseja hacer a los pueblos de la Unión Soviética y de los otros países revisionistas miembros del

Tratado de Varsovia, del COMECON? ¡Nada! Prefiere guardar silencio y olvidarse completamente de ellos. De vez en cuando incita a las camarillas revisionistas que dominan estos países a separarse de la Unión Soviética y unirse con América. De hecho a estos pueblos les dice; ¡callaos, someteos y convertios en carne de cañón de la sanguinaria camarilla del Kremlin! Esta línea de la dirección revisionista de China es antiproletaria, belicista.

Todo esto demuestra que los dirigentes chinos confunden intencionadamente las situaciones internacionales. Estas situaciones las ven conforme a sus intereses para hacer de China una superpotencia y no conforme al interés de la revolución, las ven según el interés de su estado imperialista y no según el interés de la liberación de los pueblos, las consideran desde la óptica del estrangulamiento de la revolución en su propio país y de las revoluciones en los otros países, y no desde la óptica de la organización y la intensificación de la lucha del proletariado y de los pueblos contra las dos superpotencias, así como contra los opresores burgueses capitalistas de los otros países, las ven a través del prisma de fomentar la guerra imperialista mundial y no de oponerse a ella.

El camino seguido por China para convertirse en una superpotencia acarreará graves consecuencias, en primer lugar para la propia China y para el pueblo chino.

El análisis marxista-leninista de su política lleva a la conclusión de que la dirección china está metiendo el país en un callejón sin salida. Sirviendo al imperialismo norteamericano y al capitalismo mundial, piensa obtener, a su vez, ciertos beneficios, pero estos beneficios son dudosos y le costarán caro a China. Traerán aparejada la catástrofe del país y tendrán, naturalmente, sensibles repercusiones en otros países.

La política de China para convertirse en superpotencia, política inspirada en una ideología antimarxista, está siendo desenmascarada y será desenmascarada aún más a los ojos de todos los pueblos, sobre todo de los pueblos del llamado

tercer mundo. Los pueblos del mundo comprenden los diseños políticos de cualquier estado, socialista, revisionista, capitalista o imperialista. Observan y comprenden que China, aunque se hace pasar por integrante del «tercer mundo», no tiene las mismas aspiraciones y los mismos objetivos de los pueblos de este «mundo». Observan que sigue una política socialimperialista. Por eso es comprensible que esta política sea impopular. Una política que ayuda a la opresión social y nacional, es inadmisibles para los pueblos. Es una política que sólo conviene a las camarillas reaccionarias, únicamente a los que dominan y oprimen a los pueblos.

China apoya y abastece con armas a Somalia, la cual, empujada por los Estados Unidos de América, lucha contra Etiopía. Mientras, Etiopía es ayudada por la Unión Soviética para anexionarse Somalia. Lo mismo pasa con Eritrea. Así, China se pone de un lado, la Unión Soviética del otro. Si China es vista con buenos ojos en Somalia, lo es sólo por los que están en el poder, pero no por el pueblo de este país que está siendo masacrado. Tampoco es vista con buenos ojos por la dirección de Etiopía, que es apoyada por los soviéticos, ni por el pueblo etiope, que es incitado en contra de los somalíes, los cuales, supuestamente, intentan invadir Etiopía. De esta manera China no tiene ninguna influencia ni en Etiopía ni en Somalia.

Tampoco es bien vista en Argelia. Esta última apoya al «Frente POLISARIO», mientras que China favorece a Mauritania y Marruecos, es decir, se pone del lado del imperialismo norteamericano.

Con su política exterior, China sigue un curso supuestamente en pro de los pueblos árabes. Pero esta política consiste sólo en conseguir que los pueblos árabes se unan contra el socialimperialismo soviético. Se sobreentiende, pues, que China sostiene a este fin todo acercamiento de los árabes, en primer lugar; con los Estados Unidos de América.

En lo tocante a Israel, la dirección china se pronuncia con frecuencia contra él. Pero, de hecho, su estrategia es pro Israel. Es-

to ha sido y es notado por los pueblos árabes y, en particular, por el palestino.

Podemos decir que, en los países de Asia, China no tiene ninguna influencia visible y estable.

China no tiene una amistad sincera y estrecha con los países vecinos, y no hablemos de los que están más lejos. La política de China no es ni puede ser correcta porque no es marxista-leninista. Sobre la base de tal política no puede tener una amistad sincera con Vietnam, Corea, Camboya, Laos, Tailandia, etc. China finge desear la amistad con estos países, pero, en realidad, entre éstos y aquélla existen desacuerdos por cuestiones políticas, territoriales y económicas.

Con la política que sigue, China ha caído en abierto conflicto con Vietnam. Entre estos dos países están ocurriendo graves incidentes fronterizos. Los socialimperialistas chinos han intervenido brutalmente en los asuntos internos de Vietnam; en función de sus fines expansionistas atizan el conflicto entre Camboya y Vietnam, etc. Cuando la dirección china se comporta de esta manera con Vietnam, con un país que hasta ayer consideraba hermano e íntimo amigo, ¿qué pueden pensar los países de Asia acerca de la política china? ¿Acaso pueden fiarse de ella?

Hablar de la influencia de China en los países de América Latina, sería perder el tiempo. En esta región no tiene influencia, ni política, ni ideológica, ni económica. Toda la influencia china se reduce a la amistad con un tal Pinochet, que es un rabioso fascista y asesino. Esta actitud de China ha indignado no sólo a los pueblos de América Latina, sino también a la opinión mundial. Ellos ven que la dirección china está en pro de los gobernantes opresores, en pro de los dictadores y los generales que ejercen su dominio sobre los pueblos, ven que está en pro del imperialismo norteamericano que ha clavado sus garras en la garganta de los pueblos de este continente. Así pues, podemos afirmar que la influencia de China en los países de América Latina es insignificante, carece de fuerza, de contenido.

La política de los dirigentes chinos, lejos de gozar de la sim-

patía y el apoyo de los pueblos, hará que China se aíse cada vez más de los países progresistas, del proletariado mundial. No puede haber un pueblo, no pueden encontrarse un proletariado y unos revolucionarios que apoyen la política china, cuando ven que en la tribuna de Tien An Men, como ocurrió el día de la fiesta nacional, el 1° de Octubre de 1977, al lado de los dirigentes chinos están presentes los ex generales nazis alemanes; los ex generales y almirantes militaristas japoneses, los generales fascistas portugueses, etc., etc.

En su camino para transformarse en una superpotencia, China no puede avanzar sin intensificar la explotación de las amplias masas trabajadoras de su propio país. Los Estados Unidos de América y los demás estados capitalistas tratarán de asegurar superganancias de los capitales que invertirán allá, también ejercerán presión para conseguir cambios rápidos y radicales en la base y la superestructura de la sociedad china en el sentido capitalista. La intensificación de la explotación de las masas de muchos millones de seres para mantener a la burguesía china y su gigantesco aparato burocrático y para poder pagar los créditos e intereses de los capitalistas extranjeros, conducirá inevitablemente a la aparición de profundas contradicciones entre el proletariado y el campesinado chinos, de una parte, y los gobernantes burgués-revisionistas, de la otra. Esto opondrá a estos últimos a las masas trabajadoras de su país, cosa que no puede dejar de producir agudos conflictos y explosiones revolucionarias en China.

III

EL «PENSAMIENTO MAO TSE-TUNG», TEORÍA ANTIMARXISTA

La situación actual en el Partido Comunista de China, sus numerosos zigzags y sus posturas tambaleantes, oportunistas, los frecuentes cambios en la estrategia, la política que ha seguido y sigue su dirección para hacer de China una superpotencia, plantean de manera completamente natural el problema del lugar y del papel de Mao Tse-tung y de sus ideas, del llamado «pensamiento Mao Tse-tung» en la revolución china.

El «pensamiento Mao Tse-tung» es una «teoría» desprovista de los rasgos del marxismo-leninismo. Todos los dirigentes chinos, tanto los que estuvieron antes en el poder, como quienes lo han tomado actualmente, para llevar a la práctica sus planes contrarrevolucionarios, han especulado y especulan con el «pensamiento Mao Tse-tung» en las formas de organización y los métodos de acción, en los fines estratégicos y tácticos.

Nuestras opiniones y nuestra convicción sobre el peligro que representa el «pensamiento Mao Tse-tung», nosotros, los comunistas albaneses, las hemos formado gradualmente viendo la actividad sospechosa, las actitudes vacilantes y contradictorias, la ausencia de los principios y el pragmatismo de la política inte-

rior y exterior china, la desviación del marxismo-leninismo y la utilización de frases izquierdistas para disfrazarse. Cuando se fundó nuestro Partido, durante la Lucha de Liberación Nacional, así como después de la Liberación, nuestra gente tenía conocimientos muy escasos sobre China. Pero, al igual que todos los revolucionarios del mundo, también nosotros habíamos formado una opinión progresista acerca de ella: «China es un gran continente, China lucha, en China bulle la revolución contra el imperialismo extranjero, contra las concesiones», etc., etc. En general, sabíamos algo sobre la actividad de Sun Yat-sen, sobre sus vínculos y su amistad con la Unión Soviética y con Lenin; por último sabíamos algo sobre el Kuomintang, conocíamos la lucha del pueblo chino contra los japoneses y la existencia del Partido Comunista de China, que era considerado como un partido grande, con un marxista-leninista a la cabeza, Mao Tse-tung. Y eso era todo.

Sólo después de 1956, nuestro Partido tuvo los contactos más estrechos con los chinos. Estos contactos vinieron multiplicándose a causa de la lucha que nuestro Partido desarrolló contra el revisionismo moderno jruschovista. En aquel entonces nuestros contactos con el Partido Comunista de China o, más exactamente, con sus cuadros dirigentes, se hicieron más frecuentes y más cercanos, sobre todo cuando el mismo Partido Comunista de China entró en abierto conflicto con los revisionistas jruschovistas. Pero debemos reconocer que, en las entrevistas que hemos mantenido con los dirigentes chinos, a pesar de que han sido buenas y camaraderiles, China, Mao Tse-tung y el Partido Comunista de China quedaban, en cierta medida, como un gran enigma para nosotros.

Pero, ¿por qué China, su Partido Comunista y Mao Tse-tung eran un enigma? Lo eran porque muchas posturas, no sólo generales, sino también personales de los dirigentes chinos sobre una serie de grandes problemas políticos, ideológicos, militares y organizativos, oscilaban unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda. En unas ocasiones se mostraban decididos,

en otras indecisos, de cuando en cuando también mantenían posiciones correctas, pero en la mayoría de los casos saltaban a la vista sus actitudes oportunistas. La política china, en general, a lo largo de todo el período en que vivió Mao, ha sido vacilante, era una política de coyunturas, carecía de la columna vertebral marxista-leninista. Un día se hablaba de una manera acerca de un problema político importante, y al día siguiente se hacía de otra. En la política china no se podía encontrar un hilo conductor estable y consecuente.

Naturalmente, todas estas posturas llamaban nuestra atención y no las aprobábamos, sin embargo, en la medida en que conocíamos la actividad de Mao Tse-tung, participábamos de la opinión general de que era un marxista-leninista. Sobre muchas tesis de Mao Tse-tung, tales como la de tratar las contradicciones entre el proletariado y la burguesía como contradicciones no antagónicas, la tesis de la existencia de las clases antagónicas durante todo el período del socialismo,* la tesis de que «el campo debe asediar la ciudad», que da carácter absoluto al papel del campesinado en la revolución, etc., teníamos nuestras reservas y nuestros puntos de vista marxista-leninistas, que, cuando se ha presentado la ocasión, hemos manifestado a los dirigentes chinos. En tanto que otras concepciones y posiciones políticas de Mao Tse-tung y del Partido Comunista de China, incompatibles con las concepciones y las posiciones marxista-leninistas de nuestro Partido, las considerábamos como tácticas provisionales de un gran estado dictadas por determinadas situaciones. Pero, con el tiempo, se hacía cada vez más evidente que las actitudes del Partido Comunista de China no eran sólo tácticas.

Nuestro Partido, analizando los hechos, llegó a algunas conclusiones generales y particulares, que lo indujeron a estar vigilante, pero evitaba la polémica con el Partido Comunista de China y con los dirigentes chinos, no porque temiese polemizar,

* Véase: **Enver Hoxha. Obras Escogidas**, t. IV, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1983, págs. 38-78, ed. en español.

sino porque los datos de que disponía sobre el camino erróneo, antimarxista, de este partido y del propio Mao Tse-tung no eran completos, estos datos no permitían aún sacar conclusiones rotundas. Por otro lado, durante un tiempo el Partido Comunista de China se opuso al imperialismo norteamericano y a la reacción. Asimismo se puso en contra del revisionismo jruschovista soviético, a pesar de que ahora está claro que su lucha contra este revisionismo no estaba dictada por correctas posiciones de principio marxista-leninistas.

Además, no hemos tenido datos completos sobre la vida interna política, económica, cultural, social, etc., de China. La organización del partido y del estado chinos siempre ha permanecido cerrada para nosotros. Por su parte, el Partido Comunista de China no nos ha dado ninguna posibilidad de estudiar las formas de organización del partido y del estado chinos. Los comunistas albaneses estábamos al corriente únicamente de cierta organización estatal general de China y nada más, porque no se nos daba la oportunidad de conocer la experiencia del partido en China, de ver cómo actuaba, cómo estaba organizado, qué direcciones había tomado el desarrollo del trabajo en diversos sectores y cuáles eran en concreto estas direcciones.

Los dirigentes chinos han obrado astutamente. No han hecho públicos muchos documentos necesarios para conocer la actividad del partido y del estado. Se guardaban y se guardan mucho de publicar sus documentos. Incluso los escasos documentos publicados de que se dispone, son fragmentarios. Mientras que los cuatro tomos con las obras de Mao, que pueden considerarse oficiales, no sólo contienen materiales escritos hasta 1949, sino que además han sido compuestos cuidadosamente, de manera que no aparecen con exactitud las situaciones reales que se han desarrollado en China.

La presentación política y teórica de los problemas en la prensa china, por no hablar de la literatura, que era totalmente confusa, sólo tenía carácter propagandístico. Los artículos estaban repletos de fórmulas estereotipadas típicamente chinas,

enunciadas aritméticamente, tales como «las tres cosas buenas y las cinco malas», «las cuatro cosas viejas y las cuatro nuevas», «las dos advertencias y los cinco controles de sí mismo», «las tres cosas verdaderas y las siete falsas», etc., etc. El enjuiciamiento desde el punto de vista «teórico» de estas cifras aritméticas era difícil para nosotros que estamos acostumbrados a pensar, actuar y escribir según la teoría y la cultura marxista-leninista tradicional.

Los dirigentes chinos nunca invitaron a nuestro Partido para que enviase alguna delegación a estudiar su experiencia. Incluso cuando alguna delegación, a petición de nuestro Partido, ha viajado a China, más que darle alguna explicación o experiencia sobre el trabajo del partido se han dedicado a hacerle propaganda y a llevarla de un sitio a otro visitando comunas y fábricas. Y ¿con quiénes mantenían esta actitud rara? Con nosotros los albaneses, sus amigos, que les hemos defendido en las más difíciles situaciones. Para nosotros, todos estos actos eran incomprensibles, pero a la vez eran una señal de que el Partido Comunista de China no quería darnos una imagen clara de su situación.

Pero lo que más llamó la atención de nuestro Partido fue la Revolución Cultural, sobre la cual se nos presentaron varias grandes interrogantes. A lo largo de la Revolución Cultural, que desencadenó Mao Tse-tung, en la actividad del Partido Comunista de China y del estado chino se observaron ideas y hechos políticos, ideológicos y organizativos extraños que no estaban fundados en las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. La apreciación de los actos dudosos habidos anteriormente, así como de los que se constataron durante la Revolución Cultural, pero sobre todo de los acontecimientos registrados después de esta revolución hasta el presente, los cambios en la dirección, la subida y la bajada de uno y otro grupo, hoy del grupo de Lin Piao, mañana del de Teng Siao-píng, o de un Jua Kuo-feng, etc., cada uno con su propia plataforma opuesta a la del otro, la apreciación de todo esto indujo a nuestro Partido a profundizar

todavía más en las concepciones y la práctica de Mao Tse-tung y del Partido Comunista de China, a adquirir un conocimiento más completo del «pensamiento Mao Tse-tung». No nos parecía una conducta revolucionaria el que esta Revolución Cultural no estuviese dirigida por el partido, sino que fuese una explosión caótica tras un llamamiento que hizo Mao Tse-tung. La autoridad de Mao en China hizo que se levantasen millones de jóvenes no organizados, estudiantes y escolares, que marcharan hacia Pekín, hacia los comités del partido y del poder, disolviéndolos. Se decía que estos jóvenes representaban en aquel entonces en China la «ideología proletaria» y que enseñarían al partido y a los proletarios el «verdadero» camino!

Una revolución de este tipo, de acentuado carácter político, fue llamada cultural. Para nuestro Partido esta denominación era inexacta, porque en realidad en China se había desatado un movimiento político y no cultural. Pero lo principal era que esta «gran revolución proletaria» no estaba dirigida ni por el partido, ni por el proletariado. Esta grave situación tenía su origen en los viejos conceptos antimarxistas de Mao Tse-tung que subestiman el papel dirigente del proletariado y sobreestiman a la juventud en la revolución. Mao había escrito: ¿«Qué papel ha desempeñado la juventud china a partir del «movimiento del 4 de mayo»? En cierta medida, un papel de vanguardia que, salvo los ultrarreaccionarios, todo nuestro país reconoce. ¿En qué consiste este papel de vanguardia? En jugar el papel dirigente...»*

Así la clase obrera fue dejada de lado y hubo numerosos casos en que se opuso a los guardias rojos, e incluso se enfrentó con ellos. Nuestros camaradas, que en aquel entonces se encontraban en China, han visto con sus propios ojos a los obreros de las fábricas luchar contra los jóvenes. El partido fue disuelto, fue liquidado, y los comunistas y el proletariado no eran tenidos en cuenta. Esta situación era muy grave.

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. III, pág. 19. ed. en albanés.

Nuestro Partido apoyó la Revolución Cultural, porque en China estaban en peligro las conquistas de la revolución. Personalmente Mao Tse-tung nos dijo que allí el partido y el estado habían sido usurpados por el grupo renegado de Liu Shao-chi y Teng Siao-ping y que las victorias de la revolución china corrían peligro. En estas condiciones, independientemente de quién era el responsable de que las cosas hubiesen ido tan lejos, nuestro Partido apoyó la Revolución Cultural. Nuestro Partido defendió al hermano pueblo chino, la causa de la revolución y del socialismo en China y no la lucha fraccionalista de los grupos antimarxistas que chocaban entre sí y que llegaban incluso a enfrentamientos armados para tomar el poder.

El curso de los acontecimientos demostró que la Gran Revolución Cultural Proletaria no era ni revolución, ni grande, ni cultural y, sobre todo, que no era en absoluto proletaria.* Era un putsch de palacio a nivel panchino para liquidar a un puñado de reaccionarios que habían tomado el poder.

Naturalmente, dicha Revolución Cultural era una mistificación. Liquidó al mismo Partido Comunista de China e incluso a las organizaciones de masas, y hundió a China en un nuevo caos. Esta revolución fue dirigida por elementos no marxistas, que a su vez fueron liquidados por medio de un putsch militar por otros elementos antimarxistas y fascistas.

En nuestra prensa Mao Tse-tung ha sido calificado de gran marxista-leninista, pero nunca hemos empleado ni aprobado las definiciones de la propaganda china que llamaba a Mao clásico del marxismo-leninismo y al «pensamiento Mao Tse-tung» su tercera y más alta etapa. Nuestro Partido ha considerado incompatible con el marxismo-leninismo el culto desmesurado a Mao Tse-tung en China.

El desarrollo caótico de la Revolución Cultural y sus resultados reforzaron aún más nuestra opinión, todavía no bien crista-

* Véase: **Enver Hoxha. Reflexiones sobre China**, t. II, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, págs. 797-826, ed. en español.

lizada, de que en China el marxismo-leninismo no era conocido ni aplicado, de que, en el fondo, el Partido Comunista de China y Mao Tse-tung no sostenían puntos de vista marxista-leninistas, independientemente de su fachada y de los slogans que solían emplear, como «por el proletariado, por su dictadura y por la alianza con el campesinado pobre» y muchas más fórmulas análogas.

A la luz de estos acontecimientos nuestro Partido empezó a ver más profundamente las causas de las vacilaciones que se habían observado en la actitud de la dirección china hacia el revisionismo jruschovista, como por ejemplo en 1962 cuando buscaba la reconciliación y la unión con los revisionistas soviéticos* en nombre de un pretendido frente común contra el imperialismo norteamericano, o en 1964 cuando Chou En-lai, reanudando sus esfuerzos por reconciliarse con los soviéticos, fue a Moscú para saludar la llegada al poder del grupo de Brezhnev**. Estas fluctuaciones no eran casuales, reflejaban la ausencia de los principios y de la consecuencia revolucionaria.

Cuando Nixon fue invitado a China y la dirección china, con Mao Tse-tung a la cabeza, proclamó la política de aproximarse y unirse al imperialismo norteamericano, quedó patente que la línea y la política chinas estaban en completa oposición al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario. Después, comenzaron a ser más evidentes los objetivos chovinistas y hegemónicos de China. La dirección china empezó a oponerse más abiertamente a las luchas revolucionarias y de liberación de los pueblos, al proletariado mundial y al auténtico movimiento marxista-leninista. Desplegó la llamada teoría de los tres mundos, que estaba esforzándose por imponer a todo el movimien-

* Véase: **Enver Hoxha. Reflexiones sobre China**, t. II, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, págs. 10-11, 22-23, 26, 31-33, 49, 54-55 ed. en español, así como **Enver Hoxha. Los jruschovistas (Memorias)**, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1984, págs. 251-277, segunda edición en español.

** Véase: **Enver Hoxha. Reflexiones sobre China**, t. I, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1979, págs. 172-175, 185-195, ed. en español.

to marxista-leninista como línea general.

El Partido del Trabajo de Albania, partiendo de los intereses de la revolución y del socialismo, y pensando que los errores que se constataban en la línea del Partido Comunista de China se debían a apreciaciones incorrectas de las situaciones y a una serie de dificultades, más de una vez ha intentado ayudar a la dirección china a corregir y superar estos errores. Nuestro Partido ha manifestado abiertamente, de manera sincera y camaraderil, sus puntos de vista a Mao Tse-tung y a los otras dirigentes chinos, y, sobre una serie de actos de China, que perjudicaban directamente la línea general del movimiento marxista-leninista, los intereses de los pueblos y de la revolución, ha manifestado oficialmente y por escrito sus observaciones y su disconformidad al Comité Central del Partido Comunista de China.*

Pero, por parte de la dirección china jamás han sido bien acogidas las justas observaciones de principio de nuestro Partido. Nunca nos ha contestado y jamás ha aceptado discutir sobre ellas.

Mientras tanto los actos antimarxistas de la dirección china, tanto en el interior como en el exterior, pasaron a ser más abiertos y evidentes. Todo esto obligó a nuestro Partido, así como a todos los demás marxista-leninistas, a reconsiderar la línea del Partido Comunista de China, las concepciones políticas e ideológicas por las que se ha guiado, la actividad concreta y sus consecuencias. Debido a ello, vimos que el «pensamiento Mao Tse-tung», que es el que ha guiado y guía al Partido Comunista de China, representa una peligrosa variante del revisionismo moderno, contra la cual es preciso desarrollar una lucha multi-lateral en el plano teórico y político.

El «pensamiento Mao Tse-tung» es una variante del revisionismo, que comenzó a tomar cuerpo ya antes de la Segun-

* Véase: **Enver Hoxha. Obras Escogidas**, t. IV, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1983, págs. 695–713, ed. en español.

da Guerra Mundial, y de manera particular después del 1935, cuando Mao Tse-tung se afirmó en el poder. En este período Mao Tse-tung, con sus secuaces, desencadenó una campaña «teórica» bajo la consigna de la lucha contra el «dogmatismo», los «esquemas hechos», los «estereotipos extranjeros», etc., y planteó el problema de elaborar el marxismo nacional, negando el carácter universal del marxismo-leninismo. En lugar del marxismo-leninismo, predicaba la «manera china» de tratar las problemas y el estilo chino «...lleno de vida y lozanía, agradable al oído y a los ojos del pueblo chino»,* propagando así la tesis revisionista de que el marxismo debe tener en cada país un contenido peculiar, específico.

El «pensamiento Mao Tse-tung» fue proclamado como el grado sumo del marxismo-leninismo en la época actual. Los dirigentes chinos han declarado que «Mao Tse-tung ha hecho más que Marx, Engels y Lenin...» En las Estatutos del Partido Comunista de China, aprobados en su IX Congreso, que desarrolló sus trabajos bajo la dirección de Mao Tse-tung, se dice que «el pensamiento Mao Tse-tung es el marxismo-leninismo de nuestra época...», que Mao Tse-tung «...ha heredado, defendido y desarrollado el marxismo-leninismo y lo ha hecho entrar en una etapa nueva y superior».**

El que la actividad del partido se basara no en los principios y las normas del marxismo-leninismo, sino en el «pensamiento Mao Tse-tung», abrió aún más las puertas al oportunismo y a la lucha fraccionalista en las filas del Partido Comunista de China.

El «pensamiento Mao Tse-tung» es una amalgama de concepciones que mezcla ideas y tesis tomadas de prestado del marxismo con otros principios filosóficos, idealistas, pragmáticos y revisionistas. Sus raíces se remontan a la antigua filosofía china y al pasado político e ideológico de China, a su práctica estatal

* **Mao Tse-tung. Obras Escogidas**, t. IV, pág. 84, ed. en albanés.

** **IX Congreso del Partido Comunista de China**, Documentos, Tirana, 1969, págs. 79–80.

y militarista.

Todos los dirigentes chinos, tanto los que actualmente han tomado el poder, como aquellos que han estado en él y han sido derrocados, pero que han maniobrado para materializar sus planes contrarrevolucionarios, han tenido y tienen por base ideológica el «pensamiento Mao Tse-tung». El propio Mao Tse-tung ha admitido que su pensamiento puede ser aprovechado por todos, tanto por los de izquierda como por los de derecha, como él llama a los diversos grupos que constituyen la dirección china. En la carta dirigida a Chiang Ching el 8 julio de 1966, Mao Tse-tung admite que «la derecha en el poder puede utilizar mis palabras para hacerse fuerte durante un cierto tiempo, pero la izquierda puede utilizar otras palabras mías y organizarse para derrocar a los de derecha».* Esto demuestra que Mao Tse-tung no ha sido un marxista-leninista, que sus puntos de vista son eclécticos. Esto resalta en todas las «obras teóricas» de Mao, que a pesar de estar disfrazadas con fraseología y slogans «revolucionarios», no pueden ocultar que el «pensamiento Mao Tse-tung» no tiene nada en común con el marxismo-leninismo.

Un vistazo crítico, aunque sea parcial, a los escritos de Mao, a su manera de tratar los problemas fundamentales relativos al papel del partido comunista, a las cuestiones de la revolución, de la edificación del socialismo, etc., pone completamente al desnudo la diferencia radical entre el «pensamiento Mao Tse-tung» y el marxismo-leninismo.

Tomemos en un comienzo **la cuestión de la organización del partido y de su papel dirigente**. Mao pretendía hacer creer que estaba por la aplicación de los principios leninistas acerca del partido, pero si se analizan en concreto sus ideas sobre el partido, y especialmente la práctica diaria de éste, se ve a todas luces que ha substituido los principios y las normas leninistas con tesis revisionistas.

* *Le Monde*, 2 de diciembre de 1972.

Mao Tse-tung no ha organizado el Partido Comunista de China sobre la base de los principios de Marx, Engels, Lenin y Stalin. No ha trabajado para hacer de él un partido de tipo leninista, un partido bolchevique. Mao Tse-tung no estaba por un partido de clase proletario, sino por un partido sin fronteras de clase. Ha utilizado la consigna de hacer masivo el partido para borrar la línea de demarcación entre el partido y la clase. Por consiguiente, en este partido podía entrar y salir cualquiera y cuando quisiera. En este aspecto las concepciones del «pensamiento Mao Tse-tung» son idénticas a las de los revisionistas yugoslavos y de los «eurocomunistas».

Paralelamente a esto, Mao Tse-tung, siempre ha subordinado la construcción, los principios y las normas del partido a sus posiciones y a sus intereses políticos, a su política aventurera, oportunista, unas veces de derecha y otras de izquierda, a la lucha entre las fracciones, etc.

En el Partido Comunista de China no ha existido ni existe la verdadera unidad marxista-leninista de pensamiento y de acción. La lucha entre las fracciones, que ha existido desde la fundación del Partido Comunista de China, ha hecho que en este partido no se instaurara una correcta línea marxista-leninista, que no se guiara por el pensamiento marxista-leninista. Las diversas tendencias que se manifestaban en los principales dirigentes del partido, unas veces eran de izquierda, otras oportunistas de derecha, algunas veces centristas e incluso llegaban a ser puntos de vista abiertamente anarquistas, chovinistas y racistas. Mientras Mao Tse-tung y su grupo estuvieron a la cabeza del partido, estas tendencias fueron una de las características distintivas del Partido Comunista de China. El propio Mao Tse-tung ha predicado la necesidad de la existencia de las «dos líneas» en el partido. Según él, la existencia de ambas líneas y la lucha entre ellas es algo natural, es una expresión de la unidad de los contrarios, es una política elástica que conjuga en sí misma el espíritu de principios y el compromiso. «Así, escribe él, con un camarada que se equivoca pueden utilizarse las dos

manos: con una será combatido, con la otra se hará la unidad con él. El propósito de esta lucha es preservar los principios del marxismo, lo cual supone perseverar en los principios; éste es un aspecto del problema. El otro aspecto es unirnos a él. La unión tiene por objetivo ofrecerle una salida, concertar un compromiso con él»*.

Estos puntos de vista son diametralmente opuestos a las enseñanzas leninistas sobre el partido comunista como destacamento organizado y de vanguardia, que debe tener una sola línea y una férrea unidad de pensamiento y de acción.

La lucha de clases en el seno del partido, como reflejo de la lucha de clases que se desarrolla fuera del mismo, no tiene nada en común con las concepciones de Mao Tse-tung sobre las «dos líneas en el partido». El partido no es arena de las diversas clases y de la lucha de las clases antagónicas, no es una reunión de personas con objetivos opuestos. El verdadero partido marxista-leninista es únicamente partido de la clase obrera y se basa en los intereses de esta clase. Este es el factor decisivo para el triunfo de la revolución y la edificación del socialismo. J. V. Stalin, defendiendo los principios leninistas acerca del partido, que no permiten la existencia de numerosas líneas, de corrientes opuestas en el seno del partido comunista, señalaba que

*«...el partido comunista es el partido **monolítico** del proletariado y no el partido de un bloque de elementos de las diversas clases.»***

En tanto que Mao Tse-tung concibe el partido como una unión de clases con intereses opuestos, como una organización en que están enfrentadas y luchan dos fuerzas, el proletariado y la burguesía, el «cuartel general proletario» y el «cuartel gene-

* **Mao Tse-tung. *Obras Escogidas***, t. V, Pekín, 1977, pág. 560, ed. en francés.

** **J. V. Stalin. *Obras***, t. XI, pág. 280, ed. en albanés.

ral burgués», los cuales deben tener sus representantes en todo el partido, desde la base hasta los más altos órganos dirigentes. Así, en 1956 exigía que fueran elegidos al Comité Central los dirigentes de las fracciones de izquierda y de derecha, presentando a este efecto argumentos tan ingenuos como ridículos. «Todo el país, el mundo entero, dice él, saben bien que ellos han cometido errores de línea. La razón por la que los elegimos estriba precisamente en que ellos son famosos. ¡Qué otro remedio hay si gozan de fama y la fama de los que no han cometido errores o sólo han cometido pequeños errores no puede compararse con la suya! En nuestro país, que tiene una gran masa de pequeñoburgueses, ellos son dos banderas.»* Renunciando a la lucha de principios en las filas del partido, Mao Tse-tung hacía el juego a las fracciones, buscaba concertar compromisos con algunas de ellas para oponerse a otras y reforzar así sus posiciones.

Con tal plataforma organizativa, el Partido Comunista de China nunca ha sido ni podía ser un partido marxista-leninista. En él no se respetaban los principios y las normas leninistas. El congreso del partido, en tanto que órgano supremo de dirección colectiva del mismo, no ha sido convocado regularmente. Así, por ejemplo, entre el VII congreso y el VIII transcurrieron 11 años, y 13¹⁵ años desde el VIII al IX, realizados después de la guerra. Además, los congresos desarrollados han sido, a su vez, formales, más bien reuniones de exhibición que de trabajo. Los delegados a los congresos no eran elegidos con arreglo a los principios y las normas marxista-leninistas de la vida del partido, sino que eran designados por los órganos dirigentes y actuaban según el sistema de representación permanente.

Últimamente el diario *Renmin Ribao* publicó un artículo es-

* **Mao Tse-tung. *Obras Escogidas***, t. V, Pekín, 1977, pág. 348, ed. en francés.

¹⁵ Durante un período de más de 40 años, de 1928 a 1969, el Partido Comunista de China no celebró más que 4 congresos: el VI Congreso tuvo lugar en 1928, el VII en 1945, el VIII en 1956 y el IX en 1969.

crito por un denominado grupo teórico del «Gabinete General» del Comité Central del Partido Comunista de China.* El artículo afirma que, bajo el nombre de «Gabinete General», Mao había creado en torno suyo un aparato especial que vigilaba y controlaba al Buró Político, al Comité Central del Partido, a los cuadros del estado, del ejército, de la seguridad, etc. Todos ellos, incluidos los miembros del Comité Central y del Buró Político, tenían prohibida la entrada en este gabinete y conocer su trabajo. En él eran trazados los proyectos para derrocar o llevar a la dirección a este o aquel grupo fraccionalista. El personal de este gabinete se encontraba en todos lados, vigilaba, espiaba e informaba de manera independiente y fuera del control del partido. Además, el gabinete tenía a su disposición toda una serie de destacamentos armados, que se ocultaban tras el nombre de «guardia del presidente Mao». Esta guardia pretoriana integrada por más de 50.000 hombres entraba en acción cuando el presidente decidía «actuar de un solo golpe», como ha ocurrido a menudo en la historia del Partido Comunista de China y como sucedió recientemente con la detención de los «cuatro» y sus partidarios por Jua Kuo-feng.

So pretexto de mantener contacto con las masas, Mao Tse-tung había creado al mismo tiempo una red especial de informadores sobre el terreno, a los cuales se les había asignado la tarea de vigilar a los cuadros de la base y de indagar el estado de ánimo y la psicología de las masas, sin que nadie se enterase de ello. Esta red informaba directa y únicamente a Mao Tse-tung, quien había interrumpido todos los contactos con las masas y veía el mundo a través de los datos que le proporcionaban los agentes del «Gabinete General». Mao ha dicho: «En lo que a mí se refiere, no escucho las radios; ni las extranjeras ni

* «Tengamos siempre en la mente las enseñanzas del presidente Mao», *Renmin Ribao* 8 de septiembre de 1977.

Los puntos de vista manifestados en este artículo, han sido analizados por el camarada **Enver Hoxha** en *Reflexiones sobre China*, t. II, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana. 1979, págs. 644-662, ed. en español.

las de China, sólo transmito». También ha afirmado: «He declarado públicamente que no voy a leer más el diario *Renmin Ribao*. Lo mismo le dije a su redactor jefe: No leo tu diario».*

El mencionado artículo de *Renmin Ribao* ofrece nuevos datos para comprender aún mejor el rumbo antimarxista que Mao Tse-tung había impreso al partido y al estado chinos y el poder personal que ejercía sobre ellos. Mao Tse-tung no ha tenido la menor consideración hacia el Comité Central y el congreso del partido, y no hablemos ya del partido en su conjunto y de sus comités de base. Los comités del partido, los cuadros dirigentes e incluso el propio Comité Central recibían órdenes del «Gabinete General», de este «cuartel general especial», que consultaba únicamente a Mao Tse-tung. Las instancias del partido, sus órganos electos no tenían ninguna competencia. En el artículo de *Renmin Ribao* se dice que «ningún telegrama, ninguna carta, ningún papel, ninguna orden podían despacharse por nadie sin ser controlados y aprobados previamente por Mao Tse-tung». Resulta que desde el año 1953 Mao Tse-tung había dado la siguiente orden categórica: «De hoy en adelante, cualquier documento o telegrama que se haya de expedir en nombre del Comité Central, sólo podrá ser despachado después que yo lo haya leído; de otra manera, no tendrá validez».** En estas condiciones no se puede hablar de dirección colectiva, ni de democracia interna en el partido, ni de normas leninistas.

El poder ilimitado de Mao Tse-tung llegaba al extremo de que designaba a sus herederos. En un tiempo nombró a Liu Shao-chi como sustituto suyo. Más tarde proclamó que el heredero del poder y del partido, tras su muerte, sería Lin Piao. Esto, que era algo sin precedentes en la práctica de los partidos marxista-leninistas, fue sancionado incluso en los estatutos del

* De la conversación de Mao Tse-tung con camaradas de nuestro Partido, 3 de febrero de 1967. Archivos Centrales del Partido del Trabajo de Albania (ACP).

** **Mao Tse-tung. Obras Escogidas**, t. V, Pekín, 1977, pág. 96, ed. en francés.

partido. También fue Mao Tse-tung quien designó a Jua Kuo-feng para presidente del partido, después de su muerte. El propio Mao, teniendo en sus manos los resortes del poder, criticaba, juzgaba, castigaba y después rehabilitaba a altos dirigentes del partido y del Estado. Así ocurrió con Teng Siao-ping, que, en su llamada autocrítica del 23 de octubre de 1966, ha afirmado, «Yo y Liu Shao-chi somos auténticos monárquicos. La esencia de mis errores radica en que no confío en las masas, no apoyo a las masas revolucionarias, sino que estoy en contra de ellas, he seguido una línea reaccionaria para aplastar la revolución, en la lucha de clases no he permanecido al lado del proletariado, sino de la burguesía... Todo esto demuestra que... no soy apto para ocupar puestos de responsabilidad».* Y a pesar de todos estos crímenes, este revisionista de marca mayor volvió a la poltrona en que estaba.

La esencia antimarxista del «pensamiento Mao Tse-tung» acerca del partido y de su papel, se ve también en la forma de concebir teóricamente y de aplicar en la práctica las relaciones entre el partido y el ejército. Dejando aparte las fórmulas utilizadas por Mao Tse-tung de que «el partido está por encima del ejército», «la política por encima del fusil», etc., etc., en la práctica concedía al ejército el papel político principal en la vida del país. Ya en los tiempos de la guerra decía: «Todos los cuadros del ejército deben ser capaces de dirigir a los obreros y organizar sindicatos, movilizar y organizar a la juventud, unirse a los cuadros de las nuevas regiones liberadas e instruirlos, administrar la industria y el comercio, dirigir escuelas, periódicos, agencias de noticias y estaciones de radio, ocuparse de los asuntos exteriores, arreglar los problemas relativos a los partidos democráticos y a las organizaciones populares, coordinar las relaciones entre la ciudad y el campo, resolver los problemas de los víveres y el abastecimiento de carbón y otros artículos de primera necesidad, así como arreglar las cues-

* Extracto de la autocrítica de Teng Siao-ping. (ACP).

tiones monetarias y financieras.»*

Por lo tanto, el ejército estaba por encima del partido, por encima de los órganos estatales, por encima de todo. De esto se desprende que las palabras de Mao Tse-tung acerca del papel del partido, como factor decisivo para la dirección de la revolución y la edificación socialista no han sido más que slogans. Tanto en el periodo de la guerra de liberación, como después de la creación de la República Popular China, en todas las luchas que de continuo se han desatado para la toma del poder por parte de una u otra fracción, el ejército ha jugado el papel decisivo. Asimismo, durante la Revolución Cultural el ejército desempeñó el papel principal, fue la última reserva de Mao. «Nosotros, ha dicho Mao Tse-tung en 1967, nos apoyamos en la fuerza del ejército... En Pekín teníamos únicamente dos divisiones, pero en mayo trajimos otras dos, para saldar las cuentas con el ex comité de Pekín del partido.»**

Para liquidar a sus adversarios ideológicos, Mao Tse-tung siempre ha movilizado al ejército. Levantó al ejército con Lin Piao a la cabeza para actuar contra el grupo de Liu Shao-chi y Teng Siao-ping. Más tarde, junto con Chou En-lai, organizó y lanzó al ejército contra Lin Piao. También después de la muerte de Mao, el ejército, inspirado en el «pensamiento Mao Tse-tung», ha desempeñado el mismo papel. Al igual que todos los que han llegado al poder en China, Jua Kuo-feng se apoyó en el ejército y actuó por medio de él. Éste, nada más morir Mao, levantó al ejército, y organizó, junto con los militares Ye Chien-ying, Wang Tung-sing y otros, el putsch, deteniendo a sus adversarios.

En China el poder sigue estando en manos del ejército, mientras que el partido va a su zaga. Esto es una característica general de los países dominados por el revisionismo. Los países ver-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. IV, Pekín, 1977, pág. 355. ed. en francés.

** Extracto de la conversación de Mao Tse-tung con la delegación de Amistad de la RPA, 18 de diciembre de 1967. (ACP).

daderamente socialistas refuerzan el ejército, como poderosa arma de la dictadura del proletariado, para aplastar a los enemigos del socialismo, en caso de que se sublevaran, así como para defender el país frente a un posible ataque por parte de los imperialistas y la reacción externa. Pero para que el ejército desempeñe en todo momento este papel, debe estar siempre, como nos enseña el marxismo-leninismo, bajo la dirección del partido y no ser el partido quien esté bajo la dirección del ejército.

Actualmente en China la ley es dictada por las fracciones más poderosas del ejército, precisamente las más reaccionarias, las cuales tienen como meta transformar China en un país socialimperialista.

En el futuro, a la par que China se convierte en una superpotencia imperialista, crecerán cada vez más el papel y la fuerza del ejército en la vida del país. Se reforzará como una guardia pretoriana armada hasta los dientes para defender un régimen y una economía capitalistas. Será el instrumento de una dictadura burguesa capitalista, de una dictadura que, en caso de que la resistencia popular sea fuerte, podrá adquirir formas fascistas abiertas.

El «pensamiento Mao Tse-tung», al preconizar la necesidad de que existan muchos partidos en la dirección del país, de que exista el llamado pluralismo político, está en oposición total a la doctrina marxista-leninista sobre el papel incompañible del partido comunista en la revolución y en la edificación socialistas. El que un país estuviese dirigido por varios partidos políticos, según el modelo norteamericano, era calificado por Mao Tse-tung, como ha declarado a E. Snow, como la forma más democrática de gobierno. «En último término ¿qué es mejor?, preguntaba Mao Tse-tung, ¿que haya uno o muchos partidos?» Y respondía: «Hoy, por lo que parece, es preferible que haya muchos. Así ha sido en el pasado, y así podrá ser en el futuro. Esto significa coexistencia duradera y control recíproco.»* Mao

* **Mao Tse-tung. Obras Escogidas**, t. V, Pekín, 1977. pág. 319, ed. en francés.

ha considerado indispensable la participación de los partidos burgueses en el poder y en el gobierno del país con los mismos derechos y prerrogativas que el Partido Comunista de China. Y no sólo esto, sino que, estos partidos de la burguesía, según él «históricos», no pueden desaparecer hasta que no desaparezca el Partido Comunista de China, es decir, coexistirán hasta el comunismo.

Según el «pensamiento Mao Tse-tung» un régimen democrático nuevo sólo puede existir sobre la base de la colaboración de todas las clases y de todos los partidos, y sólo así se puede construir el socialismo. Este concepto de la democracia socialista, del sistema político socialista, concepto que está fundado en «la coexistencia duradera y el control recíproco» de todos los partidos y que es muy parecido a lo que pregonan actualmente los revisionistas italianos, franceses, españoles, etc., es una negación abierta del papel dirigente y exclusivo del partido marxista-leninista en la revolución y la construcción socialistas. La experiencia histórica ya ha confirmado que sin el papel dirigente e incompañible del partido marxista-leninista no puede existir la dictadura del proletariado, es imposible la construcción y la defensa del socialismo.

*«...la dictadura del proletariado –decía Stalin– únicamente puede ser completa cuando está dirigida por un partido, el partido de los comunistas, el cual no comparte y no debe compartir la dirección con otros partidos».**

Las concepciones revisionistas de Mao Tse-tung tienen su base en la política de colaboración y de alianza con la burguesía, que ha aplicado constantemente el Partido Comunista de China. También la línea antimarxista y antileninista de que «se abran 100 flores y compitan 100 escuelas» tiene su origen en es-

* **J. V. Stalin. Obras**, t. X, pág. 97, ed. en albanés.

ta política y es manifestación directa de la coexistencia de ideologías opuestas.

Según Mao Tse-tung, en la sociedad socialista, paralelamente a la ideología proletaria, al materialismo y al ateísmo, hay que permitir la existencia de la ideología burguesa, el idealismo y la religión, hay que permitir que crezcan las «hierbas venenosas» a la par de las «flores fragantes», etc. Esta línea, según él, es indispensable para el desarrollo del marxismo, para abrir camino a los debates, a la libertad de opinión, pero en realidad, por medio de ella, él trata de echar los cimientos teóricos de la política de colaborar con la burguesía y de la coexistencia con su ideología. Mao Tse-tung dice: «...impedir que la gente entre en contactos con lo falso, con lo pernicioso o con lo que nos es hostil, con el idealismo y la metafísica, impedir que conozca las ideas de Confucio, Lao Tsé y Chiang Kai-shek, sería una política peligrosa. Conduciría a la regresión del pensamiento, a la unilateralidad y haría a la persona incapaz de enfrentar las pruebas de la vida...»* Es así como Mao Tse-tung concluye que el idealismo, la metafísica y la ideología burguesa existirán eternamente, y por tanto, no sólo no hay que impedirlos, sino que se les debe dar la posibilidad de brotar, salir a la superficie y competir. Esta actitud conciliadora con todo lo reaccionario va tan lejos, que considera irremediables los desórdenes en la sociedad socialista y errónea la prohibición de la actividad de los enemigos. «En mi opinión, dice él, cualquiera que desee provocar disturbios puede hacerla durante el tiempo que le dé la gana: si no le basta con un mes, nosotros le damos dos; en otras palabras, no declararemos zanjado el asunto hasta que esté harto de disturbios. Si ustedes se apresuran a poner fin a los desórdenes, tarde o temprano surgirán de nuevo».**

Aquí no estamos ante discusiones académicas «científicas»,

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 397, ed. en francés.

** *Ibidem*, págs. 405-406.

sino ante una línea política oportunista contrarrevolucionaria que se ha opuesto al marxismo-leninismo, que ha desorientado al Partido Comunista de China, en cuyo seno han circulado ciento y pico puntos de vista e ideas y hoy existen en verdad 100 escuelas compitiendo. Esto ha hecho que las avispas burguesas revoloteen libremente por el jardín de las 100 flores y viertan su veneno.

Tal actitud oportunista en lo tocante a los problemas ideológicos tiene sus raíces, aparte de otras cosas, en que el Partido Comunista de China, a lo largo de todo el periodo que va desde su fundación hasta la liberación del país y de ahí en adelante, no se ha esforzado por consolidarse ideológicamente, no ha trabajado por inculcar la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin en la mente y en el corazón de sus miembros, no ha luchado por asimilar las cuestiones fundamentales de la ideología marxista-leninista y aplicarlas consecuentemente, paso a paso, a las condiciones concretas de China.

El «pensamiento Mao Tse-tung» está en oposición a la teoría marxista-leninista de la revolución.

En los escritos de Mao Tse-tung se habla frecuentemente del papel de las revoluciones en el proceso del desarrollo de la sociedad, pero en esencia él se atiene a una concepción metafísica, evolucionista. Contrariamente a la dialéctica materialista, que argumenta el desarrollo progresivo en forma de espiral, Mao Tse-tung predica el desarrollo en forma cíclica, giratoria, como un proceso ondulatorio que pasa del equilibrio al desequilibrio y nuevamente al equilibrio, del movimiento a la inmovilidad y de nuevo al movimiento, del ascenso al descenso y del descenso al ascenso, de la progresión a la regresión y seguidamente a la progresión, etc. Así, ateniéndose al concepto de la antigua filosofía sobre el papel purificador del fuego, Mao Tse-tung escribe: «Es preciso «encender el fuego» de forma periódica. Pero, ¿cómo proceder en adelante? Según ustedes, ¿cuándo hay que encenderlo, una vez al año o una vez cada tres

años? A mi juicio debemos hacerlo como mínimo dos veces cada cinco años, a semejanza de lo que ocurre con el mes intercalar del año bisiesto en el calendario lunar, mes que se repite una vez cada tres años o dos veces en cinco años.»* Así pues, al igual que los viejos astrólogos, obtiene del calendario lunar la ley sobre el encendido periódico del fuego, sobre el desarrollo que va de la «gran armonía» al «gran desorden» y de nuevo a la «gran armonía», y así los ciclos se repiten periódicamente. De este modo a la concepción materialista dialéctica sobre el desarrollo que, como dice Lenin,

*«...nos proporciona la clave del «automovimiento» de todo lo existente; ...nos da la clave de los «saltos», la «ruptura de la continuidad», la «transformación en el contrario», la «destrucción de lo viejo y el surgimiento de lo nuevo»,***

el «pensamiento Mao Tse-tung» le contraponen la concepción metafísica «sin vida, pálida, árida».

Esto se ve con mayor claridad cuando Mao Tse-tung trata el problema de las contradicciones, dominio donde, según la propaganda china, Mao habría dado «una contribución especial» y habría desarrollado aún más la dialéctica materialista. Es cierto que Mao Tse-tung en muchos de sus escritos habla frecuentemente de los contrarios, de las contradicciones, de la unidad de los contrarios, emplea incluso citas y frases marxistas, pero, con todo esto, está muy lejos de la comprensión materialista dialéctica de estas cuestiones. Al tratar las contradicciones no parte de las tesis marxistas, sino de las tesis de los antiguos filósofos chinos, considerando los contrarios de manera mecánica como fenómenos externos e imaginando la transformación de los mis-

mos como una simple inversión de los dos términos. Operando con algunos de esos contrarios eternos que coge de la filosofía antigua como arriba-abajo, detrás-delante, derecha-izquierda, fácil-difícil, etc., etc., Mao Tse-tung, en el fondo, niega las contradicciones internas en los mismos objetos y fenómenos, y trata el desarrollo como una mera repetición, como una sucesión de estados intangibles donde se observan los mismos contrarios y la misma correlación entre ellos. Mao Tse-tung interpreta la transformación de cada uno de los dos términos de una contradicción en su contrario como un esquema formal al cual todo debe estar subordinado, como una simple inversión y no como la solución de la contradicción ni como un cambio cualitativo del propio fenómeno que comporta estos contrarios. Partiendo de este esquema Mao llega a declarar: «Cuando el dogmatismo se transforma en su contrario, se convierte o bien en marxismo o bien en revisionismo»,* «la metafísica se transforma en dialéctica y la dialéctica en metafísica», etc. Detrás de estas afirmaciones absurdas y tras el juego sofisticado de los contrarios se ocultan los conceptos oportunistas y antirrevolucionarios de Mao Tse-tung. Así, la revolución socialista no es vista por él como un cambio cualitativo de la sociedad, donde desaparecen las clases antagónicas y la opresión y la explotación del hombre por el hombre, sino que es imaginada como una simple inversión de papeles entre la burguesía y el proletariado. Para probar este «descubrimiento», Mao escribe: «Si la burguesía y el proletariado no pudieran transformarse el uno en el otro, ¿cómo se explicaría que el proletariado se convierta por medio de la revolución en clase dominante y la burguesía en una clase dominada?... Nosotros y el Kuomintang de Chiang Kai-shek en lo fundamental estamos en posiciones diametralmente opuestas. Como resultado de la lucha y de la exclusión recíproca de los dos aspectos contradictorios, nosotros y el Kuomintang cambiamos los luga-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 499, ed. en francés.

** V. I. Lenin. *Obras*, t. XXXVIII, pág. 396, ed. en albanés.

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 479, ed. en francés.

res...»* Esta misma lógica ha conducido a Mao Tse-tung también a revisar la teoría marxista-leninista sobre las dos fases de la sociedad comunista. «La dialéctica nos enseña que el régimen socialista, como fenómeno histórico, desaparecerá un día, del mismo modo que muere la persona, y que el régimen comunista será la negación del socialista. ¿Cómo puede considerarse marxista la aserción según la cual el régimen socialista y también las relaciones de producción y la superestructura del socialismo no desaparecerán? ¿No sería esto un dogma religioso, la teología que predica la eternidad de Dios?»**

De este modo Mao Tse-tung, al revisar abiertamente la concepción marxista-leninista sobre el socialismo y el comunismo, que en el fondo son dos fases de un mismo tipo, de un mismo orden económico-social, y que se diferencian únicamente por su grado de desarrollo y madurez, presenta el socialismo como algo diametralmente opuesto al comunismo.

De tales conceptos metafísicos y antimarxistas parte Mao Tse-tung cuando trata en general la cuestión de la revolución, que contempla como un proceso sin fin que se repetirá periódicamente mientras exista el ser humano sobre la tierra, como un proceso que pasa de la derrota a la victoria, de la victoria a la derrota y así sucesivamente. Las concepciones antimarxistas, unas veces evolucionistas y otras anarquistas de Mao Tse-tung sobre la revolución, aparecen con mayor claridad cuando habla de los problemas de la revolución en China.

Según se desprende de sus escritos, Mao Tse-tung no se ha apoyado en la teoría marxista-leninista para analizar los problemas y determinar las tareas de la revolución china. El mismo afirma en el discurso que pronunció en la Conferencia ampliada de trabajo convocada por el Comité Central del Partido Comunista de China en enero de 1962, que «el trabajo revolucio-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, págs. 399-400, ed. en francés.

** *Ibidem*, pág. 409.

nario que durante muchos años hemos realizado ha sido a ciegas, sin saber cómo debía llevarse a cabo la revolución, contra quién había que dirigir su punta de lanza, sin imaginar sus etapas, a saber, quién debía ser derrocado en un comienzo y quién más tarde, etc.» Esto ha hecho que el Partido Comunista de China fuese incapaz de asegurar la dirección del proletariado en la revolución democrática y transformarla en revolución socialista. Todo el desarrollo de la revolución china es prueba de la trayectoria caótica del Partido Comunista de China, el cual no se guiaba por el marxismo-leninismo, sino por las concepciones antimarxistas del «pensamiento Mao Tse-tung» sobre el carácter de la revolución, sobre sus etapas, sobre las fuerzas motrices, etc.

Mao Tse-tung nunca ha podido comprender y explicar correctamente los estrechos vínculos que existen entre la revolución democrático-burguesa y la revolución proletaria. En oposición a la teoría marxista-leninista, que ha argumentado científicamente que entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista no se levanta una muralla china, que ambas revoluciones no deben estar separadas por un largo período de tiempo, Mao Tse-tung afirmaba: «La transformación de nuestra revolución en revolución socialista es una cuestión que pertenece al futuro... Que cuando se haga esta transición... puede necesitarse un período bastante largo. Dado que para tal paso no se dan todas las condiciones políticas y económicas necesarias, dado que esta transición no puede aportar beneficios, sino perjuicios, a la mayoría aplastante de nuestro pueblo, no debe hablarse de ella».*

A esta concepción antimarxista, que no está por la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista, se ha atenido Mao Tse-tung a lo largo de toda la revolución, inclusive después de la liberación. Así, en 1940 Mao Tse-tung dice: «La revolución china debe atravesar necesaria-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. I, pág. 210, ed. en albanés.

mente... la fase de la nueva democracia y solamente después, la fase del socialismo. De estas dos fases, la primera será relativamente larga...»*. En marzo de 1949, en el pleno del Comité Central del Partido, en el que Mao Tse-tung presentó el programa para el desarrollo de China después de la liberación, dice: «A lo largo de este período habrá que permitir todos los elementos del capitalismo, tanto de la ciudad como del campo». Estos puntos de vista y «teorías» han hecho que el Partido Comunista de China y Mao Tse-tung no luchen por elevar la revolución china a revolución socialista, que dejen el campo libre al desarrollo de la burguesía y a las relaciones sociales capitalistas.

En la cuestión de la correlación entre la revolución democrática y la socialista, Mao Tse-tung se mantiene en las posiciones de los cabecillas de la II Internacional, que fueron los primeros que atacaron y tergiversaron la teoría marxista-leninista sobre el ascenso de la revolución y aparecieron con la tesis de que entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista media un periodo largo, durante el cual la burguesía desarrolla el capitalismo y crea condiciones para pasar a la revolución proletaria. La transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista, sin dar al capitalismo la posibilidad de desarrollarse ulteriormente, la consideraban como algo imposible, como quemar etapas. También Mao Tse-tung se atiene por completo a esta concepción cuando afirma: «Esforzarse por construir el socialismo sobre las ruinas del orden colonial, semicolonial y semifeudal, sin un estado unificado de nueva democracia... sin el desarrollo del sector privada capitalista... sería pura quimera».**

Las concepciones antimarxistas del «pensamiento Mao Tse-tung» sobre la revolución aparecen aún más claras cuando Mao enfoca las fuerzas matrices de la revolución. Mao Tse-tung no reconocía el papel hegemónico del proletariado. Lenin ha di-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. III, pág. 169, ed. en albanés.

** Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. IV, pág. 366, ed. en albanés.

cho que en el período del imperialismo, en toda revolución, por lo tanto en la revolución democrática, en la revolución antiimperialista de liberación nacional y en la revolución socialista, la dirección debe corresponder al proletariado. En tanto que Mao Tse-tung, pese a que hablaba sobre el papel del proletariado, en la práctica subestimaba su hegemonía en la revolución y ha elevado el papel del campesinado.¹⁶ Mao Tse-tung ha dicho que «...la lucha actual contra los ocupantes japoneses es, en esencia, una lucha campesina. El orden político de la nueva democracia, en el fondo, significa colocar a los campesinos en el poder».*

Mao Tse-tung expresaba esta teoría pequeñoburguesa en la tesis global «el campo debe asediar la ciudad». «...el campo revolucionario, escribía él, puede asediar las ciudades... el trabajo en el campo debe desempeñar el papel principal en el movimiento revolucionario chino, mientras que el trabajo en la ciudad debe desempeñar un papel de segundo orden».** Mao ha expuesto esta misma idea cuando ha escrito sobre el papel del campesinado en el poder. Ha indicado que todos los partidos y demás fuerzas políticas deben someterse al campesinado y a sus puntos de vista. «...millones de campesinos se pondrán en pie, serán impetuosos e indomables como un verdadero huracán, escribía él, y no habrá fuerza capaz de contenerlos... Pondrán a prueba a todos los partidos y grupos revolucionarios, a todos los revolucionarios, con el objetivo de que acepten o rechacen sus puntos de vista».**.* Según Mao resulta que es el campesinado y no la clase obrera quien debe ejercer la hegemonía en la revolución.

¹⁶ Es significativo el hecho que mientras en 1927 este partido cantaba con 64.500 miembros, el 65 por ciento de las cuales eran obreros, el 20 por ciento intelectuales y el 15 por ciento campesinos, en 1928 cuando el partido contaba con 130.194 miembros, sólo el 10.9 por ciento eran obreros y 76.6 por ciento campesinas.

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. III, págs. 177-178, ed. en albanés.

** Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. IV, págs. 257, 259, ed. en albanés.

*** Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. I, págs. 27-28, ed. en albanés.

La tesis sobre el papel hegemónico del campesinado en la revolución ha sido preconizada por Mao Tse-tung también como la vía de la revolución mundial. De aquí parte la concepción antimarxista que considera el llamado tercer mundo, que en la literatura política china se denomina entre otras cosas el «campo mundial», como «la fuerza motriz principal para la transformación de la sociedad contemporánea». Según los puntos de vista chinos, el proletariado es una fuerza social secundaria, que no puede jugar el papel que prevén Marx y Lenin en la lucha contra el capitalismo y en el triunfo de la revolución, en alianza con todas las fuerzas oprimidas por el capital.

En la revolución china ha predominado la pequeña y media burguesía. Es esta amplia capa de la pequeña burguesía la que ha influido en todo el desarrollo de China.

Mao Tse-tung no se basaba en la teoría marxista-leninista que nos enseña que el campesinado, y en general la pequeña burguesía, es vacilante. Naturalmente, el campesinado pobre y medio desempeñan un papel importante en la revolución y deben ser los aliados íntimos del proletariado. Pero la clase campesina, la pequeña burguesía, no pueden dirigir al proletariado en la revolución. Concebir y propagar lo contrario significa estar en contra del marxismo-leninismo. Aquí radica asimismo una de las fuentes principales de los puntos de vista antimarxistas de Mao Tse-tung, que han influido negativamente en toda la revolución china.

El Partido Comunista de China no ha tenido teóricamente claro el principio revolucionario y rector básico sobre el papel hegemónico del proletariado en la revolución, y por consiguiente tampoco lo aplicaba como es debido y de manera consecuyente en la práctica. La experiencia demuestra que el campesinado puede desempeñar su papel revolucionario sólo si actúa en alianza con el proletariado y bajo su dirección. Esto ha sido confirmado también en nuestro país durante la Lucha de Liberación Nacional. El campesinado albanés era la fuerza principal de nuestra revolución, sin embargo nuestra clase obrera, pese a ser

numéricamente muy pequeña, dirigió al campesinado porque la ideología marxista-leninista, la ideología del proletariado, encarnada en el Partido Comunista, hoy Partido del Trabajo, vanguardia de la clase obrera, era la guía de la revolución. Por eso vencimos no sólo en la Lucha de Liberación Nacional, sino también en la construcción del socialismo.

A pesar de las innumerables dificultades con que chocamos en nuestro camino, hemos alcanzado un éxito tras otro. Y estos éxitos los hemos alcanzado, en primer lugar, porque el Partido asimiló bien la esencia de la teoría de Marx y Lenin, comprendió lo que era la revolución, quién la hacía y quién debía dirigirla, comprendió que a la cabeza de la clase obrera, en alianza con el campesinado, debía estar un partido de tipo leninista. Los comunistas entendieron que este partido no sólo debía llevar el nombre de comunista, sino además ser un partido que aplicara, en las condiciones de nuestro país, la teoría marxista-leninista de la revolución y de la construcción del Partido, que se dedicara al trabajo para edificar la nueva sociedad socialista siguiendo el ejemplo de la construcción del socialismo en la Unión Soviética del tiempo de Lenin y Stalin. Esta actitud dio la victoria a nuestro Partido y al país el gran potencial político, económico y militar de que goza hoy. Si se hubiera actuado de otra manera, si no se hubieran aplicado consecuentemente estos principios de nuestra gran teoría en un país pequeño como el nuestro, cercado de enemigos, no podía construirse el socialismo. También en el caso de que por un momento se hubiera tomado el poder, la burguesía lo hubiese arrebatado de nuevo, como ocurrió en Grecia, donde incluso antes del fin victorioso de la guerra, el Partido Comunista Griego entregó las armas a la burguesía reaccionaria del país y al imperialismo inglés.*

Por eso, el problema del papel hegemónico en la revolución

* Para mayores explicaciones al respecto véase: **Enver Hoxha. Con Stalin (Memorias)**, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1984, págs. 171-210, ed. en francés.

reviste una gran importancia de principios, porque de la cuestión de saber quién la dirige dependen la dirección y el desarrollo que va a tomar.

*«La renuncia a la idea de la hegemonía –puntu-
liza Lenin– es la variedad más burda del reformis-
mo.»**

Precisamente la negación por parte del «pensamiento Mao Tse–tung» del papel hegemónico del proletariado, fue una de las causas de que la revolución china no pasase de ser una revolución democrático–burguesa y no llegase a revolución socialista. Mao Tse–tung en su escrito «Sobre la nueva democracia» preconizaba que, después del triunfo de la revolución en China, debía instaurarse un régimen que se asentase en la alianza de las «clases democráticas», donde incluía, además del campesinado y el proletariado, a la pequeña burguesía urbana y a la burguesía nacional. «Si es justo, escribe él, que «deben comer todos», entonces el poder no debe ser usurpado sólo por un partido, un grupo, una clase».** Esto mismo ha sido reflejado en la bandera nacional de la República Popular China con las cuatro estrellas, que representan cuatro clases: La clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía de la ciudad y la burguesía nacional.

La revolución en China, que llevó a la liberación del país, a la creación del estado chino independiente, fue una gran victoria para el pueblo chino, para las fuerzas antiimperialistas y democráticas del mundo. Después de la liberación en China se operaron bastantes cambios positivos: se liquidó la dominación del imperialismo extranjero y de los grandes terratenientes, se combatieron la pobreza y el paro forzoso, se realizaron una serie de reformas económicas y sociales en favor de las masas trabajadoras, se luchó contra el atraso educacional y cultural, se

* V. I. Lenin. *Obras*, t. XVII, pág. 252, ed. en albanés.

** Mao Tse–tung. *Obras Escogidas*, t. III, pág. 235, ed. en albanés.

adoptaron diversas medidas para reconstruir el país destruido por la guerra, se llevaron a cabo asimismo algunas transformaciones de carácter socialista. En China, donde antes la gente se moría por millones, ya no había hambre y otras lacras. Todos estos son hechos innegables, son victorias importantes para el pueblo chino.

Debido a la adopción de estas medidas y a que el Partido Comunista de China llegó al poder, se creó la impresión de que China se encaminaba hacia el socialismo. Pero no ocurrió así. El Partido Comunista de China, que después del triunfo de la revolución democrático–burguesa debía caminar con pasos medidos, no dar muestra de izquierdismo ni quemar las etapas, al basar su actividad en el «pensamiento Mao Tse–tung», se mostró «democrático», liberal, oportunista y no orientó el país de manera consecuente por el justo camino del socialismo.

Los puntos de vista políticos e ideológicos no marxistas, eclécticos, burgueses de Mao Tse–tung dieron a la China liberada una superestructura inestable, una organización estatal y económica caótica, que nunca se estabilizó. China se debatía en un desorden permanente, incluso anárquico, desorden que era estimulado por el propio Mao Tse–tung mediante la consigna de que «se debe enturbiar para aclarar».

En el nuevo estado chino un papel especial ha desempeñado Chou En–lai. Este era un economista y organizador capaz, pero jamás fue un político marxista–leninista. Como pragmata típico que era, supo llevar a la práctica sus concepciones no marxistas y acomodarlas a la perfección a cada grupo que tomaba el poder en China. Era un «poussa»*, siempre estaba de pie, no obstante, en todo momento se inclinaba desde el centro hacia la derecha, pero jamás hacia la izquierda.

Chou En–lai era un maestro de los compromisos sin principio. Ha apoyado y condenado a Chang Kai–shek, Kao–gang, Liu Shao–chi, Teng Siao–ping, Mao Tse–tung, Lin Piao, a los

* En francés en el original – dominguillo.

«cuatro», pero jamás apoyó a Lenin y a Stalin, al marxismo-leninismo.

Después de la liberación, como consecuencia de los puntos de vista y de las posiciones de Mao Tse-tung, Chou En-lai, etc., en la línea política del partido se advirtieron numerosas vacilaciones en todas las direcciones. En China se conservó viva la tendencia predicada por el «pensamiento Mao Tse-tung» de que la etapa de la revolución democrático-burguesa debía proseguir por largo tiempo. Mao Tse-tung insistía en que en esta etapa, a la par del desarrollo del capitalismo, al cual daba prioridad, se crearían igualmente las premisas del socialismo. A esto está ligada también su tesis sobre la convivencia del socialismo con la burguesía durante un período de tiempo muy largo, considerando esto como algo útil tanto para el socialismo como para la burguesía. Respondiendo a los que se oponían a tal política y que presentaban como argumento la experiencia de la Revolución Socialista de Octubre, Mao Tse-tung dice: «La burguesía rusa era una clase contrarrevolucionaria; rechazó por aquel entonces las medidas del capitalismo de estado, boicoteó la producción, hizo sabotajes y llegó a recurrir a las armas. Así las cosas, el proletariado ruso no tuvo más remedio que liquidarla. Exasperada por esto, la burguesía de los demás países vomitó injurias. Aquí en China damos un tratamiento más o menos suave a la burguesía nacional, y ésta se siente un poco a gusto al ver que todavía puede obtener algún provecho».* Tal política, según Mao Tse-tung, ha aportado a China un supuesto prestigio a los ojos de la burguesía internacional, cuando en realidad ha ocasionado un gran perjuicio al socialismo en China.

Mao Tse-tung ha presentado esta actitud oportunista hacia la burguesía como una aplicación creadora de las enseñanzas de Lenin sobre la NEP (Nueva Política Económica). Pero entre las enseñanzas de Lenin y la concepción de Mao Tse-tung sobre la

* **Mao Tse-tung. *Obras Escogidas***, t. V, Pekín, 1917, pág. 338, ed. en francés.

ausencia de toda restricción a la producción capitalista y la conservación de las relaciones burguesas en el socialismo, existe una diferencia radical. Lenin reconoce que la NEP era un retroceso que permitía el desarrollo de los elementos del capitalismo, durante un cierto tiempo, pero, subraya:

*«...para el poder proletario no hay en ello nada terrible, mientras el proletariado sostenga firmemente el poder en sus manos, mientras mantenga firmemente en sus manos los medios de transporte y la gran industria».**

En China, en 1949 y en 1956, fechas en que Mao Tse-tung hacía estas prédicas, de hecho el proletariado no mantenía en sus manos ni el poder ni la gran industria.

Además Lenin consideraba la NEP como algo **provisional que venía impuesto por las condiciones concretas** de la Rusia de entonces, arruinada por la larga guerra civil, pero no como una ley general de la construcción socialista. De hecho, un año después de la proclamación de la NEP, Lenin puntualizaba que la retirada ya había terminado y lanzó la consigna de preparar la ofensiva contra el capital privado en la economía. Mientras que en China se preveía que el período de la preservación de la producción capitalista se prolongase durante casi toda la vida. Según el punto de vista de Mao Tse-tung el régimen implantado en China después de la liberación debía ser un régimen democrático-burgués, mientras, aparentemente, debía estar en el poder el Partido Comunista de China. Así es el «pensamiento Mao Tse-tung».

La transición de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista puede realizarse siempre y cuando el proletariado aparte del poder de manera resuelta a la burguesía y la expropia. En China mientras la clase obrera compartió el poder

* **V. I. Lenin. *Obras***, t. XXXII, pág. 434, ed. en albanés.

con la burguesía, mientras la burguesía conservó sus privilegios, el poder instaurado en ese país no podía ser poder del proletariado, y por consiguiente la revolución china no podía elevarse a revolución socialista.

El Partido Comunista de China ha mantenido una actitud benévola, oportunista hacia las clases explotadoras y Mao Tse-tung ha predicado abiertamente la integración pacífica de los elementos capitalistas en el socialismo. Mao Tse-tung decía: «Aunque hoy todos los ultrarreaccionarios del mundo son ultrarreaccionarios y lo serán mañana y pasado mañana, no pueden serlo eternamente; al final cambiarán... Los ultrarreaccionarios, en esencia, son testarudos, pero no inmutables... Ocurre que los ultrarreaccionarios cambian para bien... reconocen sus errores y se ponen en el camino justo. En una palabra, los ultrarreaccionarios cambian».*

Queriendo poner una base teórica a este concepto oportunista y jugando con la «transformación de los contrarios»; Mao Tse-tung decía que, a través del debate, la crítica y la transformación, las contradicciones antagónicas se convierten en no antagónicas, que las clases explotadoras y la intelectualidad burguesa pueden volverse en su contrario, es decir, hacerse revolucionarias. «Pero en las condiciones de nuestro país, escribía Mao Tse-tung en 1956, la mayor parte de los contrarrevolucionarios se corregirán en diversos grados. Gracias a que hemos adoptado una política correcta respecto a los contrarrevolucionarios, muchos de ellos han cambiado y no se oponen a la revolución. Incluso, algunos han hecho cosas útiles.»**

Partiendo de tales concepciones antimarxistas, según las cuales los enemigos de clase con el paso del tiempo se enmiendan, ha predicado la conciliación de clases con ellos, y ha permitido que continúen enriqueciéndose, explotando, expresándose y ac-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. III, pág. 239, ed. en albanés.

** Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 321, ed. en francés.

tuando libremente en contra de la revolución. Para justificar esta actitud capitulacionista hacia los enemigos de clase Mao Tse-tung escribía: «Ahora estamos muy atareados. Atacarlos todos los días y durante cincuenta años, es imposible. Al que rehúse corregirse, podemos dejarle así y que, llevando sus errores al ataúd, se presente ante los soberanos del infierno».* Actuando en la práctica de acuerdo con estas consideraciones conciliadoras con los enemigos, la administración estatal en China permaneció en manos de los viejos funcionarios. Los generales de Chiang Kai-shek llegaron incluso a ministros. Hasta el emperador Pu I de Man-Chu-Kuo, emperador títere de los invasores japoneses, fue rodeado de todos los cuidados y convertido en un objeto de museo para que las delegaciones se entrevistaran y conversaran con él, y vieran cómo eran reeducadas las personas de este tipo en la China «socialista». La publicidad que se hacía de este ex emperador marioneta, tenía, entre otros, el objetivo de tranquilizar también a los reyes, a los cabecillas y a los peles de la reacción de los otros países, y persuadirles de que el «socialismo» de Mao es bueno y no hay motivo para tenerle miedo.

En China se han mantenido actitudes que no huelen a lucha de clases también hacia los feudales y los capitalistas, que han cometido innumerables crímenes contra el pueblo chino. Elevando a teoría tales actitudes y defendiendo abiertamente a los contrarrevolucionarios, Mao Tse-tung declaraba: «...no debemos ejecutar a nadie y tenemos que detener a muy pocos. Los departamentos de la seguridad pública no deben arrestarlos, el ministerio público no debe perseguirlos ni dar inicio a procesos de instrucción contra ellos, y los tribunales no deben juzgar a nadie. Precisamente así tenemos que actuar con más del 90 por ciento de los contrarrevolucionarios».** Mao Tse-tung, razo-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 512, ed. en francés.

** Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 323, ed. en francés.

nando como un sofista, indica que la ejecución de los contrarrevolucionarios no reporta ningún beneficio, que esto obstaculiza la producción y el nivel científico del país, acarrea una mala fama en el mundo, etc., porque si se elimina a un contrarrevolucionario «nos veríamos obligados a comparar con él a un segundo, a un tercero y así sucesivamente, de modo que rodarían muchas cabezas... y si cae una cabeza, no puede ser puesta en su lugar, no es como una cebolla que vuelve a crecer después de ser cortada».*

Como resultado de estas concepciones antimarxistas sobre las contradicciones, sobre las clases y sobre su papel en la revolución, preconizadas por el «pensamiento Mao Tse-tung», China jamás marchó por el justo camino de la construcción socialista. En la sociedad china han existido y continúan existiendo no ya remanentes económicos, políticos, ideológicos y sociales del pasado, sino también las clases explotadoras en tanto que clases, las cuales han estado y siguen en el poder. La burguesía no sólo no ha dejado de existir, sino que además continúa beneficiándose de las rentas de sus antiguos bienes. Legalmente en China no ha desaparecido la renta capitalista, porque la dirección china se ha atenido a la estrategia de la revolución democrático-burguesa formulada por Mao Tse-tung en 1935, que en aquel entonces decía: «La legislación laboral de la república popular..., no está dirigida contra el enriquecimiento de la burguesía nacional...»** La capa de los kulaks, teniendo en cuenta la forma que tomó en China, ha conservado grandes ventajas y beneficios, de acuerdo con la «política del derecho igual a la tierra». El propio Mao Tse-tung orientaba que los kulaks no fuesen tocados, porque esto podría suscitar la cólera de la burguesía nacional, con la cual el Partido Comunista de China había formado un frente único en lo político, lo económico y lo organizativo.***

* *Ibidem.*

** Mao Tse-tung, *Obras Escogidas*, t. I, pág. 209, ed en albanés.

*** Mao Tse-tung, *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 22, ed. en francés.

Todo esto demuestra que el «pensamiento Mao Tse-tung» no dirigió ni podía dirigir a China por el verdadero camino del socialismo. Incluso, como ha declarado Chou En-lai en 1949 al dirigirse en secreto al gobierno norteamericano para que ayudara a China, ni Mao Tse-tung ni sus principales sostenedores habían sido partidarios de la vía del socialismo. «China, escribía Chou En-lai, todavía no es un país comunista, y si la política de Mao Tse-tung es llevada correctamente a la práctica, tardará mucho tiempo en serlo.»*

Demagógicamente, Mao Tse-tung y el Partido Comunista de China han subordinado a su política pragmática todas las declaraciones sobre la construcción de la sociedad socialista y comunista. Así, en los años del llamado gran salto, con la intención de echar tierra a los ojos de las masas, que, habiendo salido de la revolución, aspiraban al socialismo, declaraban que en el lapso de 2 ó 3 quinquenios pasarían directamente al comunismo. Pero más tarde, para encubrir sus fracasos, se pusieron a elucubrar teorías según las cuales la construcción y el triunfo del socialismo necesitarían diez mil años.

Es cierto que el Partido Comunista de China se llamaba comunista, pero evolucionó en otra dirección, en un camino liberal caótico, en un camino oportunista, y no podía ser una fuerza capaz de guiar el país hacia el socialismo. El camino que recorría, y que se concretó más claramente después de la muerte de Mao, no era el camino del socialismo, sino el de la construcción de un gran estado burgués, socialimperialista.

El «pensamiento Mao Tse-tung», en tanto que doctrina antimarxista, ha substituido el internacionalismo proletario por el chovinismo de gran estado.

El Partido Comunista de China, ya en los primeros pasos de su actividad, manifestó tendencias abiertamente nacionalistas y chovinistas, las cuales, como demuestran los hechos, tampoco

* *International Herald Tribune*, 14 de agosto de 1978.

puieron ser erradicadas en los períodos posteriores. Li Da-chao, uno de los fundadores del Partido Comunista de China, decía: «los europeos piensan que el mundo pertenece exclusivamente a los blancos y que éstos constituyen la clase superior, mientras que los pueblos de color, la clase inferior. El pueblo chino, prosigue Li Da-chao, debe estar dispuesto a desarrollar una lucha de clases contra las otras razas del mundo, en el curso de la cual manifestará una vez más sus propias peculiaridades nacionales». Con estas concepciones se modeló desde un comienzo el Partido Comunista de China.

Estas concepciones racistas y nacionalistas no debían estar completamente erradicadas de la mentalidad de Mao Tse-tung y mucho menos de la de Liu y de Teng. En el informe presentado en 1938 ante el Comité Central del Partido, Mao Tse-tung decía: «La China de hoy es producto de todo el desarrollo anterior de China... Debemos generalizar nuestro pasado, desde Confucio hasta Sun Yat-sen, ... debemos tomar posesión de su valioso legado. Esto será un fuerte apoyo para dirigir el gran movimiento actual.»*

Naturalmente, todo partido marxista-leninista admite que es preciso apoyarse en el patrimonio del pasado de su pueblo, pero tiene en cuenta que no se debe apoyar en cualquier patrimonio heredado, sino sólo en el progresista. Los comunistas rechazan el patrimonio reaccionario tanto en el terreno de las ideas como en cualquier otro. Los chinos han sido muy conservadores, e incluso xenófobos, por lo que se refiere a las formas y al contenido de este patrimonio y a sus viejas ideas. Conservaban lo viejo como un tesoro de gran valor. De las conversaciones que hemos sostenido con ellos se desprende que toda experiencia revolucionaria mundial, no tenía mucho valor para los chinos. Para ellos sólo tenían valor su política, la lucha que han desarrollado contra Chiang Kai-shek, la larga marcha, la teoría de Mao Tse-tung. Por lo que se refiere a los valores pro-

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. II, págs. 250-251, ed. en albanés.

gresistas de los demás pueblos, los chinos no tenían ninguna consideración o ésta era muy poca, incluso no se tomaban la molestia de estudiarlos. Mao Tse-tung ha declarado que «los chinos deben dejar de lado las fórmulas creadas por los extranjeros». Pero no determina cuáles son estas fórmulas. Él ha denunciado «todos los clichés y los dogmas tomados de los otros países». Aquí surge la siguiente pregunta: ¿Acaso en estos «dogmas» y «clichés» extraños a China se incluye también la teoría del socialismo científico que no ha sido elaborada por los chinos?

La dirección del Partido Comunista de China ha considerado el marxismo-leninismo como monopolio de la Unión Soviética, respecto a la cual Mao Tse-tung y compañía han abrigado puntos de vista chovinistas, puntos de vista de gran estado, han tenido, por decirlo así, un cierto celo burgués. No han considerado la Unión Soviética de los tiempos de Lenin y Stalin como la gran patria del proletariado mundial, en la cual debían apoyarse los proletarios de todo el mundo para realizar la revolución y a la cual debían defender con todas sus fuerzas frente al gran ataque de la burguesía y del imperialismo.

Hace algunas décadas, Mao Tse-tung y Chou En-lai, los dos principales líderes del Partido Comunista de China, han hablado y actuado en contra de la Unión Soviética dirigida por Stalin, han hablado también en contra del propio Stalin. Mao Tse-tung acusaba a Stalin de subjetivismo, de que «se le escapó la conexión existente entre la lucha y la unidad de los contrarios»*, de haber cometido «una serie de errores con relación a China: de él provinieron tanto el aventurerismo de «izquierda» de Wang Ming en la última fase de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria como su oportunismo de derecha en la fase inicial de la guerra de resistencia contra el Japón»,** de que la manera de actuar

* Mao Tse-tung. *Obras Escogidas*, t. V, Pekín, 1977, pág. 400, ed. en francés.

** *Ibidem*, pág. 328.

de Stalin respecto a Yugoslavia y a Tito ha sido errónea,* etc.

Mao Tse-tung, a pesar de que algunas veces defendía por pura fórmula a Stalin, afirmando que sus errores representan únicamente el 30 por ciento de su obra, de hecho sólo hablaba de sus errores. No es casual que en la Conferencia de los partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú en 1957, Mao declarase: «cuando vine a encontrar a Stalin me sentí como el alumno ante el maestro, mientras que ahora, al encontrarnos con Jruschov, somos como compañeros, somos libres». Con esto saludaba y aprobaba públicamente las calumnias de Jruschov contra Stalin y defendía la línea jruschovista.

Al igual que los demás revisionistas, Mao Tse-tung ha utilizado las críticas a la persona de Stalin para legitimar el abandono de los principios marxista-leninistas, que fueron defendidos consecuentemente y enriquecidos aún más por Stalin. Al atacarle, los revisionistas chinos pretendían desprestigiar su obra y su autoridad, para elevar la autoridad de Mao Tse-tung al rango de un dirigente mundial, de un clásico del marxismo-leninismo que ¡habría seguido siempre una línea justa e infalible! Asimismo, estas críticas reflejaban el descontento acumulado con respecto a Stalin por las observaciones y las críticas que él y el Komintern habían hecho a la dirección del Partido Comunista de China y a Mao Tse-tung, que no aplicaban de manera consecuente los principios del marxismo-leninismo acerca del papel dirigente del proletariado en la revolución, acerca del internacionalismo proletario, acerca de la estrategia y la táctica de la guerra revolucionaria, etc. Mao Tse-tung ha manifestado abiertamente este descontento diciendo: «Stalin tuvo la sospecha de que la nuestra era una victoria al estilo Tito, y en los años 1949 y 1950 ejerció una presión muy grande sobre nosotros».** Asimismo, en las conversaciones que Chou En-lai sostuvo con no-

* Véase: **Enver Hoxha. *Los Jruschovistas (Memorias)***, Casa Editora «8 Nëntori», Tirana, 1982, págs. 254-266, segunda edición en español.

** **Mao Tse-tung. *Obras Escogidas***, t. V, Pekín, 1977, pág. 328, ed. en francés.

sotros aquí, en Tirana, nos dijo: «Stalin sospechaba que fuésemos pronorteamericanos, o que siguiésemos la vía yugoslava». El tiempo demostró que Stalin tenía toda la razón. Sus previsiones acerca de la revolución china y las ideas que la orientaban, resultaron ser exactas.

Las contradicciones entre el Partido Comunista de China dirigido por Mao Tse-tung y el Partido Comunista de la Unión Soviética dirigido por Stalin, así como las contradicciones entre el Partido Comunista de China y el Komintern eran contradicciones de principio acerca de cuestiones fundamentales de la estrategia y la táctica revolucionarias marxista-leninistas. Así, por ejemplo, el Comité Central del Partido Comunista de China ha ignorado la tesis del Komintern sobre el desarrollo correcto y consecuente de la revolución en China, su orientación de que la clase obrera en la ciudad y el ejército de liberación actuasen conjuntamente, la tesis del Komintern sobre el carácter y las etapas de la revolución china, etc. Mao Tse-tung y los otros dirigentes del Partido Comunista de China continuamente han hablado con desprecio respecto a los delegados enviados por el Komintern a China, calificándoles de «necios», de «ignorantes», de «desconocer la realidad china», etc. Mao Tse-tung, al considerar cada país como una «realidad objetiva en sí misma», «cerrada para los otros», calificaba simplemente de imposible e innecesaria la ayuda de los delegados del Komintern. En el discurso pronunciado en la Conferencia ampliada de trabajo del Comité Central del Partido Comunista de China, en enero de 1962, Mao Tse-tung ha dicho: «China, en tanto que mundo objetivo, fue conocida por los chinos y no por los camaradas del Komintern, que se ocupaban de la cuestión china. Estos camaradas del Komintern desconocían o conocían poco la sociedad china, la nación china y la revolución china. Entonces, ¿por qué hay que hablar aquí de estos camaradas extranjeros?»

Mao Tse-tung excluye al Komintern cuando se trata de los éxitos. Por el contrario, le culpa a él y a sus representantes en China de las derrotas y las desviaciones del Partido Comunista

de China, de no haber comprendido las situaciones que se han desarrollado en este país y no haber sacado de ellas las deducciones correctas. El y otros dirigentes chinos acusan al Komintern de que a la hora de desarrollar una lucha consecuente para tomar el poder y construir el socialismo en China los ha obstaculizado y confundido. Pero, los hechos del pasado y sobre todo la actual realidad china confirman que en general las resoluciones y las directrices del Komintern para China han sido justas y que el Partido Comunista de China no ha actuado sobre la base y en el espíritu de los principios del marxismo-leninismo.

Las consecuencias del nacionalismo estrecho y del chovinismo de gran estado, que caracterizan el «pensamiento Mao Tse-tung» y que han sido y son la base de la actividad del Partido Comunista de China, se reflejan también en las posturas y en la actuación de este partido en el movimiento comunista internacional.

Esto se observa en concreto en la actitud del Partido Comunista de China hacia los nuevos partidos marxista-leninistas, que se crearon después de la traición jruschovista. Desde un principio, la dirección china no tuvo la más mínima confianza en ellos. Este punto de vista ha sido expresado abiertamente por Keng Piao, persona que en el Comité Central del Partido Comunista de China decide en lo que concierne a sus relaciones con el movimiento comunista internacional. Al respecto ha dicho: «China no aprueba la creación de los partidos marxista-leninistas ni desea que los representantes de estos partidos vengan a China. Su llegada nos crea problemas, ha señalado, pero qué vamos a hacer, no podemos expulsarlos. Los aceptamos al igual que hacemos con los representantes de los partidos burgueses».* Esta política, que no tenía nada en común con el internacionalismo proletario, era practicada en vida de Mao Tse-tung, cuando estaba completamente en condiciones de pensar y diri-

* Extracto de la conversación de Keng Piao con camaradas de nuestro Partido en Pekín, 16 de abril de 1973. (ACP).

gir, y por tanto contaba con su total aprobación.

Cuando estos nuevos partidos marxista-leninistas, en oposición a los deseos de los dirigentes chinos, comenzaron a reforzarse, entonces aplicaron otra táctica, la de reconocer a todos los nuevos partidos y cualquier grupo sin excepción y sin ninguna distinción, bastaba que se autodenominasen «partido marxista», «partido revolucionario», «guardia roja», etc. Esta actitud y esta táctica del Partido Comunista de China han sido criticadas por el Partido del Trabajo de Albania. Lo mismo han hecho los otros verdaderos partidos marxista-leninistas. No obstante, la dirección revisionista china ha continuado por el mismo camino.

De acuerdo con su política pragmática hacia los nuevos partidos y grupos que se crearon, los dirigentes chinos han mantenido actitudes diferenciadas. Han considerado como enemigos suyos a los verdaderos partidos marxista-leninistas, mientras los grupos y los partidos que se contraponían a los primeros, se volvieron muy queridos para ellos. En la actualidad, con estos partidos y grupos antimarxistas, que ponen por las nubes el «pensamiento Mao Tse-tung», los revisionistas chinos no sólo mantienen relaciones sino que además invitan a sus representantes uno tras otro a Pekín, donde les preparan, les dan ayuda financiera y orientaciones políticas e ideológicas, les instruyen sobre cómo actuar contra el Partido del Trabajo de Albania y contra los verdaderos partidos marxista-leninistas. Les exigen que hagan propaganda del «pensamiento Mao Tse-tung», de la teoría de los «tres mundos» y, en general, de la política exterior de China, que eleven el culto a la personalidad de Jua Kuo-feng y de Teng Siao-ping y condenen a los «cuatro». Para los revisionistas chinos, el partido que cumple estos requisitos es marxista-leninista, mientras que los partidos que están en contra de ellos son calificados de antimarxistas, aventureros, etc.

Todo esto demuestra que los dirigentes revisionistas chinos, en sus relaciones con los partidos marxista-leninistas, no han aplicado los principios y las normas leninistas que regulan las relaciones entre los auténticos partidos comunistas. Ellos, al

igual que los revisionistas jruschovistas, han utilizado hacia los otros partidos el concepto antimarxista de «partido padre», el diktat, las presiones, la ingerencia en los asuntos internos, y jamás han aceptado los consejos y las sugerencias camaraderiles de los partidos hermanos. Se han opuesto a los encuentros multilaterales de los partidos marxista-leninistas, a las reuniones donde se discutiesen los grandes problemas de la preparación y el triunfo de la revolución, de la lucha contra el revisionismo moderno y en defensa del marxismo-leninismo, donde se intercambiase experiencia y se coordinasen las acciones, etc. El motivo de esta actitud reside, entre otras cosas, en que han tenido miedo de enfrentarse con los verdaderos marxista-leninistas en reuniones multilaterales, porque hubieran sido puestas al descubierto y desenmascaradas sus teorías antimarxistas y revisionistas al servicio del capital mundial y de la estrategia para hacer de China una superpotencia.

Otro índice de la esencia antimarxista del «pensamiento Mao Tse-tung» son los lazos que el Partido Comunista de China ha mantenido y mantiene con muchos partidos y grupos fascistas heterogéneos, revisionistas, etc. Ahora se esfuerza por preparar el terreno para infiltrarse o establecer lazos también con los viejos partidos revisionistas de los diversos países, como por ejemplo con el de Italia, Francia, España y de otros países de Europa, América Latina, etc. Los chinos están dando una importancia cada vez más grande a estos lazos en razón de que ideológicamente todos ellos están en la misma línea que el Partido Comunista de China, no obstante las diferencias que tienen en las tácticas, las cuales dependen de la naturaleza, de la fuerza y el potencial del capitalismo en cada país.

Los vínculos del Partido Comunista de China con estos partidos revisionistas tradicionales irán ampliándose gradualmente, su actuación irá coordinándose, mientras que los pequeños grupos llamados «marxista-leninistas», que siguen la línea china, continuarán siendo utilizados por él para combatir y escindir a los verdaderos partidos marxista-leninistas, que existen y que

permanecen en posiciones inmovibles, así como a los otros partidos que nacen y nacerán. Al actuar de esta manera, los revisionistas chinos ayudan abiertamente al capitalismo, a los partidos socialdemócratas y revisionistas, sabotean el estallido y el triunfo de la revolución y, de manera particular, la preparación del factor subjetivo, el fortalecimiento de los verdaderos partidos marxista-leninistas que dirigirán esta revolución.

El Partido Comunista de China aplicó esta táctica en sus relaciones con la llamada Liga de los Comunistas de Yugoslavia, que ha trabajado con todas sus fuerzas para escindir el movimiento comunista internacional y ha combatido incesantemente contra el socialismo y el marxismo-leninismo. Los actuales dirigentes chinos desean avanzar junto con los revisionistas yugoslavos y coordinar las acciones en la lucha contra el marxismo-leninismo y todos los partidos marxista-leninistas, contra la revolución, el socialismo y el comunismo.

Mao Tse-tung y el Partido Comunista de China han mantenido una actitud pragmática hacia el revisionismo yugoslavo, y sus puntos de vista sobre Tito y el titismo han sufrido una gran evolución. Al principio Mao Tse-tung decía que Tito no se había equivocado, sino que fue Stalin quien cometió errores respecto a Tito. Más tarde el mismo Mao Tse-tung alineó a Tito con Hitler y Chiang Kai-shek diciendo que «personas tales... como Tito, Hitler, Chiang Kai-shek y el zar no pueden ser corregidas, hay que suprimirlas». Pero de nuevo cambió su actitud y expresó su gran deseo de encontrarse con Tito. En los últimos tiempos el propio Tito declaró: «Fui invitado a China cuando Mao Tse-tung vivía. En el curso de la visita del presidente de la Veche Ejecutiva Federativa, Djemal Bijedic, Mao Tse-tung le manifestó el deseo de que yo visitara China. El presidente Jua Kuo-feng asimismo me dijo que hace cinco años Mao Tse-tung había dicho que debía invitarme a realizar una visita, señalando que Yugoslavia tenía razón también en 1948, cosa que él (Mao Tse-tung) ya había declarado en aquel entonces en un círculo íntimo, pero que, teniendo en cuenta las relaciones que existían

en aquel tiempo entre China y la Unión Soviética, esto no lo dijeron públicamente»*.

La dirección revisionista de China está llevando a la práctica fielmente este «testamento» de Mao Tse-tung. Jua Kuo-feng aprovechó la visita de Tito a China y particularmente su visita a Yugoslavia para cubrir de elogios a Tito, para presentarlo como un «marxista-leninista destacado», como un «gran dirigente» no sólo de Yugoslavia sino también del movimiento comunista internacional. De esta forma, la dirección china aprobó de manera abierta también los ataques de los titistas contra Stalin y el Partido Bolchevique, contra el Partido del Trabajo de Albania, contra el movimiento comunista internacional y el marxismo-leninismo.

Las estrechas relaciones políticas e ideológicas de los revisionistas chinos con el titismo, con los «eurocomunistas» como Carrillo y compañía, el apoyo que proporcionan a los partidos y grupos antimarxistas, trotskistas, anarquistas y socialdemócratas, demuestran que los dirigentes chinos, inspirados y orientados por el «pensamiento Mao Tse-tung», están creando un frente ideológico común con los renegados del marxismo-leninismo, contra la revolución, contra los intereses de la lucha de liberación de los pueblos. Por eso, las «teorías» chinas son motivo de alegría para todos los enemigos del comunismo, porque ven que el «pensamiento Mao Tse-tung», la política china, están dirigidos contra la revolución y el socialismo.

Estas cuestiones que acabamos de analizar no agotan todo el contenido antimarxista y antileninista del «pensamiento Mao Tse-tung». No obstante, son suficientes para concluir que Mao Tse-tung no ha sido un marxista-leninista, sino un revolucionario demócrata, progresista, que durante un largo periodo de tiempo permaneció al frente del Partido Comunista de China y desempeñó un papel importante en el triunfo de la revolución

* Del discurso de Tito en el activo de la RS de Eslovenia, 8 de septiembre de 1978.

democrática, antiimperialista china. En el interior de China, en el partido, en el pueblo, y fuera de China recibió el nombre de gran marxista-leninista, y él mismo se hacía pasar por comunista, por un dialéctico marxista-leninista, pero no lo era. Era un ecléctico que juntaba varios elementos de la dialéctica marxista con el idealismo, con la filosofía burguesa y revisionista, e incluso con la vieja filosofía china. Por eso las concepciones de Mao Tse-tung no deben ser estudiadas únicamente en las frases arregladas que aparecen en algunas de sus obras editadas, sino que es preciso estudiarlas en su totalidad, en su aplicación en la vida, viendo además las consecuencias que han acarreado en la práctica.

En la evaluación del «pensamiento Mao Tse-tung», es importante tener en cuenta también las condiciones históricas concretas en que fue formado. Las ideas de Mao Tse-tung se desarrollaron en la época de la descomposición del capitalismo, por tanto en el período en que las revoluciones proletarias están en el orden del día y cuando el ejemplo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, las grandes enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin se han convertido en guía infalible para el proletariado y los pueblos revolucionarios del mundo. La teoría de Mao Tse-tung, el «pensamiento Mao Tse-tung», que nació en estas condiciones nuevas, intentaría cubrirse y se cubrió con el ropaje de la teoría más revolucionaria y más científica del momento, el marxismo-leninismo, pero en esencia siguió siendo una «teoría» que está en oposición a la causa de la revolución proletaria y acude en ayuda del imperialismo en crisis y descomposición. Por eso decimos que Mao Tse-tung y el «pensamiento Mao Tse-tung» son antimarxistas.

Cuando se habla del «pensamiento Mao Tse-tung», es difícil definir una línea única y clara del mismo, porque, como decíamos al principio, es una amalgama de ideologías, comenzando por el anarquismo, el trotskismo, el revisionismo moderno titista, jruschovista, «eurocomunista», y acabando por el empleo de algunas frases marxistas. En toda esta amalgama, un lugar de

honor ocupan las viejas ideas de Confucio, de Mencio y de los otros filósofos chinos, los cuales han influido directamente en la formación de las ideas de Mao Tse-tung, en su desarrollo cultural y teórico. Incluso algunos aspectos de las concepciones de Mao Tse-tung, que aparecen bajo la forma de un marxismo-leninismo desnaturalizado, llevan el sello y presentan las particularidades de un cierto «asio-comunismo» con fuertes dosis nacionalistas, xenóforas y hasta religiosas, budistas, que cualquier día se opondrían abiertamente al marxismo-leninismo.

El grupo revisionista de Jua Kuo-feng y Teng Siao-ping, que hoy ejerce su dominio en China, tiene como base teórica y plataforma ideológica de su política y su actividad reaccionarias el «pensamiento Mao Tse-tung».

El grupo de Jua Kuo-feng y Ye Chien-ying que llegó al poder, para reforzar sus posiciones tambaleantes, enarboló la bandera de Mao Tse-tung. Bajo esta bandera condenó la manifestación de Tien An Men¹⁷ y suprimió a Teng Siao-ping, al que colocó la merecida etiqueta de revisionista. Bajo esta bandera, dicho grupo tomó el poder mediante un putsch y desbarató a los «cuatro». Pero el caos que siempre ha caracterizado a China continuó agravándose. Esta situación turbia hizo aparecer en escena e impuso la llegada al poder de Teng Siao-ping, el cual, valiéndose de métodos fascistas, reanudó la marcha por su camino de extrema derecha.

El objetivo de Teng era reforzar las posiciones de su propio grupo, proseguir sin tapujos el curso de la alianza con el imperialismo norteamericano y la burguesía reaccionaria mundial. Teng Siao-ping elaboró el programa de las «cuatro modernizaciones», puso punto final a la Revolución Cultural, liquidó a la inmensa masa de cuadros que fueron llevados al poder, al partido y al ejército por dicha revolución y los reemplazó por elementos de la más negra reacción, desenmascarados y condenados anteriormente.

¹⁷ Se realizó en abril de 1976.

Ahora asistimos a un período que se caracteriza por los dazibaos contra Mao Tse-tung, con los cuales los partidarios de Teng Siao-ping empapan los muros de Pekín. Se trata del período de la «revancha» que persigue dos objetivos: primero, liquidar el «prestigio» de Mao y eliminar el obstáculo Jua Kuo-feng y, segundo, convertir a Teng Siao-ping en dictador fascista omnipotente y rehabilitar a Liu Shao-chi.

En China, y también en el exterior, existen personas que al observar estas maniobras reaccionarias, comparan la lucha de Teng Siao-ping contra Mao, que jamás fue un marxista-leninista, con el crimen perpetrado por Jruschov que echó barro sobre Stalin, el cual fue y sigue siendo un gran marxista-leninista. Nadie que tenga dos dedos de frente puede admitir tal analogía.

La comparación más justa que puede hacerse es la siguiente: Brezhnev y su grupo revisionista derrocó a Jruschov y ahora el Brezhnev chino, Teng Siao-ping, está derribando del pedestal al Jruschov chino, Mao Tse-tung.

Todo esto es un juego revisionista, es una lucha por el poder personal. En China siempre ha sido así. En todo esto no hay nada de marxista. Esta situación será arreglada sólo por la clase obrera china y un partido verdaderamente marxista-leninista depurado del «pensamiento Mao Tse-tung», del «pensamiento Teng Siao-ping» y otros pensamientos similares antimarxistas, revisionistas, burgueses. Las ideas de Marx, Engels, Lenin y Stalin son las que pueden salvar a China de esta situación por medio de una verdadera revolución proletaria.

Confiamos en que un día en China triunfarán el marxismo-leninismo y la revolución proletaria y en que los enemigos del proletariado y del pueblo chinos perderán. Naturalmente esto no podrá lograrse sin lucha y sin sangre debido a que en China será preciso realizar muchos esfuerzos para crear el partido revolucionario marxista-leninista, el dirigente indispensable para conquistar la victoria sobre los traidores, para lograr la victoria del socialismo.

Estamos convencidos de que el hermano pueblo chino, los

auténticos revolucionarios chinos se liberarán de las ilusiones y los mitos. Comprenderán política e ideológicamente que en la dirección del Partido Comunista de China no existen revolucionarios marxista-leninistas, sino gente de la burguesía, del capitalismo, que siguen un camino que no tiene conexión alguna con el socialismo y el comunismo. Pero, para que las masas y los revolucionarios comprendan esto, es preciso que se percaten de que el «pensamiento Mao Tse-tung» no es el marxismo-leninismo y que Mao Tse-tung no ha sido un marxista-leninista.

La crítica que nosotros, los marxista-leninistas, hacemos del «pensamiento Mao Tse-tung» no tiene nada en común con los ataques emprendidos contra Mao Tse-tung por el grupo de Teng Siao-ping, en la pugna de éste por el poder.

Hablando abierta y sinceramente de estos asuntos, los comunistas albaneses cumplimos con nuestro deber en defensa del marxismo-leninismo y, al mismo tiempo, en tanto que internacionalistas, ayudamos al pueblo y a los revolucionarios chinos para que encuentren el camino justo en estas difíciles situaciones por las que están pasando.

LA DEFENSA DEL MARXISMO-LENINISMO, GRAN TAREA DE TODOS LOS AUTÉNTICOS REVOLUCIONARIOS

La actual situación internacional es turbia, la crisis en los países capitalista-revisionistas se agrava, la política agresiva de las superpotencias engendra cada día nuevos y mayores peligros para la libertad y la independencia de los pueblos y para la paz general. Las teorías burguesas y revisionistas jruschovistas, titistas, «eurocomunistas» y, junto a ellas, también las teorías chinas, son parte constitutiva del gran plan estratégico del imperialismo y del revisionismo moderno para destruir el socialismo y estrangular la revolución.

Dadas estas condiciones, la defensa del marxismo-leninismo, de los principios del internacionalismo proletario, la actitud consecuente y revolucionaria hacia los grandes problemas mundiales, constituyen hoy para nuestro Partido, como para todos los auténticos marxista-leninistas, una tarea fundamental. Nuestra justa lucha debe estimular en los pueblos y los hombres progresistas la confianza en el triunfo de la causa de la revolución, del socialismo y de la liberación de los pueblos. Nuestro Partido está en el camino justo y triunfará, porque con él están los revolucionarios y los pueblos del mundo, porque con él es-

tá la verdad marxista-leninista.

Los marxista-leninistas y los revolucionarios en todas partes del mundo ven que el Partido del Trabajo de Albania defiende el marxismo-leninismo, cuando otros lo atacan, que defiende los principios del internacionalismo proletario, cuando los diversos revisionistas han echado por la borda estos principios. Ven que en las actitudes que adopta parte no sólo de los intereses de su propio país, sino que expresa y representa intereses muy grandes, entrañables y sagrados para todo el proletariado, los intereses del verdadero socialismo, los intereses de todos aquellos que se basan en el marxismo-leninismo y se guían por sus principios para la transformación revolucionaria del mundo.

Al mismo tiempo observamos que la política que China sigue en sus relaciones con el imperialismo norteamericano, así como con el socialimperialismo soviético, suscita dudas, descontento, es objeto de continuas críticas en todas partes, sobre todo en los países del llamado tercer mundo. Esto es natural, porque en estos países los hombres honrados ven que la política china es incorrecta, una política que apoya a un imperialismo que les oprime, que muchas de las prédicas de los dirigentes chinos no concuerdan con sus actos y con la realidad concreta. Los pueblos ven que China sigue una política socialimperialista que amenaza sus intereses.

En este sentido, también nuestro Partido da su modesta contribución. Los pueblos creen en él, porque les dice la verdad y la verdad tiene su origen en la teoría marxista-leninista, que es aplicada concretamente en Albania. El desarrollo de nuestro país, sus luchas de liberación, su situación social, económica, política y espiritual en el pasado, tienen semejanza con los de muchos países del mundo que han sufrido y sufren bajo la feroz dominación de los gobernantes locales y de los imperialistas extranjeros. La experiencia acumulada por nuestro Partido en la toma del poder por el pueblo, en la instauración de la dictadura del proletariado y en la construcción del socialismo, es un ejemplo y una ayuda concreta para estos pueblos. Las victorias y los

éxitos obtenidos en la República Popular Socialista de Albania, tienen su base en la teoría marxista-leninista, que inspira al Partido del Trabajo de Albania y que éste lleva a la práctica.

A excepción de los lacayos y los ultrarreaccionarios, nadie defiende directamente la fracasada teoría china de los «tres mundos». La política de los chinos de acercamiento al imperialismo norteamericano resucita los espectros de las guerras imperialistas, que nadie quiere ver, hace más negra la noche colonial y neocolonial que nadie soporta, sostiene la explotación capitalista, de la que todos quieren desembarazarse.

El Partido del Trabajo de Albania ha luchado, lucha y luchará siempre firmemente en defensa de la pureza de las ideas marxista-leninistas. Se opone y se opondrá en todo momento a todos aquellos que tratan de tergiversarlas y sustituirlas con ideas burguesas, revisionistas y contrarrevolucionarias. Nuestro Partido es un partido proletario, un partido marxista-leninista, un miembro activo de la revolución mundial, en aras de la cual, hoy como ayer, está dispuesto a soportar cualquier sacrificio. No hay fuerza en el mundo capaz de apartarlo de este glorioso camino del honor plenamente internacionalista, no hay fuerza capaz de intimidarlo ni doblegarlo. Nuestro Partido no puede transigir con ningún tipo de oportunismo, con ninguna desviación y tergiversación del marxismo-leninismo. Luchará resueltamente también contra el revisionismo chino, al igual que contra cualquier otro tipo de revisionismo.

El nuestro es un partido marxista-leninista, y precisamente porque es así, no debemos tener miedo de decir abiertamente la verdad. Nuestro Partido es pequeño por el número de miembros que militan en sus filas, pero es un partido templado en muchas luchas y siempre ha tenido la osadía de plantear abiertamente las cuestiones cuando se ha tratado de defender la pureza del marxismo-leninismo, la revolución y el socialismo. Los hechos prueban que nuestra lucha contra el revisionismo chino es justa, es indispensable, por eso es aprobada y respaldada por los marxista-leninistas y los revolucionarios auténticos.

Un partido verdaderamente revolucionario, como el nuestro, no renuncia en ningún caso a sus posiciones de principio. Nosotros no podemos retroceder porque los otros puedan tachar de presunción el coraje que es una virtud de nuestro Partido. El Partido no ha enseñado a sus miembros a ser presuntuosos, pero sí a ser siempre resueltos y justos, severos con el enemigo de clase. En estas cuestiones el tamaño del partido carece de importancia.

Los comunistas, los verdaderos revolucionarios, los marxista-leninistas deben comprender bien la evolución actual de la situación en el mundo. Esta evolución no obedece a estereotipos. Si se estudian, se comprenden y se asimilan debidamente las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin, la experiencia de las luchas revolucionarias del proletariado mundial, así como la experiencia de todo auténtico partido marxista-leninista, se comprenderá como es debido la evolución de esta situación y se ayudará poderosamente a la revolución.

Nosotros, los comunistas albaneses, debemos comprender bien que la asimilación del marxismo-leninismo es absolutamente indispensable. No hay que subestimar nunca el cerco capitalista-revisionista y la presión que ejerce sobre nosotros. No debemos ser presuntuosos en la comprensión de estas cuestiones y en la verdadera lucha que debemos desarrollar contra los enemigos que nos rodean.

En su marcha la revolución ha tropezado y tropieza con escollos, que debe minar y hacer saltar por los aires. Algunos debe minarlos directamente, otros debe corroerlos, otros, en fin, tiene que flanquearlos para luego asestarles el golpe definitivo. Esto significa comprender la estrategia y la táctica de la revolución. Para crear la convicción de que ésta triunfará, es imprescindible organizar a las amplias masas populares, hacer que el proletariado tome conciencia de la firme dirección de su verdadero partido marxista-leninista, porque de otro modo se puede llegar incluso a emprender aventuras, a comprometer la causa de la revolución. Los comunistas y las masas oprimidas del pue-

blo deben saber que el imperialismo y el capitalismo mundial poseen una gran experiencia en la opresión de las masas, en la organización de la contrarrevolución. Por eso hay que comprender también las tácticas y la estrategia de los enemigos y hacerles frente, conscientes de que nuestra ideología, nuestra política, nuestra estrategia y nuestras tácticas son más poderosas que todo enemigo, dado que éstas sirven a una causa justa, a la causa del comunismo.

Actualmente para nuestro Partido, al igual que para todos los partidos marxista-leninistas del mundo, la lucha contra el revisionismo chino merece una atención principal. Esta es una cuestión importante a la que debemos dedicarnos, pero no por ello nos está permitido olvidar el revisionismo soviético, el revisionismo titista o el «eurocomunismo», que son muy peligrosas variantes del revisionismo moderno. Independientemente de las diferencias existentes en las formas de lucha, todas estas corrientes antimarxistas, en lo que atañe a sus tácticas y a su estrategia, están en el mismo cauce, persiguen el mismo objetivo, desarrollan la misma lucha.

Por todos estos motivos jamás debemos apartar la atención no sólo de la lucha que hay que llevar a cabo contra el imperialismo norteamericano y toda la burguesía reaccionaria capitalista mundial, sino también de la que hay que desarrollar contra el revisionismo soviético, el revisionismo yugoslavo, el revisionismo chino, etc. Todos estos enemigos, con todas las contradicciones que tienen entre sí, están ligados por el mismo hilo que es la lucha contra la revolución, contra los partidos marxista-leninistas, contra su unidad, contra la organización general del proletariado y de las masas trabajadoras para lanzarse a la revolución.

La lucha contra el revisionismo moderno, y en particular contra el revisionismo soviético, el revisionismo titista y el revisionismo chino, no es una cosa fácil. Al contrario, esta lucha es y será enconada, larga. Para que esta lucha se realice con éxito, para que se conquisten victorias consecutivas, los comunis-

tas, los cuadros, la intelectualidad y las masas trabajadoras de nuestro país deben formarse en la ideología de Marx, Engels, Lenin y Stalin, deben estudiar también la rica experiencia conquistada por nuestro Partido en la lucha contra el revisionismo moderno. Sólo así estaremos en condiciones de superar los obstáculos sin que las zarzas de todo este gran bosque hostil nos desgarran.

Nuestro Partido del Trabajo debe, como siempre ha hecho, mantener actitudes claras, resueltas, valientes en la correcta línea marxista-leninista. Esta línea de nuestro Partido, con objetivos claros y bien determinados, ayudará a desenmascarar al imperialismo norteamericano, al socialimperialismo soviético, así como al socialimperialismo chino, y llevar a cabo victoriosamente una lucha implacable contra ellos.

Nuestro Partido, así como también todos los verdaderos comunistas del mundo tienen el deber de luchar con total entrega por defender nuestra teoría marxista-leninista y depurarla de todas las deformaciones de que es objeto por parte de la burguesía, de los revisionistas modernos y de todos los oportunistas y traidores.

El marxismo-leninismo es la ideología triunfante. Quien la hace suya, la defiende y la desarrolla, forma parte del glorioso ejército de la revolución, del gran ejército invencible de los comunistas auténticos, que dirigen al proletariado y a todos los oprimidos en la lucha para transformar el mundo, destruir el capitalismo y construir el mundo nuevo, el mundo socialista.

Se publica según el libro «El Imperialismo y la Revolución», Segunda edición en albanés, Tirana, 1978

Í N D I C E

Presentación	5
Prefacio a la primera edición	7
Nota a la segunda edición	10
PRIMERA PARTE	
I LA ESTRATEGIA DEL IMPERIALISMO Y DEL REVISIONISMO MODERNO	11
La estrategia del imperialismo mundial	20
La estrategia del socialimperialismo soviético	27
La estrategia del socialimperialismo chino	32
El papel del titismo y de las otras corrientes revisionistas en la estrategia global del imperialismo y del socialimperialismo	41
La revolución, única arma para destruir la estrategia de los enemigos del proletariado y los pueblos	51
II LA TEORÍA LENINISTA SOBRE EL IMPERIALISMO MANTIENE TODA SU ACTUALIDAD	55
III LA REVOLUCIÓN Y LOS PUEBLOS	107
Defendamos y apliquemos las enseñanzas marxista-leninistas sobre la revolución	110
La lucha de liberación de los pueblos, parte integrante de la revolución mundial	129
Los auténticos revolucionarios llaman a los proletarios y a los pueblos a levantarse por el mundo nuevo, por el mundo socialista	157

SEGUNDA PARTE

I LA TEORÍA DE LOS «TRES MUNDOS», TEORÍA CONTRARREVOLUCIONARIA Y CHOVINISTA	185
El concepto de los «tres mundos», negación del marxismo-leninismo	186
La actitud de los revisionistas chinos respecto a las contradicciones, es una actitud idealista, revisionista y capitulacionista	201
La concepción china sobre la unidad del «tercer mundo» es reaccionaria	228
La teoría china del «tercer mundo» y la teoría yugoslava del «mundo no alineado» sabotean la lucha revolucionaria de los pueblos	235
II EL PLAN DE CHINA PARA CONVERTIRSE EN SUPERPOTENCIA	246
III EL PENSAMIENTO «MAO TSE-TUNG» TEORÍA ANTIMARXISTA	278
LA DEFENSA DEL MARXISMO-LLENINISMO, GRAN TAREA DE TODOS LOS AUTÉNTICOS REVOLUCIONARIOS	329